MIDDLEBURY COLLEGE
THE EGBERT STARR LIBRARY
Given by
Spanish S.S.

4012-3

EPISTOLARIO

DE

VALERA
Y MENÉNDEZ PELAYO

PUBLICADO CON UNA INTRODUCCIÓN Y NOTAS

POR

MIGUEL ARTIGAS FERRANDO
Director de la Biblioteca Menéndez y Pelayo

y

PEDRO SÁINZ Y RODRÍGUEZ
Catedrático de la Universidad de Madrid

*

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
MADRID
Puerta del Sol, 15
1930
BUENOS AIRES
Florida, 251

EPISTOLARIO DE VALERA
Y MENÉNDEZ PELAYO

EPISTOLARIO

DE

Valera y Menéndez Pelayo

publicado con una introducción y notas

por

MIGUEL ARTIGAS FERRANDO

Director de la Biblioteca Menéndez y Pelayo

y

PEDRO SÁINZ Y RODRÍGUEZ

Catedrático de la Universidad de Madrid

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.

Puerta del Sol, 15 MADRID — 1930 — Florida, 251 BUENOS AIRES

No es frecuente entre nosotros la publicación de epistolarios, fuente y cantera de importantes noticias que, por ocultas y reservadas, tienen la espontánea sinceridad que difícilmente se puede encontrar en documentos oficiales y en las obras escritas para el público.

Para encarecer la importancia y curiosidad del que empezamos a publicar, con este volumen, baste a los aficionados a las buenas letras el saber que contiene las cartas que se escribieron estos dos grandes ingenios españoles.

Pocos entre los que en su tiempo gozaron de fama y nombre han logrado atravesar el frío e ingrato camino frecuentado por la generación siguiente, conservando el crédito y el respeto que tanto se regatea a los que fueron algo por los que naturalmente aspiran a ser mucho más que algo.

La reciente conmemoración del centenario del nacimiento de Valera, lo que con tal motivo se ha dicho y escrito prueba, sin duda alguna, que el padre de *Pepita Jiménez* no ha pasado, que el valor estético e intelectual de sus obras vive incorporado y fructificante en la literatura actual.

De Menéndez y Pelayo podemos asegurar que ha crecido considerablemente en los últimos quince años, si no la fama, que en España llegó a alcanzar categoría de leyenda y mito, sí el número y calidad de los lectores y estudiosos de sus libros, los cuales han tenido la virtud de ir ensanchando prodigiosamente en la mente y en la conciencia de los españoles los límites y las dimensiones de la cultura nacional.

Sigue siendo, en la historia y en la crítica literaria del pasado, el eje central o el punto de arranque y de referencia de todos los que a tales especulaciones se dedican.

Don Juan y D. Marcelino escribieron muchos libros, y en ellos han quedado fijas y perennes las ideas y opiniones que quisieron hacer públicas. Pero también se escribieron

muchos pliegos de cartas, que vienen a ser secretas conversaciones a distancia.

Floración espontánea de una amistad cordial y constante de casi treinta años, tienen estas cartas un raro valor para estudiar y conocer íntimamente a aquellos dos famosos escritores.

Para todos los que hayan leído sus obras, esta amistad no es un secreto. Está patente en la dedicatoria de un capítulo de *La Ciencia Española*, en la carta-prólogo de Valera que precede a las *Odas, epístolas y tragedias* de D. Marcelino, en las notas con que ilustrara éste las poesías de D. Juan, en el prólogo al homenaje a Menéndez y Pelayo escrito por Valera, en los discursos que leyeron ambos al ingresar Menéndez y Pelayo en la Real Academia Española y en numerosos pasajes de sus obras.

Pero, además de estas manifestaciones solemnes y entonadas, hay algunas frases en otros escritos que nos revelan como con un resplandor, la calidad de esta noble pasión: aquel *mi dulce Valera*, por ejemplo, que escribe conmovida la pluma de Menéndez y Pelayo en el trance, gentilmente salvado, de tener que alistar a su amigo entre los heterodoxos españoles, o el respetuoso calificativo de *maestro* con que generosamente le distingue en los *Orígenes de la Novela*, una de las obras fundamentales de su madurez.

Todavía era un estudiante D. Marcelino cuando conoció a Valera. Laverde, mentor y guía del joven escolar, fué quien los puso en relación personal.

Cuando Menéndez y Pelayo, después de haber tomado la licenciatura en Valladolid, en la Facultad de Filosofía y Letras, pasó a Madrid, en el año 1875, a cursar el año del doctorado, llevó una carta de Laverde para que se presentase a D. Juan. Este había prologado los *Ensayos críticos sobre Filosofía Literatura e Instrucción pública españolas* (1868), de Laverde, y en el prólogo explicó a los lectores el origen del conocimiento y amistad de entrambos.

La carta más antigua que se ha conservado de la correspondencia epistolar entre Menéndez y Pelayo y Valera es de 28 de septiembre de 1877, y ya se nota en ella que la apenas naciente amistad había arraigado en los dos corresponsales.

El lector va notando que día tras día aumenta la confianza; la comunicación va siendo cada vez más franca y confiada, hasta convertirse muy pronto en intimidad cordialísima.

Como todos los humanos afectos y relaciones, tuvo esta amistad sus altos y bajos, sus pequeños quebrantos; pero de todo tropiezo salía más robusta y más fuerte.

No deja de extrañar un poco esta afectuosa e íntima confianza si se consideran las distancias que separaban a los dos amigos.

Don Juan era treinta y dos años más viejo, y pasaba de los cincuenta cuando trabó conocimiento con aquel jovenzuelo de poco mas de veinte. Don Juan había vivido intensamente, había viajado por Europa y América, frecuentando el trato de la aristocracia internacional, en sus cargos diplomáticos; de su pluma habían salido numerosos escritos: *Pepita Jiménez* recorría triunfante su carrera de gloria; tenía también ambiciones políticas y poderosos amigos entre los que dirigían los negocios públicos. Hombre galante y afortunado en las lides del amor, y con la aureola de una pasión romántica por un amor imposible; discretísimo conversador; de una extensa e intensa cultura, era D. Juan, en la madurez de su vida, el cortesano ejemplar de la España del siglo XIX.

Su joven amigo, provinciano inexperto, no había salido más que con la imaginación de la casa paterna, de las aulas y de las bibliotecas, y cuando, caballero en su fantasía, salía del mundo estrecho de la realidad que le envolvía y protegía, era para recorrer los campos de la antigüedad clásica y para deleitarse en la Roma y en la Grecia de sus autores leídos o en los episodios heroicos de la Historia y de la Poesía españolas. Estudiantón ensimismado y poco atento al aliño de su persona, no conocía más sociedad que las tertulias de su casa, las reuniones graves de aquellos sabios profesores de Barcelona y los paseos y camaradería con los más aplicados y juiciosos de sus condiscípulos.

Poeta al fin y al cabo, no podía vivir, como los caballeros andantes, sin su amor, y, a falta de uno real, él, como Don Quijote, había ya fantaseado sobre una bella realidad, es cierto, la dama de sus pensamientos, a la que gustaba celebrar en impecables dísticos latinos.

Valera, buen catador de hombres, debió de quedar prendado desde el primer momento de aquel amigo portentoso e ingenuamente sabio que conocía ya, al dar los primeros pasos en la vida, lo que muchos que pasan por doctos no han alcanzado a conocer cuando de ella se despiden.

Pero algo más que la erudición deleitaba y retenía en la nueva amistad al experto escritor y crítico. Vió desde el primer momento en su nuevo amigo una formación literaria muy completa y armónica, rara en los jóvenes de aquella época, animada y vivificada además por un ideal artístico. Pronto, muy pronto, los escritos del estudiante fueron llegando a la mesa de trabajo de Valera. La tesis *La Novela entre los latinos* y la monografía sobre *Trueba y Cossio* revelaban la decidida vocación de su autor, que iba realizando poco a poco, con diligencia y seguridad, el programa de publicaciones que le había anunciado en sus entrevistas.

Un buen día vió enzarzado a su joven amigo en resonantes polémicas con los krausistas acerca del valor de la Ciencia española.

Estas batallas trajeron a la memoria del novelista sus viejas escaramuzas y ensayos sobre materias análogas, sostenidas desde un punto de vista parecido. El joven escritor se crecía. En su cabeza había algo más que el recuerdo de prolijas lecturas: había un pensamiento cardinal, grande y ambicioso.

Valera, el hombre ingenioso y paradojista, esencialmente crítico, que, al parecer, nada tomaba en serio, comienza a considerar muy serenamente a Menéndez y Pelayo. Empezaba a volar un cuervo blanco en el ambiente intelectual de España...

Y tendiendo, sin duda, a mantenerle enhiesta la voluntad, como la madre amorosa que, para animar al hijo desganado, finge que también ella come, le propone trabajar en colaboración, y acuerdan, después de varias vacilaciones, traducir juntos una trilogía de Esquilo.

El joven santanderino, que considera, naturalmente, como un extraordinario honor colaborar con su idolatrado y bondadoso amigo, trabaja sin cesar. Ya tiene traducido medio *Edipo*. Valera no ha comenzado todavía, porque

sus ocupaciones y sus achaques se lo impiden; pero «siga usted trabajando—le dice—, que yo, en unos cuantos días de ocio y de descanso, cumpliré mi tarea».

Don Marcelino, con estos ánimos y alientos, seguía trabajando. Valera no tradujo ningún verso de Esquilo; pero D. Marcelino, piadosamente engañado por los alientos de D. Juan, acabó la traducción de dos tragedias de Esquilo.

Pronto se invierten los términos, y es Menéndez y Pelayo quien sin cesar anima y alienta a Valera para que no desmaye y dé fin a varios trabajos comenzados.

En realidad, en estos primeros años de relación epistolar, la labor del novelista es más continua, y, sobre todo, es cuando goza y se entretiene en planear y proyectar grandes empresas literarias de todo género. Algunas debían realizarlas en estrecha colaboración, y todas las consultaba y discutía con su laborioso corresponsal.

Don Marcelino, todo lo que hace y propone Valera lo encuentra excelente; nunca falta en sus cartas el aplauso y la aprobación entusiasta.

En puntos y materias en los que discrepa se permite una respetuosa exposición de los motivos que tiene para no asentir, y siempre, aun en los casos en que la discrepancia es mayor, sabe encontrar su inteligente afecto una interpretación o un punto de vista que le permite el elogio.

Porque es notorio que en ciertas cuestiones no coincidían los dos amigos, aunque, a nuestro entender, no andaban tan distanciados como vulgarmente se cree. No hay que decir que nos referimos a las cuestiones religiosas y políticas, que tan confundidas andaban en aquellas calendas.

Ya en *La Ciencia Española*, pero más claramente en los primeros tomos de *Los Heterodoxos*, pudo ver D. Juan que el ideario de su amigo era el de un católico ferviente a *machamartillo*. Sin embargo, durante algún tiempo le cabe la duda, y sospecha, allá en sus adentros, que este ardor juvenil y esta posición religiosa de Menéndez y Pelayo podía ser algo externo, una postura *chic*, como él decía.

Un suceso de alguna resonancia, el brindis del Retiro

que pronunció Menéndez y Pelayo en el banquete ofrecido a los profesores de diversas naciones que habían asistido a las fiestas del Centenario de Calderón, abrió los ojos escépticos de Valera. Le disgustó extraordinariamente el discurso del brindis, y la carta en que le manifiesta sin rebozos este pesar es acaso una de las más importantes del epistolario para conocer los fundamentos y la evolución de esta amistad.

Valera, educado con cierta soltura y con poca disciplina intelectual y moral, era lo que pudiéramos decir un hombre de su tiempo; no porque consideremos atrasados o anacrónicos a los contemporáneos suyos que tuvieron distinta ideología y rigieron sus actos y su vida conforme a otras normas, sino en el sentido de que se había asimilado las doctrinas y principios intelectuales que, por su novedad y boga, caracterizan la cultura europea en aquel período.

La invasión de la filosofía kantiana, que se filtra en los espíritus más despiertos y curiosos por cien caminos y en cien derivaciones, no encuentra en Valera resistencias ni obstáculos para ganarlo. Su espíritu, esencialmente crítico, estaba muy bien dispuesto para asimilarse el sentido y la concepción del mundo kantianos; quedaba en él, sin embargo, un poco del sonriente escepticismo enciclopedista del siglo XVIII, que templaba sus inclinaciones intelectuales y le mantenía en un equilibrio inquieto y frío que le impedía todo apasionamiento y entusiasmo; duda hasta de la misma duda y se detiene ante las afirmaciones dogmáticas lo mismo que frente a los análisis de la razón pura.

Además, el ambiente en que su espíritu se había formado, los sedimentos de la cultura asimilada y una serie de circunstancias derivadas del complejo de su vida, le apartan de toda decisión unilateral en los problemas fundamentales.

Siente de un modo vago, pero tenaz, la limitación del entendimiento humano y la presencia de otras fuerzas y de otras facultades interiores que no son la razón pero que merecen y exigen atención y respeto.

La desconfianza, la agudeza, la ironía y un cierto empaque intelectual opuesto a todo lo violento y brusco, un

instinto de armonía y de elegancia le apartan siempre de los extremos que, como reactivos, le hacen por contrapeso inclinarse siempre a la banda contraria.

Valera, por tradición de familia y por su formación intelectual, profesa en el liberalismo; se cree muy liberal, y esta posición suya choca y es contrapuesta al tradicionalismo abierto, generoso y rotundo de Menéndez y Pelayo. Y, sin embargo, acaban siempre por entenderse sin coincidir, no rehuyendo los problemas, sino con la exposición serena y leal de sus puntos de vista.

Acaso ni D. Juan era tan liberal como le gustaba pregonarse—el alarde continuo lo hace sospechoso—, ni el tradicionalismo de Menéndez y Pelayo era entonces, y mucho menos lo fué más tarde, hermético y exclusivo.

El liberalismo teórico y racionalista de Valera se adapta muy difícilmente al liberalismo práctico, político, de sus correligionarios; está muy sobre ellos y siente invencible aversión a su tosquedad y violencia; por eso en la vida práctica, en sus afectos y amistades íntimas, es un conservador y, como él dice, casi un *neo*.

Y el tradicionalismo de Menéndez y Pelayo, ¡qué lejos estaba de ló que muchos pudieron y aun pueden imaginar! Nadie más curioso y atento al movimiento de las ideas. Afirmados los pies en principios de roca y puestos los ojos en un alto ideal histórico y reconstructivo, siente gran deleite cuando su cabeza fuerte y levantada recibe el beso tonificador de todas las brisas de la cultura, las más fuertes sacudidas de los vendavales del pensamiento.

Medítese un poco este párrafo de una de sus cartas:

«Todo me parece bien en la carta-prólogo, excepto el bombo a los krausistas, que, personalmente considerados, valen más como hombres que como pensadores, y que considerados como escuela, si es verdad que tienen el mérito de haber despertado el pensamiento filosófico que había caído aquí en una especie de letargo desde principios del siglo, también lo es que por su dogmatismo cerrado y pedantesco, por su intransigencia de secta y por lo mezquino de su horizonte intelectual, fueron una grandísima rémora para el progreso intelectual de España, incomunicándonos con todo sistema o corriente de ideas que no fuese la suya. Yo no los detesto por librepensadores, puesto que hay mu-

chos pensadores libres que por la grandeza de su esfuerzo intelectual me son simpáticos. Los detesto *porque no pensaron libremente.*»

. . . . . .

Y si las distancias y las diferencias ideológicas no eran tantas ni tales como Valera se imaginaba—D. Marcelino guarda en esto un prudente silencio y se nota en él un presentimiento y un deseo de coincidencia—, había en ambos otras fuerzas de simpatía muy poderosas.

Los dos coincidían en la formación humanística, en la asimilación de las culturas clásicas, que constituía el fondo más oculto y como la primera capa de sus almas, brotando de ella una rara identidad en la concepción del arte. Acaso en este aspecto Menéndez y Pelayo, como más joven, tenía una mayor amplitud y una comprensión más humana del arte que no seguía las normas del gusto clásico, y pudo comprender y aplaudir tendencias muy alejadas de su sensibilidad primigenia.

Valera y Menéndez y Pelayo tenían planeado y hubieran escrito, si la vida con sus turbulencias y estorbos no hubiera desviado sus propósitos, un libro sobre la literatura mística española. Sólo el intentar y el creer posible la colaboración en estas materias dice más que cuantos prolijos razonamientos pudieran escribirse para probar la más difícil de las coincidencias en las ideas literarias.

Un episodio de la juventud de Menéndez y Pelayo puso bien de relieve la comunidad espiritual y artística que había creado en los dos amigos el humanismo clásico. Ya en las aulas del Instituto comenzó Menéndez y Pelayo a ejercitarse en la traducción poética de composiciones latinas; era éste un modo modesto de dar salida a las ansias del poeta, del gran poeta que fué el cantor de *Lydia*. Incansable y fácil, pronto aquella sencilla carpeta en que guardaba sus composiciones poéticas, las traducciones y las poesías originales, reventaba llena de papeles, y empezó a acariciar con ahinco, la idea de publicar un tomo de versos. Humilde, busca, entre los doctos varones que eran sus amigos, quien autorice los versos del novel poeta con un grave prólogo. Y acudió primero al más íntimo de estos varones doctos, al bonísimo Laverde. Laverde, que había leído y aplaudido, en

las cartas familiares, las poesías y las traducciones poéticas de su joven amigo, se asustó un poco al considerar que aquellas traducciones de Teócrito, de Safo y de otros autores clásicos iban a ver la luz y habían de llevar un prólogo suyo que, o no podía escribirlo, o tenía que ser de aplauso y de elogio. Ocultó primero sus escrúpulos con el velo de las dolencias, y cuando, apretado, fué incapaz de mentir, expuso lisa y llanamente sus reparos. Aceptó después el encargo de prologar el libro el marqués de Valmar; pero pasaban los meses y pasaron los años y el prólogo no parecía.

Cuando, por fin, los *Ensayos poéticos* salieron de la imprenta, se vió que D. Leopoldo Augusto condenaba en rotundo el paganismo de los poetas traducidos y la decisión y gustos del traductor.

También el venerable Milá, al recibir el ejemplar dedicado, se apresuró a comunicar al autor, entre felicitaciones y plácemes, que no alababa la elección de ciertos originales.

Valera, en cambio, saludó alborozado al nuevo poeta, escribió una carta-contestación a Valmar, y años más tarde se encargó de prologar una nueva y más nutrida colección de poesías de Menéndez y Pelayo que, con el título de *Odas, epístolas y tragedias*, se publicó en la «Colección de escritores castellanos».

Otro fuerte vínculo, otra feliz coincidencia unía también a los dos corresponsales: el patriotismo y la concepción histórica de los valores de la cultura española.

Podían disentir, disentían de hecho en justipreciar estos valores, pero ambos estaban muy de acuerdo en que la cultura es acarreo, suma, vena fecunda que enriquece, forma y desarrolla la vida espiritual de los pueblos. Ignorar el pasado es perder la conciencia de esta cultura y de esta vida; estudiarlo, incorporar al presente riquezas ideales ocultas o desconocidas, dar más valor al presente y preparar una segura, lógica y original evolución para lo porvenir.

Este patriotismo intelectual había nacido en Valera por la comparación, por el contraste con otras culturas, y no era solamente fruto de desvelos sobre los infolios en Menéndez y Pelayo. Recuérdese que gran parte de las cartas de *La Ciencia Española* están escritas y fechadas fuera de España.

Es natural que el continuo cambio de ideas que revela esta correspondencia y la comunicación constante —que era mayor y más viva, es claro, en las temporadas que pasaban juntos en Madrid sus autores—ejerciese recíprocamente una gran influencia, no sólo en los trabajos literarios, en que ha de verla clarísima el lector, sino en la manera de ser, en la vida de los corresponsales. En este punto es claro que el más influído fué Menéndez y Pelayo, árbol tierno que empezaba a gallardear, junto al tronco ya formado y que no es fácil enderezar si está torcido ni torcer si salió derecho.

A nuestro entender, la mayor influencia de Valera la recibió Menéndez y Pelayo en la vida social o de relación. Como fué su padrino en la Academia, lo fué también en su entrada en el mundo; él lo llevó a los salones y tertulias aristocráticas del Madrid de la Restauración, que tan lejanos parecen ya en la vida española, donde lucían su gracia y su belleza, su ingenio y su cultura, las *Lydias*, *Aglayas*, *Raqueles*, *Corinas* y demás nobles damas, a las cuales les agrada llamar en las cartas con nombres clásicos, trasladándose así hasta en la vida diaria al mundo de sus humanidades.

Del brazo de Valera recorrió Menéndez y Pelayo parajes deleitosos de discreción y buen gusto, peligrosas y resbaladizas veredas...

Entre sonrisas y aplausos, discreteos irónicos y donaires maliciosos, aspirando tal vez los amorosos perfumes de una flor, amargado otras con el aguijón del desvío, en medio de la vida cortesana más refinada, se fué puliendo el carácter de aquel impetuoso mozo montañés.

En este ejercicio y disciplina social adquirió el asiduo visitante de las bibliotecas un más cabal conocimiento del mundo; el conocimiento engendró, si no el amor ciego, la comprensión y la benevolencia que, sin desvirtuar la natural bravura, endulza los tonos demasiado agrios y suaviza las formas demasiado duras de su espontaneidad y hasta de su estilo literario.

Fué precisamente Valera el primero que le hizo notar que sus versos eran demasiado fáciles; que en la vida era de buen tono la contención; en arte, el trabajado artificio; el dominio en todo.

Las cartas que se imprimen por vez primera en este volumen comienzan, como hemos dicho, en el año de 1877, y terminan en el de 1883. Puede apreciarse en ellas la iniciación y los rápidos progresos de esta amistad, que pronto convierte a Menéndez y Pelayo en el verdadero confidente de Valera en materias literarias y no literarias.

A su tiempo ha de ver el lector cómo el autor de *Juanita la Larga*, cuando le asalta la idea de la muerte, piensa en su amigo Menéndez como en el depositario de su última voluntad en lo que respecta a sus obras y libros.

Cartas escritas en la más confiada intimidad, es claro que contienen noticias curiosas y desconocidas referentes a los dos escritores: juicios sobre escritos y personas que no se han hecho públicos; secretos particulares; encargos de libros, planes y proyectos; minuciosa y detallada narración de cómo y cuándo iban componiendo algunos de sus libros; asuntos y negocios familiares; apreciaciones de los sucesos y de los hombres públicos; la crónica, en fin, incompleta, es cierto, pero veracísima de la vida española durante treinta años, enjuiciada por dos entendimientos tan sobresalientes. Inapreciable ha de ser el valor de este epistolario para los futuros biógrafos de D. Juan y de D. Marcelino. El bibliógrafo encontrará en estas comunicaciones epistolares datos desconocidos hasta ahora. Aprenderá, por ejemplo, que fueron escritos por la pluma de Menéndez y Pelayo algunos artículos insertos en el *Diccionario Enciclopédico* de Montaner y Simón; podrá averiguar también la paternidad de otros escritos que salieron anónimos en revistas y periódicos, y otras muchas especies y sorpresas que sólo en estas cartas es posible encontrar.

Son, por fin, la mayor parte de estas epístolas piezas literarias de gran importancia, como muestras de las más expresivas del estilo natural y corriente de dos autores que han de ser, que son ya de hecho, verdaderos clásicos de la Lengua.

Don Ignacio Baüer adquirió recientemente una colección de cartas de Menéndez y Pelayo a Valera y se apresuró a regalarlas a la Biblioteca Menéndez y Pelayo, para que con las de Valera que allí se conservan se completase

en lo posible el Epistolario. Gracias a este rasgo generoso del Sr. Baüer se ha podido pensar en la publicación de estos volúmenes de correspondencia epistolar.

Advertirá el lector una gran desproporción de número entre las cartas de D. Marcelino y de Valera, fácilmente explicable si se piensa en que D. Juan cambiaba con bastante frecuencia de residencia, y en estos cambios, viajes y mudanzas hubieron de extraviársele muchos papeles. Por el contrario, Menéndez y Pelayo pasó su vida entre Santander y Madrid, y además, periódicamente, llevaba a su biblioteca de Santander todos los libros y papeles de su casa en la Corte. Por esta circunstancia conservó de su amigo muchas cartas.

Por deber estricto y por delicadeza, una vez conseguido el permiso de publicación de parte de los herederos legítimos de Valera y de Menéndez y Pelayo, han revisado ellos o sus apoderados las cartas que iban a ser impresas. Nuestra probidad literaria nos obliga a confesar que en la impresión de unas pocas, poquísimas cartas, se ha suprimido alguna palabra, y que ha parecido discreto dejar inéditas tres, solamente, dos de D. Marcelino y una de Valera, entre todas las que se han conservado, procedentes unas del fondo de la Biblioteca y otras del donativo del Sr. Baüer.

MIGUEL ARTIGAS
PEDRO SÁINZ

Biarritz, 28 de septiembre (1877).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi muy estimado amigo: Ayer recibí aquí la carta de usted del 24, a la que me apresuro a contestar, dándole muy encarecidas gracias por el envío de su nuevo libro *Horacio en España*, del cual puedo decir que he leído ya lo mejor, conforme ha ido apareciendo a trozos en la *Revista Europea* [1]. «La epístola a Horacio», sobre todo, con que debe de empezar la obra, me ha gustado muchísimo, y no sólo la he leído para mí varias veces, sino que, ansioso de lucirla, la he leído en algunas reuniones y he alcanzado grandes aplausos y encomios para usted. Las reuniones han sido en mi casa y en casa de P. A. Alarcón [2].

Esto no obsta para que cuando yo vuelva a España, que será pronto, escriba, a pesar de lo muy premioso que estoy ahora, un articulito hablando de su libro de usted, que, como todo lo de usted, es, por mil razones, digno de alabanza.

Lo que me anuncia usted de que tiene terminado el primer tomo de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, me ha agradado en extremo. Ya éste es asunto de más trascendencia, y estoy seguro de que dicha *Historia* llamará la atención en España y fuera, y será muy leída y comprada.

El artículo sobre Sabunde puede ser muy curioso [3]. No consienta usted que le publiquen sin ver las pruebas, a fin de que no se le desluzcan con erratas.

¿Qué es de Laverde [4], de quien no tengo noticias un siglo ha? Las últimas que tuve eran muy malas y temo una desgracia.

Su libro de usted estará en Madrid, aguardándome.

Yo he empezado una nueva novela, titulada *Pasarse de listo*.

Mucho me lisonjea que *El Comendador Mendoza* haya gustado a usted.

En Milán me traducen al *Doctor Faustino* en *La Perseverancia*, y me dicen que gusta mucho.

Como pinta costumbres muy españolas debe tener algo de extraño y peregrino para los italianos.

¿Cuándo va usted a Madrid?

Yo, repito, volveré allá muy pronto.

Soy siempre su afmo. amigo,

J. VALERA.

Tengo mucho deseo de que publique usted las poesías propias y traducidas, de las que me prometo mucho, calculando por la «Epístola a Horacio» y por las traducciones de Sinesio y Prudencio [5] que usted me leyó en casa, y que me parecieron excelentes, sobre todo la oda de Prudencio a los mártires. ¿Por qué no traduce usted más de este poeta?

Madrid, 4 de enero (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi muy estimado amigo: Acabo de recibir la carta de usted del 1.° con el estudio sobre G. Pereira, que trataré de que se publique pronto en la *Revista de España* [6], según usted desea, para lo cual iré a ver al director-propietario, León y Castillo. Las pruebas haré que se las remitan a usted para su corrección.

Tengo a mucha honra el que usted me haya dedicado otro trabajo, que leeré con detenimiento. Hace ya dos o tres meses que escribí un artículo sobre el *Horacio* de usted; pero tuve el mal aviso de darle a Tubino para su periódico *La Academia* [7], donde le tienen estancado, sin acabar de publicarle. Casi deseo recogerle, darle mucha mayor extensión y publicarle en alguna revista, y no en periódicos de *monos*, que apenas tienen lectura y que nadie lee, pues sólo sirven para ver los *monos*.

Admiro y envidio la actividad y fecundidad de usted. Hace usted muy bien en aprovechar tan discretamente el brío, la salud y la serenidad de los años juveniles. Yo perdí los míos de la manera más necia y disipada, y ahora,

cuando quiero escribir, no puedo, porque me duele todo y más estoy para cuidarme que para calentarme la cabeza.

Las nueve décimas partes de mis proyectos me los llevaré conmigo al otro mundo.

Adiós. Ya escribiré a usted otro día por más extenso. Mil cariñosas expresiones a Laverde, cuando usted le escriba.

Soy de usted amigo afmo.,

J. Valera.

Madrid, 12 de enero (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi muy estimado y excelente amigo: Vuelvo a escribir a usted hoy para decirle que hablé con D. Fernando León y Castillo, quien conviene en publicar en la *Revista de España* su estudio de usted sobre Gomes Pereira [8], dando a usted en pago 200 ejemplares de dicho libro, de los que hará tirada aparte. Asimismo ha quedado dicho D. Fernando en hacer que remitan a usted las pruebas, a fin de que no salgan erratas. Para ello he de advertir a usted que ha de corregir con sumo cuidado, pues en la tal imprenta son ferozmente chapuceros.

El Sr. Tubino me está fastidiando de lo lindo con no publicar mi artículo sobre los trabajos críticos de usted acerca de *Horacio en España*. Mi artículo saldrá ya fiambre, y fuera de sazón.

A un bibliógrafo tan erudito como usted, de cosas antiguas y modernas, no tengo que preguntarle si conoce todas las obrillas que yo he publicado. De seguro que tiene usted noticia de todas ellas. Lo que le pregunto es si las tiene, porque, si no, se las enviaré todas o las que le falten. Tendré yo sumo gusto en que usted las conserve en su biblioteca. ¿Cuándo publica usted un tomo de poesías? ¿Por qué no hace usted más traducciones de Prudencio? ¿Saldrá pronto a luz la *Historia de los Heterodoxos?*

Veo que usted es muy activo y fecundo y le tengo envidia. Yo me paseo demasiado, ando de tertulia en

tertulia y pierdo mi tiempo de una manera lastimosa, haciendo mis cosas a escape y mal, o no haciéndolas y faltando a mis compromisos.

Uno de éstos es escribir mi discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, para la cual hace cuatro años o más que fuí elegido y con la cual me conduzco indignamente. Mi propósito era escribir el mencionado discurso acerca de Fox Morcillo, limitándome a tratar de la conciliación de Platón con Aristóteles. Podría hacerse una obra bonita e interesante, pero sería menester estudiar mucho, y yo no estudio nada.

¿Cómo está Laverde? Un siglo ha que no me escribe ni le escribo. Usted, que le escribe con frecuencia, dele expresiones cariñosas.

He pedido que su trabajo de usted sobre Gomes Pereira salga en dos números o lo más en tres. Creo que así se hará.

En la Institución Libre de Enseñanza estoy dando unas lecciones sobre Literatura contemporánea extranjera. Acaso las escriba e imprima. No enseñaré nada a las gentes de mediana instrucción, pero, poniendo algún cuidado, creo que sacaría un libro útil para divulgar y generalizar ciertos conocimientos entre los muchos sujetos ignorantes que hay en todas partes, y sobre todo en España.

En *El Campo* [9] sigo publicando, a pedacitos y de tarde en tarde, una nueva novela, que se titula *Pasarse de listo*. Hasta ahora no me contenta, y, si no me crezco, no llegaré a publicarla en tomo.

En suma, me hallo en un período de esterilidad y decadencia. ¿Si será ya efecto de los años?

Dicen los que explican ahora el pensamiento de un modo material que a mi edad empieza a disminuir ya la masa encefálica y a tener menos fósforo. ¿Quién sabe si tendrán razón?

Adiós, amigo mío. Consérvese usted bueno; escríbame y háblame de sus trabajos y proyectos y créame su apasionado amigo,

J. Valera.

Si publico las lecciones sobre Literatura extranjera contemporánea, lo haré por entregas.

Madrid, 21 de enero (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi muy estimado amigo: A su tiempo recibí la carta de usted del 15, donde hay muchas cosas por las cuales debo estarle agradecido. Lo estoy principalmente por las noticias que me da acerca de Fox Morcillo y por los ofrecimientos que me hace, que, si venzo mi pereza y escribo mi disertación, tenga usted por seguro que no caerán en saco roto.

Meto bastante prisa a los de *La Academia* para que publiquen mi artículo sobre *Horacio en España* y a los de la *Revista* para que impriman el trabajo acerca de Gomes Pereira.

Ya enviaré a usted un ejemplar de *El Comendador Mendoza*, que dice usted no tiene. De *Pepita Jiménez* y *Cuentos y romances* no puedo enviarle, por estar agotada la edición. Si no tiene usted la *Pepita Jiménez* sola, le enviaré un ejemplar de nueva edición que he hecho, poco ha, en casa de Perojo [10].

Supongo que tendrá usted una colección de artículos míos que, con el título *Estudios críticos*, publiqué años ha. Ahora voy a coleccionar nuevos artículos, que se titularán *Disertaciones y juicios literarios*. En este tomo incluiré mi discurso «Sobre el *Quijote* y los diversos modos de comentarle y juzgarle», que es, en mi sentir, lo menos malo que yo he escrito, aquello de que yo estoy más satisfecho.

Me parece bien su proyecto de usted de traducir por completo a Prudencio. Sólo sentiré que le suceda a usted como a mí, que tengo varios proyectos de traducciones y ninguno realizo. Mis dos principales son la traducción de los poetas hebreos religiosos de España, con amplia noticia sobre ellos, y la traducción de *Lala Rooch*, de Tomás Moore, de la cual ha un siglo que traduje un cuento: «El Paraíso y la Peri».

Me alegraré mucho de ver a usted por aquí, como me anuncia, aunque sea por pocos días. Si usted se detiene algo, hablaremos de los *Heterodoxos*; y si yo puedo ayudar a usted a encontrar editor, lo haré con gusto.

Las poesías de usted deben también publicarse pronto.

Dorregaray [11], que es espléndido, debía meterse en los trotes de publicar una «biblioteca» de tomos bonitos, que no tuviese más unidad que el nombre del editor: «Biblioteca Dorregaray», y en ella publicar libros de enjundia y valer como los de usted. Yo creo que Dorregaray ganaría con esto.

A veces me entran deseos de ir a proponerle que entre en esta empresa; pero temo que lo desdeñe, y me contengo.

Adiós, amigo mío. Escríbame de vez en cuando, y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

Mil cariñosas expresiones a Laverde, cuando usted le escriba.

Madrid, 28 de febrero (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: No he escrito a usted antes por no saber adonde dirigirle la carta. Al cabo recibí hoy la de usted del día 25, donde me da las señas de su habitación.

Mucho me alegro de que llegase usted bien ahí y de que lo pase mejor.

Yo estoy nada más que regular, lo cual me aburre, porque quisiera estar muy bueno, no por egoísmo de verme bueno, sino para trabajar como una fiera, realizar muchos planes literarios y salir de muchos empeños y compromisos.

A pesar de que el tiempo no me cunde, lo tuve para ver a Dorregaray, quien está ya decidido a publicar «sus herejes» de usted. Escriba usted, pues, a Caminero [12], me vea, se entienda conmigo o me entregue el manuscrito.

Con Dorregaray no he hablado aún de precio; pero le he dado a entender que conviene que su obra de usted sea comienzo de una «Biblioteca Dorregaray», como hay en Francia «Biblioteca Charpantier», y otros; que cada tomo, en octavo, debe constar de 300 a 400 páginas, y que es menester pagarlos regularmente, cuando salgan. ¿Se contentaría usted con 8.000 reales por tomo? Claro

es que yo no trataré de vender la propiedad, sino una edición de cierto número de ejemplares. No tenga usted cuidado, que todo se hará lo mejor posible, si usted me da sus poderes.

Su artículo segundo sobre Gomes Pereira, aunque rápidamente visto por mí, que enmendé muchas erratas, ha de llevar aún infinitas. ¿Qué le hemos de hacer? La imprenta de la *Revista de España* es abominable.

Si tiene usted vagar para ello, haga de parte mía una visita a mi hermano, el marqués de la Paniega, que vive en esa ciudad, y a quien le anuncio en carta su visita de usted.

Me es imposible ser hoy más extenso. Otro día escribiré con más reposo. Usted, escríbame.

Soy su afmo. amigo,

J. Valera.

Madrid, 10 de marzo (1878).

Sr. D, Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Por la carta de usted del 14 veo con gusto su buena salud y que su estancia en Sevilla va dando buenos resultados bibliográficos.

Yo sigo regular de salud. Aun no he hablado de nuevo con Dorregaray, pero hablaré en uno de estos días y arreglaremos lo de la edición de *Los Heterodoxos* del modo más conveniente, para lo cual me da usted poderes amplios.

He corregido el pedazo de artículo sobre la «Antoniana Margarita», que va a salir en el próximo número de la *Revista de España*, y si bien en la imprenta son torpes y descuidadísimos, y su letra de usted es algo dificultosa, espero que salga con menos erratas que los pedazos anteriores.

También en el próximo número del citado periódico saldrá la primera jornada—serán tres—de *La venganza de Atahualpa*, leyenda dramática.

En *Los Debates* [13] de hoy, como todos los domingos, hay un artículo mío de crítica sobre las *Rimas* de Querol [14], poeta valenciano de bastante mérito.

Veremos lo que puedo hacer en lo de la cátedra de Literatura española de esta Universidad. Por mí no quedará; mas, por desgracia, puedo poquísimo.

Escríbame usted; dígame si vió a mi hermano, y anúncieme su vuelta por aquí. Por hoy no puedo ser más extenso.

Siempre su afmo.,

J. VALERA.

Madrid, 25 de mayo (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi estimado y querido amigo: No sé cómo me compongo que no tengo todo el tiempo que necesito y hago todas las cosas mal o no las hago. Sirva esto de explicación, si no de disculpa, a no haber contestado hasta ahora a su última carta del 10—calculo que de mayo, por más que diga de abril—.

Tengo que ir una mañana a ver a León y Castillo a ver si saco algún dinero por el Gomes Pereira; cosa archijusta, aunque difícil. Entonces daré para su inserción las cuartillas sobre Pereda [15]. Perdone usted la demora.

Asclepigenia está terminada días ha, y ya se halla en la imprenta para que salga en la *Revista Contemporánea*, probablemente en el número del 30 de este mes. No sé qué pensar de *Asclepigenia*. Se la he leído a Pidal [16] y a Núñez de Arce [17], que la han celebrado en extremo; pero también la he leído en una reunión, donde ha sido recibida fríamente. De todos modos es obra quizá sobrado original, y donde hay mucha mezcla de lo grotesco y de lo sublime.

Aunque tengo grandes esperanzas de que usted ha de lucirse en las oposiciones, apruebo que estudie y se prepare con todo ahinco.

No se me ocurre otra cosa que decir a usted, no porque no haya qué decir, sino por la precipitación con que escribo.

Cuando pueda usted buenamente, póngame cuatro letras dándome noticias suyas y créame siempre su afmo.,

J. VALERA.

Madrid, 15 de junio (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Aunque ando muy atareado, muy sin humor y en extremo premioso, hasta para escribir una carta, escribo ésta para felicitarle por la publicación de los *Estudios Poéticos*, que he leído con deleite. A la epístola *cuetina* [18] contestaré con otra—Dios me dé pronto gusto para escribirla—, que publicaré en la *Revista de España*. En dicha epístola hablaré del libro de usted como debo, y discutiré también el tema de lo gentílico y lo cristiano.

La impresión de mis tres libros va con pies de plomo. Sin embargo, tal vez mañana, o pasado, saldrá a luz mi novela *Pasarse de listo*, a la cual, a fin de que forme tomo, he añadido mis dos cuentos «El pájaro verde» y «Parsondes».

El diálogo filosófico amoroso titulado *Asclepigenia* aparecerá hoy, inserto en la *Revista Contemporánea*.

Hablando con franqueza, pido a usted y a sus amigos *bombo* para esto y para todo. Necesito ganar algunos ochavos escribiendo, y los *bombos* son indispensables. Es una desgracia, pero es menester imitar al Dr. Garrido y a Huelín, el del *Cronicón científico* [19], hasta donde esta imitación no traspase los límites de lo decoroso, degenerando en lo bufo.

No he podido ver a León y Castillo, pero he escrito al administrador Gamundi, enviándole su artículo de usted sobre *El buey suelto* para su inserción, y dejándome caer para que paguen lo de Gomes Pereira.

La callada por respuesta hasta ahora. Veré a León y Castillo y haré por sacar dinero, aunque no sea mucho.

La *Revista de España* va cada día peor, por culpa de estas tramposerías. Para tener buen original es necesario pagarle.

Adiós. Escríbame, si sus preparativos para las oposiciones se lo consienten.

Siempre de usted afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 26 de junio (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Hasta ayer, que volví de una casa de campo donde pasé mis días, no recibí la carta de usted del 22, a la que contesto.

Ya creo haber dicho a usted que recibí el ejemplar, en papel de hilo, de los *Estudios poéticos*. Se lo agradezco mucho. Por el correo de hoy recibirá usted *Pasarse de listo*, la más endeble, sin duda, de mis novelas; pero como la pagan y yo necesito dinero, no hay más que publicarla.

Bien quisiera yo hacer cosas de más amenidad y sustancia.

Del tomo de *Disertaciones y juicios* estoy más contento. Va en él lo menos malo que de crítica literaria he escrito, y me parece que las personas de gusto se han de entretener leyéndole. Ya va adelantada la impresión. Hoy he corregido los pliegos 20 y 21, hasta la página 336. El tomo saldrá, pues, en los primeros días de julio.

También he corregido hoy las pruebas del precioso artículo de usted sobre *El buey suelto*. Saldrá en el primer próximo número de la *Revista*.

León y Castillo se hace el sueco, pero yo le volveré a recordar la «Antoniana Margarita», a ver si quiere Dios que pague.

El Padre Ceferino González [20], por medio de Barrantes [21], pues yo no le trato, me ha pedido los números de la *Revista* en que salió su trabajo de usted sobre Gomes Pereira. Con mucho gusto se los he mandado.

Estoy tan premioso que aun no tengo sino tres o cuatro cuartillas de mi carta contestación a Cueto; pero todo es empezar.

Adiós. Créame su verdadero amigo,

J. Valera.

Madrid, 3 de julio (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Ya habrá usted recibido un ejemplar de *Pasarse de listo*, que hace pocos días le envié. Me alegraré que le lea y me diga qué le parece.

Escribí ya mi *carta*, contestando a la de Cueto. Saldrá en el número próximo de la *Revista de España*. Mucho deseo que quede usted satisfecho de mi crítica. Yo no he querido ser exagerado en el encomio, sino decir con franqueza lo que siento y entiendo.

Dentro de diez días, a más tardar, saldrá también al público mi tomo de *Disertaciones y juicios literarios*, con cerca de 400 páginas de letra muy metida, en cuarto. Va en dicho tomo lo menos malo de cuanto he escrito. Pido *bombos* para todo, a fin de facilitar la venta.

Es menester ganar dinero escribiendo, y para ello, en España, donde tan poco y tan mal se paga, importa convertirse en chorro continuo de tinta, o poco menos.

¿Vamos a hacer un trabajo a medias? ¿Ha leído usted «El Paraíso y la Peri», que yo traduje de Moore? ¿Por qué no habíamos de traducir todo el *Lala Rooch?* Ya está una parte, aunque pequeña; traduzcamos en silva los otros cuentos. Emprenda usted la traducción de «Los adoradores del fuego» o de «El velado profeta del Korasan». Perojo nos daría 6.000 u 8.000 reales por la primera edición de 2.000 ejemplares.

No puedo ser más extenso por hoy. Adiós. Soy de usted afmo.,

JUAN VALERA.

5 de julio.

Esta carta se ha quedado dos días reposando sobre mi mesa. La abro para contestar a la de usted del 3. Veo que recibió usted y leyó *Pasarse de listo*. En efecto, es la más endeble de mis cuatro novelas.

Ya procuraré levantarme en la quinta. Para ello no

la escribiré y publicaré a retacitos, sino que se imprimirá cuando esté toda escrita.

Recibí los apuntes biográficos y bibliográficos sobre Hermosilla y los leí con gusto e interés.

Dígame usted qué piensa de *Lala Rooch*, que supongo habrá usted leído todo.

Medianamente traducida, podríamos hacer de la obra una cosa linda en castellano.

Adiós. Es tarde, y no puedo extenderme.

Suyo, J. V.

Madrid, 8 de julio (1878).

Mi querido amigo D. Marcelino: Acabo de recibir la carta de usted del 7, en la que no puedo menos de ver una prueba de su discreción de usted y excelente crítica. Yo no tenía más razón para proponer a usted la traducción de todo *Lala Rooch* que el haber traducido ya «El Paraíso y la Peri». Esto vale poco, bien mirado, y sería nuestra fatiga mil veces mayor que el provecho y la gloria. Desisto, pues. Usted dice que valdría más, acaso, traducir los poemas cortos de Byron. *El Corsario*, *El Giaour*, etc. Sin duda que valdría más; pero hallo que también es malo. Tiene usted razón. Byron no es todo lo inmortal que nos conviene.

Muchas de sus cosas van pasando de moda, y pasarán más con el tiempo.

Diré yo con cierto amigo mío, napolitano, a quien yo le echaba en cara la sinrazón de llamar bárbaros a los hijos de Alemania, donde han nacido Hegel, Kant, Gœthe, Schiller, Mozart, etc. Mi amigo me respondía: *Ma? Cosa volete? Sono barbari!*, y no salía de ahí.

Sí, amigo: usted y yo somos grecolatinos y clasicotes hasta los tuétanos. Vamos a traducir juntos un poeta clásico. Usted, con su mucha autoridad, me citará tres mil traductores que de cada autor hemos ya tenido.

Yo le digo *a priori* que todos esos traductores han sido detestables.

Los clásicos—poetas sobre todo—aun no están traducidos en castellano. Traduzcamos, pues, uno. Por mal que

lo hagamos—y perdone usted la inmodestia de mi parte—, haremos algo que ni siquiera se soñó en España. Traduzcamos en verso las tragedias de Esquilo. Empecemos por *Los Persas* y el *Prometeo*. Elija usted entre las dos, y yo me quedo con la otra.

Creo que el verso endecasílabo libre es lo mejor, salvo los coros, que pueden ir en sáficos adónicos y en otros metros. Pondremos también sabias notas y un serio y bonito estudio sobre Esquilo. ¿Qué le parece? Tengo ganas de que hagamos una obra juntos, y ésta me parece la mejor.

Mañana o pasado remitiré a usted *Disertaciones y juicios críticos*. De antemano agradezco el *bombo* o los *bombos*. No firme usted, para que no digan que hemos hecho compañía de elogios mutuos.

Mi carta a Cueto saldrá el 13 o 14 en la *Revista de España*. Adiós. Soy su afmo.,

J. Valera.

Madrid, 12 de julio (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Me lisonjea tanto y me da tantas esperanzas de gloria y de ganar algunos cuartos la traducción de Esquilo, que, si bien tengo mil cosas que hacer, voy a empezar en seguida la de *Los Persas*.

Apriete usted con el *Prometeo*. A ver si en enero de 1879 publicamos el tomo de Esquilo.

Mi artículo de Cueto vendrá inserto en el número próximo de la *Revista de España;* supongo que saldrá mañana. Espero que Cueto no se pique.

El tomo de *Disertaciones y juicios* debe ya de estar pronto, pero no le he recibido aún. Irá a sus manos un ejemplar apenas le reciba.

Deseo *bombos* para la venta, pero *bombos* anónimos, a fin de que no se diga que somos compañía de elogios mutuos.

Las notas y la introducción a Esquilo las escribiremos juntos, si a usted le parece.

Me han ofrecido de oficio la Presidencia del Tribunal de oposiciones.

Yo he contestado que creo que usted se llevará la cátedra, o no hay justicia en la tierra; que si esta mi opinión fuese oculta, no tendría yo escrúpulo en ser presidente; pero yo he escrito y hablado tanto acerca de usted, que mi nombramiento daría pretexto a mil habladillas, y a que muchos atribuyesen el no presentarse a que, nombrado yo presidente, era como darle la cátedra a usted.

No sé si usted aprobará o no mi conducta. Reflexiónelo usted, sin embargo, y verá cómo tengo razón.

Parecería cosa de compadrazgo, y los que valen menos, muchísimo menos que usted, tendrían a qué atribuir su fuga o su derrota.

Adiós, y créame su afmo.,

J. VALERA.

Madrid, 14 de julio de 1878.

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Carísimo amigo: Mucho me agrada y estimula la noticia que me da usted, en su carta del 12, de haber traducido ya 240 versos del *Prometeo*.

Nada he traducido yo de *Los Persas*, pero su laboriosidad de usted me obliga a traducirlos pronto.

Ya pareció en *La Revista de España* mi artículo-carta sobre los *Estudios críticos*. Dígame usted su opinión.

Los ruegos y excitaciones de usted me seducen y me ablandan para ser del Tribunal, aunque escribí ya negándome. El que nombren a Campoamor [22], que es un bárbaro extravagante y además amigo y enamorado de Sánchez Moguel [23], me excita también a aceptar si me nombran, aunque ya he dicho que no quiero. No es todo capricho: tengo para ello mil razones. La gente aquí es muy apasionada. Yo fuí de un Tribunal para unas cátedras de Metafísica, y el Sr. Orti y Lara [24] se confabuló con todos los jueces, que se inclinan siempre al sol que más calienta, para desechar a los que no eran tomistas, aunque valiesen

más que los que lo eran. Yo quedé burlado, y el mozo de más mérito que se presentó en las oposiciones murió, creo yo que de un berrinche, porque le dejaron el último. Estoy seguro de que usted no haría en su caso la insigne tontería de morirse; pero si el Tribunal fuese ahora de liberales, harían con usted lo mismo por *neo* que lo que aquellos serviles y fanáticos hicieron por liberal con el otro. Si esto no ocurre, si usted se lleva la cátedra, y si yo soy presidente, o juez siquiera, dirán que se la lleva usted por mí. De todos modos, saldría yo perdiendo. Además, yo tengo mil cosas que hacer: entre otras, el compromiso, a que no quiero faltar, de la *Historia de España*, que ya corre mucha prisa.

El ser presidente o juez del Tribunal me haría perder mucho tiempo.

Otra dificultad: que yo quiero pasar al menos quince días de septiembre en Biarritz con mi mujer y mis hijos, a quienes no veo hace más de un año, y parte de octubre en París, para ver la Exposición y estar con mi hermano. Ya ve usted que si las oposiciones fuesen para entonces sería muy duro que yo trastornase todo mi plan y perdiese mi esperanza. A pesar de todo, y a pesar de mi negativa ya dada, aceptaré el cargo, si es posible arreglar que las oposiciones empiecen en noviembre y si Campoamor y otros así, poco amigos de usted, son nombrados del Tribunal.

Mañana o pasado enviaré *Disertaciones y juicios literarios.*

Alejandro Pidal me ha escrito, excitándome a que acepte lo del Tribunal. Me van ustedes a poner en un grande apuro.

Adiós, y créame su afmo.,

JUAN VALERA.

Madrid, 19 de julio (1878).

Mi querido amigo Menéndez: Con los calores excesivos estoy bastante mal de salud y no valgo para hacer nada, lo cual me tiene aburridísimo y triste, porque tengo mil quehaceres y compromisos y no llego a cumplirlos.

Nada tampoco he traducido de *Los Persas;* pero los traduciré. La actividad de usted me estimula.

Mi carta de excusas al director de Instrucción pública, escrita antes de que usted me escribiese rogándome que aceptase, bastó para que desistieran de nombrarme. Yo no podía escribir de nuevo desdiciéndome.

Si el director hubiera insistido, acaso hubiera yo aceptado, por amor a usted, y a pesar de todas las dificultades. De todos modos, yo espero que usted ha de ganar la cátedra. Lo que es menester es echar la cortedad a un lado y hablar con desenvoltura. Por el saber y el entendimiento no le ganarán a usted, pero importa tener muy expedita la lengua, porque la gente se paga mucho de la charlatanería.

Mucho me alegro de que mi artículo-carta sobre los *Estudios poéticos* haya agradado a usted. Veremos qué le parece el tomo de artículos, que ya habrá recibido, y donde supongo que algo ha de haber nuevo para usted.

Se anuncia una nueva novela de Pérez Galdós [25]. ¿Quiere usted creer que nada he leído de este fecundo y celebrado novelista? Usted, que lo lee todo, habrá leído sus novelas. ¿Qué le parecen? Usted es de las pocas personas de cuya opinión literaria me fío, cuando la amistad no le engaña.

Me pasma su actividad de usted y la envidio. A estas horas tendrá usted ya traducido todo el *Prometeo*. Y, entretanto, *Los Persas* sin empezar.

Adiós. Ya he dicho a usted que sobre mi tomo de artículos me contento con *bombos* anónimos, a fin de promover la venta.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

21 de julio (de 1878)

Vuelvo a escribir en esta carta, que ha quedado días sobre mi mesa sin ir al correo. Entretanto he recibido carta de usted del 20. Mucho me alegro de la terminación del *Prometeo*, que tengo gran curiosidad de leer.

Mi *Pasarse de listo* vale poco, pero el Sr. Revilla [26], que celebra mil tonterías, ha estado harto severo en la crítica que de *Pasarse de listo* ha hecho en la *Revista Contemporánea.*

Decididamente, es menester que estrechemos los lazos y hagamos un buen tratado de alianza defensiva y hasta ofensiva. No conviene, con todo, artículo de usted elogiando, bajo su firma, mis *Disertaciones.* Elógielas usted anónimamente, a fin de que las compren. No está bien que mis elogios a usted aparezcan como pagados.

Adiós. Siempre soy su afmo.,

J. VALERA.

Madrid, 23 de julio de 1878.

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Por su carta de usted del 21 veo lo disgustado que está usted con las excusas que han dado Fernández Guerra [27], Milá [28] y otros para no ser del Tribunal; en efecto, dichos señores no han tenido, a mi ver, razón bastante, y en la renuncia de ellos tal vez entre por algo el egoísmo. Mi renuncia ha sido más fundada, y crea usted, sin embargo, que hay momentos en que me arrepiento de mi renuncia, sólo por amor a usted, porque, a más de las razones que he dado, tengo tantos quehaceres y estoy tan mal de salud que para nada sirvo.

He oído decir o he leído en los periódicos que Moreno Nieto [29] será presidente del Tribunal. No sé quiénes serán los otros; pero, sean quienes sean, me parece que usted exagera en sus recelos y temores.

También me parece que si bien es absurdo que muchos hayan dado en decir que usted es *neo*, absolutista o como quiera llamarse, usted, por su parte, ha hecho y sigue haciendo un poquito para que lo afilien en ese partido sin comerlo ni beberlo. La verdad es que usted hasta ahora no se ha metido en política y que es una lástima que le metan en política antes de que usted se meta.

No dilucidemos aquí si es flaqueza común de todo el género humano o si sucede en España porque es un país

perdido; pero, créame usted, aquí apenas hay ni un liberal ni un *neo* que lo sea por convencimiento. Cada cual elige uno u otro papel, según cree que le conviene mejor para medrar y lucirse. Suplico a usted, pues, y le aconsejo que usted, que ha tomado más seriamente la vida y no tiene necesidad de hacer papeles, y que además es muy joven todavía, interrogue bien su conciencia, y no se decida a ser esto o lo otro. No corre prisa, teniendo usted veintitrés años. Haga usted ver o dé a conocer por medios indirectos que por ahora no es usted nada *práctico*, sino hombre meramente *especulativo*.

De cualquier modo que sea, debe usted venir a las oposiciones con valor y confianza. Figúrese usted que sus peores pronósticos se realicen, que Sánchez Moguel o Canalejas sobrino [30] se lleva la cátedra; todavía saldrá usted ganando, porque todo el mundo dirá que ha hecho usted brillantísimas oposiciones, como las hará sin duda.

Además, que en esta ocasión, de tanto empeño y ruido, no hallo fácil que el Tribunal, sea cual sea, se atreva a ser parcial. Y como Sánchez Moguel y Canalejas sobrino valen mucho menos que usted, usted se llevará la cátedra.

Ya he dicho a usted que me pasma su actividad y que la envidio. Usted tiene traducido ya todo el *Prometeo*, yo ni un solo verso de *Los Persas*. Todo esto proviene de que yo he empezado tarde a ser laborioso. Cuando joven, no pensaba más que en tontear y perder el tiempo en fiestas y tertulias. Ahora que quiero trabajar, apenas hay día en que pueda yo con mi alma: la tos, los dolores reumáticos, los de estómago y de cabeza y otros mil alifafes me ponen incapaz y estéril.

No desisto, sin embargo, de traducir con usted a Esquilo, como no desisto de otras cosas. Allá veremos por dónde salgo.

Créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 25 de julio de 1878.

Mi querido amigo Menéndez: Recibí ayer su última carta de usted, donde me habla de que Milá aceptará si

le nombran juez. Pensaba yo hablar o escribir sobre esto inmediatamente a Cárdenas o al mismo Cánovas [31]; pero hoy he recibido una carta del marqués de Pidal, quien se encarga de los negocios de usted con muchísimo interés, y, al contestarle, le he encomendado lo de Milá. No dudo que lo haga con prontitud y eficacia.

El marqués insiste en su carta a fin de que yo me arrepienta y desdiga y acepte la presidencia del Tribunal, si llegan a dármela.

A pesar de las razones que tengo en contra y que, créalo usted, me hacen muchísima fuerza, he dicho al marqués de Pidal que aceptaré si no hay otro recurso, pero que es imposible que no haya otro recurso; que le busquen. Todavía, pues, es posible que sea yo presidente del Tribunal, a pesar de mi grande repugnancia y resistencia.

De *Los Persas* no he hecho nada aun; pero ya los traduciré.

He dicho al marqués de Pidal que, en el caso de que me nombren presidente, las oposiciones no podrán empezar hasta fines de octubre, porque yo tengo ya el compromiso de pasar en París con mi hermano los primeros quince días del mes de octubre, y no puedo ni quiero faltar a él. Claro está que a él faltaré, aunque no se lo digo al marqués, porque se sobreentiende, si carezco para entonces de la salud o de los dineros necesarios.

Adiós, consérvese usted bueno y créame su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 30 de julio (1878).

Mi querido amigo Menéndez: Anoche me encontré en los Jardines del Buen Retiro al Sr. Cárdenas, director de Instrucción pública, el cual me dijo que antes de marchar Toreno [32] había firmado mi nombramiento de presidente del Tribunal que ha de juzgar a usted y a sus contrincantes. Me van a desollar vivo, pero ya acepté de antemano, al contestar a Pidal. A mí no me alcanza para nada el tiempo, y ahora me echo a cuestas esta nueva obligación. Bien puede su amistad de usted agradecérmelo. Sólo por usted lo hubiera hecho.

Yo tengo el propósito de ir a Biarritz, y no estaré aquí de vuelta hasta fines de octubre; pero el Sr. Cárdenas dice que las oposiciones podrán empezar entonces.

Me hallo mal de salud y de humor, y no hago ni la décima parte de las cosas que me he propuesto hacer. En estos días, sin embargo, he empezado una nueva novela—*Doña Luz*—y tengo ya escritos cuatro largos capítulos.

Nada de *Los Persas;* pero no desisto. Haga usted otra cosa, y no acometa la traducción del nuevo drama de Esquilo hasta que yo traduzca *Los Persas* y nos igualemos. Traduciremos tres cada uno, y *Las Euménides* a medias, si a usted le parece.

Dentro de pocos días llegará a Santander, donde permanecerá bastantes días, para que su hijo tome baños de mar, la marquesa de Aranda, señora muy instruída y de extraordinario talento. Ha leído sus *Estudios poéticos* de usted. Yo deseo, y ella también, que usted la trate. Avisaré a usted, pues, cuando ella vaya, a fin de que en mi nombre le haga una visita.

Adiós. Consérvese bueno y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

Madrid, 11 de agosto (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Ya empiezo a sentir los inconvenientes de haber aceptado la presidencia del Tribunal de oposiciones. Llueven sobre mí los empeños, y los mismos interesados, Canalejas y Sánchez Moguel, han venido a visitarme y a recomendarse ellos mismos. Esto, sin embargo, aceptada ya la cosa, no me perturba en lo más mínimo. Yo estoy seguro de mí en cuanto a la buena y recta voluntad. Daré mi voto a quien me parezca que más lo merece. De modo que si peco, será por error de entendimiento.

Me siento con bríos hasta para dejar a usted en segundo o tercer lugar, si llego a creer que lo exige así la justicia.

Hasta ahora no lo creo. A Sánchez Moguel ya le conocía, y en cuanto al Sr. Canalejas me ha parecido presumidísimo, cosa que en mi sentir desgracia mucho cualquiera prenda que pueda tener.

Trabajo poco, o el trabajo no me cunde, y esto me desespera, porque tengo mil compromisos, y veo que no los voy a poder cumplir. *Doña Luz* es sólo quien adelanta algo. Llevo escritos ocho capítulos, y en todo serán veinte.

No sé qué pensar. El asunto me enamora; pero reconozco que todo depende de la ejecución, del primor del estilo.

Anoche leí su artículo de usted en la *Revista Europea*. Salvo los elogios apasionados que usted amistosamente me prodiga, el artículo me parece bonito, escrito con sencillez y facilidad, razonable, lleno de erudición, como todo lo de usted, y con un reposo y una serenidad superiores a los pocos años de usted, que es lo que es una maravilla. Cuídese usted mucho y viva sano y largo tiempo, pues va a ser notabilísimo personaje en las Letras españolas. Ya es usted tal, que la *X* de la firma no puede ser más fácil de despejar por quien entienda de estos negocios. ¿Quién sino usted había de haber escrito el artículo? El anónimo es un disimulo inútil.

Dígame usted si visitó a la ilustre marquesa de Aranda, que no dudo le habrá agradado.

Soy su afmo.,

J. Valera.

Madrid, 24 de agosto de 1878.

Mi querido amigo Menéndez: Días ha que no nos escribimos. No lo recuerdo bien, pero sin duda soy yo quien ha interrumpido la correspondencia. Ando de mal humor, muy atareado y con poco fruto. El trabajo no me cunde ni me luce como yo quisiera. Poco he hecho en estos días, y de lo poco que he hecho no estoy contento. De *Doña Luz* llevo ocho capítulos, y ahí me atasqué. Un cuento que prometí a Abelardo de Carlos [33], no se me ocurre. Del *Fausto* he traducido últimamente algunos cantares, que no han salido del todo mal, sobre todo lo que canta Margarita hilando.

Ahora escribo un estudio sobre el *Fausto*, que irá como prólogo de esta edición de lujo que hacemos. Difícil es decir nada nuevo, bueno, sobre Gœthe y su obra, después de tanto como se ha dicho. Llevo escritas, aunque de letra muy ancha, más de cincuenta cuartillas, y apenas si he empezado a hablar del *Fausto*.

De Marchena [34] no he hecho más que copiar a usted, después de haber leído cuanto dice y trae Cueto. Me parece que nada he añadido. Tengo mis cuartillas, o mejor diré, su trabajo de usted sobre Marchena, y le daré a Perojo cuando vuelva. Supongo que le habrá usted visto, pues está en Santander.

Mucho me agrada que haya usted hallado tan bien a la marquesa de Aranda. Veo que tiene usted buen gusto en todo, así en las obras de arte como en las de la Naturaleza. En la creación de la marquesa, arte y Naturaleza han trabajado a porfía. Ya no es guapa, y nunca fué hermosa; pero es la mujer más interesante, más inteligente y más ingeniosa de España. Hay en ella una mezcla de bondad, de candor, de chiste, de sentimentalismo y de socarronería de lo más divino y diabólico que imaginarse puede. Supongo que ya la marquesa se habrá ido a Galicia con su marido.

Un siglo ha que no escribo a Laverde, pero me afligen sus males, aunque a mí me sucede que cuando yo no estoy bien es cuando soy más egoísta, porque toda la compasión de que pueda disponer apenas para mí me basta.

Y ya me hallo viejo, algo achacoso, pobre y sin esperanzas, y con la ilusión de ganar algo escribiendo, casi perdida. En España, un escritor de mediano sentido común me parece un sastre bueno de París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda, donde la gente anda aún con taparrabos, si acaso, pues tal vez anden hasta sin eso.

Aquí nadie gana dinero sino con la usura, el robo, la estafa, la corrupción, la trata de negros, el contrabando y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura, cuando no un arroyo de lágrimas y de sangre. Nadie más pacífico ni más conservador que yo, aunque tengo harto poco que conservar. El refrán de «quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón» me

parece abominable; pero nuestra sociedad me parece tan perdida, tan podrida y tan odiosa que de cualquiera barbaridad que contra ella se hiciese, diría yo, con las palabras de Moncada [35], «venganzas merecidas más que lícitas».

Y lo que más me enoja y ofende o abochorna de no ganar dinero no es el no ganarle, sino el desdén con que le miran a uno los tunantes y galopines que le ganan, y que nos califican de cuitados, de fofos, de tontos y de para poco. Vaya usted a persuadir a M... de que no somos unos mentecatos de a folio que no servimos para nada. Yo casi me lo voy creyendo ya, por lo que a mí toca.

Si escribe usted a Laverde, dele memorias cariñosas mías. Todo esto ha salido a propósito de Laverde.

Consolémonos con que nosotros tenemos ciertos deleites soberanos en la contemplación de la belleza y en la investigación de la verdad, que esos animales no alcanzan.

De usted siempre, J. Valera.

Madrid, 29 de agosto (1878).

Mi querido amigo: Mucho me alegro que haya usted tratado con Perojo y se haya entendido con él. Yo le he hablado de usted y veo que viene encantado.

Ayer sudé bien el quilo y terminé mi trabajo sobre el *Fausto*. No estoy muy descontento. Aunque breve, para lo mucho que habría que decir, digo bastante, y, a pesar de lo mucho que otros han dicho, tengo la impresión de que hay algo original y nuevo.

Algunos de los versos que también hice para el *Fausto* no han perdido todo el chiste del original.

Ahí va una muestra:

CANCION DE BRANDER

EN LA TABERNA DE AUERBACH

Un atrevido ratón
en la despensa habitaba,
y de queso se atracaba,

de tocino y de jamón.
Con vivir tan placentero,
entre el queso y el tocino,
gordo se puso el indino,
como el gran Martín Lutero.
Mas logró la cocinera
que comiese rejalgar,
y dió el ratón en brincar,
cual si en el cuerpo tuviera,
¡oh, qué dolor!,
al propio Amor.

CORO

¡Oh, qué dolor!,
al propio Amor.

BRANDER

Corriendo con furia loca
en todas partes bebía;
en balde apagar ansía
el ardor que le sofoca.
Roe cuanto mira en casa;
no hay lugar en que no entre,
imagina que en el vientre
lleva un carbón hecho brasa.
Pero inútil considera
tanta agitación al cabo,
y triste se muerde el rabo,
cual si en el cuerpo tuviera,
¡oh, qué dolor!,
al propio Amor.

CORO

¡Oh, qué dolor!,
al propio Amor.

BRANDER

En su horrible malestar,
yendo al fin a la cocina,
moribundo se reclina
el ratón junto al hogar.
Y bufa y gruñe y deplora
tanto su mal el ratón,

que es de bronce el corazón
de quien le escucha y no llora.
Mas ríe la cocinera
y sin compasión le mira,
y él a sus plantas expira
cual si en el cuerpo tuviera,
¡oh, qué dolor!,
al propio Amor.

CANCIÓN DE MEFISTOFELES

EN LA TABERNA

Erase un rey que tenía
una pulga colosal,
y más que a su hijo quería
a tan extraño animal.
Hizo que el sastre viniera
y que al bicho seductor
de terciopelo vistiera
chupa y calzas con primor.
El bicho, bien adornado,
bandas y cruces lució,
y del rey encaprichado
ser el ministro logró.
A la corte sus parientes
todos llegaron a ir,
y libre ya de sus dientes
nadie podía vivir.
Medran las pulgas picando
a cuantas personas ven,
y hasta a la reina aquel bando
chupa la sangre también.
Los cortesanos acuerdan
regias pulgas aguantar;
mas nosotros, cuando muerdan,
las debemos estrujar.

CORO

Mas nosotros, cuando muerdan,
las debemos estrujar.

LA SERENATA DE MEFISTOFELES

Al indeciso fulgor
con que ya la aurora brilla,
¿qué intentas, Catalinilla,
a la puerta de tu amor?
No te fíes y desdeña
falso ruego,
que entrarás doncella y luego
saldrás dueña.
Niñas, vivid con recato.
—Ya es tarde. ¿Qué se ha de hacer?
—Más precauciones tener.
Que nunca al galán ingrato
diga el corazón sencillo:
«Te amo y cedo»,
si antes no os pone en el dedo
el anillo.

Mi estudio crítico tiene 142 cuartillas del tamaño de las que contienen la historia del ratón.

Nada de *Los Persas*. *Doña Luz*, parada en el capítulo XIII, escrito ya.

Un cuento que prometí a Abelardo de Carlos no me sale, y esto me desespera, pues temo que el tal Abelardo se me pique. Mis «tentativas dramáticas» en suspenso también. Están impresas *La venganza de Atahualpa*, *Lo mejor del tesoro* y *Asclepigenia*, pero todo ello no hace más de 160 páginas y deseo llegar siquiera a 250, sin contar con el prólogo.

Será necesario inventar otras dos obrillas dialogadas y escribirlas en verso o prosa. Entretanto los de Barcelona [36], los de la *Historia de España*, se desesperan y casi me maldicen y tienen razón, pero todo se andará. Esto tiene, amigo mío, haber sido un paseante y un vago cuando mozo, que ahora, cuando viejo, desea uno escribir, y falta tiempo, salud y brío.

Bien hace usted en no perder el tiempo. Así se llega. Sin embargo, usted peca algo, por lo contrario que yo pequé cuando tenía su edad. Es menester que usted se solace un poco. Cuando venga usted a Madrid y pasen las oposiciones, conviene lanzarse algo y bañarse en las

corrientes de la vida. Diré a usted con Fausto, ya que traigo a Fausto entre manos:

Af, bade Schüler, unverdrossenn
die ird'sche Brust in Morgenroth.

También yo ahora, en otro sentido, debiera hacer lo mismo, porque me acuesto a las cuatro o las cinco de la madrugada y me levanto a las doce o la una de la tarde, y no veo jamás los arreboles del alba.

La «Biblioteca de Filósofos españoles» me parece bien, y animaré a Perojo para que no desista de su idea. Trabajaré lo que pueda en ello, aunque usted basta. Desde luego, digo que el medio de engolosinar a las gentes no es sólo publicar los filósofos serios, sino también los jocosos.

Una edición de *El ente dilucidado* [37] se vendería. También se venderían los místicos. *Las tres vidas del hombre*, del iluminado y estático Fray Miguel de la Fuente [38], debe de ser ya obra rara. ¿Por qué no publicarla?

Ya ve usted que yo hablo en esto sin pasión. Paso por poco piadoso, y ahora tengo contraído el compromiso de escribir un estudio sobre Voltaire, para la edición de sus obras traducidas que Perojo empieza a publicar con las novelas—traducción de Marchena—. Ya corregí las pruebas tipográficas de los apuntes biográficos sobre éste, suministrados por usted, y que irán anónimos en el primer tomo, ya impreso, de las novelas susodichas.

La Dirección de I. Pública nada me ha enviado aún de expedientes.

Yo saldré de aquí el sábado 31. Estaré en Biarritz el 1.º de septiembre. Me quedaré en Francia hasta el 20 de octubre. Escríbame usted a Biarritz, Maison Lassalle. River Champs Lacombre.

Adiós, y créame su afmo.,

J. Valera.

Biarritz, 6 de septiembre (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: El 1.º del mes llegué a este lugar, que está muy concurrido y animado este año. He tenido

el gusto de hallar bien de salud a mi mujer y a mis hijos.

Nada he hecho de literatura, y admiro y envidio la actividad de usted, que sin cesar trabaja y produce.

Mi propósito era seguir aquí y hasta concluir, si fuese posible, la novela de *Doña Luz;* pero me temo que, si no cambio de vida, salga dicho propósito huero.

Para hacer algo de *Los Persas*, ni siquiera he traido los *utensilios* necesarios. En esto no hay que pensar.

Mucho deseo oir a usted su *Prometeo*. Su buen éxito, de que no dudo, me servirá de estímulo.

Siento no tener los versos que canta Margarita hilando, traducidos por mí. Me parece que han salido bien. De la canción del rey de Tule no estoy satisfecho. Lo que sí me parece que ha de gustar es el estudio crítico del *Fausto*, que deseo se publique y que se publicará pronto.

Tengo ganas de ir a París por diez días siquiera, para ver algo de la Exposición; pero temo ir con poco dinero. Con poco dinero, París es el suplicio de Tántalo. Esto me hace vacilar, y aun no sé si iré o no iré. Por lo pronto me pasaré en Biarritz todo septiembre, salvo pequeñas excursiones. Mañana, por ejemplo, pienso ir—¿qué se diría si yo no fuese?—a visitar en San Juan de Luz a nuestro *leader* Sagasta [39].

Cuando escriba usted a Laverde dele mil cariñosas expresiones mías.

Usted créame siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

Biarritz, 13 de septiembre (1878).

Mi querido amigo Menéndez y Pelayo: Veo por su grata carta del 11 la gana que tienen usted y Milá de que empiecen las oposiciones. Siento que por culpa mía haya demora y, a fin de que no sea larga, encargo a usted y hasta le ruego que escriba o haga que alguno de los Pidales hable a Cárdenas a fin de que la convocatoria aparezca en la *Gaceta* en los primeros días de octubre. Yo estaré en Madrid, Dios mediante, del 20 al 25 de dicho mes. Y si es menester que esté allí en un día fijo, estaré el 20. El 21 o el 22 podemos constituir el Tribunal. Contando

con esto se pueden hacer las citas convenientes e indispensables.

Aquí no hago nada más que pasearme y divertirme poco; pero mi mujer no quiere dejarme ir. Tengo, no obstante, ganas de irme, y contando con quince días que deseo pasar en París, calculo, como he dicho, que el 20 podré hallarme en Madrid de vuelta.

Repito que aquí se pierde el tiempo miserablemente. Ya llevo aquí doce días y no he escrito una cuartilla.

Apenas si es posible escribir aquí una carta.

Mil expresiones cariñosas a Laverde cuando usted le escriba.

Adiós. Créame su afmo.,

J. VALERA.

Santander, 28 de septiembre de 1878.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy estimado amigo: Hace ocho o diez días que no sé de usted, y recelo que mi última o la respuesta de usted se hayan quedado por esos caminos. Le decía, entre otras cosas, que para hacer que las oposiciones pudieran empezar el 22 o 23 de octubre, convenía que usted encargase a la Dirección de I. Públ., o al Negociado correspondiente, que pusieran el anuncio en la *Gaceta* de los primeros días del mes, porque, según el Reglamento, han de darse quince días de plazo a opositores y jueces para reunirse. Esto aparte de los dos o tres días que tarde en constituirse el Tribunal. La convocatoria ha de ir a nombre de usted, como presidente.

No sé si habrá visto usted en Biarritz a un amigo y paisano mío, D. Casimiro del Collado [40], opulentísimo capitalista en Méjico y, lo que hace más al caso, elegante poeta y de muy buen gusto en todo. Está ahí con su mujer y su hija. Pensé darle una carta o una tarjeta para que él saludara a usted de mi parte, pero no se la di porque no pude ir a despedirle, y después no se la he enviado, porque no recuerdo sus señas. Y en verdad que lo siento, porque me mostró deseos de conocer personalmente a

usted, a quien conocía y admiraba desde aquellas lejanas y desgobernadas tierras, por la lectura de sus obras.

De lo demás, nada. Acabé el segundo tomo de *Herejías en España*, y no quiero poner mano en el tercero hasta salir de este embolismo de las oposiciones. Algún rato me entretengo en copiar el *Prometeo*, que en los primeros borradores está casi ilegible, y suavizar un poco sus asperezas. Tengo ganas de que nos veamos, para hablar de Esquilo, cuya traducción no debe dejarse de la mano, pues pienso que nos dará toda la honra y provecho que pueden dar estas cosas en España, aunque mis zurcidos parezcan mal junto a la tela de usted. Si usted trabaja por su parte, yo doy palabra de traducir para principios de año las otras dos tragedias que me corresponden y lo que me toque de las *Euménides*, si convenimos en que esta última vaya por partes iguales.

Sabe usted lo que le admira y le quiere su afmo.,

M. Menéndez y Pelayo.

Madrid, 29 de septiembre (1878).

Mi querido amigo Menéndez: Ayer llegué a esta heroica villa, pero tan molido y mal de salud que me metí en la cama, donde he estado hasta ahora—son las once del día—. No he perdido del todo el tiempo; no todo ha sido dormir. En la cama he leído su programa de usted, que me hallé aquí con los demás papeles de usted y de los otros tres opositores. También he hojeado algo de los otros programas. Mañana iré a Fomento para activar el pronto comienzo de las oposiciones, que deseo que sean cuanto antes. Ya no puede haber más dilación sino la de los trámites que la ley exige o alguna enfermedad de que Dios nos libre. Y digo esto porque no las tengo todas conmigo. Me hallo bastante asendereado; pero, en fin, Dios es grande y me dará la actividad y salud que necesito, porque tengo mil quehaceres y compromisos de que deseo salir siquiera medianamente.

Adiós. Créame su afmo. amigo,

J. Valera.

Madrid, 23 de diciembre (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Deseo que haya usted tenido feliz viaje y que lo pase bien por ahí. Yo estoy bueno, pero muy flojo y premioso. No hago nada, y esto me desespera.

Sánchez Moguel vino a verme. Ya hablé con el director de Instrucción pública, empeñándome con ahinco en que la cátedra de Zaragoza salga a oposición. Hay dificultades grandísimas, y dudo que logre vencerlas. El director, no obstante, mostró el mejor deseo.

Mucha gana tengo de poder decir a usted: «Ya están traducidos *Los Persas*»; pero estoy días ha que no valgo para nada. Hasta *Doña Luz* va a resentirse mucho de esta postración de mi espíritu.

Si no ha leído usted los diez capítulos que van escritos, le ruego los lea y me diga su opinión franca. Van publicados siete capítulos, en los números 71 y 73 de la *Revista Contemporánea*, y los capítulos VIII, IX y X saldrán en el número 74.

Adiós. Usted, que es más activo que yo, debe traducir *Los Siete sobre Tebas*. A ver si los trae traducidos cuando vuelva por aquí.

Créame usted su afmo.,

J. Valera.

Madrid, 30 de diciembre (1878).

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Acabo de recibir su grata carta del 29, a la que contesto, deseando a usted felicísimo Año Nuevo.

Sigo bien, pero sin poder sacudir la pereza y cobrar fecunda actividad, como deseo, para dar cima a muchos trabajos, entre ellos mi discurso de entrada en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que estoy avergonzadísimo de no haber escrito. Usted me ha dado materiales para escribirle, pero todavía he de abusar más de

la bondad de usted, para que me dé más auxilio en esta empresa, cuando usted por aquí venga.

Nada he hecho de *Los Persas*. Las alabanzas que usted me transmite del Obispo de Tamaulipas [41] me lisonjean y me alientan sobremanera. Ganas tengo de escribir a dicho señor, dándole gracias.

He hablado con grandísimo interés sobre lo de Sánchez Moguel, primero a Cárdenas, y a Cánovas luego. Si no se nos logra, no será culpa mía.

El estado deplorable de mis negocios en Villabermeja, donde mi Respetilla me roba de un modo inicuo, me obligará, sin duda, a ir por allí, a ver si pongo en aquello algún orden. Si voy, será para el 8 de este próximo enero; de suerte que podré ver a usted en Madrid antes de partir.

Mi estancia en Villabermeja y en Cabra no pasará de quince o veinte días.

Adiós... ¿Qué es de Laverde y cómo está? Cariñosas expresiones mías cuando usted le escriba. Déselas usted también a su padre, y créame su buen amigo,

J. Valera.

Madrid, 18 abril (1879.)

Mi querido amigo D. Marcelino: Ahí va un ejemplar de *Doña Luz* para usted. No quiero y quiero—*vorrei e non vorrei*—que diga usted algo con su firma en los periódicos *santos*. No quiero, para que no murmuren que hemos hecho alianza para elogios mutuos.

Pero le suplico, a fin de que el libro se venda, que haga que en dichos periódicos *santos* hablen de él con benevolencia, si pueden, y si no, con malevolencia, aunque sólo sea para meter ruido.

Créame usted su afmo. amigo,

J. Valera.

Madrid, 17 de julio (1879).

Mi querido amigo D. Marcelino: Aunque usted no me ha escrito ni una palabra, supongo y deseo que su llegada a la Sidón ibera haya sido feliz. Aquí me tiene usted aun,

a fin de poder trabajar con reposo, pero con los muchos calores no hago nada, y pienso irme pronto a Biarritz; lo más tarde para fin de este mes.

Con el intento de dar para el «Almanaque» de *La Ilustración* de 1880 un cuentecillo que compitiese con el «Bermejino prehistórico», he empezado a escribir uno, titulado «Zarina», pero va adquiriendo tales dimensiones que no será a propósito para el «Almanaque». Llevo escritos sólo cuatro capítulos, de los doce o diez y seis que ha de tener, y están ya emborronadas cincuenta cuartillas. *Zarina*, pues, va a ser una novela tan larga como *Pepita Jiménez*. De modo que, a más de salir a pedazos en alguna revista, podrá publicarse en un tomito; de ninguna manera en el «Almanaque».

Para el «Almanaque» habrá otra cosa; pero no me sale. Estoy muy premioso. Esto no obstante, yo soy tan *exorable* que no sé decir que no. Siempre que me piden algo, digo que sí. Si después no lo cumplo, es porque no puedo.

Dejándome llevar de esta benigna, indulgente y generosa condición mía, y dispense usted que me alabe, he concertado con los señores editores de Barcelona, Montaner y Simón, con quienes tengo ya el compromiso de la *Historia de España*—de 1843 a 1874—, otro compromiso nuevo, aunque éste más conforme con mis gustos, estudios y aficiones.

Mi conceder ha sido en principio, de suerte que de dinero, ventajas y demás condiciones nada hay tratado.

Los Sres. Montaner y Simón, a quienes va en grande con las ediciones de obras inmensas y de lujo, me hicieron una consulta: si les tendría cuenta hacer una nueva traducción de la *Historia Universal* de César Cantú. Yo contesté que no tendría ya novedad; que hallar *Historia Universal* completa que compitiese con la de Cantú era difícil, y que escribirla era imposible, sobre todo de priesa, como ellos quieren. Díjeles, no obstante, que no era difícil publicar una *Historia Universal* que tuviese novedad, en España al menos, componiéndola con distintas obras maestras enlazadas. Hasta les di el plan que había que seguir hasta la venida de Cristo; díjeles, en resumen, que habían de seguir este orden: 1.º, traducción de *La Terre et l'homme*

ou aperçu historique de Geologie, de Geographie et de Ethnographie générales pour servir de introduction a l'Histoire Universelle de Alfred Maury, membre de l'Institut; 2.º, traducción de la *Cronologie Universelle* de Dreyess; 3.º, traducción del *Manual* de Lenormant, del Duncker o de Rawlinson para la historia de Oriente hasta Ciro; 4.º, Curtius o Grote para Grecia; 6.º, Momsem para Roma. Claro está que esto necesitaría algún trabajo y arte para enlazar, completar y uniformar, y esta sería mi misión [42].

En cuanto a lo moderno, no oculté yo las dificultades. El plan es fácil de hallar, y yo le di; pero, ¿dónde hallar, cómo hacer la elección de las obras que realicen el plan, sin mucho arreglo? El plan era: 1.º, Historia del Imperio romano y de los orígenes, propagación y triunfo del Cristianismo hasta la caída del Imperio de Occidente; 2.º, Edad Media; 3.º, Edad Moderna hasta la Revolución primera de Francia; 4.º, Edad Novísima, y 5.º, una Historia del desenvolvimiento intelectual en Europa, esto es, una Historia de la Filosofía, de las Ciencias, de las Letras y de las Artes, más extensa que la de Draper [43] que lleva casi el mismo título, y animada de un espíritu cristiano, o al menos espiritualista y razonable. Toda la obra iría precedida de una magna introducción mía, y esta parte sexta—de la Historia Moderna—había de ser original, para que se viese dicho desenvolvimiento, desde el punto de vista español, sin vanidad ridícula de nuestra parte, pero sin desconocer nuestras glorias patrias, y había de ser obra escrita por usted, o solo o con mi colaboración. Los Sres. Montaner y Simón han hallado este plan, aunque dado a medias, muy de su gusto, y ya han mandado ir preparando materiales, traduciendo la obra de Maury.

Yo quedé en escribir a usted sobre el particular, como lo hago. Dígame usted qué le parece de todo esto; se entiende que en principio. Ya hay tiempo de entrar en pormenores.

Nada, por mi parte, de traducción de Esquilo. ¿Usted habrá hecho algo?

Adiós. La marquesa de Aranda se fué a veranear. La de Heredia se irá mañana a Galicia. Créame su amigo,

J. Valera.

Contésteme a Madrid, mientras yo no le avise que me voy a otro punto.

Santander, 20 de julio de 1879.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo: Para escribir a usted esperaba tener concluída la traducción de *Los Siete sobre Tebas*. Ayer tarde la he acabado. De algunas cosas no quedo descontento, dadas las dificultades que siempre presenta Esquilo.

Tenemos ya dos tragedias. Si usted traduce pronto *Los Persas* y yo las *Suplicantes*, podremos hincar luego el diente a la trilogía, que entre los dos pronto queda traducida. Anímese usted. El Obispo de Tamaulipas me exhorta en todas sus cartas a no dejar este trabajo de las manos. El, por su parte, está traduciendo a Píndaro. Hay que difundir, por medio de traducciones poéticas, el buen gusto clásico en España, que hasta ahora ha estado atenida a los latinos y a alguno que otro poeta griego de los *menores*—v. gr., Anacreonte—, y de más fácil inteligencia.

Esa *Zarina* saldrá sin duda tan amena y deleitable como todas las novelas de usted, pero no me olvide usted por ella al viejo Esquilo. Usted lo puede hacer todo sin gran fatiga.

Paréceme muy bien el plan de esa nueva *Historia Universal* o *Mar de Historias*, y en principio le acepto. Veremos qué condiciones ponen. Si son aceptables, como creo—porque la Casa de Montaner es rica—, trabajaré mi parte con mucho gusto, siquiera por ver mi nombre al lado del de usted. El plan está bien ideado, y si se atreven a dar íntegro el *Grote* para Grecia, harán buen servicio. De los *Manuales* de Historia de Oriente, el que me parece más oportuno es el Lenormant, porque el Duncker se tradujo ya, y se publicó en Madrid, en estos últimos años, y además porque Lenormant es muy claro y metódico. Deben buscar buenos traductores para que salga una cosa decente y no una chapucería [44].

¿Cómo arreglar lo moderno, quiero decir, desde el Cristianismo acá? Para la Historia de la primitiva Iglesia, puede servir el *Manual* de Dollingen, escrito cuando todavía era católico el autor, y por ningún concepto sospechoso. Para una parte de la Historia del Imperio Romano

puede servir la obra de Broglie *La Iglesia y el Imperio Romano en el siglo IV*. Después hay una parte del Gibbon que no ha envejecido, y con él y Papparigopoulos podrá arreglarse el *Bajo Imperio*. La Edad Media latina es un laberinto, y no hay libro que la abrace toda. Para Roma hasta el Renacimiento sirve el Gregorovius, que en noticias parece lo último, aunque los juicios no me gustan. Por fortuna, narra más que reflexiona. Dollinger tiene una *Historia de la Reforma*—escrita en su primera época—que quizá convenga publicar con preferencia a otras.

De Ranke se puede aprovechar mucho, y así de otra infinidad de libros [45].

Lo difícil es dar unidad a todas estas partes, de modo que formen algo sistemático, y no un tejido de contradicciones y repeticiones.

La Historia del desarrollo intelectual de Europa puede ofrecer mucha novedad desde nuestro punto de vista. Hallan habla poco de los españoles, pero Draper y los positivistas no se acuerdan de nosotros más que para decirnos improperios.

Otro día puede que se me ocurran más cosas. Lo difícil es lo moderno. ¿Cómo encontrar—ya que no hay historia general—historias particulares de Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y España misma, que sin ser demasiado voluminosas tampoco se reduzcan a índices descarnados o a vagas consideraciones? *Tu videbis*.

Sigo con mi *Historia de los Herejes*. Ahora estoy tratando de las relaciones de los españoles con Erasmo.

Muchos recuerdos a todos los amigos. Téngame usted por su verdadero amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

Madrid, 23 de julio (1879).

Sr. D. M. Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Con mucho gusto he recibido la carta de usted, del 20, que me trae buenas nuevas de su salud y la sorpresa, que me inspira contento y envidia a la vez, de que ha terminado usted la traducción de *Los Siete sobre Tebas*. Haga el cielo que esta envidia me sirva

de estímulo para hacer la traducción de *Los Persas*, por lo menos.

Zarina va despacio. Yo estoy ahora premioso, y temo estropear el asunto. En fin, allá veremos. Entretanto, salga como salga, necesito hacer otro cuento más corto para el «Almanaque» de *La Ilustración* de 1880. Si no se me ocurre cuento, he pensado en un diálogo, al modo de *Asclepigenia*, si bien algo más serio. He pensado en Sakiamuni y su mujer en el momento que él se separa de ella para meterse a redentor y fraile.

El Dr. Lauser, con quien sigo correspondencia, aplaude nuestro proyecto de traducir a Esquilo, y me recomienda la traducción alemana de Donner, que califica de maravillosa.

Cuanto expone usted acerca de la *Historia Universal* me parece atinado. Muchos párrafos de la carta de usted los envío en copia a los editores, a fin de que vean que coincidimos en apreciar las dificultades que se presentan, especialmente para lo *sucedido* de Cristo acá. Pero ya venceremos estas dificultades. Lo que más importa es que usted vaya preparándose para la Historia del desenvolvimiento intelectual. Esa ha de ser la joya del libro. De lo que han de pagar los editores ya hablaremos. Por lo pronto yo les digo, como cosa ya decidida, que hagan traducir, por buenos traductores, el Maury, el Dreyss —cronología— y el *Manual* de Lenormant. Sobre lo demás ya iremos resolviendo. Ellos quieren que la publicación empiece pronto.

Dentro de cinco días, a más tardar, me iré a Biarritz. Escríbame usted allí. Mis señas: Rue Miramar. Maison Moulis.

Ando en correspondencia con algunos doctores tudescos y *savants* gabachos que empiezan a aficionarse a nuestros autores contemporáneos. A Lauser envío con esta fecha un ejemplar de *Horacio en España*.

Me ha salido en Tours una apasionada literaria que me pide permiso para traducir en francés *El Comendador Mendoza*. Yo he tenido que negarme, por haber otorgado ya dicho permiso a un Sr. D. Alberto Savine [46], que vive en París. Por las cartas de este señor entreveo que es legitimista, clerical, ultramontano o cosa por el estilo. Es

singular esta afición que me toman los *neos*. ¿Si seré yo semi *neo* sin haber caído en ello?

Supongo que D. Amós Escalante [47] estará por ahí. Si usted le ve, dele memorias cariñosas mías.

Adiós. Escríbame. Mil dichas con Epicaris, y créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Santander, 26 de julio de 1879.

Sr. D. Juan Valera.

Mi querido amigo: Supongo a usted ya en Biarritz, y allá le escribo. No he vuelto a hacer nada de Esquilo, pero quizá no se acabe esta temporada sin que traduzca yo otra tragedia. Ahora ando metido hasta los codos en esto de las *herejías*.

Buen pensamiento es el de hacer un diálogo de Buda y su mujer. Llamará la atención, por lo raro y peregrino del asunto y por la *trascendencia* filosófica que usted acertará a darle. Con ser yo poco afecto a estas cosas del extremo Oriente, me parece bien la idea de usted, y creo que la ejecución me ha de parecer todavía mejor.

En la *Historia Universal* he vuelto a pensar algo, y no acabo de atinar con los libros que puedan utilizarse para la parte moderna. O son estudios sueltos, monografías o trabajos de compilación los que existen. Ni unos ni otros sirven para el propósito. El proceder por naciones, dando una Historia de Francia, otra de España, etc., sería absurdo y anticientífico y no merecería llamarse *Historia Universal*, sino *Mar de Historias*. La historia antigua es tan artística, y en ella se eslabonan de tal modo los imperios, repúblicas, razas y dinastías, que sin trabajo puede resultar una historia completa de cinco o seis historias parciales. Pero la Edad Media y la Moderna son un caos, y el modo de no entenderse nunca sería proceder por método etnográfico o topográfico.

Para la Historia del desarrollo intelectual podemos combinar dos métodos: el cronológico y el de clasificación de las ciencias. Verbigracia: *Filosofía del Renacimiento*. Escuela platónica de Florencia, Peripatéticos alejandris-

tas, Peripatéticos averroístas, Reformadores del método y de la lógica—Vives, Pedro Ramus, etc.—, Reformadores de la Filosofía natural, Escépticos, Panteístas, Teósofos, etc., etc. Reacción escolástica—Vitoria, Melchor Cano, Vázquez, Suárez, etc., etc.—. Progresos del Derecho natural y de gentes [48].

Et sic de cæteris. Y en cada sección y gráfico poner juntos, según las internas relaciones de su doctrina, a italianos, españoles, franceses, tudescos, etc., etc., como si formasen una sola familia. ¿Le parece a usted bien este plan?

En la Historia de la Literatura y del Arte puede haber ya una división subordinada por naciones. Verbigracia: *El Teatro en el siglo XVI*. En Italia, en España, en Inglaterra, etc., notando las influencias de cada uno de ellos en los demás.

Morel-Fatio [49] ha publicado, en la «Bibliothèque de l'Ecole de Chartes», un artículo extenso y curioso sobre mi *Arnaldo de Vilanova*.

Don Amós Escalante me da recuerdos para usted.

Créame usted su afmo. amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

Biarritz, 3 de agosto (1879).

Mi querido amigo D. Marcelino: Anteayer llegué aquí, donde he recibido la carta de usted del 26 de julio y tenido el gusto de hallar bien de salud a mi mujer e hijos. Esto está muy animado y concurrido, y aquí es punto menos que imposible hacer nada de provecho. Por fortuna, antes de salir de Madrid dejé escrito y entregado a A. de Carlos, para su «Almanaque», el diálogo titulado «Gopa», que así se llamaba la mujer del príncipe Sidarta que después fué Sakiamuni y por último Buda. No sé qué efecto hará en los lectores mi extrañísimo diálogo; pero, en fin, ya está escrito. Lo que anda muy retrasado es el cuento de *Zarina*. Llevo cincuenta cuartillas, y me parece que deberá de tener entre doscientas y trescientas. Veremos si aquí le concluyo.

Sobre la *Historia Universal* ya pensaremos en Madrid. Por lo pronto, están ya traduciendo las tres obras pri-

meras: Maury, *La Terre et l'homme;* Dreyss, *Geografía*, y Lenormant. Después veremos si es la *Historia de Grecia* de Curtius o la de Grote la que importa traducir, y, si es esta última, si será mejor extractarla. Las dificultades están desde Cristo acá, pero las allanaremos.

No he querido retardar por más tiempo mi contestación a su última carta de usted, y por eso lo hago hoy, aunque a escape.

Los Sres. Montaner y Simón están contentísimos de su colaboración de usted y del buen éxito que esperan de la Historia del desenvolvimiento.

Veo que va usted de priesa en la traducción de Esquilo. Casi, casi, creo que será lo mejor que usted lo traduzca todo y que, si acaso, quede para mí—a fin de que yo tenga el gusto de poner algo—el escribir la introducción o discurso preliminar.

Dé usted de mi parte muy cariñosas expresiones a D. Amós Escalante. Escríbame y créame su afmo.,

J. Valera.

Biarritz, 27 de agosto (1879).

Mi querido amigo D. Marcelino: Días ha que recibí la carta de usted del 16, pero la pereza se ha apoderado aquí de mi persona tan por completo que ni para escribir una carta sirvo. No crea usted que me paseo ni me divierto mucho. El tiempo se me pasa no sé cómo. Algo leo. Esto es lo único que hago de provecho.

Entre los libros que he leído se cuenta la novela de Pérez Galdós titulada *La familia de León Roch*. Nada de Pérez Galdós había yo leído hasta ahora, no sólo por desidia, sino por ese extraño recelo que solemos tener los españoles, hasta los más amantes de la patria, entre quienes me cuento, de que va a ser una tontería o un reflejo contrahecho de literatura de otros países todo libro nuevo español que leamos. Como autor yo también de novelas, tenía miedo de encontrar malas las de Pérez Galdós, pues no hubiera sabido callármelo, y hubiera parecido a muchos mi censura nacida de la envidia.

Por fortuna, *La familia de León Roch* me ha parecido

inmensamente mejor de lo que yo me figuraba. El autor, a vueltas de grandes defectos, tiene prendas de verdadero valor. No es muy *cursi*, aunque apenas conoce la sociedad elegante que describe; tiene más saber del que yo me imaginaba; y aunque imita a Dickens y a otros autores, lo hace como se debe, poniendo en lo imitado el sello propio, y no copiando desmañadamente. Algo ha satisfecho mi vanidad, si no es engaño de mi vanidad misma, el notar yo, en esta novela que he leído, el influjo y como la huella de las mías. León Roch y María Egipcíaca, aunque son distintas criaturas, son hijos espirituales de doña Blanca y del Comendador Mendoza, salvo que los míos se emplean más en sus negocios que en probar una tesis con los propios actos de su vida, por donde los míos son más reales y humanos. Pero este mismo empeño de probar tesis, que engendra, a mi ver, no pocos defectos, es el fundamento en gran parte de la extraordinaria popularidad de Pérez Galdós. En él hay una calidad que da calor y brío e inspiración, que a mí me falta: el espíritu de partido. Mi benignidad hace que yo reprenda poco; yo tengo la manga ancha. Pérez Galdós es un Catón censorino. En nombre de su moral, absoluta y filosófica, echa terribles sermones a sus personajes. Por lo demás, yo creo que Pérez Galdós es un novelista de mérito. En el estilo hay, no obstante, sobre todo en los diálogos, una desarmonía que nace del prurito de parecer natural. A lo mejor, hasta en los momentos de más pasión y de más elevado estilo en los discursos de sus personajes, ingiere palabras bajas y feas, de puro familiares; lo cual podrá ocurrir, pero no es arte todo lo que ocurre. El lenguaje es fácil, y a veces rico, si bien con algunos galicismos, y aun con faltas de gramática de las que más me cargan, como, por ejemplo, usar el dativo del plural, del pronombre relativo masculino, en lugar del acusativo, diciendo comerles, amarles, dominarles, en lugar de comerlos, amarlos, dominarlos. También me carga tanto *afrontar* en lugar de *arrostrar*, que es como yo digo. Hay menudencias que, para el que sabe algo, destruyen la ilusión artística.

Convertir un apellido alemán ilustre, llevado por una familia que vive aún y que tiene casa en Augsburgo, en

apellido de un español castizo y dársele a la heroína del cuento, porque es hija de un banquero español, no me hace gracia. ¿Por qué Pepa no había de llamarse Pepa Fernández o Pepa Gómez y no Pepa Fúcar? Dejemos ya a Pérez Galdós, que me voy poniendo pesado.

Otra novela que he leído aquí, que me ha descorazonado para seguir mi *Zarina*. Es una novela alemana, su autor, Jorge Ebberss, titulada [50] *La hija de Faraón*. Está escrita con mucho talento y fantasía; inspira el mayor interés, y es un prodigio de erudición. La flor de la poesía nace allí del conocimiento de los clásicos griegos, de la egiptología, de las escrituras cuneiformes, del *Zend-Avesta* y de cuanto se ha escrito en estos últimos tiempos sobre el antiguo Oriente. El novelista es, además, un anticuario, y tiene, sin duda, un museo en su casa y ha visitado todos los museos y no pocos de los sitios donde su novela pasa. Por esto me he descorazonado y no he escrito una sola cuartilla de *Zarina*.

Otro libro que también he leído y me ha excitado a escribir un artículo, si bien el escribirle se quedó en propósito, es uno de Víctor de Laprade [51]: *El sentimiento de la Naturaleza antes del Cristianismo y entre los modernos*.

Es, desde dicho punto, una historia crítica a grandes rasgos, de toda poesía. Es también como una Estética. Y aunque en mucho estoy conforme, sobre todo en que es poeta el estético y en que escribe como poeta, discrepo en no poco y anhelo contradecir.

Asimismo anhelo completar, pues Víctor de Laprade habla mucho y bien de griegos, latinos, indios, antiguos persas, alemanes, franceses, y a los italianos y españoles más aún, apenas nos tiene en cuenta.

Me alegro en el alma de ver la actividad de usted.

Vaya usted preparándose para la «Historia del desenvolvimiento intelectual».

Pensé ir a París a pasar una temporada y luego a una quinta que tiene mi hermana en un lugar de Normandía, pero he desistido por razones largas de poner aquí. Me quedaré, pues, en Biarritz hasta el 15 de septiembre. Entonces me volveré a los Madriles.

Adiós. Consérvese bueno. Mi carta no pide ni necesita contestación. Escríbame sólo cuando tenga humor de es-

cribirme, seguro de que me agradan mucho sus cartas. Cariñosas expresiones a D. Amós Escalante. Si tiene usted de sobra o sin que le haga mucha falta un ejemplar de su *Epístola eucarística a los santanderinos* [52], envíemela aquí.

Créame siempre su amigo, J. VALERA.

Santander, 8 de septiembre de 1879.

Sr. D. Juan Valera.

Mi querido amigo: Días ha que recibí su grata del 27. Estoy conforme con todo lo que dice usted de Pérez Galdós, aunque soy menos indulgente que usted para los novelistas que se proponen demostrar tesis y enturbiar la limpieza del arte con propósitos segundos y de propaganda, y más si son tan aviesos y malnacidos como los de Galdós, hombre de indisputable talento, pero echado a perder por la clerofobia progresista de *bas étage*. Y aunque esto me desagrada tanto, no es sólo por lo herético y torcido, sino por lo feo y antiestético. No puedo ver las novelas cortadas por largos sermones; v. gr., las de Fernán Caballero [53], con ser de mi devoción.

Usted ha sabido librarse de esa manía de probar y demostrar que ahora aqueja a todos, y por eso vivirán las novelas de usted, al paso que de las de Galdós sólo quedará lo que realmente es literario y no obra de secta y partido, con ser esto último lo que más contribuye a la boga y favor presente. De igual manera, los críticos venideros no han de encomiar a usted por las tendencias *naturalistas* y antimísticas, si es que las tiene—que no lo creo—, sino por haber presentado en sus novelas con arte, vida y discreción la realidad humana y las costumbres nacionales.

Mucho deseo que usted escriba sobre el sentimiento de la Naturaleza en el arte, aplicando la doctrina a las dos literaturas meridionales, italiana y española. Es materia para más de un artículo y en que pueden decirse muy buenas cosas de crítica y de estética.

Siempre están ponderando los septentrionales, y con ellos los franceses, la ventaja de sus literaturas sobre las clásicas o de la estirpe clásica en este punto. Yo creo

que la diferencia está en que el arte clásico y el de sus verdaderos imitadores describe y traduce la impresión de la Naturaleza con uno o pocos rasgos, pero enérgicos y vivos; sobriedad que produce más efecto que los menudos detalles y las largas y morosas contemplaciones a que se entregan los del Norte, en su vaga, sentimental y pan teística adoración a la Naturaleza.

Cuando nos veamos en Madrid leeré a usted *Los Siete sobre Tebas.*

Saldré para aquella Corte el lunes próximo, 14 de septiembre.

La impresión de la *heterodoxia* va adelantando. Creo que para noviembre estará corriente el primer tomo.

Sabe usted que es suyo verdadero amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

Recuerdos de Amós Escalante.

Envío a usted la *Epístola.*

Doña Mencía, 10 de octubre (1879).

Mi querido amigo D. Marcelino: Aquí me tiene usted que puedo decir con Longo, a quien sigo traduciendo:

Ἤδη δὲ τῆς ὀπώρας ἀκμαζούσης καὶ ἐπείγοντος τοῦ τρυγητοῦ, περὶ ἣν κατὰ τοὺς ἀγροὺς ἐν ἔργῳ.

Estamos en plena vendimia, tengo dos lagares en movimiento y voy llenando bastantes tinajas. Es probable que siga yo por aquí hasta fines de este mes. Por la noche hay en casa tertulia de bermejinos: de nueve a doce jugamos al tresillo, y hacia lo último, echamos un trago de aguardiente de anís doble. No impide todo esto que trabaje y no poco en cosas literarias. Como he dicho, sigo traduciendo a *Dafnis y Cloe.*

Como entiendo que no sale mal, me decido a ejercer el oficio de traductor y voy a ver si, al cabo, la emprendo con Esquilo.

Quiero llevar de aquí algo hecho.

Usted tiene ya traducidos el *Prometeo* y *Los Siete sobre Tebas.* Traduzca usted también *Las Suplicantes.* Si usted

no lo repugna, haré yo la trilogía, y *Los Persas* nos los reservaremos para hechos entre los dos.

Todo esto sin perjuicio de la *Historia Universal*, para la cual estamos ya empeñados con los Sres. Montaner y Simón, a quienes escribí, según dijimos, repitiendo y corroborando, sin duda, lo que usted hubo de decir tres días antes.

Escríbame usted y dígame cómo van los *Heterodoxos*. Mis señas: «Provincia de Córdoba. Doña Mencía.» Cuénteme algo de por ahí. Dé cariñosas expresiones a las de Rivas, a quienes supongo que irá a ver algunas veces.

Adiós.

Siempre su afmo., J. VALERA.

Haré por apretar en la traducción de Esquilo, a ver si para mayo de 1880 publicamos el tomo.

Las *Pastorales* de Longo saldrán en enero de 1880.

Doña Mencía, 20 de octubre (1879).

Mi querido Menéndez: Recibí a su tiempo su carta de usted del 16 y mucho contento de saber que está usted bien de salud, trabajando en los *Heterodoxos* y con ánimo y resolución de traducir pronto *Las Suplicantes*.

A mí me ha cundido muy poco el trabajo por aquí.

Sólo llevo traducidos los dos libros primeros de *Dafnis y Cloe*, y aun me faltan los otros dos, pero creo que son más cortos. En cuanto vuelva a ésa empezaré a imprimir la traducción, que, a mi ver, es menester que lleve una introducción sobre la novela griega, y luego notas críticas y filológicas.

Espero que todo se publique en los primeros días del año 1880.

Cuando vuelva a Madrid, aunque tengo otras mil cosas que hacer, emprenderé con ahinco la traducción de la trilogía.

Aun permaneceré por aquí un día, y dos en Cabra o tres a lo más, de suerte que para el domingo próximo tengo que estar en Madrid, ya descansado.

Ruego a usted, pues, que dicho domingo, 26, vaya a almorzar conmigo.

Irán también Narciso Campillo [54] y Juanito, mi sobrino, si gusta.

Adiós, hasta la vista, y créame su afmo.,

J. Valera.

Cuando escriba usted a Laverde envíele muy cariñosas expresiones mías.

Madrid, 26 de diciembre (1879).

Mi querido amigo: Con mucho gusto he recibido la carta de usted del 24, que ya tenía muy deseada. *Dafnis y Cloe* terminó ya por mi parte. Falta ahora que la imprenta termine. Lleva 120 páginas de traducción, 40 de notas y por lo menos otras 40 de introducción, a fin de que en todo sea libro de más de 200 páginas.

Creo que en los primeros días de enero mi libro verá la luz pública. Tráigase el Apuleyo y le publicaremos en seguida, ilustrado también con notas y prólogo erudito.

Esto no hace que yo me olvide de Esquilo. Lo que me falta es tiempo; no voluntad.

En cuanto a lo de Montaner y Simón, yo creo que no debemos ser tiranos en el precio. Por la revisión de cada pliego traducido debe usted cobrar poco; por cada pliego original, ora de notas, ora de adiciones, 30 duros, suponiendo que cada pliego encierre tanto original como los pliegos de la *Historia de España*. Usted, sin embargo, es bastante hábil para contestar a los Sres. Montaner y Simón aceptando definitivamente el encargo, y siendo vago en lo del precio, dejándolo un poco en el aire, dando a entender que por ello no reñiremos, hasta que hablemos y nos enteremos bien de todo. Conteste usted, pues, y conteste pronto en dicho sentido.

Otro día seré más extenso. Hoy tengo mucho que hacer. ¡Qué drama el de Echegaray [55], titulado *Mar sin orillas!* Es ya el delirio.

Anoche vi a los de Collado en el Real. Coello persigue a la niña con encarnizamiento.

A las de Rivas daré las expresiones que usted les en-

vía. Anoche salí tarde del teatro con mi mujer, y no estuve en casa de la duquesa.

Cheste nos dió en la Nochebuena una cena espléndida. Se leyeron versos. Yo leí unos que, al menos por la oportunidad, debían gustar, y creo que gustaron. Se titulan «Ofrendas de los pastores». No sé si usted los ha leído y los recuerda.

Adiós.

Escríbame y créame su afmo.,

J. VALERA.

(¿1880?)

Mi querido Menéndez: La mediana cocinera que teníamos se nos largó, y tenemos una provisional y detestable. Mi mujer no quiere obligar a nadie a hacer penitencia, y desiste del almuerzo.

Me veo, pues, en la necesidad de desconvidar a usted a almorzar por hoy; pero celebraré que venga un rato de tertulia, si nada mejor tiene que hacer, de dos de la tarde en adelante.

Si quiere y puede traiga *El asno de oro*, para que leamos algunas páginas.

Siempre soy su afmo.,

J. VALERA.

11 enero.

Cabra, 30 de marzo (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: A pesar de mis quehaceres aquí, de las magníficas procesiones y del visiteo, he leído casi todo el tomo I de los *Heterodoxos*, y habiéndole hallado ameno y atiborrado de noticias curiosas y muy bien escrito, tengo deseo de hacer de él un extracto y juicio.

Mañana me voy a Doña Mencía, y allí, en gran soledad y reclusión, le haré sin duda, a pesar de lo flojo y desanimado que me hallo. Esta desanimación y flojera no han consentido que yo escriba a la duquesa de Rivas, como le dije. Cuando usted la vea, así como a la marquesa de Heredia y demás tertulianos, deles de mi parte

cariñosas memorias, y que deseo que Fausto tenga alivio.

No se olvide usted de traducir y de publicar en algún periódico de Madrid el *bombo* francés de que me habló acerca de *Dafnis y Cloe*. Esto importa para la venta.

¿Y Morel Fatio, llegó a esa Corte? Supongo que a mi vuelta, que será del 10 al 12 de abril, aun estará ahí, y usted me lo presentará.

Escríbame, si gusta, a Doña Mencía, provincia de Córdoba.

Soy siempre su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

He leído en *La Ilustración* los versos a Lydia, que leídos no me han parecido menos bellos y sentidos que recitados.

San Ildefonso, 4 de agosto (1880).

Mi querido D. Marcelino: Creo llegada la ocasión de que sea usted nombrado académico de la Española. Don Juan Eugenio Hartzenbusch [56] ha muerto. Aunque tiene usted poco que hacer, no se descuide y acabe de recoger los votos que le faltan. No tengo necesidad de repetir que cuenta usted con mi voto.

Supongo que no tiene usted compromiso con nadie para que conteste a su discurso de entrada, y que, en ese caso, me dará usted el gusto de ser yo quien le conteste.

Esta carta no adelanta nada con ser escrita en La Granja. Es probable que saldrá conmigo para Madrid; pero yo no he querido retardar el escribir a usted y saludarle, en profecía casi segura, como compañero. Tan por segura la doy, que me atrevo a aconsejarle que puede ya escribir su discurso.

Adiós. Consérvese bueno y créame siempre su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 6 de agosto (1880).

Mi querido Menéndez: Ayer recibí la carta de usted del 4 y mucho contento de saber que estaba bien de salud

y provechosamente atareado. Yo estoy premioso, flojo y estéril, y sólo con enorme dificultad atino y logro embadurnar mal unas cuartillas para mi negra *Historia de España.*

Tal vez, casi de seguro, el mal estado de mis negocios bermejinos me lleve a Villabermeja, en uno de estos días, antes de ir a Biarritz. De todos modos, allá me enviarán las cartas que me escriban, aunque vengan dirigidas e Madrid.

Me parece bien la idea de publicar, en traducción y con notas, *El filósofo autodidacto.*

Deseo leer esos nuevos versos a Lydia de que usted me habla.

No se descuide usted sobre su candidatura en el puesto de académico que deja por su muerte Hartzenbusch. Yo creo segura la elección, pero conviene no descuidarse.

Para la primera vacante, yo, por mi parte, me decido por Martos [57] o por Echegaray. Importa que no se crea que la Academia es un conciliábulo de absolutistas.

Siempre soy de usted afmo.,

JUAN VALERA.

Madrid, 13 de agosto (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Yo me voy volviendo sobrado amonestador con usted, pero este es defecto de viejos y debe perdonarse.

En mi última carta, los consejos fueron *cosméticos;* en ésta son *candidaticios.*

En las exequias de Hartzenbusch vi a Arnao [58], a Selgas [59] y a otros académicos; les hablé de usted, y no habían pensado en ello. A algunos hallé fríos, aunque favorables.

Pues usted cuenta con su núcleo seguro, Aureliano, Tamayo [60], creo que Cañete [61], Barrantes [62] y yo, conviene no descuidarse y escribir a los neutrales y hasta a los amigos. Rubí [63] está en Madrid y debe usted escribirle. No olvide usted que fué uno de sus jueces en las oposiciones.

He leído, con el gusto y deleite con que leo todos sus versos, los últimos a Lydia que trae *La Ilustración.* Lo que no me cae en gracia es el título «Remember». Por lo demás, los versos son lindísimos y de lo que por acá no

se usa. Sin afectación ni prurito de originalidad, sino sencillos y naturales, son peregrinos y distinguidos y llenos de sentimiento sincero y candoroso. Lydia debe estar ufana.

Adiós. Consérvese usted bueno y créame su amigo,

J. VALERA.

Madrid, 14 de agosto (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Acabo de recibir la carta de usted del 11, con copia de los versos ya leídos por mí en *La Ilustración*, y que hallo lindos y elegantes, como todos los suyos. Sólo me choca y no agrada el título «Remember». Lydia, a quien anoche hablé de esto, es de mi misma opinión.

Estoy aburrido, porque, así para cumplir con los editores como para ganar algunos ochavos que me hacen falta, necesito escribir y estoy premioso y estéril. Aureliano tiene razón. Ya ve usted cómo su consejo coincide con el mío. Es menester escribir a todos los académicos; al menos a aquellos que usted juzgue o calcule que han de serle propicios. Ese es el camino. En el modo de escribir las cartas está el busilis, pero usted atinará con el modo.

De los temas para el discurso *posible* de entrada, todos me parecen bien, pero el mejor, a mi ver, sería el primero, amplificado, o mejor diré, algo variado. Yo creo más nuevo: «De la mística teología como fuente de inspiración poética en España». Sobre esto ambos podríamos decir cosas bellas y peregrinas para los más de los españoles. Y esto sin repetirnos ni contradecirnos, sino completándonos. Podríamos hablar, no sólo de los que han escrito versos místicos en castellano, sino de los árabes y judíos de España y de los portugueses y catalanes que han mistiqueado en verso.

Usted hará, con todo, lo que guste. Mi tema, no obstante, me parece precioso, y algo podríamos decir de las filosofías encerradas en los versos.

Quisiera, antes de irme, dejar escritas unas cuartillas, pero no *paro*. La tal *Historia* me aprieta. No sirvo para

escribirla. Y a más de hacerlo mal, el bregar por hacerlo me cansa e inhabilita para otras cosas.

Yo no sé que hasta hoy se presente candidato alguno para la plaza de Hartzenbusch.

Yo he pregonado por ahí que usted es el candidato seguro. Los periódicos hablarán de ello. Tal vez el lunes hable *El Imparcial*. Y también hablará *El Correo* [64].

Adiós. Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Madrid, 15 de agosto (1880).

Querido amigo Menéndez: Aunque menudeen demasiado mis cartas, vuelvo hoy a escribir a usted para enviarle unos versos que acabo de componer y de los que no estoy muy descontento:

AL MIRAR TUS OJOS

Sueño, al mirar tus ojos, que suspiro
en dura cárcel; por estrecha reja,
cielos y montes enriscados miro;
un limpio lago su beldad refleja.

*

Flores, menuda yerba y bosque ameno
forman el cerco del hermoso lago;
ni ondas riza en su faz ni da a su seno
inquietud o rumor el aire vago.

*

Aquel silencio, en soledad arcana,
a contemplar y a comprender incita
césped, árboles, montes, flor temprana,
ambiente claro y bóveda infinita.

*

Con difusos rubíes y con oro
de los cerros el sol ciñe la frente;
pero su oblicuo resplandor ignoro
si mana del ocaso o del oriente.

*

Tal vez el alba allí guarden cautiva
benignas hadas entre lindas flores;

allí tal vez perpetuamente viva
la lozana estación de los amores.

*

Vuelvo a mirar tus ojos con profundo
mirar, y el pensamiento se figura
que el lago en su cristal retrata el mundo
con más rara beldad, con luz más pura.

*

Todo mejor en su tranquilo espejo;
más armónico todo y delicado.
Copia torpe es el mundo. Es el reflejo
de inasequible perfección dechado.

Presumo, no obstante, que la ninfa para quien se han escrito no los entenderá, y se los envío a usted para consuelo. Dígame si no muestran ya la decadencia de mi espíritu y de mi cuerpo.

Estoy de perverso humor y de peor salud. Voy a ver si mañana o pasado me largo a Villabermeja, a fin de morir derretido o bien con los baños de sudor me libro de muchos males.

Escríbame usted a Doña Mencía, pero escriba sobre todo a los académicos pidiéndoles sus votos.

Creo que no tendrá usted adversarios. De nadie se habla. Todos se retraerán sabiendo que usted se presenta: unos, porque conocerán el mérito de usted; otros, porque dirán: «¿Quién ha de luchar en la Academia contra los *neos?*»

Entre la gente de Letras más joven, que es liberalota, ha sido acogida bien, muy bien, la candidatura de usted. Todos tienen esperanzas de que usted se convierta; Correa [65] sobre todo.

Adiós. Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Mi mal humor quiere desahogarse en versos, y acabo de hacer otros que envío a usted también.

Madrid, 18 de agosto (1880).

Mi querido amigo Menéndez: Parece que el demonio lo hace, que cuando más necesitaba yo de salud hayan caído sobre mí los males y no me dejen hacer sino cuidarme.

He estado muy mal de salud. Ya estoy algo aliviado, pero disto mucho de estar bien todavía. Los versos que envié a usted y que empiezan *vanamente*, los compuse al principio de mi mal; después, y aun ahora, estoy tan postrado que no se me hubiera ocurrido decir *vanamente*.

Si logro reponerme en tres o cuatro días y el médico me da de alta y me halla fuerte para viajar, iré por una semana a Villabermeja.

Me alegro de que persista usted en el tema místico. Es el mejor. Podremos decir cosas amenas, bonitas y curiosas, si Dios quiere.

Estoy hecho un mueble, y no valgo ni para escribir una carta, hoy día de la fecha.

Poco consuelo me habían de traer hoy mis creaciones inmortales.

No sé si he dicho a usted que un señor Huth, hijo de un banquero de Londres, me ha pedido permiso para traducir en inglés *Pepita Jiménez*.

El Comendador Mendoza se está imprimiendo en francés, en un tomo.

Adiós. Créame usted su afmo. amigo,

J. Valera.

Biarritz, 17 de septiembre (1880).

Mi querido amigo Menéndez: Por carta del 15 que he recibido de Sánchez de Castro [66] sé de cierto que ya está usted en Madrid, según calculaba.

Otro día, con más vagar y mejor humor, escribiré a usted por extenso.

Hoy sólo escribo para hacer a usted un encargo. Yo he escrito a Cárdenas, en carta particular, renunciando el cargo de presidente de un Tribunal de oposiciones, porque me es absolutamente imposible desempeñarle.

Aseguro a usted que lo siento. La cosa me interesa y hasta me divierte, pero no puedo. Cárdenas tal vez no esté ahí, y mi renuncia no se sabrá.

Hágame usted el favor de decírselo de mi parte al señor Carderera o al barón de Covadonga, y, si es menester que yo les escriba, les escribiré, pero que no retarden el nombrar otro presidente, a fin de no causar perjuicio a los opositores y a los jueces. Yo no he hecho antes la renuncia porque siempre me forjo ilusiones; creo que tengo tiempo para todo, y luego veo que me falta y resultan estos pequeños trastornos.

Me parece que aun estaré por aquí seis u ocho días. Luego iré a Madrid. Y luego a Villabermeja, donde tengo mil quehaceres, porque mi administrador imita demasiado a D. Acisclo. No sé si usted recordará este personaje de *Doña Luz*.

Y, a propósito, Mme. Th. Bentzon está publicando, en el *Journal des Débats*, una *adaptation* de *Doña Luz*.

Aquí está D. C. Collado con su familia. Escríbame usted. Yo escribiré otro día, largo.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Biarritz, 18 de septiembre (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Acabo de recibir su carta del 16 y me alegro mucho de saber por ella que llegó usted bien a Madrid y que sigue, con la actividad que le envidio, su *Historia de los Heterodoxos*, cuyo tomo II me anuncia para noviembre.

Con muchísimo gusto escribiría mi comenzado artículo sobre el tomo I y le publicaría en la *Revista de España* o en la *Contemporánea* antes de que el tomo II apareciese, pero estoy más desanimado, flojo e infecundo que nunca, y hasta me cuesta trabajo escribir una carta. Así es que nada he escrito para el «Almanaque» de *La Ilustración* de 1881, ni la *Historia* adelanta, con gran rabia y enojo de los editores de Barcelona.

Este lugar es, además, lo menos a propósito para escribir.

Pronto volveré a Madrid. En toda la semana próxima, y hoy es sábado.

Si nada mejor tiene usted que hacer, le invito a que venga a almorzar conmigo y a que echemos un buen rato de palique el domingo, 26, a las doce y media. Aunque soy distraído, no lo olvidaré y esperaré.

Ayer o anteayer escribí a usted a ésa; pero mi carta se ha cruzado con la de usted del 16. Me ha escrito últimamente Sánchez de Castro y no le he contestado, porque no me pone señas y no recuerdo dónde vive, aunque en la carta anterior, que no hallo, me lo decía.

Veo, con el mayor placer, que tiene usted segura su elección de académico. Bien puede usted ir preparando su discurso para entrar a escape. A pesar de mi flojera, doy por cierto que mi contestación no tardará ni quince días, una vez que el discurso esté hecho.

Mi mujer y mis hijos están bien de salud. Aquí tenemos a mi sobrina Antoñita.

Esto está brillante. Todas las noches se baila y se juega fuerte en el casino.

Adiós. Créame su afmo. amigo,

J. Valera.

El asunto de Servet, visto así, de un modo somero, nada me gusta para drama. Acaso, luego que vea yo el plan de usted, cambie de opinión; pero, a la verdad, fuera del amor, del patriotismo, de la ambición de mando y poder, apenas si veo pasión dramática. Las que nacen de orgullo filosófico o teológico, no lo son, en mi sentir.

Doña Mencía, 14 de octubre (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Aquí me tiene usted desde hace muy pocos días y ya con ganas de volverme a Madrid. Esto, visto desde lejos, me parece más ameno y poético que visto desde cerca. Sin embargo, ya que he venido, seguiré por aquí hasta que arregle no pocas cosas que tengo que arreglar.

Como la candidatura de usted en la Academia es casi seguro que salga triunfante, me alegraré de que usted vaya, desde luego, componiendo su discurso. Yo haré la

contestación en menos que se persigna un cura loco, y así daremos un pasmoso ejemplo de actividad a los demás académicos electos y a todo el mundo.

Espero y supongo que, si Lydia lo permite, irá usted de vez en cuando a la Sinagoga. [67] Dé usted mil expresiones de mi parte a Mme. Baüer. Salude usted asimismo en mi nombre a todos los que asisten de noche al Museo de Alejandría, donde ya acaso habrá hecho Hipatia su epifanía gloriosa de vuelta de Galicia.

Aquí no hay Hipatias, ni Lydias, ni judías elegantes con quien tratar. No hay más que cristianas católicas, feas por lo común y poco aseadas.

Por la noche tengo tertulia de hombres solos. Vienen los curas, el médico, el boticario, el escribano y seis o siete magnates del lugar. Se juega al tresillo a céntimo de peseta; se habla, ya usted comprenderá que no de literatura, y a las once, en vez del té, se toma el aguardiente.

De día, traía yo propósitos de escribir mucho, pero nada he hecho hasta ahora. Veremos si aprovecho mejor los días que aún me quedan que estar aquí.

Escríbame y cuénteme algo de lo que por ahí ocurra.

En Cabra he estado tres días. Aquello es bastante agradable, y el tiempo que allí he estado lo he pasado bien.

Estamos en la vendimia y hay cierta útil animación, que no carece de interés para mí.

Adiós. Créame su afmo. amigo,

J. Valera.

Doña Mencía, 25 de octubre (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Recibí, días ha, su grata carta del 19, a la cual no he contestado antes porque aquí me gana la pereza y nada hago y porque tampoco tenía cosa importante ni curiosa que referirle.

Hoy le escribo para decirle que *El Padre Anselmo*, última de las novelas del duque de Rivas [68], que ha de ir coleccionada en el tomito, está ya toda compuesta en la imprenta. Las pruebas las devuelvo hoy a Aribau corregidas. Llega todo a la página 293. Con lo cual, con la portada, anteportada, índices, etc., se formará un tomito

de regular grueso para el tamaño. Sólo falta ya de original, a fin de que el tomo vea la luz pública, el prólogo que usted ha de escribir. Excito a usted, pues, a que le escriba cuanto antes, y con esta fecha escribo al señor Aribau [69] a fin de que remita a usted las capillas y usted, en vista de ellas, pueda escribir el prólogo.

Yo estoy tan flojo para todo, que lo estoy hasta para salir de aquí, y así, es probable que permanezca yo aún diez o doce días en Villabermeja, donde no lo paso mal. Por la noche tengo gran tertulia, donde hay tresillo, y hasta acaloradas discusiones entre dos volterianos y un señor cura que nada tiene de ignorante ni de tonto.

Algunas noches he tenido además fiestas coreográficas, muy divertidas. La orquesta se componía de tres: uno que toca la flauta, otro el violín y otro la guitarra. El escenario es la sala-cuadra que se eleva más de una vara, subiendo a ella por cuatro escalones, desde una sala larga contigua, donde estamos los espectadores. Y el espectáculo nos le proporciona principalmente Juanito *el Bolero*, que era bailarín de oficio, y a mi ver no malo, el cual se jubiló aquí y se casó con una que podemos calificar de viuda de otro que hubo aquí, llamado *el Padre Pedrajas*. Mi tocayo Juanito es ahora sastre, pero sin olvidar ni descuidar a Terpsícore, de suerte que tiene gran vestuario: ocho vestidos o trajes completos de oficial inglés, para bailar el baile inglés; de aldeano francés Pompadour, para bailes finos franceses; de gallego, de torero andaluz, etc. Todo esto lo ha lucido en esta casa. Además de Juanito hay en esta casa un criado ciego, pero ferozmente robusto y rijoso, que baila bailes a lo sátiro, con gestos y ademanes lascivos admirables. Tomás, que así se llama, canta, además, unas canciones singulares, que se llaman «Mariquilla la Portuguesa» y «El regalado con... de». Aseguro a usted que esto es ameno. Algo se deja también a la improvisación. La otra noche, por ejemplo, mi administrador, que es muy bruto, sopló a Juanito *el Bolero*. Quiere decir esto que le agarró, como quien agarra una corambre, y con su boca aplicada a la boca de él, le fué rellenando de aire. Juanito se inflaba. Así que el inflador le soltó, Juanito estuvo soltando aire minuto y medio; todo por la boca, afortunadamente.

Estos son chistes de aquí.

Algunos días voy a Cabra; otros, al campo, donde dura la vendimia.

Las comilonas que aquí tenemos no me sientan mal, y creo que me voy poniendo un poco más grueso.

Tal vez, para cosas del ferrocarril que ha de pasar por aquí, vendrán por aquí los chicos de Loring. Si vienen y están de noche, les daré una función con Tomás, Juanito *el Bolero*, la orquesta, etc., de más primor y excelencia que las que ha habido hasta ahora.

Adiós. Dé usted expresiones mías cariñosas en la Sinagoga, en el Museo de Alejandría y hasta en casa de Rodophis, si va por allá. Créame siempre su afmo.,

J. VALERA.

16 de noviembre de 1880.

Mi querido amigo D. Marcelino: Como yo creía que usted era del Tribunal, y ahora, según Carderera me escribe, quedamos, o mejor dicho, salimos con que viene Alarcón, me veo sin las veinte preguntas que usted quedó en escribir.

Si usted las tiene escritas, ruégole que me las envíe para antes de las diez de la mañana de mañana lunes, hora en que debo estar ya en la Universidad.

No se olvide de estar aquí para el almuerzo a la una menos cuarto en punto, y créame su afmo.,

J. VALERA.

Pau, 27 de diciembre (1880).

Mi querido amigo D. Marcelino: Ya había yo desistido de ir a París a la boda de mi sobrina, y hasta de salir de Madrid en todo el invierno; pero el hombre propone y Dios dispone. Tres días ha recibí en Madrid un telegrama de mi suegra en que decía que mi mujer estaba enferma y me rogaba que viniese por acá. Esta es, pues, la causa de mi precipitada venida a Pau, donde, por dicha, he hallado a mi mujer sin mal de cuidado y a mis hijos en salud floreciente.

Supongo que usted habrá ya hecho o tendrá casi hecho su discurso de entrada en la Academia. Mi contestación no se hará esperar, y en febrero de 1881 podrá ser la recepción solemne.

He traído aquí conmigo el tomo I de los *Heterodoxos*, a ver si aquí escribo el primer artículo sobre él, para enviarle a Montaner y Simón, que me excitan de continuo a que les mande artículos para su periódico, que se titulará *Ilustración Artística Popular* [70]. Yo les he prometido casi un artículo de usted sobre el *Romancero espiritual* de Valdivielso [71]. No me deje usted feo y remítale directamente.

Usted tiene maravillosa facilidad y puede escribirle a escape, si quiere, ganándose así 20 ó 24 duros, haciéndome además un favor. En el periódico de los Montaner y Simón no caben artículos largos. Lo más que cabe es un artículo de cuarenta cuartillas de las mías. Por consiguiente, su trabajo de usted debe ir dividido en I y II y dar para dos números del periódico. En el I podrá usted tratar de todo Valdivielso y en el II de su romancero y de los demás romanceros espirituales.

Sacuda usted la pereza y escriba esto, que no le costará trabajo. Será como un apéndice, como una nota o aditamento al discurso sobre los poetas místicos españoles.

Aquí hace un tiempo delicioso; es una primavera, y no el frío invierno de Madrid.

Veremos si aquí hago del discurso de contestación, cuanto sin ver el de usted y de memoria, sin libros que consultar, es posible que haga.

Si usted, además del artículo sobre el *Romancero espiritual*, puede escribir algún otro, envíelos todos a los Sres. Montaner y Simón, que lo agradecerán mucho y no dejarán de pagarle.

Escríbame: 17, rue Latapi.

Mil expresiones cariñosas a su señor padre, y créame usted su afmo. amigo,

J. Valera.

Pau, 2 de enero (1881).

Mi querido amigo Menéndez: Aquí he recibido la carta de usted, fecha de Santander, 28 del mes pasado, y mucho contento de ver por ella que está usted bien de salud y con el discurso de recepción terminado casi. Esto me excita a ponerme yo a escribir aquello del mío que sin ver el de usted me sea posible hacer. De todos modos, Dios mediante, en febrero entrará usted en la Academia.

Desde aquí he enviado a los Sres. Montaner y Simón un artículo sobre los *Heterodoxos*. Mi trabajo será una serie de tres. Veremos si antes de volver a Madrid remito a Barcelona el segundo.

Muchísimo celebraría yo y le agradecería que enviase a los Montaner y Simón un par de articulitos sobre el *Romancero* de Valdivielso, del modo y en la forma que dijimos. Usted, que tan fácilmente trabaja, puede hacer esto a escape si gusta.

Es probable que yo tenga aún que detenerme por aquí hasta el 20 de enero, pero no más.

Esto es lindo, pintoresco, elegante, primoroso; pero, ¡cómo me aburro! No se pueden aguantar los franceses de provincia, de puro redichos, recursis y afectados. Mi mujer se aburría. Su enfermedad era aburrimiento, y me ha hecho venir para que le comparta.

Sin duda que aquí se guisa mejor, se hace todo mejor que en España; pero yo prefiero comer peor y vivir peor y estar en mi tierra. Cuando estoy en Francia me siento españolísimo.

Yo iba a ir a París, pero ya no voy. El casamiento de mi sobrina se ha roto.

Supongo que usted volverá a Madrid dentro de poco, pero esta carta le alcanzará aún en Santander, adonde la envío.

Siempre su amigo afmo.,

J. Valera.

Pau, 9 de enero (1881).

Mi querido amigo Menéndez: Con mucho gusto he recibido la carta de usted del 2 con la noticia de que va usted a Madrid con el discurso académico escrito.

Preséntele usted al punto y empiécele a imprimir para ganar tiempo. Como el mío ha de ir después, no importa que no esté aún.

Aunque no tengo aquí ni libros ni reposo para escribir, he emborronado ya más de treinta cuartillas de la contestación. Espero, Dios mediante, estar en Madrid para el 20 de enero, y pocos días después dar a usted mi contestación hecha.

Creo, pues, que resueltamente puede usted fijar su recepción para el domingo 13 de febrero. No digo para el domingo 6 porque no quiero bullas ni precipitaciones.

Vuelvo a rogar a usted que escriba un artículo sobre el *Romancero espiritual* de Valdivielso. Puede constar el trabajito de dos artículos y ser bonito. Se lo tengo prometido a los Montaner. No me deje usted feo.

Aun no he empezado a escribir mi segundo artículo sobre los *Heterodoxos*, pues aquí es difícil hacer nada, aunque lo deseo.

El primer artículo está ya en poder de los Montaner, y espero aparezca pronto.

Nada se me ocurre decir a usted de esta ciudad, que es lindísima, pero donde nada sucede que pueda interesarle o divertirle.

Ya habrá usted visto el tomo de *Historias novelescas* del duque de Rivas. ¿Está él en Madrid? ¿Ha encontrado bonita la edición?

Sé por los periódicos que ha aparecido la traducción de Esquilo de Brieva. Siempre es una pequeña contrariedad para nuestro propósito de traducir a Esquilo en verso; pero, al cabo, no me parece que la traducción de Brieva habrá de perjudicarnos mucho si la nuestra se hiciere con amor y con habilidad.

Adiós. Soy de usted afmo.,

JUAN VALERA.

Pau, 14 de enero de 1881.

Mi querido amigo Menéndez: Esta será la última carta que escribiré a usted desde aquí. El 17 o el 18 saldré para Madrid, me detendré en Biarritz, y el 20 estaré en ésa con mi familia. He escrito de mi contestación todo

cuanto se podía escribir sin libros y sin el discurso de usted a la vista.

Creo, no obstante, que hay más de las dos terceras partes de lo que el discurso debe ser, y que durará la lectura, hasta ahora, de treinta y cinco a cuarenta minutos. Ahí acabaré mi obra o la modificaré, si exige modificación en vista de lo que usted diga.

Si nada mejor tiene usted que hacer, vaya el 21 a casa, a almorzar conmigo, después de las doce y media, o después, si a almorzar no quiere o no puede, y nos leeremos el uno al otro nuestros trabajos. Del mío no sé qué pensar. Yo no estoy bien de salud y cuanto hago me parece detestable.

Pero por falta de originalidad no creo que peco. También entiendo que le doy a usted las merecidas alabanzas, aunque su modestia se ofenda.

¿Estamos convenidos que entrará usted en la Academia el 13 de febrero?

Lo que yo tenga que añadir ahí se añadirá pronto, y lo ya escrito podrá ir imprimiéndose, pues como nada hay contra la verdad católica ni la moral cristiana en mi disertación, cuento que será aprobada, a pesar de las Corinas, Safos y Aspasias.

Escriba usted el artículo sobre el dichoso autor de las anteriores lisonjas galantes a doña María de Zayas [72], y no se olvide de citar en él aquello tan característico del «Poema de San José» [73] de no comprender cómo será carpintero el Santo siendo tan hidalgo y de suponer que tenía rentas:

> "Pues debió de tener juros reales
> cual descendiente de señores tales.

Memorias cariñosas mías en el Museo Alejandrino.

Déselas usted también a D. Aureliano y demás amigos, y créame suyo afmo.,

J. VALERA.

Pau, 20 de enero (1881).

Mi querido amigo Menéndez: Yo soy el rigor de las desdichas. Todos los días hago nuevos planes y fijo nuevas fechas para volver a Madrid y la partida se retarda

por razones harto fundadas y harto penosas. Mi suegra ha estado mal de salud. Ahora es el mayor de mis chicos el que está algo enfermo. Mi mujer no quiere dejarle solo con su abuela en tal estado. Al fin tendré yo que irme solo, y mi mujer, si gusta y si puede, irá por ahí en abril. En fin, allá veremos.

Si yo hubiese tenido aquí copia de su discurso de usted y un San Juan de la Cruz, mi contestación estaría ya terminada, e iría por el correo certificada, a fin de no perderla y no perder tiempo.

De todos modos, yo tengo escritas treinta y cinco cuartillas de letra muy metida, y en ellas nada pienso cambiar, salvo en las últimas, para el *empalme*.

Así, pues, si tardo aún seis días en volver, enviaré a usted treinta de las treinta y cinco cuartillas, para que sigan imprimiéndolas después de las de usted.

Empiezo a dudar de que pueda ser su entrada en la Academia, por culpa mía, el 13 de febrero; pero no dudo, contando siempre con la Voluntad divina, de que sea el día 20.

Podemos, si a usted no le molesta, fijar el 20 de un modo definitivo, y así no andaré yo tan apurado y cuidadoso.

Llevo ya trece cuartillas escritas sobre los *Heterodoxos* —artículo II—. El artículo I llegó felizmente a Barcelona.

¿Cuándo escribe usted lo del Padre Valdivielso para los Montaner y Simón?

Dé usted mil expresiones cariñosas de mi parte en el Museo Alejandrino, en la Escuela de Atenas y en la Sinagoga, que son las tres casas más agradables para mí.

Mucho las echo de menos, entre estos insufribles franceses de provincia.

Adiós. Soy su afmo.,

J. Valera.

Pau, 24 de enero de 1881.

Mi querido amigo Menéndez: Yo soy el rigor de las desdichas. Tuve enferma a mi suegra.

Ahora está enfermo mi hijo mayor. Todas son dificultades para irme. Sin embargo, me iré pronto a Madrid.

Entretanto, a fin de que no se retarde por mí la impresión de los discursos, ahí envío el principio del mío; una tercera parte de todo él.

Me alegraré que no le disguste. Yo no pienso tocar ya una coma de lo que va.

Mañana o pasado enviaré a usted otro poco.

Créame su afmo.,

J. VALERA.

Lisboa, 30 de marzo (1881).

Mi querido amigo Menéndez: Con las visitas recibidas y hechas, con el jaleo de mi instalación, etc., etc., no he tenido ni apenas tiempo para escribir. Ahora lo hago para decirle que me envíe un par de ejemplares, si los hay, de nuestros discursos académicos. El conde de Ficalho [74], de la aristocracia de aquí y muy letrado a la vez, me los pide. Sobre el del conde de Casa-Valencia [75] y el mío ha escrito y acaba de publicar el artículo que remito en recorte. Creo que piensa escribir otro artículo sobre los nuestros.

Cuando me mude a la casa y tenga tiempo escribiré y poco a poco iré remitiendo a usted para nuestra publicación en común. También hablaré a usted de las cosas literarias portuguesas.

Aquí alcanza usted muy alta fama. Aun no he visto a Latino Coelho [76]. Extraño que no haya venido a verme.

Dé usted las más cariñosas memorias mías a los compañeros de Academia y a los amigos de la Sinagoga, Museo de Alejandría y Escuela de Atenas.

Siempre de usted afmo.,

JUAN VALERA.

Lisboa, 3 de abril (1881).

Mi querido amigo Menéndez: Sin carta de usted a que contestar, aunque hace días le escribí desde aquí, vuelvo a escribirle hoy para decirle que he visto mi discurso contestación al de usted, publicado en *La Ilustración*, y he hallado en él tantas erratas que no puedo menos de querer ver y corregir las pruebas de la edición que en

tomo va a hacerse. Diga usted, pues, al Sr. Aribau que las remita.

Aun no he podido hacer aquí nada, ni para el tomo de ambos discursos ni para otro asunto literario.

Las visitas y las faenas de mi instalación han consumido todo mi tiempo.

Pasado mañana espero estar ya instalado y visitado por activa y pasiva, y creo que podré dedicarme a las cosas literarias.

Esto es lindísimo como país, pero como sociedad poco ameno, por lo cual *tenho saudades* de los Madriles.

Nada hay aquí que valga ni se aproxime por asomo al encanto de tertulias como las de Babilonia, la Sinagoga, Rodophis y Museo de Alejandría.

Dé usted cariñosas memorias mías en todos esos centros luminosos, beatíficos, y escríbame y cuénteme de su vida y milagros y créame su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 8 de abril (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: Recibí con gusto su carta del 3. Aun no he podido hacer nada de *re litteraria*, pero ya me arreglaré para escribir y enviaré a usted cuartillas para acompañar a las *disertaciones* místicas, cuartillas que usted completará ahí como guste.

Recibí también ejemplares de los discursos; uno va ya de camino para el conde de Ficalho; el otro me lo guardo para que me sirva de guía.

Aun no he visto a Latino Coelho, que vive hecho un hurón. Aquí se admiran de su talento, pero se burlan de él y le menosprecian por su miserable carácter.

El iberismo progresa aquí, sobre todo entre republicanos. El odio a Inglaterra les da muchas alas.

Periodistas y literatos portugueses a manta, quieren ir ahí para el centenario de Calderón, con bandera y otros primores. Desean ir de balde y que se les envíe de ahí un salón-vagón.

Hay también grande empeño en que los antiguos objetos de arte que desde Madrid vayan a Londres, a la Exposición, vuelvan a España por Lisboa, a fin de hacer aquí

una Exposición artísticoarqueológica peninsular, en el magnífico palacio de Pombal, que se preparará al efecto.

La Comisión portuguesa pide a España que acceda a esto.

Puede usted, sin mentarme, darlo como noticia a los periódicos.

Adiós. Memorias a los amigos de la Academia, y a las Lydias, Hipatias, Rodophis y Raqueles, a quienes queremos bien.

Siempre soy su amigo,

J. Valera.

Lisboa, 27 de abril (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: No sé cómo se me pasa el tiempo que nada he hecho de *re litteraria* desde que estoy en esta hermosa ciudad. En cambio usted, según las noticias que recibo, sigue empleándose en mil cosas útiles con actividad que me da envidia.

En fin, allá veremos si sacudo la pereza y acometo la empresa de enviarle notas que usted completará o ampliará. De todos modos, nuestro tomo de los místicos poetas no podrá ya salir hasta octubre.

Siento lo que me dice usted de que el texto de ambos discursos está ya impreso del todo. Sin duda el señor Aribau ha seguido para la impresión la que hizo *La Ilustración*, donde mi discurso salió con feas erratas.

En fin, ¡qué hemos de hacer! Acaso yo me preocupo de esto sin motivo, pues usted habrá corregido dichas erratas en las pruebas.

Aquí ha salido premiada una composición portuguesa en elogio de Calderón. Es architonta. Diga usted a Tamayo que ya sé el nombre y la condición del poeta laureado. Se llama Francisco Gomes de Amorain, socio correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Academia de Ciencias de Lisboa y del Instituto Histórico, Geográfico y Etnográfico del Brasil. Como todo esto lo sé por cartas de Latino Coelho, sin que hasta ahora haya mediado comunicación alguna oficial, también lo participo privadamente.

Disimule usted y perdone mi retraso en lo de los discursos. Ya sacaré fuerzas y cumpliré.

Dé usted de parte mía mil cariñosas expresiones a todas las sabias del Museo de Alejandría; a Lydia y a Hipatia sobre todo.

Mis afectos también a Rodophis y a Rebeca.

Escríbame y créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

No sé qué han hecho los Montaner y Simón de los largos artículos que escribí y les envié acerca de los *Heterodoxos*. Trataré de recogerlos. Los publicaré en la *Revista de España* y los completaré con otros dos.

¿Cómo va el tomo III?

Lisboa, 21 de mayo (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: Ayer escribí a usted recomendándole a dos catedráticos de Coimbra. No sé qué casta de pájaros serán.

Diles carta para usted por empeño de tercera persona.

Siento no haber hecho nada de introducción y notas a los discursos.

Los haré y remitiré, a ver si en octubre sale nuestro libro.

Entretanto, pronto aparecerá una nueva edición de *El Comendador Mendoza*.

Diga usted algo en la *Revista de Madrid* cuando salga.

También agradecería a usted mucho que hablase de la traducción que de dicha novela ha hecho Alberto Savine.

Ya ha salido en Francia en un tomo. Va el idilio del viejo rabadán y del zagal Mirtilo, traducido en verso francés por D. Alfredo Weil [77].

Mis dos artículos, algo severos, sobre los *Heterodoxos* debe de haberlos dado Blond para que la *Revista de España* o la *Revista Contemporánea* los publique. Aun tengo que escribir otro par de artículos sobre lo ya publicado.

Y si luego escribo dos más sobre el tercer tomo, serán seis. Como hay mucho de extracto en mi trabajo, no crea usted que es largo.

Ahí están ustedes tan engolfados en sus fiestas que nadie me escribe. Me tienen ustedes incomunicado y, lo que es peor, olvidado.

Esto es hermosísimo como país; pero, francamente, y dejando a un lado diplomacias, de lo más aburrido que puede uno imaginarse.

¡Qué diferencia de esto a Madrid!

Esto es la muerte y eso la vida.

Adiós.

Mil cariñosas expresiones a Hipatia, Rodophis, Lydia y Rebeca y demás ninfas de nuestra particular devoción.

Siempre de usted afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Lisboa, 12 de junio (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: A pesar de mi buena voluntad y mejores propósitos, no sólo no escribo notas para los *Místicos*, pero ni siquiera contesto a las cartas de usted. La de usted del 28 de mayo, que tengo a la vista, está aún sin contestación. Son causa de esta inactividad mía la pícara diplomacia de oficio que predispone a no hacer nada, y, lo que es peor, una enfermedad a los ojos que me molesta mucho, que me fatiga cuando escribo y cuando leo y que me trae bastante apesadumbrado y asustado.

De todos modos yo me enmendaré en esta falta de no escribir y escribiré a usted largo y tendido.

Asimismo buscaré un escribiente y dictaré las notas y otras cosas que tengo que dictar.

Ya que nuestros místicos no salgan ahora, como pensábamos, será forzoso que salga dentro del año de 1881.

Mucha habilidad y equilibrio será menester que usted y yo empleemos para no hablar sino de aquello en que estamos de acuerdo, sobre todo desde que usted ha dado tan tremenda pitada en el *symposio* de los catedráticos.

Confieso mi candidez: hasta que usted dió la pitada, yo he creído posible, no la conversión rápida, sino una lenta y suave conversión de usted. Ya la creo imposible. Usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y ya no hay modo

de remediarlo. ¿Qué le hemos de hacer? Será usted para mí algo como Cánovas, con quien estoy conforme en muchas cosas y no en política. Con usted estaré aún menos de acuerdo en política, pero en cambio estaré mil veces más de acuerdo en letras humanas. Nuestros gustos literarios y hasta nuestra filosofía se parecen mucho.

De aquí que apenas comprenda yo su santidad de usted y la atribuya a *chic*.

Pero no hablemos de esto. ¿Para qué hemos de atormentarnos?

Aquí no llega un solo libro español. Diga usted a Fe [78], si le ve, que me envíe el del Padre Mir [79]. Quiero leerle y doy por cierto que me gustará.

Aquí conozco a varios literatos y poetas. Todo es medianejo o menos que medianejo, salvo Latino.

Adiós.

Los ojos me duelen mucho. No es posible tener así humor de escribir. Repito que buscaré escribiente y escribiré más por extenso.

Tengo ganas de leer esas lecciones que usted ha dado acerca de Calderón.

Créame siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

Aunque tarde y mal, van a empezar a salir en la *Revista de España* mis artículos sobre los *Heterodoxos*.

Lisboa, 27 de junio (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: Recibí, días ha, su carta del 20. No he contestado antes a ella porque no sé cómo me las compongo que aquí no hago nada. Dicen que el clima de esta ciudad es enervante, y quiero creerlo que es, y que no es la natural decadencia y postración que traen los años lo que me tiene tan inútil y tan estéril.

Cuando ni fuerzas tengo para escribir una carta, imagine usted si tendré bríos para escribir notas e introducciones acerca de los *Místicos*.

Haré, no obstante, un gran esfuerzo, a ver si en este verano cumplo por mi parte con mi deber y compromiso y allá para octubre damos a luz el tomo de los discursos

con todos los aditamentos y perfiles que habíamos discurrido.

Desde luego, el retrato, la *vera effigies* de San Juan de la Cruz, me hace muchísima gracia y debe ir en el tomo.

Confieso a usted con toda sinceridad, ya que usted mismo me habla del brindis famoso, que en un principio me chocó bastante, no por lo que usted dijo o pudo decir, sino porque me pareció inoportuno. Después he reflexionado, he visto que los otros se despotricaron en sentido contrario, y como yo soy tan amante de la Libertad y de que cada cual se despotrique como se le antoje, casi disculpo a usted, ya que en esto no puedo aplaudirle.

Entiéndase además que yo, que soy muy admirador de las cosas del día, muy lleno del espíritu del siglo, poco piadoso y creyente, etc., etc., no puedo convenir en mil tonterías que hoy se proclaman *ex cathedra*, las cuales me atacan los nervios y contra las cuales soy capaz también de ponerme a defender la Inquisición.

El éxito entra por mucho en todo, y el éxito no siempre depende de la virtud o la habilidad de un individuo o de un pueblo, sino de un conjunto de casos, de un encadenamiento de circunstancias, trazado todo y prescrito por la Providencia o nacido todo de leyes fatales, pero que, ya sea fatal o ya sea providencial, escapa a la previsión humana, y por eso lo llamamos suerte, fortuna, destino y acaso. De aquí que se hable de la ciega fortuna. La fortuna existe, sólo que no es ciega: somos ciegos los hombres, que no vemos la razón de los sucesos, ni atinamos a preverlos.

Ahora bien, yo digo que si la fortuna hubiera hecho que España fuera hoy una nación más poderosa que Inglaterra, la Inquisición pasaría por una gran cosa, allá para su tiempo. Otras barbaridades históricas se aplauden históricamente. Lo que nunca sería lícito, lo que sería siempre monstruoso aplaudir, en el día, dado el grado de lucidez y elevación a que ha llegado la conciencia humana, es la bondad en absoluto de la Inquisición.

Lo que no se concibe, en mi sentir, sino como delirio, extravío, perversión o extravagancia en el día es la nega-

ción de la libertad religiosa a los pensamientos en general. Traigamos esto, para hacerlo más claro, a un terreno en que usted y yo estamos de acuerdo: al terreno literario.

Imaginemos que España es en el día tan poderosa como Inglaterra y que Inglaterra está postrada y decaída como España, y comparemos a Lope y Shakespeare. Este último será considerado como un bárbaro plagiario lleno de extravagancias y desatinos, insufrible por su mal gusto y su culteranismo, pesadísimo de leer y sólo estimable por algunos aciertos en medio de tantos errores, por algunas perlas escondidas en el basurero de sus obras. En cambio, Lope pasaría por mil veces más ingenioso, más fecundo, más ameno, más elegante, menos disparatado y defectuoso, etc., etc. Shakespeare se quedaría tamañito al lado de Lope. Todo esto, hasta cierto punto, estaría bien. Lo insostenible sería el decir en absoluto que los graves defectos y lunares de aquellos poetas, propios tal vez e inevitables en su tiempo, son en todos los tiempos maravillosos primores y virtudes que conviene imitar. La aplicación de esto a las cuestiones políticas y religiosas es clara y no tengo para qué hacerla.

A mí lo que me carga, y usted ya me comprende y sabrá hacerlo extensivo, es el desaforado encomio de Shakespeare y el desdén con que se mira a Lope.

Estos portugueses me parecen unos descastados, aborrecedores de su propia gente y deseosos de parecer ingleses; pero los ingleses hallan, en su vanidad, que de los portugueses a ellos hay más grados en la escala de los seres que de los portugueses a los macacos.

Mucho se han enojado contra usted porque usted ha dicho que son españoles.

En efecto, no lo son; quieren ser ingleses, y no son más que gallegos.

No divulgue usted, con todo, esta opinión mía, porque estoy aquí de ministro de España, y no es diplomático decir tales verdades.

Adiós. Soy de usted afmo. amigo,

J. Valera.

Lisboa, 9 de julio (1881).

Mi muy querido amigo Menéndez: Veo por su carta de usted del 4 que ya se encuentra en Santander, y empiezo esta carta mía por hacerle una súplica y un encargo. De producto de libros míos, vendidos en la Habana, me han enviado de allí mil cigarros. El encargado ahí de la Casa de López, el de los vapores, me escribió, diciéndome que tenía los cigarros a mi disposición y que procurara yo sacar orden para el libre tránsito. Esta orden no quieren dármela. Yo me someto a pagar los derechos. Así se lo he escrito al comisionado, y le he suplicado que pague los derechos y me envíe los cigarros a Lisboa. Hace días de esto, y no recibo contestación. Como un cajón que contenía mis mejores libros se me perdió desde Madrid a ésta, y no parece por más pesquisas y gestiones que se emplean, yo estoy escamadísimo, y se me figura que España es el puerto de Arrebatacapas, y temo que los cigarros también se pierdan.

Hágame usted el favor de ver ahí a los comisionados de la Casa de López y de hacer por que me remitan los cigarros por el más seguro y pronto conducto que haya. Yo pagaré derechos y gastos de transporte. Que giren contra mí.

Estoy mal de salud, y de perversísimo humor. No hago nada. Hasta escribir una carta me fatiga. Otro día seré más extenso, pues espero que este mal mío no ha de hacerse crónico.

Muchas ganas tengo de escribir introducción y notas para los discursos, que es menester que vean la luz pública en octubre o noviembre, lo más tarde. Haré un esfuerzo y trabajaré.

Los artículos míos sobre los *Heterodoxos* he de procurar que continúen.

Aguarde usted a que salgan, para escribir esa carta de que me habla y que espero con curiosidad, aunque me pesa de que siga usted tan aferrado en sus anacronismos.

Sabe usted que le quiere mucho su afmo.,

JUAN VALERA.

Lisboa, 19 de julio (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: Sin carta de usted a que contestar, escribo a usted hoy para molerle, insistiendo en mi encargo de la carta anterior. Ahí han llegado para mí mil cigarros de la Habana; de ahí me avisaron que los cigarros habían llegado y que estaban a mis órdenes; yo he escrito dos o tres cartas al Sr. D. Atilano Lamera, que fué quien me escribió dándome el aviso, y ni este señor replica ni los cigarros parecen. La carta del Sr. Lamera, que se llama agente de los Sres. Angel B. Pérez y Compañía, representantes en ésa de A. López y Compañía, es de 3 de junio. Imposible parece que el señor Atilano, en cerca de mes y medio, no haya tenido tiempo, ni para enviarme los cigarros ni para escribirme de nuevo cuatro palabras. Esto da ocasión y sobrado fundamento a que forje las más atrevidas suposiciones para el tal don Atilano, harto poco lisonjeras.

¿Tendría usted la bondad de ver a D. Atilano y rogarle que me envíe mis cigarros de cualquier modo que sea?

Como ya llueve sobre mojado, estoy escamadísimo. Creo haber dicho a usted que traje o dispuse traer aquí mis mejores libros, metidos en un antiguo y gran baúl. En el ferrocarril de Madrid a Badajoz se quedaron con ellos. Imposible volver a ver dichos libros, por más esfuerzos que he hecho y por más hallazgos que he prometido. Yo entiendo que el enorme peso del baúl hizo creer que iba lleno de plata y de oro; que esto despertó la codicia de algún empleado en el ferrocarril, y que me robó.

El chasco que se habrá llevado, al ver que no era plata ni oro lo que había dentro, sino libros que él no entenderá, me habrá vengado un poco del hurto y de la extorsión que me ha causado; pero lo cierto es que me he quedado sin libros.

¿Me quedaré también sin tabacos?

Mucho me lo temo.

Haga usted, por Dios, un esfuerzo para que no sea así.

No recuerdo—usted que tiene buena memoria lo recordará—si fué Tito Livio, César, Salustio o qué otro clásico latino quien dijo *hispani latrones;* pero sea quien fuese el que lo dijo, estudiado lo tenía.

Tal vez en épocas de fervoroso catolicismo se enmendó un poco este achaque y se enderezó algo esta perversa inclinación a hurtar de los españoles. Yo no lo creo, si bien he oído decir a mi padre, que no era muy católico, que allá en sus mocedades solían volver a las casas, por medio de curas y frailes, no pocas cosas que se habían perdido y que los ladrones entregaban en el confesonario para obtener la absolución. Hoy no me queda esta esperanza de recuperar mis libros, porque ya nadie se confiesa y porque el hombre autonómico no hurta, pero si hurta se absuelve a sí mismo, sin necesidad de devolver lo hurtado.

Esto que llaman el imperativo categórico, cuando habla en el fondo de la conciencia humana, es más noble, generoso y desinteresado agente de virtud que todos los confesores habidos y por haber; pero habla y existe en pocas conciencias, y en quien no tuvo eficacia para oponerse al pecado no la tiene jamás para causar el arrepentimiento y la enmienda, como quizá la tenían aquellos ruines y bajos motivos del miedo del diablo.

No se ría usted de que yo me eche a discurrir sobre todo esto con ocasión de que se han quedado con mis mejores libros y con ocasión de que empiece a recelar de que quieren también quedarse con mis cigarros.

Cada día estoy más desencantado del iberismo y, sobre todo, de los portugueses. Me parece profundo este dicho de Tamayo [80]: «No quiero a Portugal si no me le dan despoblado». Soy, con todo, de opinión que Portugal puede sernos útil, pero no sabemos gozar de esta utilidad. Para España debía ser Portugal como para los mozos de Esparta aquel ilota borracho con el aspecto de cuya degradación y extravagancia se retraían ellos de incurrir en la borrachera.

Aquí hay una borrachera, una pesada y vergonzosa indigestión de cultura moderna mal asimilada. Aquí, los pocos que piensan y la echan de sabios, no son *neos*, ni siquiera espiritualistas como Castelar [81] y Moreno Nieto, ni siquiera idealistas como Azcárate [82] y Salmerón [83]; todos son positivistas, más o menos declarados.

A nosotros nos miran con desdén, como a pueblo atrasadísimo y bárbaro, donde aún hay quien hable de Dios y de Religión y quien castigue y reprima con mano firme

cuando manda. Aquí nace la desmedida libertad, no del brío de los ciudadanos para conservarla, sino de la muelle indolencia de la autoridad para reprimirla, limitarla y destruirla.

Verdad es también que esta muelle indolencia está en el pueblo y, ¿cómo negarlo?, hace que aquí se conserve más el orden, o, al menos, el reposo.

Aquí no hay tantas peleas y navajazos como ahí, ni hay guerras civiles, ni curas Viriatos que se remanguen las sotanas y tomen el trabuco, ni quien robe, como en España, con alguna exposición y peligro.

En cambio, el hurto sin exposición, la sisa de los sirvientes, el pedir o exigir cuatro o cinco veces los menestrales lo que vale su trabajo, el fraude en los tenderos, el saqueo en cuanto hacen algo para uno, está aquí como en ninguna parte. Yo no sé cómo gobernármelas. El Gobierno me paga para que le represente aquí con decoro, y yo procuro hacerlo; pero aseguro a usted que pierdo la paciencia y lucho y me desvelo a fin de que no me despojen demasiado, y no lo consigo. Esto tiene fama de barato, y creo que lo es. El Gobierno paga peor a este ministro plenipotenciario que a todos los demás que tiene; pero esto es más caro que Londres, que París y que San Petersburgo, por la conjuración de todos para sacarle a uno (1)... trata con amor y justicia.

Estoy desesperado, materialmente desesperado, pero estoy ostra...; no escribo, no acierto a escribir cosa alguna, pero siento como nunca la comezón de escribir, que trata de combatir y que acaso llegue a vencer esta estéril desidia del alma.

Consérvese bueno; escríbame; haga que me envíen los cigarros y créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Lisboa, 29 de julio (1881).

Mi querido amigo D. Marcelino: Estoy tan triste y mal de salud que apenas tengo aliento para escribir una carta. No quiero, con todo, retardar por más tiempo con-

(1) **Falta una hoja en el original.**

testar a la de usted del 23, y así, aunque sea exponiéndome a escribir a usted de un modo insulso y frío, le escribo hoy, dejando para mejor ocasión el hacerlo con humor y con reposo, si alguna vez puedo.

Esto es bello como país y delicioso como clima; pero, ¡qué gente, Dios mío, qué gente! El mejor de los portugueses es una caricatura de un español de igual clase, con algo de odioso además, porque hay en su amor a su autonomía nacional algo que hace el efecto de infidelidad a la casta, que es peor que infidelidad a la patria.

Fuera de esto, la sociedad es aquí aburridísima. No ya las tertulias de Madrid, las de Doña Mencía echo yo aquí de menos. Salvo el sueldo que me dan, y que todo se va en *gastos de representación*, aseguro a usted que prefiero vivir en Doña Mencía a vivir en Lisboa.

Veremos si venzo mi desidia y mi esterilidad y logro escribir como deseo.

Aunque no sea más que para sentir que vivo y pienso, quiero escribir; pero estoy abatidísimo y no sale nada.

Mil gracias por su eficacia en cumplir mi encargo cerca de D. Atilano.

Repito que otra vez seré extenso.

Escríbame usted sin imitarme en el laconismo, y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

No he llegado a recibir las lecciones de usted sobre Calderón, que leeré con gusto, pues sobre estar bien escritas, doy por seguro que han de estar de acuerdo con mi manera de pensar.

Lisboa, 7 de agosto (1881).

Mi querido amigo: Aquí hace un calor espantoso; para derretirse o achicharrarse los mortales. Esto acaba de hacer casi invencible mi pereza y casi irremediable mi esterilidad. Con grandísimas fatigas estoy escribiendo el estudio crítico sobre Ventura de la Vega [84], para Novo y Colson [85]; pero como trabajo forzado, no sale a mi gusto, y tal vez no salga al de nadie.

No puede negarse que los *neos* son ustedes profundos. Aquello de Tamayo de que no quería a Portugal si no se

le daban despoblado me parece cada día más puesto en razón. Esta gente está archiperdida. La maldición del cielo ha caído sobre ella, por haber renegado de su casta, de su civilización neolatina, o mejor dicho, ibera, para hacerse ridículo arrendajo de ingleses y franceses.

Los poetas, que hay muchos, todos son víctorhuguetes entecos. Las frases, la versificación, todo lo imitan, no sólo los pensamientos. Los grandes modelos de Grecia y Roma no son estudiados aquí. Aquí las *Leyendas de los siglos* son preferidas a la *Ilíada*, y Littré y Stuart Mill a todos los apóstoles, santos y profetas que figuran en el calendario.

Ahora van a hacer aquí una exposición de objetos de arte antiguos. Para ello despojan sin resistencia, sin protesta y sin escrúpulos a todas las iglesias y sacristías que quedan en el Reino. Ya tienen reunido un sinnúmero de vasos sagrados, de custodias, de vestiduras sacerdotales y de paños y colgaduras. Ayer estuve a ver lo ya reunido y me pasmó por la riqueza. El comisionado que me lo mostró me dijo en confianza que procurarían no devolver nada a las iglesias para que no lo puliesen los clérigos y traspusiese todo a Inglaterra o a los Estados Unidos, donde pagan bien.

En efecto, yo creo que mejor se conservarán estas cosas en un museo. Aquí hay tal corrupción y desquiciamiento que no permanecerían dichos objetos de otro modo. Portugal me hace el efecto de un gran baratillo, donde todo se vende.

Después de lo muchísimo que ya se han llevado, no puede usted figurarse cuánto queda por aquí, en las tiendas de cosas viejas, de muebles de roble y de palo santo esculpidos, de porcelanas ricas del Japón y la China, y de alhajas, telas y cofres y otros primores de la India oriental. Si yo tuviese más dinero había de comprar mucho. Algo compro, no obstante, a pesar de mi pobreza.

Casi todos los palacios de grandes señores arruinados y casi todos los conventos suprimidos se van convirtiendo en asilos u hospicios, y ya la tercera parte de la población de Portugal está refugiada en ellos; rara evolución social, con la que ni Owen, ni Cabet, ni Fourier soñaron. Si esto sigue así, dentro de cincuenta años todo este reino

vivirá nuevo estilo de vida cenobítica. La inclinación, la tendencia, como se dice ahora, es a ser todos *hospiciales*. A cada portugués que vuelve enriquecido del Brasil le hacen barón o vizconde y él funda un asilo para pobres. Este es su vizcondado, su baronía, su feudo, de que él es como señor. La casa para el asilado es siempre un convento, una iglesia o el palacio de algún descendiente de aquellos héroes que *foran a descubrir os remotos tesouros d'Oriente y trajeron a o tejo ufano.*

As perolas brilhantes que adornaban
do sol os ricos paços e os thalamos d'Aurora.

Pero vamos a otra cosa. He leído la elegía a la muerte de Alvarito [86]. Me parece sentida, elegante, verdadera poesía. Es usted poeta de veras, sólo que en España, aunque no tanto como en Portugal, el gusto anda también perdido. La gente tiene los sentidos tabicados y el alma inaccesible a la poesía de buena ley. Así como digo esto, digo también que no debe usted dejarse ir tanto de su facilidad. Ya que hace usted los versos sin consonantes, hágalos más difíciles, más apretados, más de bronce. Recuerde usted mi consejo en mi contestación a su discurso de la Academia y recuerde también lo de Carducci. Procure usted que la musa se le resista, cual la bacante al sátiro, en el *nevoso Edona*. Lindos son los versos a Alvarito, pero como el modelo en barro, o en yeso, antes de esculpirle en mármol o vaciarle en bronce. No sé si explico lo que quiero decir. Yo creo que usted me entenderá y en el fondo de su alma convendrá conmigo.

Mañana llegará mi hermana, que viene a hacerme compañía por una temporada. Bien he menester de compañía, porque esto es de lo menos ameno que hay en el globo; esto es *muito maçador e muito secante*.

Adiós. Expresiones cariñosas a su padre. De usted siempre amigo,

J. Valera.

Escríbame.

Santander, 14 de agosto de 1881.

Mi muy querido amigo D. Juan: Anteayer volví de una expedición por varias partes de la Montaña, y ayer

vió mi padre a D. Atilano, que quedó en cumplir puntualmente y en seguida las órdenes de usted. A estas horas ya deben de ir los tabacos camino de Madrid. ¿Y los libros, no han parecido?

Veo lo que me dice usted del lamentable estado de toda cultura en esas tierras. Mucho peor es que el nuestro, aunque no tardaremos en llegar allá si Dios no lo remedia, porque Portugal, sin quererlo y aun contra su voluntad, es en todas las cosas anticipada caricatura nuestra.

¿Qué hace Latino? También oigo hablar mucho de Teophilo Braga [87], a quien no conocí personalmente porque no estaba en Lisboa cuando yo anduve por allá. Tengo aquí, y he leído, hasta catorce o quince tomos suyos de *Historia de la Literatura portuguesa*. La erudición es copiosa, aunque indigesta, tumultuaria y con grandes lagunas. Los juicios me parecen de un delirante frenético, sin gusto ni entendimiento de la hermosura literaria. Sabe algo de literaturas comparadas, pero todo lo trabuca y de todo hace un *miscuglio* abominable. Usted le habrá leído sin duda y a usted le parecerá de él lo que a mí. ¿Qué especie de hombre es? ¿Tiene crédito ahí? Me parece un *enfant terrible* del positivismo y de la demagogia, y es lástima, porque debe ser extraordinariamente laborioso y sus colecciones de poesía popular son buenas.

A propósito de libros portugueses: tengo que hacer a usted un encargo que no he hecho a nuestros libreros por la falta de comunicaciones con los de Lisboa. Necesito los *Monumenta Portugallia histórica* publicados por la Academia Real de Ciencias bajo la dirección de A. Herculano; pero no todos los tomos, sino sólo el de *Scriptores*, con todos sus cuadernos o fascículos, que han de ser tres, por lo menos. Si tiene usted modo fácil de remitírmelos por la estafeta, se lo agradeceré en el alma. Yo abonaré en Madrid su importe a Fe o a quien usted me indique.

Perdóneme usted esta molestia.

Tiene usted razón, mucha razón en lo que usted dice de los versos a Alvaro. Yo mismo conozco lo mucho que hubieran ganado con salir mas difíciles y trabajados; pero hay algo en mi índole literaria que me aleja de la perfección por la facilidad misma. Y esto a veces me deses-

pera, por lo mismo que siento y admiro la perfección en otros. Así y todo hago esfuerzos por corregirme, sobre todo en los versos, a los cuales tengo más amor que a la prosa, y en los cuales creo más fácil llegar a un razonable término. En prosa comencé por trabajos eruditos, que son mala escuela para formarse estilo.

Sigo trabajando bastante: tengo casi acabada la parte del siglo XVIII en el tomo III de los *Heterodoxos*, que va imprimiéndose. Y usted, ¿qué hace? ¿Ha vuelto a pensar en nuestras acotaciones a los discursos?

Mi hermano, que estuvo días pasados en Santillana de la Mar, me dijo que había visto allí a sus sobrinos de usted Antonia y Juanito y que estaban buenos y que lo pasaban muy bien.

Habrá usted visto algún número de una *Revista Hispanoamericana* que ha empezado a salir, por inspiraciones de Cánovas, según dicen. Empiezan pagando muy bien para lo que se acostumbra en España; temo que tal largueza dure poco y que la *Revista* muera o caiga por insipidez, como todas las revistas en España.

Dé usted recuerdos a su hermana, si es que se acuerda de mí. Soy siempre de usted verdadero amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

P. D.—Además del tomo de *Scriptores* debe de haber en los *Monumenta* uno de *Fori et consuetudines*, dividido también en cuadernos. Si así es, puede usted enviármelo con el otro.

„ Lisboa, 4 de octubre (1881).

Mi muy querido amigo D. Marcelino: A fin de que no extrañe usted mi silencio y mi tardanza en contestar a su última cariñosa carta, escribo hoy ésta a escape, prometiendo hacerlo otro día con todo reposo y asegurándole que soy siempre su mejor amigo.

Estoy casi siempre mal de salud, desde que estoy aquí, y, aunque, en realidad, hay poco que hacer, no sé cómo se va el tiempo que no hago nada. Mi humor es de los más negros. Tal vez tenga la culpa la decadencia y ruina —menoscabo y vuelco, como diría Mor de Fuentes—que trae consigo la vejez, la cual me aplasta.

Repito que tengo muchísimas ganas de escribir a usted una carta de pliegos, donde hable yo de todo. Dios quiera darme fuerzas para escribirla.

Pienso ir por ahí a tomar asiento en el Senado; pero aun no sé cuándo iré. Tal vez a fines de este mes de octubre.

Por lo pronto voy a Cáceres el 8, pero me vuelvo a Lisboa con el rey de Portugal.

Supongo que Alvarez, editor de Sevilla, habrá mandado a la Academia Española diez ejemplares de la flamante edición que ha hecho de *Poesía y arte de los árabes*. Tamayo los repartirá como guste.

Siempre de usted afmo. y constante amigo,

J. Valera.

Lisboa, 6 de octubre (1881).

Mi muy querido amigo D. Marcelino: Esta mañana recibí el ejemplar de las conferencias sobre Calderón, que usted tan amable y cariñosamente me dedica.

Doy a usted mil gracias y doy también la enhorabuena a los editores Catalina y Calonge por lo primoroso y elegante de la edición [88].

No lo he podido leer todo, pero algo he leído, y lo hallo discretísimo, ingenioso y atinado, como toda obra de usted, que es ya el más erudito de nuestros escritores y uno de los más agradables y que va a ser el más fecundo, prodigiosamente fecundo. Admiro y envidio la facilidad de usted para el trabajo.

A mí no me cunde el tiempo. Mientras menos tengo que hacer, menos hago. Mientras más reposo y solaz parece que voy a tener para escribir, menos escribo. Sin darme cuenta de ello, tonteando, se me han ido en Lisboa meses y meses y nada he hecho, ni siquiera divertirme, pues esto es aburrido de veras.

Ahí hay movimiento en los espíritus; aquí no le hay, y yo he menester que me muevan y me arrastren, si he de hacer algo.

Estoy, además, muy decaído y enfermizo. Siento que la vejez, no robusta, sino decadente, se me viene encima a más andar; por donde a veces me inclino a largarme

de aquí y retirarme a mi lugar con libros, a ver si allá compongo algo serio y meditado, antes de morirme. Tengo varios planes que deseo realizar.

Parece que no, pero aseguro a usted que la pérdida de mis libros me ha servido de pretexto, si no de motivo, para no hacer aquí nada. La tal pérdida me ha contrariado sobremanera.

Los discursos sobre los *Místicos* es una vergüenza mía que no aparezcan; mal o bien, voy a sacudir la pereza y a escribir sobre ellos. Ya iré enviando a usted cuartillas, que rellenará y completará como guste.

Entre mis muchísimas tonterías he hecho una colosal que dificulta mi ida a Madrid y casi imposibilita mi estancia en Madrid, por más de veinte días, mientras me dure este empleo. No me he hecho cargo de los dineros que da el Gobierno para gastos de representación; salvo cuando el ministro es un señor rico por su casa, sirven para que el ministro se los guarde y viva en la fonda o en una casita modesta, y he puesto casa, como debe tenerla todo un ministro de España aquí. De resultas, me he convertido en ostra o caracol o en otro molusco de los que llevan siempre la casa pegada y no pueden separarse de la casa sin perder la propia sustancia y parar en completa ruina. Según el Reglamento de la carrera diplomática, al ministro que se va con licencia le quitan toda asignación para gastos de representación. Ya se hará usted cargo de que teniendo aquí casa, muebles, vajilla y demás primores, yo contaba y cuento con esa asignación para pagarlos.

Si me voy ahí y me quitan la asignación, ¿con qué los pago? Usted dirá o pensará que he procedido como un idiota o como un loco sabiendo esto; pero, ¿qué le hemos de hacer, si soy así?

Si no fuese por esta estupidez mía, de que ya no puedo volverme atrás, ya hubiera ido yo a Madrid varias veces y seguiría yendo. Ahora, si voy, será a costa de enormes sacrificios que me traerán ahí de mal talante y lleno de preocupaciones económicas de las más crueles. Sin embargo, iré pronto por ahí, aunque sea por pocos días.

Crea usted, además, que, al cabo, no es lo peor esto

de la asignación y de la casa abierta aquí con toda pompa. Lo peor es que me falta salud. Si yo la tuviese escribiría; ya vale algo lo que se escribe, y esto que sacase yo me sería de ayuda de costa para estos gastos diplomáticos. Lo peor es, asimismo, que tengo el ingenio seco como esparto, que no me siento con ánimo para el trabajo, que pierdo el tiempo no sé cómo.

Mi carta va siendo una sarta de lamentaciones, lanzadas sin orden en el papel. Otro día haré por escribir con reposo y menos atropelladamente.

Alvarez, el de Sevilla, me ha hecho una nueva edición de *Poesía y arte de los árabes*, algo chapucera [89]. Supongo que Alvarez habrá remitido a Tamayo diez ejemplares para los académicos que no tengan la obra y no desdeñen el tenerla.

¿Cómo va el tercer tomo de los *Heterodoxos?* Yo sentiría en el alma quedarme sin concurrir con usted a la traducción en verso y comentada de Esquilo; pero no me quejaré si usted se cansa de aguardar que yo haga algo y, con esa facilidad maravillosa que tiene, lo hace usted todo.

Créame siempre su muy cariñoso y constante amigo,

J. Valera.

Lisboa, 19 de noviembre de 1881.

Mi querido amigo D. Marcelino: Hace días que debo a usted contestación a una carta, pero yo no sé cómo pierdo el tiempo aquí que ni siquiera para escribir a los amigos me alcanza nunca.

Mañana salgo de Lisboa para Madrid, donde estaré —Dios mediante—el 21 por la noche. Vaya usted, si nada mejor tiene que hacer, a almorzar conmigo.

Con esta esperanza es inútil escribir hoy más extensa epístola...

He recibido su discurso de usted sobre San Isidoro, que me ha gustado mucho, como todo lo que sale de su pluma [90].

También he leído en estos días una nueva novelita de Alarcón, *El capitán Veneno*, que hallo llena de ingenio y de sentimiento.

Créame usted; desde aquí, y yo entiendo que desde todas partes, España hace hermoso y buen papel en el día. Y no me hace ser tan optimista la posición que ocupo, porque ésta tiene más de bambolla que de utilidad, y para representar aquí a España, como yo creo que debo, estoy apuradísimo y con más dificultades económicas que cuando era un mero caballero particular.

Si no fuese por mi mujer, y porque no dijesen además mis correligionarios políticos, hace días que hubiera yo largado este puesto, que me trae más disgustos que ventajas y muchísimo aburrimiento además.

Adiós. Hasta que nos abracemos cariñosamente. Créame su buen amigo,

J. Valera.

Lisboa, 13 de diciembre de 1881.

Querido amigo D. Marcelino: Llegué bien a esta gran ciudad el 8 por la noche, con el propósito firme de emplearme en cosas literarias: escribir las notas sobre los *Místicos*, una novela nueva y qué se yo cuántas cosas más; pero esta tontísima vida diplomática no me deja tiempo para nada. Aseguro a usted que si no fuese por el grandísimo disgusto que causaría a mi mujer y por las calificaciones de disparatado y de inútil que dejaría caer sobre mí, pronto hacía yo dimisión y me metía en mi casa.

En fin, ya veremos si hago algo y me enmiendo arreglando mejor las horas del día.

De lo contrario, temo que voy a entontecer por completo.

Suplico a usted encarecidamente que cuando vea a Rodophis le dé mil expresiones cariñosas de parte mía y me disculpe de no haber ido el pasado martes a comer con ella.

Yo pensé irme el martes.

Después me dió el rey audiencia aquel mismo día —a las cinco y media—; no entré a verle hasta las seis y media; salí de Palacio cerca de las ocho y no pude irme.

Ya no era tiempo tampoco de ir a comer con Rodophis.

A los compañeros de la Academia, Cañete, Tamayo,

Aureliano y Nocedal, salúdelos usted de mi parte con el mayor afecto.

¿Por qué seré yo, siendo tan liberalote, tan neocatólico en la amistad?

El encargo que me hizo usted, renuévele para que yo le haga.

El Padre Fidel Fita me hizo también otro encargo que no recuerdo. Que me envíe nota para que yo le haga.

Adiós.

Consérvese bueno y créame su buen amigo,

J. VALERA.

Lisboa, 4 de enero de 1882.

Queridísimo amigo D. Marcelino: Empiezo por desear a usted el más feliz Año nuevo. Después le pido mil perdones por no haber contestado en tanto tiempo a su carta del 13 del último diciembre. No puede usted figurarse cómo, sin hacer nada de provecho, se pasan los días y los meses en este cómodo y estéril oficio de la diplomacia. A pesar de mis buenos propósitos, nada he hecho desde que volví por aquí, y lo que es ahora, con la visita regia, haré menos, si cabe, hasta que los reyes se vayan.

Las fiestas que se preparan aquí van a ser variadas y espléndidas.

Los portugueses, más autónomos, finchados y carrancudos, están archigibados de tanto agasajo como van a hacer al rey de Castela.

Perdone usted mi tardanza en hacer su encargo. Confieso que lo había olvidado. Tal tengo yo la cabeza con estos negocios de aquí.

Hoy escribo a Latino Coelho [91] para que me busque y remita los libros que usted desea, y no bien me los mande se los mandaré yo a usted.

He recibido carta de Fastenrath [92], en la que me dice que ha hallado editor para su traducción de *Pepita Jiménez*, que aparecerá en Leipzig, en marzo. Siento que Fastenrath se adelante y que no salga a la luz la traducción hecha por la mujer del Dr. Lauser y corregida

por el mismo doctor, porque en esta otra traducción tenía yo mayor confianza.

Escríbame cuando tenga humor y tiempo y no haga caso de lo desabridas y breves que puedan ser mis epístolas; antes entienda que no las escribo más amenas, largas y sabrosas por esterilidad de ingenio y no por falta de cariño.

Dé usted a Rodophis siete millones de memorias cariñosas de parte mía.

Usted créame su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 24 de enero (1882).

Mi querido amigo D. Marcelino: Los libros que usted me pidió, *Monumenta*, etc., están ya en mi poder e irán por la estafeta del Ministerio de Estado, que sale de aquí el 5 y llega allí el 7 de febrero; todo si es posible que entren en los sacos libros tan gordos. Si no, buscaremos medio de que los libros vayan sin mucho gasto.

Las regias fiestas han sido muy brillantes y han ido muy satisfechos los reyes de España.

De provecho y de *re litteraria* nada hago yo con todas estas tonterías.

El actual alcalde bermejino, D. Juan Moreno Güeto, me hace un encargo que yo, desde aquí, no puedo cumplir. Acudo a usted para que le cumpla. Se trata de proporcionarle los libros que expresa la adjunta nota. Como en los lugares y en materia de libros son veleidosos, no suplico a usted que compre los libros y los envíe en seguida al alcalde. Le remito la nota para que sepa los libros que son, y digo al alcalde que se dirija a usted si quiere y que con usted se entienda. Hágame usted, pues, el favor de contestar a D. Juan Moreno Güeto, si le escribe, y aun de buscar, comprar y enviar los libros si él lo pide y los libros se hallan.

Adiós.

Hasta otro día en que esté yo en humor de escribir más extenso y menos fastidioso.

Perdóneme la molestia y créame su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 25 de enero de 1882.

Mi querido amigo D. Marcelino: Acabo de leer en los periódicos la nueva de la muerte de Guendulain y, como las cosas de la Academia Española me interesan muchísimo, me apresuro a escribir a usted para preguntarle qué candidato se presenta con más probabilidad de éxito para llenar la vacante.

Yo, si es lícito a quien no asiste a las Juntas ordinarias votar en las extraordinarias, iré a Madrid, cuando llegue el día de la elección, a fin de dar mi voto.

No ocultaré a usted, y pongo a un lado la cuestión de lo que vale o no vale como autor dramático, que yo votaría ahora, con más gusto que a nadie, a Echegaray. Es menester no desafiar constantemente la impopularidad. Es menester transigir alguna vez con el vulgo.

Ya nos moriremos otros, ya habrá más vacantes y ya traeremos a la Academia, como yo deseo, a Alejandro Pidal, al Padre Mir y hasta a Nocedalito II [93], pero antes es menester congraciarnos con los liberalotes.

Hable usted de esto con Tamayo, Cañete, Alarcón y otros amigos, a ver si nos concertamos.

Yo no tengo mala voluntad a Castro y Serrano [94], ni dejo de apreciarle como escritor de ingenio, pero creo que le debemos dejar para más adelante. Ahora nos conviene Echegaray, en mi sentir.

Escríbame usted sobre esto y dígame con toda franqueza lo que piensan ustedes.

Adiós.

Su afmo.,

J. Valera.

¿Quién cree usted que vencerá entre Sánchez de Castro, Canalejas y Sánchez Moguel?

Sánchez de Castro me es el más simpático de todos.

Lisboa, 2 de febrero (1882).

Mi querido amigo Menéndez: Sin perjuicio de contestar a usted por extenso a su última carta, escribo ésta a escape para hacerle dos encargos:

1.º Que me busque y remita certificado un ejemplar de *El Comendador Mendoza*, edición de Abelardo de Carlos, y si no le hallare barato, me haga copiar de él, por un escribiente *ortógrafo y claro*, «La cordobesa» y «Un poco de crematística».

Quiero también que me haga usted copiar y me remita todos los versos míos que van incluídos en la edición de *Pepita Jiménez* que hizo Abelardo de Carlos. Los quiero todos, mas lo que por lo pronto necesito sin dilación es «Santa».

Pida usted de mi parte a Fe un ejemplar de *Pepita Jiménez*, séptima edición, otro de *Pasarse de listo* y dos de *El Comendador Mendoza*, y, si hay tiempo, envíelos a mi primo, D. Joaquín Valera—calle de Leganitos, 13, principal—, rogándole de mi parte que los remita por la estafeta que sale el 5 para Lisboa.

Los *Monumenta* irán por la estafeta, y el 7 estarán ahí.

Hasta otro día.

Aunque me llamen *neo*, iré a votar a Pidal.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 6 de febrero de 1882.

Mi querido Menéndez: Ayer remití por la estafeta tres cuadernos de *Monumenta*. No me atreví a enviarlos todos por no escandalizar y asustar con tanta carga a los covachuelos. Irán los otros cuadernos por otra estafeta, si no hay medio de remitirlos antes por conducto seguro, o si usted no los necesita pronto, pues en este caso podrían ir por el ferrocarril, aunque algo costase.

Supongo que le llegaría a usted a tiempo mi última carta para que usted tomase los tomos de mis obras, que le encargué, en casa de Fe, y se los remitiese a D. Joaquín Valera, a fin de que éste me los mandase ayer por la estafeta.

Tengo el gusto de que mi *Pepita Jiménez* salga pronto en alemán, impresa en Leipzig. La edición va a ser bonita. La traduce Fastenrath.

En Milán, en el periódico *La Perseveranza*, publica Daniel Rubi una traducción de *Doña Luz*.

He leído los versos a Aglaia. Como todos los de usted, me gustan mucho. Sólo quisiera yo un poquito menos de facilidad. Ya usted me entiende.

Iré a votar a A. Pidal cuando llegue la ocasión.

No puedo extenderme más hoy. Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 9 de febrero de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Vuelvo a escribir a usted sin carta suya para reiterarle mis súplicas y encargos y que no los olvide. Perdóneme usted la molestia que esto pueda causarle.

Sé por los periódicos, con gran sentimiento, la muerte de nuestro amigo Selgas. Yo le quería y le estimaba, a pesar de no haberle tratado mucho. Estas desapariciones, además, y este *supremo scolorar del sembiante e venir meno ad ogni usata, amante compagnia*, le ponen a uno muy serio y le hacen pensar en negocios hondos y casi infinitos, o infinitos sin casi.

Pero, en fin, trayendo a tirones el pensamiento de las esferas encumbradas adonde vuela, cuando en tales casos medita, y viniendo de nuevo a tierra firme, desde el piélago de los ensueños trascendentales, ahora es la ocasión de que elija la Academia a un liberalote. Pidal y Echegaray pueden y deben llenar las dos vacantes. Dios quiera que tarde tiempo en hacerse otra, y cuidemos para ello, no porque sea de temer la muerte, sino porque usted y otros compañeros, casi todos, y yo, echando la modestia a un lado, podemos y tenemos aún mucho bueno que hacer por aquí. Lo que conviene es no descuidarse, porque la vida se va como un soplo, y sabe Dios las cosas que al írsenos se nos quedarán por hacer.

Memorias a los excelentes amigos Tamayo, Cañete y Alarcón y Aureliano.

Soy de usted siempre cariñosísimo amigo,

J. Valera.

Lisboa, 11 de febrero de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: De los encargos que hice a usted veo que ha cumplido algunos y le doy gracias. He recibido los tomos que le pedí de mis obrillas y el ejemplar de *El Comendador Mendoza* de Abelardo de Carlos. Lo que ahora me corre muchísima priesa es una copia de mi cuento en verso, episodio del Mahabarata, titulado «Santa».

Voy a publicar un tomo, con el título *Cuentos y diálogos*, el cual contiene por este orden: «El pájaro verde», «Parsondes», «El bermejino prehistórico o las salamandras azules», «Asclepigenia», «Gopa» y «Santa». Todo está ya impreso y sólo nos falta «Santa». Envíemela usted, se lo ruego.

Este tomo, en pago de un cuento que me dedicó «Enrique Saavedra», duque de Rivas, irá dedicado a «Enrique Saavedra». Si yo tuviese humor y me soplase la musa, escribiría otro diálogo u otro cuento nuevo, que iría entre «Gopa» y «Santa», a fin de dar más novedad al tomo.

Si no me sopla la musa, irá el tomo con lo dicho, y de todos modos urge el envío de «Santa». Perdone usted que le moleste con encargos. ¿Quién mejor que usted para valerme en estas cosas?

Escríbame usted y cuénteme cosas de ahí. ¿A quién piensan elegir académico en lugar de Selgas? Yo sigo en mi opinión de que nos convendría elegir a Echegaray.

Adiós. Mil cariñosas expresiones a Cañete, Tamayo, Alarcón y ambos Guerras.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 19 de febrero de 1882.

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 16 con la copia de «Santa» hecha por usted. Mucho le agradezco esta prueba de amistad que me ha dado. Bien dijo el Apóstol: «La caridad es paciente».

Dé usted de mi parte un millón de gracias a la mejor y más noble de nuestras amigas, a nuestra querida mar-

quesa de Aranda. Me lisonjea que su libro nos sirva para copiar los versos.

Si usted no lo toma muy por lo serio, no puedo menos de alegrarme y de aplaudir que Aglaia sea nuestra Rodophis. Dichoso usted que aun tiene juventud y humor para estas cosas. Yo, a más de viejo, estoy desengañado, estéril, triste como la muerte. Mi casa es el rigor de las desdichas. No me ha valido la posición que aquí tengo, los dineros, tal vez más de lo conveniente, que gasto, ni nada, para que mi mujer esté alegre y satisfecha y no me muela.

Ahora, sobre su natural y continuo disgusto—y esto sí que lo digo yo *sub sigillo secreti* y para desahogo—, tenemos mala a mi hija Carmen con calenturas del país, que han venido a dar en tifoideas. Imagine usted la desesperación de mi mujer y el casi delirio en que se pone y que a veces me comunica. Ya ve usted si estaré divertido. En fin, Dios quiera que la niña se cure.

A mis oídos ha llegado que se quejan en el Ministerio de Estado que les escribo pocos despachos. Tienen razón; estoy desidioso; nada hago de provecho. Pero cuando reflexiono en los despachos que escribirán Mazo, Rancés, Raseón y Almina, casi no me arrepiento de mi desidia.

Ya que hablamos con toda franqueza, con mayor franqueza que la que pudiera yo emplear con un hermano, diré, como usted, que ni la literatura de Balaguer ni la de Echegaray me gusta; pero convenga usted en que la de Balaguer vale [95] menos. Por esto, y por ser Echegaray más popular, quisiera yo a Echegaray en el puesto que Selgas deja vacante. Me someteré, con todo, a lo que ahí decida la mayoría de los académicos, e iré a aumentarla con mi voto, si para entonces no me he muerto yo también.

Quisiera yo serenidad de espíritu, y cuando no alegría, porque en mí la alegría ya no es posible, cierta calma melancólica que me consintiera escribir. Siento, por mil estímulos, el afán de producir algo, de aligerar el alma, dándole bellas formas, de los informes pensamientos que se agitan y pesan en ella; pero no estoy para nada. De aquí un aumento de pesar. Se me figura que he muerto ya para la vida del poeta, del literato, del que da a luz

obras de arte. ¿Cuándo engendraré yo y pariré otra *Pepita Jiménez?*

El prurito de meterme en Cabra a vivir acude ahora a mi ánimo con mayor persistencia que nunca. Ganas tengo de enviar allí mis libros y de retirarme a vivir allí. Allí quizá tendría yo sosiego y escribiría yo algo de provecho. Usted iría algunas veces por allí a hacerme visitas de dos o tres semanas, en momento de vacaciones amorosas y universitarias.

En suma, mi querido Menéndez, yo estoy archifastidiado.

No se case usted nunca. Razón tuvo la Iglesia católica para establecer el celibato para los clérigos, y *clérigos* somos usted y yo.

Doy a usted anticipadas gracias por el envío que espero de los versos que están en la *Pepita Jiménez* de A. de Carlos y no en mi tomo de 1858. Esos son los únicos que necesito.

De mis lamentos no haga usted confianza a nadie. No quiero inspirar lástima más que a usted.

Consérvese usted bueno.

Escríbame y escriba para el público; húzcase hablando en la Asociación católica y siga siendo útil y dando gloria a su país.

Yo siempre soy su buen amigo,

J. Valera.

Lisboa, 26 de febrero (1882).

Mi muy querido amigo Menéndez: Recibí a su tiempo su carta del 20 y todas las poesías que usted mismo ha tenido la paciencia de copiar, dándome una prueba de su generoso afecto, que le agradezco mucho.

En efecto, la copia de las poesías es para hacer nueva edición de las mejores o menos malas, que, para no titularlas *Poesías*, titularé *Canciones y Romances*.

Irán incluídos los versos «Al mirar tus ojos».

Muy pronto, dentro de un par de semanas a más tardar, aparecerá mi libro *Cuentos y diálogos*. Ya he dicho a usted lo que contiene. Se le dedico, en pago de la obrita

que él me dedicó, a D. Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas. Mi dedicatoria es breve.

Ya tengo encargado al editor, que es Alvarez, el de Sevilla, que envíe a Tamayo veinte ejemplares para que los reparta entre mis compañeros de Academia que menos me desdeñen.

Estoy afligidísimo con la enfermedad de la niña, la cual está mejor, pero ha comunicado el mal a mi mujer. Tengo, pues, dos enfermos en cama y los otros niños fuera de casa, a fin de que no se contagien; uno está con el cónsul, otro con el secretario de esta Legación.

Ya comprenderá usted que no estoy para escribir nada.

Consérvese bueno, dé expresiones a los amigos y créame suyo afmo.,

JUAN VALERA.

Lisboa, 6 de marzo (1882).

Mi querido Menéndez: He tenido en esta casa la abominación de la desolación, de lo cual quedan aún no pocos dejos. Mi hija tuvo el tifus benigno o calenturas tifoideas. Su madre, de cuidarla, cayó con él también. Ha sido milagro que salgan con vida. A nadie he dicho hasta ahora, cuando ya el peligro de la gravedad va pasando, la gravedad de la cosa. Imagínese usted cómo habrá estado y estará aún esta casa.

Mañana, en cierto modo, se complicará mi situación. Mi suegra y mi cuñado vienen. Yo no quiero que caigan enfermos, y caerán enfermos de seguro si entran aquí. Voy a tener que echarlos con cajas destempladas, por orden del médico y por orden mía. Mi mujer, además, no está para las fuertes emociones de ver a su mamá, y esta buena señora la mataría con su cariño.

En medio de todo esto, yo he pasado pícaros ratos. Dos o tres veces he estado a punto de caer en el mal, y me he libertado con quininas, purgas, mixtura, salina y limonadas sulfúricas.

Mi hijo Carlos estuvo más caído que yo, y también escapó, aunque no sin cinco días de fiebre.

Tengo tres y aun cuatro visitas diarias del médico;

tres Hermanas de la Caridad y no pocos criados cuidando a los enfermos. Soy una mina para el boticario.

Vamos ahora a hablar de algo menos melancólico.

El Dr. Fastenrath acaba de publicar en Leipzig su traducción de *Pepita Jiménez*. Me parece admirablemente bien hecha. Me ha enviado un ejemplar. El tomito no es feo.

Daniel Rubbi publica en *La Perseveranza*, de Milán, una traducción de *Doña Luz*, que luego saldrá también en tomo.

Me envía *La Perseveranza* para que yo vaya leyendo.

Ya tiene listos Alvarez, el de Sevilla, mis *Cuentos y Diálogos*. Enviará veinte ejemplares a la Academia, que Tamayo repartirá como guste. Coja usted un ejemplar, si quiere. Le ruego que dé algún *bombo* para la venta. Avíseme también de la llegada y reparto de los ejemplares y de si mis compañeros agradecen un poco el presente.

Mi hija ha comido hoy un poco de pollo. ¿Quién había de imaginar que este fuese un fausto acontecimiento?

Mi mujer va mejor, pero no fuera de peligro aún. Las tales calenturas son largas y traidoras. Yo estoy en el día muy confiado en la pericia del médico, que me da las mejores esperanzas.

La madre, por dicha, no ha estado nunca tan mal como la hija, quien llegó a tener evacuaciones de sangre; síntoma terrible.

Apenas se comprende cómo vive uno tantos años con una máquina tan delicada y complicada como la que tenemos y dependiendo todo de las tripas. Le digo a usted que es cosa de maravilla.

Otra de mis observaciones antipesimistas es lo bueno que es el linaje humano y lo calumniado que está por los misántropos y ascetas. ¡Qué Hermanas de la Caridad! ¡Qué inglesa el aya, que parece una lombriz y tiene más brío y resistencia que Hércules! ¡Cómo ha cuidado esta aya a la chica! Y, por último, ¡qué doncella alemana la de mi mujer, que no hace cinco meses que está sirviéndola y la ha cuidado como si la hubiera parido!

En fin, casi se justifica el que vengan estos males, a

fin de que la gente se luzca y muestre sus prendas; pero más valdría que la gente no tuviera que lucirse.

Crea usted que sigo harto reventadito, a pesar de que filosofo y embromo. La cosa no es para menos, por todos los estilos.

Consérvese bien de salud, escríbame y créame su mejor amigo,

J. Valera.

Hace cuatro días estuve yo tan intercadente que sentí no estar prevenido por lo que pudiera tronar y pensé en escribir a usted encomendándole dos cosas.

Ahora, aunque sea en postdata, se las encomiendo para otra vez, y quedan dichas y recomendadas.

1.º Que cuide usted de mi pequeña biblioteca, si me muero por casualidad o sin casualidad, y

2.º Que cuide de mis propias obras, sacando de los editores el mejor partido posible que de ellas se pueda sacar, hasta que mis chicos sean grandes y tengan aficiones literarias.

Claro está que estas disposiciones son inútiles por ahora, porque le aseguro a usted que me siento bien; pero, en fin, ya queda declarado y convenido, si acepta usted el encargo.

Lisboa, 15 de marzo de 1882.

Mi querido amigo D. Marcelino: ¿Qué le pasa a usted que, en medio de tantas tribulaciones como me cercan, no acude con sus amables cartas a darme algún consuelo?

Me alegraré de que sea por descuido o quehaceres y no por falta de salud. Esta, gracias a Dios, me parece que ya va tratando de volver a casa. Mi chica, aunque con lentitud y tropiezos, convalece y se repone. Y mi mujer también se alivia, dando esperanzas de entrar en convalecencia muy pronto. Pícaros días y aun semanas hemos pasado todos.

Sé, por Tamayo, que ha poco me escribió, que Alejandro Pidal tiene la elección ganada; pero, aunque mi voto sea inútil, iré a dársele.

En la otra elección, la cual será disparatada, según me anuncian, me pondré del lado de Echegaray.

Estoy furioso contra mí mismo de no hacer nada, pero mi esterilidad o mi desidia es invencible. Sin embargo, nunca me he sentido tan animado como ahora, sobre todo desde fuera de España. Los alemanes me aplauden mucho. Casi a la vez han salido dos traducciones tudescas de *Pepita Jiménez*, una en Leipzig, de Fastenrath; otra en Berlín, imprenta de Auerbach, por Paulina Schanz, con introducción de Hart. Fastenrath me ha enviado un ejemplar de su libro, pero el de Paulina Schanz no le vi aún.

Daniel Rubbi ha hecho en italiano una bonita traducción de *Doña Luz*.

En inglés no me han traducido, que yo sepa; pero algunas revistas me han dado *bombos* estrepitosos. *Saturday Review* llama a *Pepita Jiménez, a perfect work of art*. ¿Estaré yo hueco?

Un señor llamado Thomas Moore, como el ilustre poeta amigo de Byron, me ha escrito desde Londres pidiéndome permiso para traducir al inglés mis novelas.

Fuerza es confesar, en cambio, que en la propia patria produzco menos efecto. Mis *Cuentos y diálogos* no han movido a nadie a que hable de ellos en los periódicos. Yo creía que de algún bombito eran merecedores.

A la Academia he dicho que envíen veinte ejemplares para que Tamayo los reparta. ¿Los ha recibido Tamayo? ¿Los ha repartido?

No puede imaginar cómo deploro esta incapacidad en que estoy de cumplir los más gratos compromisos. Nuestros discursos místicos con notas e introducción es menester que salgan a luz.

Menester es también que se haga la traducción de Esquilo. Para esto último pierda usted paciencia y no me aguarde. Acabe su parte. Traduzca hasta tres tragedias y, si ve que yo no hago nada, hágalo todo sin mí, en justo castigo a mi desidia.

Habrá usted visto que he dedicado *Cuentos y diálogos* al duque de Rivas.

Nada me ha escrito en contestación a la epístola dedicatoria. ¿Estará también ofendido contra mí, como lo estuvo contra usted, porque no lo *bombeo* lo bastante en la tal epístola? Ahora que pienso en esto, deploro el no

haber *bombeado* más; pero, ¿qué le hemos de hacer? Entonces no se me ocurrió.

¿Cuándo sale el tercer tomo de los *Heterodoxos?*

Los versos de usted me van gustando más cada día. Ya se harán entender del público. Ya la gente les irá tomando el gusto. Ya se abrirán camino. Yo los quiero algo menos *fáciles*. Usted me entiende.

De no hacer más difíciles los libres, emplee usted consonantes en las silvas.

Adiós. Créame su cariñoso amigo,

JUAN VALERA.

Lisboa, 16 de marzo (1882).

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 13. Mil gracias porque acepta mi encargo de cuidar de mis libros cuando yo me muera.

Yo no siempre deseo morirme, pero hay días en que estoy tan aburrido que lo deseo. De todos modos, deseándolo yo o no deseándolo, ello ha de ocurrir, y aunque tarde, nunca será tanto que usted me sobreviva y dure aún muchos años después, para aumento y mejor nombre de la cultura española. Así, pues, mi encargo está muy en su lugar, y usted no dude de que será para mí una gran consolación, el día en que me largue a otro mundo, dejar en éste, en tan hábiles y cariñosas manos, lo mejor de mi espíritu, que en forma material, que yo mismo he fabricado, quiero que permanezca y en largo tiempo no acabe.

En efecto, las enfermedades que han contristado esta casa van todas desapareciendo ya; pero aun siguen en cama, debilísimas, mi mujer y mi hija.

Mil gracias por lo que promete de hablar algo de «Asclepigenia«, «Gopa» y «Bermejino».

Me alegro de que falte tan poco para la terminación de los *Heterodoxos*. Y casi me alegro más de que la Academia de la Historia le coloque a usted en el sillón de Moreno Nieto [96].

El asunto que elige usted para su discurso me parece bueno. Creo que debe usted partir de aquella sentencia de la *Poética* de Aristóteles donde dice que la Poesía

pinta cómo deben ser las cosas y la Historia como son; pero a mí se me ocurre que nada es sino como debe ser, y que, por tanto—perdóneme Aristóteles—, no hay diferencia por este lado entre Historia y Poesía. La diferencia está en que el poeta lo penetra todo, ve lo último del alma, se mete en lo profundo de la conciencia de sus personajes—como que él mismo los crea y les da su propia conciencia—, mientras que el historiador tiene que ser más somero y andarse, como si dijéramos, por las ramas, y calificar, juzgar y sentenciar por indicios y no porque vea las intenciones y se las sepa. Esta es, en mi sentir, la radical diferencia entre Historia y Poesía; lo cual no impide que, por lo tocante a la forma sea la Historia, obra de arte también, pero siempre ateniéndose a la verdad y nunca fantaseando. Por esto, los discursos que ponen los historiadores clásicos en boca de sus personajes son dignos de censura y no de imitación ahora, porque presuponen que el historiador se vuelve poeta, introduciéndose en el espíritu o mente de los personajes y hablando por ellos.

Lo que sí resulta de la diferencia que yo hago es lo mismo que Aristóteles dice; esto es, que la Poesía es más honda, más filosófica, más didáctica o *enseñante* que la Historia, y la Historia mil veces más superficial y externa, sobre todo en vidas de individuos, pues en la marcha general de un pueblo, de una civilización o de la Humanidad toda, ya pueden aparecer también grandes doctrinas, que han de salir por inducción de la observación y de la experiencia, pero que presuponen una filosofía fundamental anterior, para criterio y guía. Así, pues, toda historia de un gran suceso o de una nación o del mundo ha de implicar una filosofía. En suma, muchísimo bueno y no dicho en España puede usted decir sobre todo esto, condenando a los pesimistas, que no pintan sino lo negro de las cosas, como Taine en sus *Orígenes de la Francia contemporánea*, y, aunque sea menudo para pareja de Taine, Sellés en su *Política de capa y espada* [97], donde también resulta que frailes, reyes, grandeza, hidalgos, etc., todo ha sido siempre en España infección y podredumbre. Alguna razón habrá para decir a estos lo que Don Quijote dijo a Sancho cuando Sancho le dijo

que Dulcinea olía mal, porque estaba, cuando le recibió, en la fuga del meneo y muy sudada: «Sancho, sin duda debiste de olerte a ti mismo».

Los cuadernos de *Monumenta* irán por la estafeta próxima.

Me parece bien que en la Academia de la Historia conteste a usted Aureliano.

Adiós. Su afmo.,

J. Valera.

Madrid, 18 de marzo de 1882.

Mi muy querido D. Juan: Veo con gozo que van desapareciendo las tristezas que en estos últimos días del mes pasado cayeron sobre la casa de usted. Bendito sea Dios por ello.

Ahora anímese usted y haga algo literario. Nos están esperando hace un año los discursos místicos, a cuya anotación pienso dedicarme, en la parte que me corresponda, así que termine la pesadísima labor de mi historia herética, que anda ya muy cerca del año 68. ¿Por qué no va usted pergeñando alguna nota mística y me la envía? *Item*, es preciso que traduzcamos a Esquilo. Luego debía usted dedicarse a la interpretación de los poetas hebreos que hace tanto tiempo nos tiene prometidos.

Lo primero que voy a hacer, alternándolo con Esquilo, es la *Historia de las ideas estéticas en España*, obra que me parece original y curiosa y cuyos materiales tengo casi reunidos.

Además del tema que el otro día indiqué a usted se me ocurre otro para el discurso de entrada en la Academia de la Historia: *Del monacato español desde el siglo VI al XII*, materia de las más embrolladas y oscuras que hay en nuestra Historia. No sé si acertaría yo a desarrollarle, pero me parece argumento grande, trascendental y hasta poético, que se presta a investigaciones inauditas y a cuadros históricos de gran novedad. Podríamos enlazar diestramente la historia eclesiástica con la social y la literaria, haciendo resaltar el carácter civilizador de aquellos institutos. Así, v. gr., la fuga del monje Donato y la fundación del monasterio Servitano nos daría ocasión

para describir la invasión del Africa por los vándalos. Alrededor del monasterio Dumiense agruparíamos toda la peregrina historia de la conversión de los suevos por San Martín y del reino independiente que fundaron en Galicia. Con ocasión de hablar del monasterio Agaliense y de San Ildefonso entraba naturalmente la apreciación de la cultura visigoda, y luego, ¿cuánto podríamos decir de San Valerio, abad del Vierzo, y de sus visiones dantescas; de San Rosendo, cuya vida está mezclada con las invasiones de los normandos, etc., etc.? Este trabajo urge más cuanto que Montalembert anduvo pobre, superficial y mal informado en lo poco que dice de nuestras cosas en sus *Monjes de Occidente*. El límite que yo pondría a mi trabajo sería la venida de aquellos funestos monjes cluniacenses que a Montalembert le agradan tanto.

No se olvide de mandarme por la próxima estafeta los *Monumenta*. Si me decido a elegir el tema del monacato, necesito consultar en esa colección varios textos.

Aureliano y el Padre Fita acaban de publicar su viaje a Santiago. Abunda en noticias curiosas. Va a salir pronto, arreglado por el Padre Fita, un nuevo tomo de la *España Sagrada*, donde irá la Crónica de Turpin con todas las variantes de los códices que tenemos por acá y que en la edición de Ciampi no se tuvieron en cuenta.

Catalina imprimirá pronto un tomo de mis versos originales—en otro irán después las traducciones—. La edición será muy linda. Pienso llamarlos *Juvenilia*, si a usted no se le ocurre título mejor. El editor y yo queremos que usted haga el prólogo y explique y declare el sistema literario que yo he querido seguir en ellos. Como los versos no son de los que por acá se hacen, necesitan llevar delante una teoría para que la gente los entienda y les vaya sacando el jugo. Esta teoría en boca del autor sería una impertinente oración *pro domo sua*. Es preciso que la haga otro, y este otro no puede ser más que usted, maestro de este género de poetizar en España.

Las composiciones que el tomo va a llevar serán pocas: la «Epístola a Horacio», la «Epístola a los amigos de Santander», la «Galerna», la «Oda a Cabanyes», todos los versos amatorios a Lydia y a Aglaya, la «Elegía a la muerte del hijo de Corina», etc., etc. Será el primer tomo

de versos exclusivamente sueltos que se haya publicado en castellano. Quizá, para evitar monotonía, intercale dos o tres sonetos, y aun la misma paráfrasis del himno primero de Sinesio, que puede considerarse como original, puesto que sólo las ideas son de Sinesio y la forma mía y de todo punto moderna.

Ya conoce usted el plan del tomo: en él predominará lo erótico. Las traducciones darán materia suficiente para otro volumen, en el cual irá el prólogo antiguo de Cueto y la respuesta de usted en la *Revista de España*.

Catalina no empezará a imprimir hasta tener en sus manos el libro con prólogo y todo. Así, pues, si usted se decide a hacerme este favor nuevo, yo iré juntando mis versos y se los enviaré a usted certificados.

Suyo siempre,

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Lisboa, 23 de marzo de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Dios va mejorando las horas para mí. Mi mujer y la niña se puede decir que han entrado ya en la convalecencia. Veremos si logro imitarlas, si sacudo y desecho esta enfermedad de espíritu que me inhabilita para todo y si hago algo de provecho.

Mis planes son infinitos. ¿Cuáles realizaré antes de irme al otro barrio? Quiero hacer con usted la traducción, comento y estudio de Esquilo.

Quiero anotar y prologar con usted nuestros discursos místicos.

Quiero concluir tres novelas que hace un siglo tengo empezadas: *Mariquita y Antonio*, *Lulú*, *Princesa de Zabulistán* y *Zarina*.

Quiero hacer la traducción del *Fausto*—ambas partes—para un editor de Barcelona que lo paga bien.

Quiero hacer la traducción de los poetas hispano-judaicos.

Quiero escribir mi novela de Abu-Hafaz.

Quiero escribir mis *Meditaciones de amor o filosofía de la voluntad*.

Quiero escribir mi *Breve compendio de la Historia del*

linaje humano, de que creo haber hablado a usted algunas veces.

Ya ve usted lo de cosas que quiero y aspiro a realizar lo más pronto posible. El tiempo, no obstante, vuela, se va y nada realizo.

Yo mismo no sé explicarme esto. Usted se me parece en tener muchos planes, pero no se me parece en lo demás, pues tiene por delante brío, vida, mocedad y actividad para realizarlos todos.

Casi todos los planes de usted los apruebo. Nada tengo que decir contra ellos, como dije contra la *Historia de los Heterodoxos*, que, así y todo, es libro de valer y que honra nuestras Letras del día.

La *Historia de las ideas estéticas en España* es precioso asunto, pero todavía sería mejor una buena historia de la literatura española, completa, que está por escribir.

Ticknor era un erudito sin crítica y sin capacidad de sentir bien y comprender la hermosura. Amador de los Ríos sentía algo mejor, aunque torcida y pedantescamente a veces, y era pesado como el plomo. ¿Por qué, pues, ha de partir usted y despedazar las cosas? Escriba toda la historia de la literatura y no sólo la de las teorías sobre ella.

Lo del *monacato español* da asunto, no para un discurso, sino para dos o tres volúmenes, que podría usted escribir con aplauso general. Sería obra instructiva, amena y, como dice usted bien, muy poética.

Para el discurso de entrada en la Academia de la Historia conservaría yo el otro asunto de que usted me ha hablado.

Me alegro mucho de que Catalina imprima sus poesías a usted en dos tomos. Difícil es hallar título que me guste. No me gusta *Juvenilia*. Hay varias pedanterías en esta palabra: la de que sea latina, la de llamarse uno joven, que al fin es alabanza, y la de dar a entender que si aquello se hace en la verdura, ¿qué no se hará en la madurez?

Poner sólo *Poesías* tampoco me agrada. En fin, el título es difícil de hallar. ¿Por qué no conservar el título ya empleado de *Ensayos* o de *Estudios poéticos?* Un tomo podría llevar por segundo título *Versos originales* o *propios* o algo así, y el otro tomo *Paráfrasis y traducciones.*

Acepto con placer, y muy hueco, lo de poner el prólogo en el tomo de *Versos originales*. Ya explicaré yo, no el sistema, sino que no debe haber sistema, sino algo que decir, y sentimiento y gracia y don del cielo para explicarle como se debe. En fin, si Dios me da habla, ya probaremos a los semitontos que usted es poeta. Los que no son tontos lo tienen ya sabido, y los tontos irremediables importa poco que lo ignoren.

Aceptado el encargo y la tarea, grata para mí, entiendo que el mejor modo de llevarla a cabo es como usted dice. Envíeme, pues, los versos, cuando pueda. Yo haré el prólogo, que usted y el editor leerán y aprobarán previamente, pues aunque yo no temo quejas, lo mejor es que sepamos de antemano lo que se dice de nosotros.

Por la próxima estafeta enviaré lo que queda aquí de *Monumenta*.

Para mis *Cuentos y diálogos* no pide *bombo* mi vanidad de autor, pero pide publicidad y anuncio el productor que desea vender su producto.

Consérvese bueno y, dando mil cariñosas expresiones a los amigos, créame suyo afmo.,

J. Valera.

¿Por qué Aureliano y el Padre Fita no me enviarán ese libro que han publicado?

Pues bien envío yo lo que imprimo, malo o bueno o como sea.

Lisboa, 24 de marzo (1882).

Mi querido amigo Menéndez: La bondad cuesta cara. El ser usted tan bondadoso conmigo hace que yo abuse y le muela. Alvarez, el de Sevilla, después de publicar *Cuentos y diálogos*, va a publicar otro tomito de miscelánea, que contendrá obrillas diversas mías; v. gr., «La cordobesa», «Un poco de crematística», etc. Estoy pensando qué otras cosas no coleccionadas pueden incluirse en este tomito que, por ser tan de poligrafía, me parece que se titulará *Algo de todo*. Ahora quiero escribir un artículo que se titulará «Naná, la novela experimental y el naturalismo» [98]. Después de inserto en una revista, irá en el tomo también.

En el «Almanaque» de A. de Carlos, del año anterior al año en que salió «El bermejino prehistórico», inserté yo un artículo titulado «La Primavera». Quiero que este artículo vaya en el nuevo tomo. ¿Podría usted buscar y hallar un ejemplar de dicho «Almanaque» y, después de cerciorarse de que «La Primavera» está en él, enviársele, certificado por el correo, a D. Francisco Alvarez y Compañía, editores, Tetuán, 24, Sevilla?

Muchísimo agradeceré a usted este nuevo favor.

Por hoy no tengo más que decir a usted. Créame su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

Lisboa, 4 de abril de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 2 y me apresuro a decirle que en cualquiera Biblioteca pública ha de estar el «Almanaque» en que se insertó mi artículo «La Primavera».

Haga usted que alguien le copie, aunque sea mal, sin molestarse usted, pagando al copista, y envíele a Alvarez —D. Francisco—, Sevilla, calle de Tetuán, 24; esto es lo mejor.

Mis diálogos filosóficos sobre el krausismo se reharán y completarán, si hay en ellos algo aprovechable, y serán para otra ocasión. Alargados, cuanto dé de sí el asunto, pudieran formar un tomo, titulado—dejando aparte la crítica del krausismo y haciendo más general mi tratadito—*El ser y el conocer. Diálogos sobre Filosofía.*

No perdonó a usted algún *bombo-anuncio* acerca de *Cuentos y diálogos.*

Lo pido, no por vanagloria, sino por interés de la venta.

Empiezo a dar por segura mi sospecha de que el duque de Rivas no se halla, en mi epístola-dedicatoria, bastante bombificado y sahumado por la lisonja, cuando ni a la epístola paladina ni a otra que le escribí privadamente ha tenido a bien contestar aún, ni darme las gracias.

Como el gran Escueto [99] me ha pedido unos librotes de aquí y yo se los envío mañana en el saco de la estafeta,

y son gordos, no sé si cabrán, sin escándalo de los covachuelos, los cuadernos que a usted debo enviarle.

Si no van todos, irán algunos o alguno, y el resto irá otro mes.

A mi primo D. Joaquín Valera encomiendo la remisión de lo que para usted y para Valmar envío.

¿Quién triunfará por último, Echegaray o Balaguer?

Dígame usted qué día es la elección, a ver si me compongo de suerte que pueda tener el gusto de concurrir a ella, ya que no pude—harto a pesar mío—dar a Pidal mi voto.

Escríbame y quiérame.

Soy de usted afmo., J. VALERA.

Lisboa, 29 de abril de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Acabo de recibir carta de usted del 24—fecha atrasada—con el gusto que recibo siempre carta de usted.

Yo no escribo a usted con frecuencia porque estoy quebrantado de salud, en extremo abatido y sin humor para nada.

A pesar de esta situación, tendré que salir de aquí para Madrid mañana o pasado. El 1.º o el 2 de mayo estaré en esa Corte y tendré el gusto de verle.

Vaya usted el 3, si nada mejor tiene que hacer, a almorzar conmigo.

No me olvidaré del convite, ni dejaré a usted sin almorzar, como he hecho otras veces. Usted me lo perdone. Esta vez estaré de fijo, esperándole el 3 de mayo, hasta la una y media de la tarde.

Los *Monumenta Portugallia Historica* acaban de ir por la estafeta del 5 de mayo. Nada cuestan a usted, pues Latino Coelho, secretario de la Academia, me los envía sin cobrar nada.

Pague usted a Latino con un ejemplar de su *Historia de los Heterodoxos*, si ya Latino no la tiene.

Mil gracias por haber enviado a Alvarez «La Primavera».

Adiós. Hasta el día 3. Soy de usted afmo.,

J. VALERA.

Cintra, 12 de junio de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Desde que volví de Madrid a Lisboa deseo y me propongo escribir a usted y luego no lo hago; tanto puede en mi desidia y la postración de espíritu en que he caído.

Anteayer de mañana llegué a este ameno retiro, donde he alquilado casa para que mi familia *veranee*, como la moda elegante lo exige ya en todas las tierras, sin remedio y en virtud de un imperativo archicategórico.

Aunque yo iré a menudo a Lisboa, adonde me dirigirá usted sus cartas, si, como espero, se mueve a escribirme, siempre tendré aquí tiempo de sobra para leer, aburrirme y escribir algo de lo mucho que he prometido escribir.

El prólogo de las poesías de usted será de lo primero que yo escriba. Deseo que salga lo menos mal que pueda y sepa. Mucho hay que predicar para convertir al buen gusto al público español, pero aunque yo atinase a predicar muy bien, sería predicar en desierto. Acabo de leer en los periódicos un nuevo *pequeño poema* que pasma, enamora y seduce. Se titula, creo, *Las mujeres y las flores*, o algo así. Muerde de *cursi*, de falso sentimentalismo y de prosaísmo ridículo en la expresión, que quiere pasar por sencilla y es afectada. Donde esto se aplaude, los buenos versos no es posible que agraden ya; las vanas doctrinas estéticas no es posible que se entiendan. Y cuenta que yo quiero mucho a Campoamor y me duele tener que decir esto de sus *pequeños poemas*, aunque sea en el seno de la confianza y con todo sigilo; pero no lo puedo evitar: los *pequeños poemas* me hacen el efecto del *Observatorio rústico* de D. Gregorio de Salas [100], si el *Observatorio rústico* fuese más gringo y menos casizo, y si en vez de mostrar afectos naturales, llanos y como Dios manda, me saliese con abominables y alambicadas ternuras.

Estoy como quien hace la puntería a ver si da en el blanco. No hago más que poner la mira, ya aquí, ya allí, a ver si atino con una bonita novela para Catalina.

Desde más de un mes ando revolviendo en la cabeza argumentos y caracteres, sin acabar de fijarme en nada.

¿Y el tercer tomo de los *Heterodoxos*, salió ya? Mi

curiosidad es grande, por mil razones; sobre todo porque no sé cómo se las habrá usted compuesto para hablar de los *vivos* y calificarlos o no de herejes.

Cuando esté completa toda la obra, no deje usted de enviarme el tercer tomo para mí y, si puede, envíe un ejemplar completo para el singular sabio Latino Coelho, que no dudo que le estimará.

Liniers ha tenido la bondad de enviarme un nuevo tomo de artículos que ha publicado. Hay en él, a mi sentir, mil cosas graciosas y no pocas muy sentidas. Es raro que sean casi siempre, en España, los clericales, los *neos* o como queramos llamarles, los acusados de parciales del oscurantismo, los que muestran en sus escritos más verdadera ilustración y más elegante cultura.

Este fenómeno es tan raro—a los ojos de un liberal algo racionalista, se entiende—que yo cavilo sobre él y siento el prurito de escribir una disertación para explicarle racionalmente.

Cuando usted me escriba, aunque yo gusto más que nada de literatura y de cuanto a ella se refiere, le suplico me hable también de la *hig-life* de Madrid, de las damas a quien usted visita, etc. Esto también me divierte.

A los compañeros Tamayo, Cañete, Alarcón, los Guerras y Catalina no deje usted de dar muy cariñosas expresiones mías.

¿En qué asunto se fija usted, por último, para su discurso de recepción en la Academia de la Historia? ¿Quién le va a contestar a usted?

Los *Heterodoxos* pueden venir con toda seguridad por la estafeta, que el 5 de julio sale del Ministerio de Estado para esta Legación. A este fin, puede usted entregar con tiempo los libros a mi primo D. Joaquín Valera, que vive calle de Leganitos, núm. 13, pral.

Consérvese usted bueno y créame siempre su muy constante, verdadero y afmo. amigo,

J. Valera.

Lisboa, 16 de junio de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: La carta que escribí a usted desde Cintra se cruzó en el camino con la de usted

del 10, que he recibido en esta ciudad, adonde he venido a los negocios del oficio.

Por ella veo que está usted bueno, y que ya terminó el recuento y examen de los herejes de la tierra.

Mucho deseo ver el tercer tomo.

¿El ejemplar de los tres, que usted promete para Latino, irá a sus manos en seguida que llegue, y no dude de que Latino, así obsequiado, dará en cambio —gratis—, dado que existan, esos *Scriptores* de que usted habla.

Hágame usted el favor de ver a Liniers, de hacerle de mi parte el elogio de su último libro y de darle mil gracias por el ejemplar que me ha regalado y por la dedicatoria amabilísima y generosa, de que estoy muy hueco.

Aun no ha llegado por aquí el cuaderno de *Autores dramáticos contemporáneos*, que contiene su estudio de usted sobre Martínez de la Rosa, pero llegará, pues Novo y Colson me los envía todos. Y yo estoy seguro de que ha de gustarme, pues en esto de poesía estamos concordes hasta lo sumo y no es como en política y otras filosofías.

¿Envíeme usted esos versos recién hechos de que me habla. ¿El prólogo para todos ellos irá pronto.

¿Escríbame cuando esté de humor y sin muchos quehaceres y créame su afmo.,

J. Valera.

Los *Heterodoxos* pueden venir el día 5 de julio por la estafeta. Déselos usted, para este fin, a mi primo don Joaquín Valera —Leganitos, 13—.

Cintra, 22 de junio de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: ¿En estos últimos días he recibido la entrega primera del tomo segundo de la publicación de Novo y Colson, y he leído en seguida, con la curiosidad y el gusto que leo siempre toda obra de usted, el artículo sobre Martínez de la Rosa. Todo en dicho artículo, hermosamente escrito, me parece bien, salvo una o dos declamacioncillas, infundadas, contra los tiempos presentes y en favor de los pasados. ¿El fallo que da usted sobre Martínez de la Rosa está, a mi ver, dictado por la propia Justicia, asesorada por la Benevolencia.

La actividad de usted y su buen acierto y su fecundidad me estimulan a imitarle y a escribir; pero estoy muy quebrantado y agotado.

¡Qué lástima para mí que no hagamos juntos la traducción de Esquilo y que no publiquemos los discursos de los místicos con notas y comentarios!

Mi más vivo deseo, excitado también por la necesidad de hacer dinero, es escribir novelas. Asunto bien trazado, en todos sus pormenores, no tengo ninguno; pero de una manera confusa me bullen en la cabeza tres o cuatro docenas de asuntos.

Con dos fuerzas han quebrado los críticos mis alas, llenándome de timidez.

Quiero darles gusto y salvarme de los defectos de que me acusan, y no puedo. Son los defectos: primero, que discreteen demasiado mis personajes y que todos son yo, y segundo, que con mis filosofías canso. Figúrese usted la enorme dificultad con que aspiro a luchar: deseo que no me acusen de esto y, a la vez, siento más vivo prurito que nunca, si he de escribir, de filosofar y de discretear y de poner en escena personajes que digan discreciones o cosas que a mí me lo parezcan, aunque me acusen de que soy yo quien habla por ellos.

Yo creo que los tales críticos caen en el error en que caería quien criticase a los pintores defendiendo y ensalzando a los fotógrafos, porque yo, por más vueltas que le doy, no atino a descubrir en qué se me parecen hablando Nicolasa, Tomasuelo, Antoñona, el Padre Vicario, el Padre Piñón, el bandido Joselico, Don Pedro de Vargas, Doña Luz, en suma, casi todos los personajes a quienes hago hablar, salvo que todos suelen hablar mejor de lo que generalmente se usa; pero, a mi ver, este es el encanto de la representación artística. En cierto modo me parece imposible hacer yo hablar a ningún personaje de mi invención ni mejor ni peor de lo que yo hablo. En este sentido, Don Quijote y Sancho hablan siempre como Cervantes; pero, ¿son o no son personajes que viven Pepita Jiménez, Rosita, Don Luis y tantos otros? En suma, lo mejor será que tome como tonterías las observaciones de los críticos, que no me meta en querer corregirme y que escriba como Dios me dé a entender.

Latino Coelho acaba de publicar su primer tomo de Vasco da Gama. Trata de los precursores. No me parece que en este primer tomo diga cosas nuevas ni peregrinas, pero el tomo está bien escrito. Supongo y espero que el segundo tomo, sobre el propio Vasco, tendrá más sustancia y hondura. No es esto decir que no valga el primer tomo como compendio y resumen y vulgarización.

Hace cerca de un año que ultimé yo, cambiando las ratificaciones, el convenio de propiedad literaria con Portugal. Hay en él un artículo que dispone que cada tres meses envíen lista—el Gobierno español al portugués y el portugués al español—de todos los libros publicados en cada país, la cual lista se ha de imprimir, respectivamente, en la *Gaceta de Madrid* y en *O Diario da Governo* de Lisboa. Esto, a mi ver, sería muy conveniente para que ahí conociesen ustedes, siquiera por los títulos, el movimiento literario de aquí, y aquí el de ahí. Publicada aquí la lista de libros españoles, yo haría que aquí la copiasen otros varios periódicos y aun que la comentasen. ¿Quiere usted creer que es tal la desidia de unos y otros que, por más que pido, ruego, hablo y escribo, no logro ni que me den aquí la una lista ni que de ahí me envíen la otra? Dé usted o haga dar sobre esto alguna nota en los periódicos, a fin de que sirva de estímulo. Tal vez en España se venderían libros portugueses si se anunciasen, y tal vez aquí, y esto nos importa más, se venderían libros españoles.

Algunas publicaciones recientes de aquí tienen interés no pequeño para España. Así, por ejemplo, un *Romancero de la isla de Madeira*, publicado en Funchal por un señor Azevedo [101]. Por la estafeta del 5 enviaré a usted un ejemplar de este *Romancero*, acerca del cual entiendo que podría usted escribir un lindo y muy curioso artículo. Escríbale usted. Es interesante lo que en el *Romancero* hay, del todo original, y es interesante también para nosotros lo imitado y tomado de la poesía épico-popular castellana.

Su artículo de usted sobre Martínez de la Rosa [102]—salvo el para mí defectillo de la declamación contra lo presente en relación con un pasado mejor, algo ideal—me confirma en la idea de que usted debe tomar resuelta e infatigablemente la férula crítica y aun los cordeles en la mano,

como cuando Cristo echó a los mercaderes que estaban en el templo, y predicar la buena doctrina estética y enseñar buen gusto al público y crear público y poner a los autores a cada uno en su lugar, *sine ira et studio*, con imparcialidad serena. Nadie puede hacer esto mejor que usted, haciendo un gran servicio a su patria, porque usted es más franco que yo y no teme tanto malquistarse, y porque usted es menos apasionado que Cañete, y porque usted sabe más que nosotros y mil veces más que Revilla, Clarín, Bremón y los mil otros que andan por ahí metidos a críticos, dando o quitando reputaciones.

Como en usted es extraordinaria la facilidad en el trabajo, estos artículos sobre literatura contemporánea bien podrían luego publicarse en tomos; le quitarían poco tiempo para escribir obras más serias y extensas, v. gr., la historia de nuestra literatura.

¿En los artículos críticos contemporáneos podría usted incluir a los autores portugueses, sometiéndoles a su jurisdicción y fallo.

Oliveira Martins, por ejemplo, merece que usted le juzgue y le dé a conocer entre nosotros. ¿Lo mismo Pinheiro Chagas. ¿Lo mismo ¿Latino Coelho [103].

Podría usted ir alternando sus artículos sobre un autor o libro español y otro sobre un autor o libro portugués.

¿Empiece usted, para el portugués, por el *Romancero de Madeira*. Yo enviaré a usted de aquí noticias y libros.

¿Los novísimos líricos portugueses deben ser también juzgados por usted.

Uno de los más notables se llama Gonzalves Crespo [104]. Si usted se decide le enviaré sus poesías.

¿El actual ministro de Negocios ¿Extranjeros de aquí, Serpa Pimentel, es escritor. Sus últimos libros, *Herculano y su tiempo* y *La nacionalidad*, deben ser examinados [105].

También el actual ministro del Reino es escritor y poeta, aquí celebrado y famoso. Tiene largos poemas, como *Don Jaime* y *A Delfina do Mal*. Júzguele usted también. Así hará usted un bien a estas gentes dándolas a conocer en ¿España, enseñándole cosas que no debía ignorar y a ambos países formando relaciones literarias entre ellos que apenas existen.

Adiós. Consérvese bien, escríbame y créame su amigo,

J. Valera.

Madrid, 26 de junio de 1882.

Sr. D. Juan Valera.

Mi querido amigo: Sobremanera me ha regocijado la carta de usted y el juicio que forma de mis borrones sobre Martínez de la Rosa. ¿Qué mayor satisfacción para mí que ser leído y apreciado por hombres como usted?

También me lisonjea mucho el que usted me crea capaz de meterme a juez y censor de la literatura española contemporánea. Y ciertamente, aunque la empresa es escabrosísima y erizada de dificultades, por falta de alientos y de independencia no ha de quedarse. Ya me comprometí con Novo y Colson a hacer el estudio de Núñez de Arce, como poeta dramático y lírico, y quizá también el de Aureliano, cuya *Rica hembra* no puede faltar en una colección selecta del Teatro español [106].

Opino como usted en cuanto a la inclusión de los portugueses, comenzando por ese nuevo *Romancero de la isla de Madeira*. Para que el estudio sea completo y fructuoso, me convendrá leer los tomos del *Romancero Portugués* de Teophilo Braga, que han de ser cinco, de los cuales sólo poseo el titulado *Cantos populares del archipiélago azoriano*. Para apreciar las variantes y numerosas versiones que traiga el *Romancero* maderiense, tengo que estudiar la colección entera de Braga, que es mucho más rica y completa que la de Almeida Garret [107], única que yo poseo. ¿Será usted tan bueno que adquiera para mí y me remita los cuatro tomitos que me faltan si, como creo, no están agotados? El primero es una Historia de la poesía popular, el segundo un Cancionero, el tercero un Romancero y el quinto se llama *Floresta de romances*, o cosa tal, y comprende las imitaciones artísticas del siglo XVI. El cuarto es el cancionero de las Azores, que ya tengo entre mis libros. Con esto y con las colecciones castellanas y catalanas, que tengo, podré hacer un trabajo curioso.

Recibirá usted, por la estafeta de este mes, un ejemplar, en gran papel, del tomo III de los *Heterodoxos*, para usted, y otro completo de los tres tomos, en papel común, para Latino, a quien dará usted mis recuerdos, suplicándole de paso que no se olvide de mandarme los libros que publique, especialmente ese de los precursores de

Gama, y otro sobre Camoens, que sé que ha hecho, aunque no he llegado a verle. Tampoco olvide usted aquellos *Scriptores* de que hablamos y que completan los *Monumenta*.

Mi paisano Pereda acaba de publicar una novela montañesa, llena de color local y admirable en todo lo que es descripción de naturaleza y de costumbres rústicas. La han publicado los editores Doménech, de Barcelona.

Liniers ha quedado muy satisfecho con el parecer de usted acerca de su libro. Yo pienso lo mismo. Ahora está escribiendo una novela que no me gusta tanto.

Envío la oda prometida. No olvide usted nuestro prólogo, porque Catalina me apremia.

El sábado me voy a Santander, donde espero recibir carta de usted, que me será gratísima.

Suyo de todo corazón,

M. Menéndez y Pelayo.

Lisboa, 26 de julio de 1882.

Mi muy querido Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 22 y me apresuro a contestarle, pidiéndole mil perdones y disculpas por haber estado sin escribirle tanto tiempo y sin acusar el recibo de los *Heterodoxos*, que llegaron sanos y salvos a mi poder. A Latino di el ejemplar completo que para él venía, y yo guardé, y he leído ya gran parte, el ejemplar en papel de hilo del tomo III. Aunque sólo fuese para dar a usted las más encarecidas gracias por lo bien que me trata en dicho tomo, debiera yo haber escrito a usted al punto; pero la desidia que se ha apoderado de mí, y que no califico yo de saludable, como califica usted la que usted supone que tiene, sino de decadencia y enfermedad del espíritu, no me deja hacer cosa alguna de provecho ni de gusto, y no cumplo compromisos contraídos con editores, ni siquiera escribo a los amigos.

Dios quiera que al cabo logre yo vencer esta desidia. Lo primero que he de escribir entonces es un largo prólogo para las poesías de usted, que en efecto ha de ser original y aun divertido, si acierto a poner en orden y a dar la forma conveniente a la multitud de cosas que acerca

de la poesía lírica se me ocurren y bullen confusas en mi cabeza, sobre todo desde hace dos o tres meses, en que leo muchos versos y además obras de crítica sobre poesía, entre las cuales recomiendo a usted la de un inglés llamado Symond acerca de los autores griegos. Es hombre de gusto delicado, eruditísimo y muy sabio helenista.

¡Cómo estudian los clásicos aquellos bárbaros del Norte y cómo los descuidamos e ignoramos nosotros! Es una vergüenza.

Mucho me agradó que Cánovas, cuya autoridad y crédito son tan grandes en España, dé a usted, en la carta sobre Villegas, público testimonio de la admiración que le inspira su erudición y su saber. Algo hubiera Cánovas debido añadir acerca del ingenio y demás altas prendas de escritor que hay en usted, si bien implícitamente todo, en mi entender, lo elogia.

Usted sabe lo descuidado que yo soy y que no hay papel que no pierda o que no entierre entre un cúmulo de otros papeles. Esto me retrae de pedir a usted copia de sus versos. La sustancia de ellos me la sé, pero no las palabras, y para citar algo me convendría tener a la vista la epístola a los amigos de Santander y «La galerna». Si usted puede, sin molestia, enviarme de ahí estas cosas, envíemelas, y si no, se escribirá el prólogo sin tenerlas yo a la vista.

Paso más en Cintra que aquí.

En aquel ameno retiro pudiera yo escribir mil primores, si se me ocurrieran, pero no se me ocurre nada. Estoy ostra.

En Cintra tengo casa, y allí están conmigo mi mujer, mis tres chicos, mi suegra y mis dos sobrinos Antoñita y Juanito Mesia. Aquello está muy animado: bailes por las noches y expediciones y jiras de día, en coche, a pie o en burro, con meriendas sobre la fresca hierba, en la esquividad apacible de aquellos bosques. Yo, sin embargo, no me divierto gran cosa. Latino Coelho está en Cintra también, pero es un hurón: *muito ratao*, lo que llaman aquí *un homen muito exquisito*. Aquí no he podido lograr que venga a comer o almorzar una sola vez conmigo. Ya le hablaré de su deseo de usted de tener lo que falta de *Monumenta*, y no dudo que lo enviará. Enviará asimismo

su obra sobre Vasco da Gama, de que ya salió el primer tomo.

En esta tierra hay talento, pero los hombres están aquí mil veces más pervertidos y estragados que entre nosotros. Tal vez se estudie aquí un poco más, tal vez esté esto más abierto y en comunicación con la civilización europea; pero, en cambio, aquí ha quedado mil veces menos que en España de lo que da el terruño o de lo que debiera dar. Se diría que toda raíz de cultura propia o castiza ha sido arrancada de cuajo.

De aquí en los poetas líricos o épicos del día no sé qué delirios malsanos, no sé qué frenético víctorhuguismo, que me deja patidifuso y me hace reir y apesadumbrarme a la vez.

Acabo de leer un poema de un Sr. Guerra Junqueiro [108] que pasa por un prodigio. Se titula el poema *La muerte de Don Juan*. No se puede imaginar nada más sin pies ni cabeza, y, sin embargo, ¡qué facilidad, qué facultades de poeta y qué varia, aunque vaga y mal digerida lectura!

Guerra Junqueiro vale cien veces lo que vale Grilo, y, sin embargo, prefiero a Grilo, con toda su ignorancia.

Pronto saldrá a la luz otro nuevo poema de Guerra Junqueiro, titulado *La Muerte de Jehová*. A lo que parece, para que triunfe al fin el Progreso y la Humanidad realice sus *ideales*, es menester que mueran tres obstáculos abominables que a tanto bien se oponen.

1.º El señorito elegante y aristocrático, el Don Juan. Por eso el poeta empieza por matarle en su primer poema.

2.º El Dios terrible y vengativo. Por esto su segundo poema, que va a salir, es *La Muerte de Jehová*, y

3.º No sé quién ha de morir, pero nos ofrece tercera muerte, y tercer poema, formando toda una trilogía épica.

Sobre todo esto será necesario que dé usted cuenta crítica en España.

Ya le enviaré los libros.

Escríbame. No puedo ser más largo por hoy. Soy su afmo. amigo,

J. Valera.

Cintra, 30 de agosto de 1882.

Mi muy querido amigo Menéndez: Su última carta de usted es del 10. Avergonzado estoy de no haber contestado hasta ahora. Yo estoy incapaz. Yo no sirvo para nada. Yo falto a todo. Haré, no obstante, un esfuerzo y escribiré el prólogo para las poesías de usted. Siento tentaciones de escribirle en forma de carta, dirigida al editor don Mariano Catalina. Dígame usted si esto le parece bien. En la libre manera de escribir, propia de una carta, cabe que yo me extienda todo lo que se me antoje.

En fin, sea como sea, no quiero ni debo retardar más el escribir el prólogo prometido, y mal o bien, tuerto o derecho, voy a escribirle, en forma de carta a Catalina, que remitiré dentro de pocos días.

Perdone usted el laconismo y la precipitación de esta carta, que dirijo a Santander.

Cuando vuelva usted a Madrid le mandaré todos los libros portugueses que necesite para escribir *estudios críticos*. Es menester dar a conocer en España la literatura portuguesa novísima.

Escríbame y quiérame.

Le quiere su amigo,

J. Valera.

Cintra, 10 de septiembre de 1882.

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Mi querido amigo: Yo no le tengo ni le puedo tener nunca olvidado, como supone en su carta del 6, que acabo de recibir. Lo que ocurre es que cada día estoy peor de humor y de salud y más incapaz para todo, incluso para escribir una carta.

Aquí me aburro, gasto doble de lo que me dan y todo me parece pésimo. La tos no me deja parar, la bilis me ahoga, me hallo como calenturiento y me paso días enteros quejándome y, por consiguiente, sin hacer nada útil.

Estoy avergonzado de no haber escrito el prólogo, y muy avergonzado también de no haber cumplido con Catalina, a quien prometí una novela, ni con otros editores, a quienes también tengo algo prometido.

En fin, haré un esfuerzo y veremos si cumplo.

Ahora no puedo quejarme del público, ni de la crítica, ni de nadie; sólo debo quejarme de mi esterilidad y de mi irremediable o casi irremediable flojera.

Mis libros, aunque nada escribo de nuevo, a fin de que el público no se me vaya, siguen vendiéndose como yo no podía suponer. Prueba de ello las nuevas ediciones que ha hecho y sigue haciendo Alvarez, el de Sevilla.

Este acaba de dar a la estampa, en dos tomitos, *Disertaciones y juicios literarios*, y está imprimiendo nueva edición de *Las ilusiones del Doctor Faustino*, y un tomito, donde habrá cosas tan disparatadas que no he hallado nombre mejor que ponerle que *Algo de todo*. En él irán «La cordobesa», «Un poco de crematística», «La Primavera» y otras cosas así.

En Francia se van ocupando más de nuestras cosas. La *Nouvelle Revue* acaba de dar a luz un artículo sobre prosistas españoles contemporáneos, donde habla de Selgas, Alarcón, Pérez Galdós y yo. El crítico debe de saber muy poco de nuestro idioma y apenas nos ha leído, y lo que ha leído lo ha entendido mal; pero, en su trabajo, se ve el deseo de tratarnos bien, de darnos a conocer y de hacer formar de nosotros ventajoso concepto. Se firma el crítico Leo Quesnel.

Asimismo, en el último número de la *Revue Britannique*, viene un artículo, firmado «Desconocido», donde sólo habla de mí, como novelista. Este me ha leído y se conoce que sabe medianamente el castellano. El artículo es de mano de amigo y me echa *bombos* estrepitosos.

Ya ve usted que, aun cuando no fuera más que por gratitud, debía yo de escribir más. Un inglés, tocayo del célebre poeta Thomas Moore, ha traducido *Pepita Jiménez*, pero aun no la ha impreso. Y una inglesa, llamada Miss E. Hope Edwardes, me ha escrito, pidiéndome permiso para estractar de mis novelas y darlas a conocer, en un libro de impresiones de viaje que va a publicar este invierno.

En cuanto vuelva usted a Madrid le remitiré todos los libros portugueses prometidos que estén a mi alcance, como, por ejemplo, los poemas de Guerra Junqueiro y el *Romancero de la isla de Madeira*.

El actual ministro do Reino, en Portugal, es uno de los más famosos y celebrados poetas que aquí hay. Llámase Tomás Ribeiro [109]. Para cuantas cosas tenga que pedir y negociar aquí, por mi empleo, Tomás Ribeiro me sirve y vale como nadie. Me conviene, pues, sobremanera, tenerle propicio. Y como Tomás Ribeiro tiene muchísima gana de ser Académico correspondiente de la Española, yo me he empeñado con Tamayo para que, de acuerdo con los amigos, me haga el favor de elegirle. Si antes no le he hablado a usted de esto, ahora le hablo, a fin de que coadyuve a la buena obra.

También enviaré a usted, o haré que el mismo Tomás Ribeiro envíe a usted sus obras, a fin de que usted las juzgue, si bien con éste le ruego que sea indulgente. Muchísimo agradecería yo a usted que mandase para Tomás Ribeiro, por la estafeta que sale de Madrid el 5 de octubre próximo, un ejemplar de sus *Heterodoxos*, con dedicatoria. Yo se lo entregaría a Tomás Ribeiro, que de seguro habría de agradecerle mucho.

Hablando con franqueza, desapruebo esa determinación que me dice usted haber tomado de refugiarse en la Estética, enojado de la estupidez e ingratitud de los carlistas. Yo creo que debe usted prescindir de lo que ellos hagan y digan y hablar con sinceridad y valentía de Religión, de Filosofía, de Política y de cuanto se le antoje, según su leal saber y entender y sin propósito de agradar a nadie. Ya usted verá cómo así agrada más aún y halla quien le siga en vez de ser usted el que tenga que seguir a otros.

Por lo demás, parece que, con suavidad y lentitud, debe usted de ir dejando de ser carlista y viniéndose a Don Alfonso. Esto puede ser sin estrépito y del modo más natural. Y en cuanto a doctrinas, sin salirse de las vías católicas y sin aceptar doctrinas novísimas revolucionarias, puede usted ir marcando sus opiniones y teorías, las cuales pudieran, con el saber que usted tiene y el que puede y debe adquirir aún, revestir un carácter castizo y archiespañol, que les dé cierto valor original. Algo así hice yo en otro tiempo, someramente. Hágalo usted con más profundidad y erudición. Yo fuí quien sacó a relucir aquello de Domingo de Soto para reconciliar el origen

divino del Poder con la creencia en la soberanía del pueblo: *Non est potestas nisi a Deo non quod respublica non creaverit principes, sed quod id fecerit divinitus erudita.*

De aquí sacaba yo, además, otra doctrina importante, que merecía ilustrarse con textos de nuestros autores; a saber, que la *respublica divinitus erudita* lo que crea es el Poder, el Soberano, pero no la Ley. La Ley no depende, pues, de la mayoría, sino en cierto grado, puesto que no hay más modo de darla que por votos; pero no es ley cuando va contra lo justo, aunque la vote todo el género humano. Y, por el contrario, si una sola persona está en lo justo, esa sola persona seguirá la Ley, aunque el género humano diga lo contrario. Sin embargo, como no hay otro modo de dar leyes positivas, a no ser imponiéndolas por la fuerza, que por medio de votación, lo mejor es la votación y la deliberación previa antes de dar leyes, pero teniendo siempre presente que es medio humano, defectuoso y falible de darlas, por donde pueden y suelen ser malas. De aquí, por un lado, el deber de someterse a ellas, una vez promulgadas, y por otro lado, el pleno derecho de censurarlas, satirizarlas e impugnarlas, hasta que se logre que se deroguen.

Esto, dicho así, apenas se entiende, pero usted entiende con poca explicación. Lo esencial es que, por no dar gusto o disgusto a los carlistas, deje usted de hablar de todo, menos de literatura, determinación, por otra parte, que no se entiende, a no ser que su crítica de usted se limite a la forma y no penetre en el fondo de nada. Si penetra en el fondo, ¿cómo ha de hablar usted de literatura sin hablar implícitamente de todo?

Aprovéchese usted y únase con los amigos de la Academia, donde está ahora casi todo lo que más vale en España por el pensamiento: Cánovas, Alarcón, Tamayo, Cañete y hasta el propio Echegaray con todos sus defectos.

Es menester no aislarse, es menester tener amigos. Si no, vale uno poco en la práctica, por mucho que se valga.

Claro está que, por cima de estos motivos de utilidad y conveniencia, hay para la amistad otros motivos más altos y generosos.

Yo no me jacto nunca de sensible, sublime y desinte-

resado; pero, sin jactarme, si de algo peco es de inhábil para las cosas de la vida. Yo he tenido, y creo que me tienen, amistad sin pensar en ninguna conveniencia; yo comprendo y digo para la amistad humana aquello que dijo el místico con relación al Amor Divino:

Aunque no hubiera cielo, yo te amara.

Pero sería tonto que los amigos, a fin de mostrar que se quieren sin interés, desaprovechen la fuerza que esa misma amistad les da. Paréceme, pues, que no debemos ser tontos. No hay que poner, por ejemplo, el sello de la tontería al afecto con que soy afmo. de usted,

J. Valera.

Lisboa, 21 de septiembre de 1882.

Mi querido amigo D. Marcelino: Veo, por los periódicos, que ya está en esa Villa y Corte.

Yo estoy avergonzado de no cumplir literariamente con nadie, pero pronto voy a cumplir.

Me considero como atascado, como caño que no corre. Esperemos que, no bien corra el caño, brote con abundancia todo lo que tengo que escribir para cumplir ofertas y compromisos.

Lo primero será la carta-prólogo a D. Mariano Catalina sobre las poesías de usted y sobre la poesía lírica en general.

Escribo a escape porque se va el correo. Otro día seré extenso. Quiero saludarle y darle la bienvenida, ahora que veo que llegó usted a los Madriles.

Adiós.

Siempre su mejor amigo, y perdone la inmodestia, y su afmo. compañero,

J. Valera.

Lisboa, 25 de septiembre de 1882.

Mi querido Menéndez: He recibido carta de usted, sin fecha, a la que contesto, y los pliegos de versos de que ya se hizo la tirada. Ahora escribo la carta-prólogo a

escape y sin más dilación. Estoy avergonzado de mi desidia, pero aseguro a usted que estoy muy atormentado por todos estilos, y esto me ha quitado el humor para todo. Tendré que hacer un inmenso esfuerzo de voluntad para entrar de nuevo en la vida activa del espíritu.

Esta noche salgo de aquí para Cabra, adonde voy directamente, por Badajoz, Almorchón y Córdoba, sin pasar por Madrid.

Voy a negocios míos particulares y no me quedaré por allá más de diez días.

Aun así, veré si en esos diez días escribo la carta-prólogo.

Por el correo de hoy remito a usted el *Romancero de la isla de Madera*.

Más adelante enviaré otros libros.

Perdone usted que sea lacónico. Hoy tengo mil quehaceres.

Cuando vea usted a la marquesa de Aranda, póngame a sus pies, que aquí la fórmula galante española está empleada con toda verdad.

Adiós. Mil gracias por votar a Tomás Ribeiro. Este enviará al cabo todos sus libros a la Academia.

Soy de usted siempre afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 3 de octubre de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Muy de madrugada he llegado aquí, de vuelta de mi ciudad natal, Cabra, donde he pasado doce días recorriendo mis míseros Estados y haciendo que mis dos chicos se examinen del segundo año de segunda Enseñanza y se matriculen al tercero.

En todo este tiempo no he tenido reposo para escribir el prólogo, pero me enmendaré. Aunque casi soy indigno ya de que se me dé crédito, prometo ahora, con toda solemnidad, enviar el prólogo de hoy en diez días, a más tardar.

Desde Cintra, donde escribiré el prólogo, sin falta, y para donde salgo esta tarde, escribiré a usted más por extenso.

Cuente que ya tengo yo más empeño que usted en que vaya mi prólogo en las poesías y que así pasemos ambos, como abrazados, a la posteridad.

Consérvese usted bueno y créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, octubre de 1882.

Mi muy querido amigo D. Juan: Veo que ya está usted de vuelta y con decisión de escribir el prólogo prestísimamente. Hace mucha falta, porque ya está impreso casi todo el libro. No importa que usted se dilate cuanto quiera; al contrario, nos conviene al editor y a mí que escriba usted un verdadero discurso preliminar sobre la poesía lírica, tal que por sí solo baste a dar interés y autoridad al libro. De la edición estoy muy contento.

Recibí el curiosísimo *Romancero de la isla de Madera*, y pienso hacer un estudio de él, cotejándole con otros *Romanceros* portugueses que tengo y con el *Romancero Catalán*, cuyo primer tomo acaba de publicar Milá y Fontanals.

Será copiosísimo. Este primer tomo abarca sólo los textos. En el segundo irán, según promete el colector, las observaciones críticas y los cotejos con poesías populares de otras naciones.

El jueves votaremos en la Academia Española a Tomás Ribeiro para correspondiente.

No se olvide usted de recordar a Latino Coelho que me envíe el tomo de los *Scriptores*, de los *Monumenta Portugallial Historica*.

Pienso publicar pronto, en edición elzeviriana y tirada de poquísimos ejemplares—porque juzgo inútil ponerlos a la venta—, un tomo de versos latinos inéditos de Sánchez Barbero [110]. Los tales versos son de lo más elegante y exquisito que puede darse en su género, y además—cosa rara en poesías latinas modernas—están inspirados casi siempre por sentimientos personales y vivos del poeta. Los dividiré en tres partes: «Elegías», «Odas» y «Epigramas». El prólogo, que ya tengo casi hecho, va también en latín. No pondré mi nombre, como editor, porque hay muchos

versos desvergonzados y libidinosos, a imitación de Cátulo y de Petronio. Los dejaremos todos en su lengua original para recreación de los humanistas.

Escríbame usted y no eche en olvido el prólogo, que Catalina está aguardando con su natural impaciencia de empresario. Para mí todavía tendrá más valor, por ser la más solemne y duradera consagración de nuestra amistad. Así viviremos juntos en las páginas de ese libro, donde está, a mi entender, lo mejor o menos malo que yo he hecho y lo más fresco y espontáneo que haré nunca.

Sabe usted que le quiere de veras su afmo. amigo,

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Lisboa, 24 de octubre de 1882.

Mi querido amigo Menéndez: Lo difícil en todo es empezar. Ya he empezado la carta-prólogo. Tengo escritos dos pliegos. La carta-prólogo, muy extensa, irá, pues, dentro de poco a poder de usted. Autorizo a usted para que corte lo que le parezca, si le parece larga, con tal de que lo que quede enlace bien y haga sentido.

Mucho celebraré que publique usted esas poesías latinas de Sánchez Barbero, y cuento ya con un ejemplar.

Aquí estoy tan aburrido, porque la vida es tan difícil, económicamente, porque mi mujer tiene poco arte para gobernar una casa, el país no es barato, la posición de ministro español muy ocasionada a gastos, y el sueldo que da el Gobierno, proporcionalmente mezquino, que no tengo humor para nada más que para echar cuentas, y no atino a escribir sino haciendo poderoso esfuerzo de voluntad. Deseo, para escribir algo serio, aprovechar los últimos años de mi vida, y casi estoy decidido a retirarme con muchos libros a Cabra no bien me quede cesante. Esto no quita para que yo conserve en Madrid un modesto apeadero y que vaya ahí de vez en cuando a ver a los amigos; pero mi propósito es pasar más tiempo en Cabra que en Madrid. Estoy archifastidiado y desengañado.

Le quiere su amigo,

J. VALERA.

Lisboa, 22 de noviembre de 1882.

Mi muy querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la grata carta de usted del 19. Me alegro de ver por ella que está usted bien de salud.

No creo en esa esterilidad de pensamiento de que usted se queja, ni en que provenga de la lectura. A usted, y yo le conozco ya, le sucede lo que a mí: que por espíritu de contradicción a veces, y otras por dialéctica que saca corolarios, la lectura nos inspira multitud de pensamientos nuevos, hasta donde la novedad es posible en el mundo: *sub sole*.

Yo espero que el prólogo, todo, completo, irá pronto. No creo yo padecer esterilidad de pensamiento. Buenas o malas, me bullen en la cabeza millones de cosas que tengo que decir. De todas ellas—en este caso singular del prólogo—resultan para usted grandes alabanzas. La esterilidad mía está en la forma. Me faltan orden y reposo para decir lo que quiero decir con orden y primor, que lo hagan comprensible y ameno. De todos modos, como yo atine a decirlo medianamente, el prólogo será original y bonito.

El intratable Latino Coelho es un ridículo personaje, a pesar de su ciencia y de su talento de escritor. No hay quien le vea, no hay quien le saque de su casa, tiene miedo de los gatos y otras mil extravagancias. No extrañe usted que no le escriba. Iré a verle y, si le hallo, haré por que me regale para usted los *Scriptores*, de *Monumenta*.

Oliveira Martins es un hombre notabilísimo por su fecundidad, por su talento de escritor didáctico y por sus variados conocimientos. Merece, por todos estilos, que le elijan ustedes pronto *correspondiente*.

Diga usted a Catalina, si esto no le cuesta o no le duele, que me envíe un ejemplar completo de lo que va de su colección de *Autores Castellanos*, para que yo se le dé de su parte a esta Real Academia de Ciencias. Claro está que esto lo digo como insinuación, que a Catalina puede parecer bien o mal, y con el deseo de que las relaciones literarias ibéricas se vayan estrechando.

Aquí se venderían, leerían y admirarían los libros españoles si en España supiésemos hacer este comercio;

pero no sabemos. Los catalanes saben más, sobre todo con ediciones caras y lujosas.

No puede usted imaginarse la multitud de suscripciones—centenares—que tienen aquí los Montaner y Simón para su *Historia de España*, su *Quijote*, su *Historia de no sé qué;* en fin, para todo. En cambio no llega aquí, por nada del mundo, libro alguno español, pequeño y barato. Es menester el agente, es menester el comisionista para que compren y se suscriban, o bien sería menester que un hombre listo, simpático e insinuante, abriera aquí tienda de libros en el Chiado. Si Fe diera por aquí un paseo, trajese libros de muestra, etc., yo creo que establecería bien este comercio. De no lograrlo, poco perdería y vería a Lisboa, que es bella ciudad.

Adiós. Créame su afmo. amigo,

J. Valera.

Irá pronto el prólogo. Perdón, perdón y perdón por mi pesadez.

Me he llevado ya a Cabra gran parte de mis libros, con el propósito de irme por allá a pasar largas temporadas cuando me quede cesante.

Espero que para entonces se vendrá usted a pasar algunos días conmigo de vez en cuando.

Lisboa, 20 de diciembre de 1882.

Mi querido Menéndez: Estoy enfermo y no atino a hacer nada, ni siquiera a ir por ahí unos días, como pensaba. Mi amistad hacia usted y mi afición a la Poesía pueden, sin embargo, más que mis males. Ahí va la continuación de la carta-prólogo, para que usted la lea y se la dé a Catalina.

Mucho, y lo más sustancial, me queda por decir aún; pero ahora irá todo a escape, y pronto enviaré hasta el fin.

Lo que es menester es que mi obrilla no parezca demasiado extensa y no huela a apoplegía, como las homilías del Arzobispo granadino de *Gil Blas*.

Adiós, y créame su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 5 de febrero de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Anteayer llegué felizmente a esta ciudad, donde he tenido el gusto de hallar bien a todos los de mi familia.

Me alegraré de que usted esté bueno. Escríbame y cuénteme cosas de por ahí.

Al ver los elogios de tonterías que por ahí se hacen se le quita a uno la gana de escribir. Digo esto porque he visto las ponderaciones que hace «Clarín»—en *El Progreso*— del último drama de Sellés, y en seguida he leído los detestables y ridículos versos— tres o cuatro escenas— que pone luego para muestra. Si aquello es lo mejor, ¿cómo será lo restante? [111]

En fin, es menester resignarse, o a no escribir, o a no ocupar más que un puesto secundario, en pos de Sellés, de Echegaray o de otros por el estilo.

Aun esto es difícil. Nadie ha hablado aún en los periódicos del tomo de poesías de usted.

Créame: los bárbaros no vienen del Septentrión: están en casa.

Dígame si han recibido en la Academia diez o doce ejemplares de la flamante edición del *Doctor Faustino*, que he dicho al editor envíe de regalo.

Haga el informe sobre *Poesía y arte de los árabes*, remitiéndose a lo que ya se dijo en anterior informe. Así se complace, sin trabajo, al editor, aunque no lo merece.

Consérvese bueno.

Créame su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 23 de febrero de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Sin perjuicio de escribir a usted otro día, por extenso, con más reposo, lo hago hoy, para no retardar el decirle que Teófilo Braga [112], a quien, por no conocerle yo, he consultado valiéndome de un amigo, está encantado de que se le elija académico de la Española, deshaciéndose en elogios de todos nosotros y pasmado de nuestra ilustrada y superior tolerancia, ya que Cánovas, usted y yo le queremos por colega,

a pesar de su republicanismo, mientras que aquí, a pesar de sus altos merecimientos, le cierran las puertas de la Academia.

Procédase, pues, a la elección de Teófilo Braga, que será un golpe muy político, sin haberle querido dar.

Hasta otro día.

Ahí va lo que escribió Teófilo Braga al amigo citado, cuando fué a verle y no le halló en casa.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 25 de febrero de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Como el otro día escribí a usted a escape y sólo para enviarle el beneplácito y contentamiento de Teófilo Braga, hoy quiero escribirle y le escribo de nuevo para contestar a su carta del 18.

Y lo primero que digo y confieso es que no tengo esa resignación que usted tiene y que me aflige que no me hagan caso, y dejen pasar en silencio lo que escribo.

Cuando yo afirmo y sostengo una cosa es porque la creo verdadera y justa, y me carga soberanamente que no me den la razón.

Todas mis alabanzas de los versos de usted están en su punto, no pecan de exageradas, sobre todo si se atiende al estilo hiperbólico que en España se emplea. Y es doloroso que por la barbarie y perverso gusto del público y por la malignidad, también bastante bárbara, de los críticos de oficio, o no se hable de *nuestro libro*, o se hable para censurarle.

Créame usted: la resignación, si no es completa, no debe ser. Y para que la resignación sea completa, debiera uno no escribir nada en lo sucesivo, diciendo para su capote:

Barbarus hic ego sum quia non intelligor illis.

Pero, de no decir esto y callarse, conviene buscar amigos y parciales; defenderse y ofender; probar que no es tan malo lo que uno escribe, ni en absoluto ni con relación a lo que escriben ellos. Por modestos que sea-

mos, donde Sellés es un Shakespeare, bien puede usted ser un Píndaro y yo un Cervantes.

Además, yo entiendo que esa apasionada estupidez de la crítica de los periódicos, esa falta de indulgencia, desde la vulgar ignorancia y no desde las alturas del saber, hacen un daño grandísimo a las Letras y a toda la cultura.

Si yo no estuviese cansado y viejo, todavía había de emprender una tarea, que fuese un libro con el tiempo: *Crítica de la crítica en moda y defensa de sus víctimas más ilustres*. Cheste, Cánovas y Villahermosa habían de resultar setenta mil veces más poetas que Campoamor y que Grilo. Como que lo son; créamelo usted. Sólo que ahí todo está trabucado [113].

En esta tierra quizá haya menos juicio que en España, pero en general se estudia más, y en las Letras prevalece menos la brutalidad. Tal vez me lance, sin dar mi nombre, a publicar en *El Día* una serie de artículos sobre la «Literatura portuguesa de ahora». Me arredra el temor de lo muchísimo que habría que leer para que fuese el estudio con consecuencia; pero por otra, y visto que si lo hiciese con mucha conciencia me haría pesado, me inclino a escribir a la ligera mis impresiones sobre lo principal que ya he leído o puedo leer, sin apurar la materia y sin imponerme la obligación de conocerlo todo y de dar noticia de todo, que, malo o bueno, es muchísimo, pues aquí, en proporción, se escribe doble que en España, en verso y en prosa.

Sólo de poetas líricos vivos cuento aquí cuatro o cinco docenas, de los que sería menester hablar. Bien es verdad que estos mismos son los historiadores, los filósofos, los dignos pares, los *conselheiros* y los ministros, porque todos empiezan y los más persisten por y en hacer coplas.

Todos, desde Coimbra, cuando se están *formando*, se ponen a tocar la lira, y no paran hasta que mueren, aunque los hagan archipámpanos.

En fin, allá veremos si sacudo la pereza, me levanto del abatimiento en que estoy y hablo de esto y de otras mil cosas, más esenciales, de que quisiera hablar antes de que se me enfríe el cielo de la boca y se vengan a podrir conmigo en la sepultura.

Escríbame usted y cuénteme lo que ocurra por ahí.

Cañete, Aureliano, Tamayo, los Pidales, el Padre Mir, Nocedal, Cánovas, usted y yo y otros muchos debiéramos hacer una liga y confabulación literaria y culta de lo que hacemos, no sólo por egoísmo, sino para bien de las Letras patrias.

Es un dolor entregarlas sin defensa a los salvajes.

Créame siempre su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Lisboa, 5 de marzo de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 1.º y veo por ella, con gusto, que T. Braga, Serpa Pimentel y consortes iban a ser votados el jueves. Claro está, pues, que a estas horas serán los cuatro académicos correspondientes.

Muchísimo agradeceré ahora a Tamayo que me envíe pronto los diplomas, a fin de darme charol entregándolos a los agraciados.

Mis lamentos contra los críticos, aunque por lo encarecidos pareciesen desesperados, no lo eran. Lo que yo quería significar es que nos conviene combatir y vencer y no dejar nuestra república literaria tiranizada por los bárbaros, esperando a que la posteridad nos vengue y haga justicia.

Bueno es hacérnosla nosotros, si podemos, y a este fin conviene buscar alianzas de gente activa y capaz.

«Clarín», a pesar de sus manías, es de lo que más vale [114]. Poco a poco, importa traerle del lado nuestro y quitarle un poquito de su mucho entusiasmo por Echegaray y Pérez Galdós, sin que le pierda todo, pues ni nosotros mismos queremos ir contra la corriente y negar que Echegaray y Pérez Galdós valgan.

Leí, en efecto, *las asneiras* de Ortega Munilla [115] en *El Imparcial*. Espero que «Clarín», que no es tonto, le juzgará a usted como usted merece y le dejará satisfecho.

Supongo que el artículo de «Clarín» saldrá en *El Progreso*. Todos los días, cuando recibo este periódico, le abro con cierta ansiedad, esperando ver ya el artículo de «Clarín».

Estoy casi resuelto a escribir una serie de artículos de

literatura portuguesa del día. No daré mi nombre, pero si llego a escribirlos ya diré a usted dónde salen para que los vaya leyendo.

Adiós. Créame su afmo. amigo,

J. VALERA.

No me olvido de pedir para usted a Latino los *Scriptores*, pero, sin olvidarlo, no lo pido, porque Latino está muy tonto. Tal vez acuda yo a otro para pedirle esa publicación para usted.

Lisboa, 9 de marzo de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Sin carta de usted a que contestar y sin cosa alguna, buena ni nueva, que decirle, por puro deseo de comunicar con usted y para sacudir algo el aburrimiento, porque aquí me aburro de un modo feroz, escribo a usted ésta, que ignoro qué contendrá; puras lamentaciones, sin duda, y algunos consejos inmorales, excitando a usted contra lo expuesto en mi carta-prólogo a que no se case por nada del mundo.

Si yo no estuviese casado y con tres *meninos*, aseguro a usted que hace ya un año habría dejado yo de ser ministro en Lisboa y estaría en Madrid o en París o en Cabra haciendo la vida gitanoliteraria, para la que he nacido; pero el hombre propone y Dios dispone.

Nada me carga más soberanamente, aun cuando no soy nada, que las pendencias diarias con el cocinero o con la cocinera, porque en esto ha puesto cinco cuartos de más y en aquello una libra de peso más de la que había. De aquí algo de horriblemente y plebeyamente *bourgeois* y un infierno en la casa. Y el que tiene poco se ve arrastrado a hacer esto, aunque, a mi ver, poco consigue. Los criados se ríen y siguen robándole a uno, pero con peores modos y sirviéndole mal.

La consecuencia que saco yo de todo ello es que para ser ministro, con mujer y niños y mal pagado, como está un ministro en España, es menester ser banquero o duque con rentas, o ser cicatero y roñoso, y hallarse uno en su elemento viendo las cuentas de la cocina, echan-

do las llaves al vino y a los mendrugos que sobran y haciendo otras mil porquerías.

Después de estas bregas diarias para que alcance el dinero, me da calentura, me abato, me acoquino, me desespero y no valgo para nada. Hay días en que recelo que esta vida de angustia económica es una a modo de castración intelectual, y que yo ni escribiré nada ni valdré nada mientras siga así y no me vuelva a la bohemia por completo.

En fin, todavía quiero ver si saco fuerzas de flaqueza y valgo para alguna cosa, sin dejar este turrón, para que mi mujer no diga que no miro por ella y por los hijos.

Ya que estoy con la pluma en la mano, quiero hacer a usted un encargo que no es dificultoso ni molesto y que usted hará pronto y bien.

La Infanta Doña Paz, ahora que va a ser casada y va a saber qué es mundo y carne, ha tenido la idea, lisonjera para mí, de mandarme a pedir mis obras, que desea llevarse a Munich. Aunque esto me cueste algunos reales, yo no puedo menos de dárselas bien encuadernadas. Si el hermano encuadernador de Fe librero me inspirase completa confianza, escribiría a Fe para que éste entregase los libros al hermano y le dijera que los encuadernase; pero yo me fío más de Durand—calle de la Greda—que del amigo Fe.

Así, pues, acudo a usted para que tome en casa de Fe un ejemplar de los libros apuntados en el adjunto papel, que podrá servir al mismo Fe como vale, sin que haya que decir a Fe para qué son, y luego que usted tenga los libros se los mande a encuadernar a Durand, en becerrillo, elegantes y sin adornos cursis, y esto lo más pronto que pueda. Luego que los libros estén encuadernados me hará usted el favor de entregárselos a Manuel Cañete, para que éste, de mi parte, los entregue. Ya, cuando los libros estén encuadernados, escribiré yo a Cañete sobre esto. Perdóneme usted tanta molestia.

Mucho deseo ver el artículo de «Clarín» sobre las poesías de usted. ¿Qué escribe usted ahora?

Su discurso de usted para la Academia de la Historia me pareció tan bien que estoy deseando que Aureliano

escriba la contestación, para que usted le lea, le publique y se luzca.

Mi mujer y mi chico Carlitos llegaron ayer bien de salud.

Adiós. Consérvese usted bien y créame su afmo. amigo,

J. VALERA.

Pongo entre los libros *Algo de todo* porque, si ya no ha aparecido, debe aparecer de un día a otro.

Ya encargué a Alvarez que envíe a la Academia *Algo de todo*, para que allí se repartan los doce ejemplares que he ordenado remitir.

Mucho celebraría que los libros estuviesen encuadernados en todo este mes, a fin de que se le puedan entregar a la Infanta antes de que se vaya de Madrid, y no sea menester enviarlos a Baviera.

Lisboa, 12 de marzo de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Vuelvo a escribir hoy a usted para insistir en mi ruego—y de mi mujer—de que se venga usted a pasar con nosotros la Semana Santa.

Aun sería más bonito que saliese usted de allí el jueves, 15, y estuviese aquí, de madrugada, el Viernes de Dolores, a dar los días a mi mujer.

El gasto de viaje es corto: todo, ida y vuelta, puede hacerse con 40 duros. Tengo cuarto bueno e independiente donde hospedar a usted.

Avíseme usted por telegrama el día en que sale, para que al siguiente vaya yo a la estación a recibirle.

Veo anunciado en *El Día* un artículo de «Clarín» sobre su libro de usted. Mucha curiosidad tengo de leerle. Espero satisfacerla mañana. No puedo creer que «Clarín» le trate a usted mal [116].

En fin, allá veremos.

Consérvese usted bien de salud, véngase, si no puede ser para el Viernes de Dolores, para la Semana Santa y la Pascua, y créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA

¿Quién es un Venancio González que escribe ahora artículos—demasiado chistosos y picaruelos—sobre crítica literaria? Quiere remedar a «Clarín», pero no atina bien.

Lisboa, 2 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Mucho celebraré que usted haya llegado bien a Madrid.

Aquí todos bien, y echando a usted de menos.

Consulté a mi mujer sobre las propinas, y di, por último, al portero de la Legación, Domingo..... 4.500
A Juan..... 3.000
Y al lacayo..... 1.000

Suma..... 8.500

Lo cual, a 45 reis el real, hace 188 reales vellón, que usted me debe.

Hágame usted el favor de dar a mi sobrino Juanito Mesía lo que él haya gastado en unos cigarrillos y en unas barajas que debe enviarme el día 5 por la estafeta.

Está ahora haciendo un tiempo hermosísimo. Es lástima que no haya quedado usted aquí unos días más; hubiéramos ido a Setúbal y a otros lugares amenos. Otra vez será.

Dé usted priesa a Aureliano para que termine el discurso de contestación y pueda usted entrar en la Academia de la Historia y dar al público el suyo, que es precioso.

Es menester sacudir la pereza y escribir. Los discursos sobre los místicos es un dolor que no se acaben de imprimir y publicar. La introducción y las notas deben escribirse a escape.

Hoy estoy de priesa y no puedo extenderme. Otro día seré largo. Escríbame usted. Escribí a Cañete convidándole a venir por aquí.

Cuénteme de *re litteraria* y háble me también de nuestras bellas amigas: de Corina, Aglaya, etc.

Soy su afmo.,

J. Valera.

Madrid, 8 de abril de 1883.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo: Recibí su grata del 2 y usted debe de haber recibido otra mía, en que le daba noticia de mi llegada a ésta, sin tropiezo ni accidente por el camino. Sólo he sentido que mi estancia en ésa no hubiera podido ser más larga, porque rara vez me he encontrado tan bien de salud y de espíritu.

El encuadernador no me ha entregado los libros, pero me dió formal palabra de entregármelos mañana lunes. De todos modos la Infanta ya marchó y habrá que enviarle los libros a Munich. Escriba usted sobre esto a Cañete.

Catalina me preguntó con mucho ahinco por la novela que usted le tiene prometida, y yo, por no dejar a usted mal, le di grandes esperanzas y aun le dije que tenía usted el plan hecho y que sólo faltaba la ejecución. Ahora, no me deje usted por mentiroso y póngase a trabajar para sacar de penas a nuestro editor y amigo.

Yo le he empezado a dar original de la *Historia de la Estética*, y ya lleva impresos dos o tres pliegos. A cada uno de los tres períodos y volúmenes en que divido la obra le he antepuesto una introducción, destinada a enlazar la historia de las teorías sobre el arte entre nosotros con la historia general de la ciencia estética. Así es que este primer tomo comienza con un largo estudio sobre las filosofías de lo bello en general y de lo bello artístico en Grecia y en Roma y entre los filósofos cristianos, deteniéndome especialmente en Platón, Aristóteles, Plotino, el falso Areopagita, San Agustín y Santo Tomás. Esto es lo que ahora está imprimiéndose.

Acabo de leer el libro de nuestro Latino sobre Camoens, y—acá para entre nosotros—diré a usted que no me satisface ni trae, a mi entender, novedad alguna en datos ni en juicios, reduciéndose sólo a una repetición elegante y agradable de lugares comunes, patrióticos y literarios. Nuestro amigo es un gran retórico, y en estas amplificaciones y exornaciones triunfa. Lo que llevo leído del libro de Vasco de Gama y sus precursores me contenta más, quizá porque me coge más de nuevas el asunto.

Aquí no se ha publicado nada estos días, fuera de una estrafalaria *Poética* de Campoamor, en que se preconiza el arte de hacer versos prosaicos de intención trascendental, censurándose de paso, y no sin gracia, el amaneramiento que llaman por acá lenguaje poético.

Un cubano, llamado D. E. Piñeyro [117], que—según creo—fué insurrecto o *laborante* de los más activos, ha impreso también un libro de crítica en que trata de los más famosos poetas de este siglo: Goethe, Schiller, Byron, Leopardi, Shelley, Enrique Heine, Alfredo de Musset, etc., etc. Escribe con buen gusto y no mal estilo y bastante conocimiento de las cosas de que habla; pero ahonda poco y repite las ideas corrientes, de modo que puede usted excusarse el trabajo de leerle.

Mucho agradezco a usted el haber cumplido todos mis encargos. Ahora le he de agradecer un nuevo favor, y es que compre para mí, y meta en el cajón consabido hasta llenarle, los siguientes libros o parte de ellos, si es que no los encuentra todos:

Memorias de Literatura de la Academia de Ciencias de Lisboa. Son ocho o nueve tomos; quizá en el Catálogo de publicaciones de la misma Academia haya alguna otra cosa que pueda interesarme. Hágame usted el favor de verlo.

Inéditos de Alcobaça. Publicados por Fray Fortunato de Buenaventura. Son tres tomos.

Obras completas de Filinto Elysio. Prefiero la edición de Lisboa, en veintidós tomos chicos, a la de París de once, no sólo por ser más barata, sino por ser más completa.

Fuera de esto puede usted enviar, de literatura contemporánea, lo que a usted le parezca mejor o menos malo, porque como yo pienso hacer la historia de las Letras peninsulares me conviene ir reuniendo todo lo posterior a Garret y a Herculano, porque éstos los conozco bien. De Castilho hay una traducción de los *Fastos* ovidianos, publicada por esa Academia, con mucho aparato de notas, y que puede usted meter en la caja también. Cuando usted me la envíe no deje de avisar al administrador de la Aduana de Valencia de Alcántara para que deje pasar los libros sin tropiezo y no los detenga eternidades

en la Aduana. A nosotros nos trató muy bien gracias a la recomendación de usted.

Perdóneme usted tanto engorro y mande a su siempre amigo.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Lisboa, 9 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Recibí la carta de usted y el contento de saber que llegó bien a esa Corte. Yo sigo sin novedad.

Traduje al fin los versos de Coppée, o, mejor dicho, los abrevié, suprimiendo mucho que me parece broza. Creo que mi composición ha quedado bonita. Ahí se la envío, rogando a usted se la lleve al Sr. De Carlos para que la inserte en *La Ilustración Española y Americana*. El Sr. De Carlos me ha escrito varias veces pidiéndome original y prometiendo pagarle generosamente. Ahora, pues, es ocasión de que muestre esa generosidad y pague bien ese cuentecito, pues yo necesito dinero. Si paga bien, me animaré a escribir más y mejor en verso y prosa. Cobre usted, por lo pronto, el *Confiteor Deo*. Para ello le autorizo, y muestre esta carta si fuere menester.

Usted tendrá que pagar los libros que ha encuadernado Durand para la Infanta Doña Paz, y habrá, sin duda, pagado a Juanito Mesía los cigarrillos y las barajas.

Dígame usted si Cañete llevó a tiempo los libros para que Doña Paz los llevase. De todos modos, creo que se los habrá entregado a la Infanta Doña Isabel.

Llegaron los diplomas de académicos correspondientes y ya están en poder de los cuatro agraciados.

Por hoy no puedo ser más extenso.

Soy de usted siempre afmo.,

JUAN VALERA.

Que me envíe Aribau las pruebas del cuento, para que yo las corrija y no salgan erratas, cosa lamentable, donde todo depende de la pulcritud de la forma.

Lisboa, 10 de abril de 1883.

Mi muy querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 8 y me apresuro a contestarle que adquiriré los libros que usted pide e irán, con los otros, todos juntos, a esa coronada Villa.

Insista usted en asegurar a Catalina que sacaré fuerzas de flaqueza y haré de la necesidad virtud para escribir la novela bien y pronto.

Diga usted a Cañete que me haga el favor de entregar los libros, luego que estén encuadernados, a la Infanta Doña Isabel. Como esta Serenísima Señora es quien los ha pedido, con dárselos cumplo. Ella los enviará a Munich o hará lo que guste, en la inteligencia de que, si se queda con ellos, no me parecerá mal, porque la Infanta Doña Isabel, fea y todo, me hace mucha gracia.

En la mesa del centro del salón de la condesa de Ficalho lucía anoche, que estuve allí de tertulia, el ejemplar de las poesías de usted, papel de China.

Mi mujer ha prometido ya a la duquesa de Palmella el ejemplar de los *Heterodoxos* que usted ha de enviarle. Dicha ilustre dama y hábil escultora se mostró muy agradecida, y espera los libros con ansia. También la vetusta D.ª María Kruss de Brito do Rio Meneses y otras hierbas, recibió, con gran contento, el ejemplar de versos a ella destinado y dedicado.

Hoy he tenido carta de nuestro D. Domingo García Pérez, con muchas *saudades* y encomios de usted, y prometiéndome venir por aquí a hacerme una visita y lamentando aún que no fuésemos a verle a Setúbal.

Esa *Poética* de Campoamor excita mi curiosidad; será la proclamación y legalización de la barbarie. Diga usted a Campoamor que envíe un ejemplar, que yo se lo agradeceré mucho.

Aureliano me envió su *menoscabo y vuelco* de los visigodos. Ayer le contesté dándole gracias. Como el pícaro me dice, con sus puntas de amañada modestia y soberbia ironía, que fuese con él indulgente, le contesto multitud de disparates cariñosos, que espero no tome por donde piquen, aunque no es mi propósito picar, sino lo contrario.

Cuando lea el *menoscabo y vuelco* puede que escriba de nuevo a Aureliano, echándole piropos.

Avíseme usted el recibo de mi *Confiteor Deo*, llévesele al Sr. De Carlos y cójale los ochavos que pueda. Bien puede ser generoso, porque ahora hay en Barcelona *Ilustración Artística* e *Ilustración Ibérica;* de ambas me han pedido original, prometiendo espléndida paga, y yo he preferido al Sr. De Carlos. Ya procuraré hacer algo para las otras *Ilustraciones*.

El bandido Alvarez, de Sevilla, ¿no envió aún a la Academia ejemplares del *Faustino* y de *Algo de todo?*

¿Cuándo termina Aureliano la contestación al discurso de usted en la Academia de la Historia?

He convidado a Cañete a venir por aquí, y también he convidado a Cánovas.

La venida de Cañete no la veo difícil, con un poco de gana de él; la de Cánovas, sí.

De todos modos, esto es, siendo posible que viniesen ambos, preferiría yo que viniese Cañete antes. Así prepararía con suavidad y por grados la venida de Cánovas, que aquí había de ser estruendosísima y conmovedora.

Vedra, Villaurrutia, Goyri y otros personajes de aquí envían a usted mil cariñosos recuerdos.

Escriba usted para *La Ilustración Española y Americana*, que aquí se lee bastante, un artículo sobre los *Romanceros* portugueses comparados con los castellanos y catalanes. Sería muy interesanté artículo.

Yo sigo indeciso y sin hacer nada aún, en mi proyecto de escribir artículos sobre la literatura novísima lusitana. Veremos si me decido al cabo.

Persisto en la esperanza de ir por ahí en mayo, llevando a este Rey y a su Doña María Pía.

A Cánovas envié un ejemplar, con dedicatoria del autor, del *Herculano y su tiempo*, de Serpa.

Supongo que pensará como yo, y como veo que piensa usted, por lo que me dice de los libros de Latino, que todas estas cosas de aquí son menos que medianejas. Ahí somos más bárbaros, pero hay algo de original, propio y castizo en esa barbarie. Campoamor, Ortega Munilla y otros así

disparatan a la española, y aquí se disparata a la francesa.

Adiós, y créame su afmo.,

J. VALERA.

Lisboa, 14 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Aunque sin carta de usted a que contestar, le escribo para decirle que deseo saber qué le parece el *Confiteor Deo* y si se lo dió a Carlos y qué ha sacado por ello.

También quiero saber si pagó usted a Juanito Mesía cigarrillos y barajas. Ambas cosas he recibido, pero no carta de mi sobrino Juanito.

Mucha gana tengo—y creo conseguirlo al cabo—de volver a la actividad, realizar todos los proyectos literarios y soltar, en abundancia, original para las imprentas.

La impresión de nuestros discursos místicos está hecha y pagada, tiempo ha. Menester será ponerles las notas y escribir la introducción para sacar el libro a la venta y ver si algo ganamos.

He leído el *menoscabo y vuelco* de Aureliano, que es lo más enmarañado y culto que de él he leído. No se lo diga usted, pues ahora anda *apazguado* conmigo, y no quiero, por nada del mundo, que finque *rostrituerto*.

Y mis libros, bien encuadernados, ¿fueron entregados a la Señora Infanta Doña Isabel?

No olvide usted enviar, bien encuadernado igualmente, el ejemplar de los *Heterodoxos*, ofrecido ya a la docta y artista duquesa de Palmella, que lo agradece.

Se comprarán todos los libros que usted desea, e irá el cajón repleto.

Como aquí me regalan muchos libros, tengo que pagar con libros míos. Diga usted, pues, de mi parte a Fe que me remita dos ejemplares de *Algo de todo*, dos de *Pepita Jiménez*, con retrato, y una *Doña Luz*. Deseo, además, leer la vida de Atenais escrita por Gregorovius. Por lo mismo que yo, de burlas y harto ligeramente, he sacado a esta ilustre dama y al cabo Emperatriz en mi diálogo de *Asclepigenia*, tengo más curiosidad de saber menudamente su vida y milagros. Diga usted a Fe que me envíe un ejemplar, o bien en el original tudesco, o bien en la

traducción italiana que he visto anunciada. Fe tendrá, acaso, esto, y si no lo hará venir.

Adiós. Créame usted su afmo. amigo,

J. VALERA.

Lisboa, 17 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: ¿Qué pasa por ahí, que ni usted ni nadie me escribe? Aun no sé si entregó Cañete los libros a la Señora Infanta Doña Isabel; si usted recibió mi cuento-romance *Confiteor Deo;* si De Carlos le tiene ya, le publica, le paga y cuánto; si el editor Alvarez, de Sevilla, envió a la Academia una docena de ejemplares de *Faustino* y otra de *Algo de todo;* si D. Aureliano acabó la contestación a su discurso de usted para la Academia de la Historia, y si usted me enviará pronto el ejemplar de los *Heterodoxos* para la Palmella.

Deseo, además, saber si Cánovas recibió un libro de Serpa que le he enviado; si usted dijo a Fe que me remitiese la vida de Atenais de Gregorovius y otros libros de los de mi cosecha; quién es un D. Venancio González que escribe en *El Progreso* y en el último número que he recibido pone a Valmar como un regalado trapo, y cuándo publica el tomo Catalina de las *Escenas andaluzas* de Serafín Calderón.

En fin, me alegraría de que me escribiesen usted y otros amigos, aunque sea a escape y en compendio, dándome noticias de ahí.

¿Cómo va el tomo I de la *Historia de las ideas estéticas?*

Sepa usted que tengo gana de exponer las mías en unos cuantos artículos, no haciéndome cargo de otras para impugnarlas, sino con ocasión del jaleo que arman ahora ahí en defensa del realismo en la novela y poesía narrativa, lo cual me tiene cargado y con hambre de decir mi parecer.

En estos artículos, de refilón y no como asunto principal, podría yo tocar muchos puntos y hablar de muchos autores portugueses, lo cual se justificaría con escribir mis artículos desde Lisboa.

¿No cree usted que estarían bien en forma de cartas a usted dirigidas?

¿Quiere usted que le dirija estas cartas? Dado que se las dirija, las publicaríamos en los lunes de *El Día*. ¿Le pesaría a usted mucho correr con la corrección de pruebas?

Si Campoamor ha escrito y publicado un *arte poético*, ¿no estaría bien que yo entrase en materia hablando de esta arte e impugnándola amorosamente?

Diga usted a Fe que me envíe también un ejemplar de dicha arte.

Es casi seguro el viaje de este Rey a Madrid. Como iré con él, y el viaje será a fin de mayo, en Madrid nos veremos. Compóngase usted de suerte con nuestro apazguado D. Aureliano que sea para entonces la recepción de usted en la Academia de la Historia, y tal vez la honre con su regia presencia S. M. Fidelísima, a quien acompañaría la Católica.

Créame su amigo que le quiere,

J. Valera.

Lisboa, 18 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 16, y le escribo sólo para decirle que el secretario de la Redacción de *La Ilustración*, D. Manuel Bosch, me escribe, por ausencia del Sr. De Carlos, dándome las gracias por el envío de mis versos y diciéndome que diga *qué remuneración y en qué forma deseo*. Yo contesto, con esta fecha, que él decida y fije con usted lo que ha de darme, y que entregue a usted el dinero, pues con usted tengo cuentas.

Ahora bien, como yo sé que los Sres. De Carlos no son espléndidos, suplico a usted que les haga sentir que, si me pagan bien, me estimularán a escribir para ellos, y que esto les conviene; que yo no escribo, aunque esté tronadísimo, a escape y para ganar dinero, sino que procuro hacer siempre lo mejor que me es posible, y que, en efecto, enviaré para *La Ilustración* nuevos trabajos. Con todo esto, acaso logre usted sacar un precio decente por los versos, que ya quedará establecido para otros artículos en adelante. Lo que den, sea lo que sea, tómelo usted

y aplíquelo a cobrarse los 310 reales vellón gastados en la encuadernación de los libros; esto sin perjuicio de que yo envíe a usted cuantos libros me pida, que ya ajustaremos cuentas al fin.

Estoy tronadísimo, archiapuradísimo, porque aquí gasto doble, sin exageración, de lo que el Gobierno me da, y necesito apretar y ver cómo gano ochavos con las Letras.

Lloverán, pues, artículos, versos, novelas, cuentos y de todo, si Dios me da salud.

Soy de usted afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 26 de abril de 1883.

Mi querido Menéndez: Vuelvo a escribir a usted, aunque sea ya pesadez, sobre un asunto importante: sobre el precio que hemos de poner a artículos nuestros que se estrenen en *La Ilustración*.

Yo creo que una poesía lírica, o es una sandez, o es una obra que no tiene precio; por consiguiente, o es menester pedir por ella una suma arbitraria, o darla de balde. Para todo lo demás, ora sea narración en verso, ora prosa, ora sea largo, ora sea corto, establezcamos el mismo precio siempre; a saber, 20 duros por *pieza*, que es lo que pagan a Castelar y a Cañete, por confesión del Sr. Bosch, que así me lo escribe hoy.

Autorizo a usted, pues, nuevamente y le estimulo a que cobre 20 duros por el *Confiteor Deo*.

Es evidente que lo que uno escriba para el «Almanaque» de 1884 deberá tener otro precio superior.

Los libros de usted irán otro día. Aun no he tenido tiempo de comprar los que usted me ha encargado.

Latino Coelho escribe a Tamayo una carta eucarística, en castellano, que hoy le remito.

Suplico a usted que me diga si pagó a Juanito Mesía el importe de barajas y cigarrillos.

Por hoy no puedo ser más extenso.

Créame siempre su afmo. amigo,

Juan Valera.

Lisboa, 30 de abril de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Sin carta de usted a que contestar, le escribo hoy para rogarle que me escriba y me cuente cosas de por ahí.

Hay algunas que, si bien menudísimas, me interesan personal y privativamente, y de las que no sé con exactitud.

Perdone usted mi pesadez y mi insistencia en preguntarle de nuevo:

1.º ¿Entregó el editor Alvarez, de Sevilla, doce ejemplares de *Faustino* y doce de *Algo de todo* para la R. A. Española?

2.º ¿Ha pagado usted a mi sobrino Juanito Mesía los cigarrillos y las barajas?

3.º ¿Ha cobrado usted 20 duros del *Confiteor* a *La Ilustración Española y Americana?*

Me he puesto de acuerdo con el administrador en lo siguiente. Se lo digo a usted para su gobierno y por si quiere adoptar la legislación:

1.º Si doy una poesía lírica a *La Ilustración*, no cobraré nada, porque una poesía lírica, o no tiene valor, o le tiene sin tasa ni medida, y

2.º Toda narración en verso y todo artículo en prosa sin atender a su tamaño, chico con grande, me serán pagados a 20 duros. Naturalmente, por mi propio decoro, crédito y buen nombre, yo procuraré no escribir tonterías para ganar 20 duros, y hacer siempre lo menos mal que sepa y pueda.

Para el 22 o cosa así estaré en esa con SS. MM. Fidelísimas y tendré el gusto de ver a usted.

Me alegraré que sea mientras estamos ahí la recepción de usted en la Real Academia de la Historia.

Créame su afmo.,

J. Valera.

Pronto irá el cajón con los libros.

Lisboa, 5 de mayo de 1883.

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir su carta del 3 y voy a contestar a todo a escape, porque tengo mil quehaceres en estos días, aunque parezca inverosímil.

Yo también, aunque pocos, he dado versos líricos para *La Ilustración Española y Americana*, y nunca he cobrado ni pretendido cobrar por ellos un real; pero me sucede lo que a usted. *La Ilustración* jamás se me ha enviado gratis. Hace años soy suscriptor y pago religiosamente mis 14 reales vellón mensuales.

Desde que estoy en Lisboa, me han seguido mandando *La Ilustración* a la calle de Claudio Coello, 3, pral. Allí se ha recibido y pagado. Hoy, que de resultas de los gastos enormes que hay que hacer aquí y de lo mezquinamente que paga el Gobierno he tenido que hacer el sacrificio de quitar mi casa de Madrid, no sé donde me enviarán *La Ilustración.*

Si la envían al apeadero que tengo ahí sin criados ni nadie, el periódico se perderá. Ruego a usted, pues, que suplique al administrador de *La Ilustración* que deje de enviármela ahí y me la envíe aquí desde mayo en adelante. Aunque paga adelantada es paga viciosa, si tuvieren la generosidad de enviármela gratis en adelante, yo haría un esfuerzo y pagaría con usura en composiciones líricas este presente. Así también tendría yo un estímulo más para escribirlas.

Dispense usted que aun no le haya enviado el cajón de libros. Pronto irá, y relleno de cuanto usted desea y pide.

Siento que su recepción de usted en la Academia de la Historia sea el 13, porque no podré asistir a ella. Por lo demás, no lo siento. En mi afecto a los portugueses hay grandes altas y bajas, y las bajas son más frecuentes que las altas. Estos señores son insufribles de vanos, de finchados y de rebeldes y traidores a su raza. Ya preveía yo que los artículos de los periódicos españoles requebrando últimamente a los portugueses, defendiéndolos de insultos de Inglaterra y proponiendo la alianza española iban a producir aquí el efecto de siempre: la desconfianza, el desdén y las coces.

Escribí, excitando a los amigos, para que la Prensa se callase. No se calló. ¿Y qué ha resultado? Que responden aquí periódicos que pasan por ministeriales, y hasta uno que inspira Corvo, defendiendo aún y para siempre

la alianza con Inglaterra y tratando de odiosa, de impopular, de perniciosísima toda alianza con España.

Todo esto es abominable y estúpido de parte de los portugueses, pero fuerza es confesar que la simpleza y procacidad de nuestros periódicos, comenzando por *La Epoca*, tienen mucha culpa. Al demonio se le ocurre, sin Marina, sin bríos, en decadencia, como estamos, decir a Portugal: «Deja a Inglaterra, si no te defiende, y vente con nosotros, que te defenderemos.»

No faltó más sino declarar que íbamos a declarar la guerra a Inglaterra y a echar a pique sus naves para vengar a estos semipaisanos.

De todos modos, repito, yo me inclino a creer que de estos gallegos rebeldes, enfatuados y enemigos de su propia casta no sacaremos jamás partido con halagos.

El Gobierno español, con un poquito de mala fe y con menos ternura, podía dar muy malos ratos a esta gente. En suma, yo estoy bastante desengañado y cansado de mi misión en Portugal.

Envíeme usted, lo más pronto que pueda, un ejemplar impreso de su discurso de recepción en la Academia de la Historia. Aunque ya se lo oí leer, tengo vivo deseo de saborearle de nuevo y de leer asimismo el elogio que de usted hace Aureliano, que con usted estará muy apazguado y rostridulce en vez de estar rostrituerto.

Veo que «Clarín» no se cura de sus tonterías. En su último «Palique» hay las más necias diatribas contra la Academia, que repruebo y lamento, aunque a nosotros nos salva, si bien en compañía del genio Campoamor.

Créame usted su afmo.,

JUAN VALERA.

Lisboa, 15 de mayo de 1883.

Mi querido Menéndez: Con los preparativos de la regia expedición tengo bastantes quehaceres tontos, pero que me roban el tiempo. No extrañe usted, pues, que en algunos días no le haya escrito.

Los libros no los he enviado porque he estado vacilando entre si debía o no comprar para usted el *Diccionario biográfico-bibliográfico* de Inocencio de Silva, que cuesta

26.000 reis; cerca de 30 duros [118]. Al fin he decidido no comprarle. Yo tengo un ejemplar, creo que completo. Yo soy poco dado a eruditas reconditeces. Así, pues, se le cederé a usted, si a usted resueltamente le hace falta permanentemente. Si no, ahí le tiene en mi casa, para consultarlo cuando guste.

En cambio del Inocencio de Silva, y para rellenar el cajón, envío a usted varios libros portugueses novísimos que le pondrán al corriente de la actividad intelectual de aquí, y enviaré más si esta remesa gusta.

Van también el Filinato Elysio, edición de Lisboa, veintidós tomos, que me han costado reis...	4.400
y los libros de las Memorias de Literatura de la Academia	5.120
y unas tradiciones populares de Portugal	600
Los libros nuevos que envío me han costado reis	11.300
De modo que suma todo:	
Filinato	4.400
Academia	5.120
Tradiciones	600
Libros nuevos	11.300
Total	21.420
O sea, reales vellón	476
De las propinas que me dijo usted que diera y di a los criados	180
Y del *Confiter Deo*	400
Suma	1.056

Usted, en cambio, ha pagado los 310 reales de la encuadernación de mis libros, y los cigarrillos y barajas.

El cajón de libros irá mañana por pequeña velocidad e irá el talón.

Ahí van unas facturas.

Otro día seré menos aritmético y más literario.

Mil enhorabuenas por el bueno y brillante éxito de su discurso en la Academia de la Historia.

Créame usted su afmo.,

J. VALERA.

Libros que en mayo de 1883 enviaba Valera a Menéndez y Pelayo. (Pliego adjunto a la carta del 15 de dicho mes.)

Luisiadas. Comentario de Faria. Un volumen.—Madrid, 1639.

Rimas varias, de Camoens. Dos volúmenes.

Anuario da Sociedade Nacional Camoenana. Año I. Un volumen.—Porto, 1881.

As Luisiadas, de L. de Camoens. Traducción de Fray Francisco de Santo Agostinho. Un volumen.—Lisboa, 1880.

Memorias de Literatura de la Academia de Lisboa.—Ocho tomos.

A Oraçao da Corõa de Demosthenes. Traducida por el Sr. Latino Coelho. Un volumen.—Lisboa, 1880.

Memoria sobre «A Malagueta», por el conde de Ficalho. Un volumen.—Lisboa, 1878.

Obras de Filinto Elysio. Veintidós tomos en 16.°.

Obras de D.ª Carolina Coronado. En un paquete.

Les Essais, de Lord Macaulay. Un tomo.—París, 1882.

Discursos y Memorias, por Garret. Un tomo.—Lisboa, 1871.

La VLYXEA de Homero. Traducida del griego en lengua castellana por el secretario Gonzalo Pérez. Un tomo en 8.°.—Amberes, 1556.

El Macabeo. Poema heroico de Miguel de Silveira. Un volumen.—Nápoles, 1638.

De «re» logica, de Aloysi Antoni Vernei. Un tomo.—Lisboa, 1762.

Cuidados literarios do Prelado de Beja. Un tomo.—Lisboa, 1761.

Doctrina física y moral de Príncipes. Traducido por Francisco de Gurmendio. Un volumen.—Madrid, 1615.

Obras de Kant. Cuatro volúmenes.—Lipsiae, 1796.

Obras de Cornelio Tácito. Traducidas por Manuel Sveyro. Un volumen.—Amberes, 1619.

Eco político, por D. Francisco Manuel. Un volumen.—Lisboa, 1645.

Cervantes, Molina, Quintana. Un folleto.—Lisboa, enero de 1882.

A Indiana, por Th. Ribeiro. Un folleto.—Porto, 1873.

Rimas de D. Juan de Jáuregui. Un volumen.—Sevilla, 1618.

Comedia Misipo, de Jorge Ferreira de Vasconcellos. Un volumen.—Lisboa, 1787.

Censura das Luisiadas, por José Agostinho de Macedo. Un volumen.—Lisboa, 1820.

Obras de D. Gerónimo Ossorio. Un volumen.—Coloniæ Agrippinæ, MDCXIV.

Teophastri de Historia. Theodoro Gaza, intérprete. Un volumen.—París, 1529

Isagoge ad Laudes. Un volumen.—Lisboa, 1610-13.

Canto heroico sobre as façanhas dos portugueses en Tripoli. Un volumen.—Lisboa, 1800.

Elucidario de Viterbo. Dos volúmenes.—Lisboa, 1865.

República y política cristiana, por Fray Juan de Santa María. Un volumen.—Lisboa, 1621.

Ejemplos morales, de Juan Pérez de Montalbán. Un volumen.—Sevilla, 1736.

Vocabulario de las dos lenguas toscana y castellana, de Cristóbal de las Casas. Un volumen.—Sevilla, 1570.

Perfil del marqués de Pombal, por Camillo de Castelho Branco. Un volumen.—Porto, 1882.

Feira dos Anexius, de D. Francisco Manuel de Mello. Un volumen.—Lisboa, 1875.

Flora dos Luisiadas, por el conde de Ficalho. Un folleto.—Lisboa, 1880.

Visita general y espiritual. Colirio de los judíos, por el Padre Benito Remigio Noidens. Un volumen.—Madrid.

Expulsión justificada de los moriscos españoles, por Pedro Aznar Córdova. Un volumen.—Huesca, 1612.

Aula política, de D. Francisco Manuel de Mello. Un volumen.—Lisboa, 1720.

Tratado da Ciencia Caballa, por D Francisco Manuel de Mello. Un volumen.—Lisboa, 1724.

Epanaphoras de varia historia portuguesa, por D. Francisco Manuel de Mello.

Un facsímil de un libro antiguo iluminado. Dos Horatii Flaci. Un volumen.—Amberes, 1541.

Etudes morales sur l'Antiquité, por Constant Martha. París 1883.

Tradiçoes populares de Portugal, por Leite Vasconcellos. Porto, 1882.

Anuario de la Academia Politécnica de Oporto —1882.

OBRAS MODERNAS

Phantasias d'Alma, por Ariosto Machado.
Historia de Jesús, por Gomes Leal.
A Fraiçao, por Gomes Leal
Miniaturas, por Gonçalves Crespo.
Nocturnos, por Gonçalves Crespo.
A morte de Don João, por Guerra Junqueiro.
A Poesia philosophica, por Tarrozo.
Philosophia da Existencia, por Tarrozo.
Eusebio Macario, por Castello Branco.
A Brazileira de Prazius, por Castello Branco.
A Corja, por Castello Branco.
Tres mundos, por D. Antonio da Costa.
Portugueses na India, por Bulhao Pato.
Mocidades, por Fernando Caldeira.
Rimas, por João Penha.
Os fidalgos da Casa Mourisca, por Julio Diniz. Dos tomos.
Una familia inglesa, por Julio Diniz.
Colleçao dos Negocios de Roma, por Bicker.
Questões de Literatura, por Theophilo Braga.
Alexandre Herculano, por Serpa Pimentel.
Catálogo de la Exposición de Arte Ornamental de Lisboa de 1882 Dos tomos.

Lisboa, 1.º de junio de 1883.

Mi querido Menéndez: Ayer, a las siete en punto de la tarde, llegamos aquí con toda felicidad. Los portugueses, muy satisfechos y pagados de todo.

Discúlpeme usted con los amigos de no haber ido a verlos. No he tenido tiempo para nada. Discúlpeme, sobre todo, con Corina, con Rodophis y con Mariano Catalina, a quien estoy moliendo y faltando con no escribirle y enviarle la novela. Haré un esfuerzo y cumpliré.

Avíseme usted cuando lleguen los libros que ha tantos días le he remitido.

Los *Heterodoxos* destinados a la Palmella pueden venir por la estafeta del día 5. Déselos usted, para ello, a mi primo D. Joaquín Valera, que vive en la calle de Leganitos, 13, pral.

Que Juanito Mesia dé a usted la cuenta de lo que gastó en barajas y cigarrillos y hágame usted el favor de pagárselos.

Escribiré largo otro día.

Adiós por hoy, y créame usted su afmo. y buen amigo,

J. Valera.

Si se muere D. Gabino [119], trabaje usted por que elijan en la Academia a Pérez Galdós. Lo digo por el interés que me inspira la Academia.

Lisboa, 7 de junio de 1883.

Mi muy querido amigo Menéndez: Mi mujer llegó ayer mañana a esta gran ciudad, en compañía de Antoñita, quien pasará con nosotros, en Cintra, el verano.

Ayer mismo salieron en coche ambas recién llegadas y dejaron en casa de Palmella los tres tomos de *Heterodoxos* que envía usted para la duquesa. El duque vino anoche a agradecer este envío.

Me sucede, como a usted, que no deseo la muerte de nadie; pero, sin desearlo, todos nos hemos de morir, y yo persisto en que en la primera vacante que deje el primero que se muera en la Academia Española, nos conviene hacer entrar a Pérez Galdós, con preferencia a Martos. Trabaje usted en este sentido, y si en el día de la elección estuviere yo aquí aún y faltare mi voto, avísemelo para ir ahí a dar el mío.

Sé que llegaron al fin a la Academia los doce ejemplares de *Algo de todo* que yo le regalaba. Celebraré que no haya sido desdeñado mi obsequio.

Apruebo que en la *Historia de la Literatura española*, que se propone usted escribir, llegue hasta nuestros días, y diga con franqueza su opinión, incluyendo a los portugueses. De éstos, Guerra Junqueiro, a pesar de sus extra-

vagancias, es de lo mejor. Si no tiene usted *A Musa en ferias*, le enviaré un ejemplar.

¿Quién es y qué piensa usted del americano Juan Montalvo? Acabo de recibir carta suya, finísima, y un ejemplar, lujosamente encuadernado, de sus *Siete Tratados* [120].

No he hecho sino hojear esta obra, pero me basta para estimar al autor como eruditísimo y como pensador original y como escritor tal vez sobrado castizo, que peca de rebuscado.

Dígame si conoce a Juan de Montalvo y qué piensa de él.

Ahora está en Madrid.

Mil expresiones de estas señoras.

Otro día seré más extenso si puedo.

Soy su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 12 de junio de 1883.

Mi querido Menéndez: He leído los versos de Fernando Vera [121], que me parecen muy bonitos, elegantes e inspirados.

Creo que no debo callarme y, aunque sea mal y a escape, le escribo elogiando su *obra*. Ahí va la carta. Hágame usted el favor de dársela o de enviársela, pues usted fué quien me entregó el ejemplar que él me dedicaba.

Ha muerto el poeta Gonsalves Crespo. Usted tiene sus *Nocturnos* y sus *Miniaturas*. Escriba ahora algún artículo crítico sobre él. Era elegante en la forma, conciso, brioso, sentido casi siempre. Su defecto capital, muy común a los demás poetas portugueses del día, era la imitación servil de los franceses, su falta de ideal y su carencia de ser propio de la nación y de la casta.

Gonzálvez Crespo ha muerto muy joven. Era de Río Janeiro, aunque hijo de portugués y naturalizado portugués.

Escríbame, que yo le escribiré también largo y tendido.

Soy siempre su afmo.,

J. Valera.

Lisboa, 14 de junio de 1883.

Mi querido Menéndez: Siempre con la idea de que escriba usted—para *La Ilustración*, por ejemplo—un artículo sobre Gonsalves Crespo, le envío lo que dice de él hoy, y de su entierro, *O Diario das Noticias*.

Mi empeño de que alguien, usted más que nadie, escriba sobre este poeta, no es porque yo me entusiasme grandemente por él, sino porque a los españoles nos conviene hacernos cargo de lo que por aquí pasa. Esto es un pedazo de nuestra Península. De haber desgajado este pedazo, esta rama, de su tronco, resulta marchita y sin carácter propio.

Importa decir esto con suavidad. Gonsalves Crespo es un mulato, medio indio o medio mono, que remeda con cierta habilidad y primor a Musset y a Heine. Lo que pasa con Gonsalves Crespo pasa aquí con todos los autores. Carencia absoluta de sello nacional y castizo, cándida admiración de lo francés, adopción irreflexiva de cuanto se piensa por allí de filosofía al alcance de todos, historia, civilización, etc., lugares comunes de la gente culta francesa, considerados como prodigios de descubrimientos y como artículos de la fe nueva. De todo ello, algo de antipático para usted y para mí, que desdeñamos la vulgaridad metida a sabihonda y adoramos lo castizo, original y propio.

Con todo, o por lo mismo, conviene hacer artículo sobre Gonsalves Crespo. Creo que se puede elogiar al individuo, hasta dentro de ciertos límites, y hacer resaltar el defecto general que yo aquí noto y que usted notará como yo.

Hasta otro día.

Soy su afmo. amigo,

J. Valera.

Lisboa, 19 de junio de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: He recibido la carta de usted del 15. Veo por ella que está bien de salud. Yo no sé lo que tengo, pero me caigo de fatiga, dejadez y abandono. Me siento viejo e incapaz de todo. Me bullen

en la cabeza mil proyectos literarios. Nunca he compuesto tantas y tantas cosas, allá en mi interior, y por manera vaga, informe y confusa, y, sin embargo, no me pongo a la obra ni acierto a escribir una sola cuartilla.

¿Es enfermedad de la que podré sanar, o vejez de la que ya no se sana? Allá veremos. Muy receloso ando de que mi mal sea incurable. Padezco de lo que Albareda llamaba mi *murria;* pero ahora, como nunca, por su intensidad y por su duración.

Debe proceder de causas físicas, que hasta ahora, aunque destruyen la actividad de mi alma para escribir, no empañan la limpieza serena del pensamiento. Ni la vida, ni el mundo, ni Dios me parecen mal. Todo lo veo bueno y hermoso, hasta donde es posible. Sigo optimista, y todo mal, todo disgusto, todo dolor mío, o me parece cosa de poca importancia, de que es ridículo e injusto quejarse, o castigo de alguna tontería, pecado, error o imprudencia. En suma, estoy bien avenido con todo, y sólo de mí me quejo; pero la *murria* no se va.

Si lograse desecharla, escribiría yo novelas, diálogos, cuentos, filosofías y notas a los discursos místicos, y una serie de artículos sobre las cuestiones estéticas de realismo, etc., que ahora tanto se agitan y sobre las cuales, a mi ver, se dicen tantos disparates.

Usted que no tiene *murria* y que es joven y tiene tan largo y bello porvenir, debe escribir y aprovechar la vida y el claro, alto y grande entendimiento que le dieron los cielos.

Escriba usted una serie de artículos sobre los portugueses. Este será un curioso libro.

Escriba el arte poética en versos por el estilo de los de las «Epístolas a Horacio» y «a los santanderinos».

Escriba, por último, la historia literaria de la Península.

Enviaré a usted *A Musa en ferias*, de Guerra Junqueiro, que desea usted leer.

Ya envié un ejemplar a Núñez de Arce.

Me parece bien que envíe usted un ejemplar de sus poesías a Cristóbal Ayres.

La Coronado tiene ya ejemplar, que le regalé yo; pero como está algo cargada de que usted, a quien dió ella

sus desatinos literarios, nada le haya enviado, ruego a usted que, para desenojarla, le envíe algún libro suyo: la *Historia de las ideas estéticas*, pongo por caso, cuando salgan a luz.

¿Quién es Juan Montalvo y qué piensa usted de Juan Montalvo, que me ha enviado un ejemplar de sus *Siete Tratados*, con una carta finísima? Del fondo no sé qué pensar aún. De la forma pienso bien. El hombre es original y extraño a veces, pero se conoce que sabe la lengua y nuestros clásicos y mucho de los latinos y griegos. Creo que propende a imitar a Miguel Montaigne.

Me pregunta usted si he leído a Nona, y respondo que no. Yo soy de opinión que a los vivos debe uno juzgarlos con la mayor indulgencia, pero que a los muertos conviene hacerles justicia. Ya no se les perjudica, y no está de más quitar trastos inútiles y poco dignos del altar de la gloria. Selgas valía poco. Menos valía, sin duda, Ayala; pero Selgas valía poco. ¿Qué mal se les hace ya con decirlo? Si uno no lo dice, el público lo dirá implícitamente, olvidándolos y no leyéndolos.

Son más, por cierto, las baratijas que hay que arrojar del altar de la gloria que los primores antiguos y olvidados que debemos llevar a él como en ofrenda; pero también hay de esto último, y yo pongo en la cuenta las obras de Serafín Calderón, que aplaudo se reimpriman. De don Agustín Durán, de Mora, de Alcalá Galiano y de otros así, bien se podría resucitar bastante bueno, que se va olvidando injustamente.

En suma, críticos, editores e historiadores literarios tienen mucho que hacer para poner en su lugar autores y obras de lo que va de siglo y hacer que se diga con verdad:

Junta di gloria dispensiera e morte

En España, más que en país ninguno, por lo apasionados que somos, es menester este jaleo de crear, destruir y rehacer reputaciones póstumas. Algo ha hecho usted ya de esto. Casi se puede decir que nos ha dado usted a Cabanyes [122]. Y en punto a *rebaja*, ya ha dado usted su merecido a Martínez de la Rosa.

Y no se diga que en esto de rebajar somos crueles;

más cruel es el público pasando de un extremo a otro. Para ello no aguarda a veces que el autor muera; testigo, Zorrilla, con quien es el público, más que severo, injusto e ingrato, aunque le dé pensiones.

Entreveo y preveo por los periódicos que es o será casi segura la elección de Castro y Serrano para la Academia. ¿Quiere usted creer que no he leído nada suyo?

Usted que todo lo lee, ¿qué piensa de Castro y Serrano?

Si tiene usted ocasión y no le molesta, procúreme y envíeme un ejemplar del discurso del Padre Ceferino.

Me pide usted que le diga cosas de aquí. ¿Qué he de decirle de aquí, donde nada sucede?

Aun no hace calor. Este clima es delicioso. Iremos, sin embargo, a Cintra a fines de este mes o a principios de julio. Mi sobrina Antoñita está con nosotros. Ella y mi mujer envían a usted cariñosas expresiones.

Créame usted su afmo. y buen amigo,

J. VALERA.

Madrid, 20 de julio de 1883.

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 18. Ya había recibido la más extensa, anterior, que me dirigió usted a Lisboa.

Si no había yo contestado a ella, cúlpese al jaleo desagradable que he tenido en estos días.

Como estoy harto de hablar de mi dimisión y de sus causas, me dispensará usted que no trate de ello aquí. Baste saber que he dimitido; que estoy de cuerpo presente.

En lo que queda de mes volveré a Lisboa, donde haré entrega de la Legación y presentaré al Rey las credenciales. Luego me quedaré en Cintra, con mi familia, el resto del verano.

En octubre nos vendremos por aquí, nos instalaremos y espero que alcancen los ochavos para que vuelvan las tertulias literarias clandestinas y aun los almuerzos.

Estoy muy desanimado, pero trataré de vencerme y de ver si escribo. Tengo o creo tener mucho que decir, y no quiero que se me pudra dentro.

Campoamor acaba de publicar un desatinadísimo libro, que se titula *El Ideísmo*. Yo no sé por qué aquellos disparates me han provocado a escribir otros, y he empezado ya, a vuelapluma, ensartando cuanto se me ocurre en una serie de escritos que se llamarán: *Metafísica a la ligera. Cartas a Campoamor acerca de su «Ideísmo»*.

Tal vez publique yo esta semifacecia en *El Día* y luego en un tomito.

Otro día escribiré a usted más extenso. Escríbame cuando pueda. Aquí, hasta fin de mes. A Cintra, más tarde.

Soy de usted afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 28 de julio de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Aquí me tiene usted aún, achicharrándome. Dentro de dos horas salgo para Lisboa y Cintra, donde, como ya he dicho a usted, pasaré el verano. Escríbame usted a Cintra a mi nombre, sin más señas; las cartas llegarán.

El disparatadísimo libro de Campoamor titulado *El Ideísmo* me ha movido a escribir una serie de cartas, que también formarán otro libro, sin duda disparatado también, y que se titulará *Metafísica a la ligera*.

El lunes pasado salió la primera carta, en la hoja literaria de *El Día*. La carta segunda irá, casi de seguro, el lunes próximo. Léalas usted y dígame si le divierten. Apenas aspiro a más que a divertir.

Aun no he leído su prólogo de usted sobre Enrique Heine ni he leído tampoco el discurso del Padre Ceferino. Ya los buscaré y leeré.

No me olvido del librito nuestro sobre los místicos. Menester será ponerle notas e introducción y echarle a volar. Tal vez las cartas de *Metafísica a la ligera*, si llegan a agradar, contribuyan a que los místicos se vendan bien, cuando salgan. Veamos si es posible hacerlos salir para octubre o noviembre, poco después de dichas cartas.

Desde Lisboa, con tinta y plumas posibles, escribiré a usted por extenso. Adiós. Créame su afmo.,

J. VALERA.

Cintra, 5 de agosto de 1883.

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 2, con el artículo de Heine. Empiezo por decir que el artículo me ha gustado mucho; me parece ingenioso, discretísimo, como todo lo de usted. En cuanto al juicio y a la tasa que del mérito de Heine hace usted, estoy conforme, si bien rebajando el encomio en más de la mitad. Créame usted: usted, con toda su sabiduría, es aún un chiquillo y se deja arrebatar del entusiasmo. La vaciedad y la ñoñería de no pocos *Lieder* son evidentes, y nadie dejará de verlas cuando pase la moda.

En la extremada alabanza de Heine, perdóneme usted que se lo diga—yo le conozco a usted como si le hubiera parido—, le lleva a usted un poco el deseo (casi inconsciente) de vejar algo a los Heines castellanos.

Tampoco en esto tiene usted razón: Bécquer vale tanto o más que Heine, en calidad, si no en cantidad.

Por último, yo hallo el mérito de la poesía popular de Heine tan dependiente de la forma, que todo o casi todo se evapora traducido; esto es, suponiendo que le haya y que no consista parte de él en la susodicha moda, en que los alemanes son más cándidos y dóciles que nosotros para admirar y en que nosotros, poco conocedores de la lengua alemana y prevenidos por la fama en favor del poeta, creemos hallar primores de estilo donde no los hay. Para todo espíritu poético da mucho realce a la poesía lo peregrino, y para él insólito del idioma en que la poesía está escrita, y del cual idioma no se ha valido para hablar con su criada y pedirle el orinal o las babuchas.

Sobre el desatinado *Ideísmo* de Campoamor sólo he escrito dos cartas, pero quiero escribir hasta un tomo, mayor que el suyo; quizá no menos desatinado.

Si sale, no obstante, ameno, el título de *Metafísica a la ligera* me salvará.

Con el trastorno y los disgustos que me ocasionan el levantar la casa, los gastos que hay que hacer y los pasos que hay que dar, aun no he escrito la carta tercera; pero tengo el firme propósito de continuarlas.

Haré que envíen a usted las ya publicadas.

Dicen los periódicos que quieren enviarme de minis-

tro a los Estados Unidos; pero yo no pienso aceptar nada, por ahora, aunque algo me ofrezcan.

Mi plan es escribir mucho, aunque estoy muy abatido de espíritu y mal de salud.

Hasta bien mediado el mes de septiembre seguiré por aquí. Para entonces iré a Cabra, con mis chicos, a que se examinen del tercer año en aquel Instituto.

A Madrid iré en octubre, *Deo volente*.

Escribámonos, entretanto, a menudo, y tengámonos al corriente de nuestras andanzas.

Todos los de mi familia están bien de salud. Aquí sigue Antoñita, y ahora tengo aquí a mi suegra y a mi cuñado Delavat.

Consérvese usted bueno, y escriba mucho, porque todo lo que escribe es bello, aunque no siempre sea verdadero del todo.

Soy su afmo. y constante amigo,

J. Valera.

Lisboa, 31 de agosto de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Escribo a usted en la duda de si esta carta le alcanzará aún en Santander o tendrá que seguirle hasta Madrid, no hallándole ya en su Sidón ibera.

Días ha que recibí la última suya, a la cual, por falta de humor, no he contestado antes.

Mis cartas a Campoamor, tituladas *Metafísica a la ligera*, siguen publicándose, aunque despacio.

Tres van publicadas; tengo escritas cuatro y estoy acabando la quinta.

Con ellas formaré luego un tomito.

Sin duda que metafisiqueré a la ligera, pero tal vez traigan mis cartas la ventaja de excitar en España la afición a estas cosas y de que a mí mismo me sirvan de punto de partida para pensar y escribir algo de más serio y meditado.

Creo que en mis cartas van apuntadas cuestiones importantes y hay alguno que otro pensamiento que tiene novedad. Cuando esté usted de vuelta en Madrid haré

que de la Redacción de *El Día* le envíen los números del periódico en que se han publicado mis cartas.

Ya creo haber dicho a usted que seguiré en Cintra hasta mediados de septiembre.

Desde allí iré a Cabra y a Doña Mencía. Tal vez hasta noviembre no vuelva yo a Madrid.

Ahora estoy en Lisboa, adonde vine ayer para negocios.

Me vuelvo a Cintra esta tarde.

Allí siguen mi mujer, mis chicos y Antoñita.

Aquello está animadísimo. Hay jiras campestres, y en mi casa se baila los domingos por la noche.

Escríbame usted a Cintra cuando pueda y háble me de sus trabajos y planes literarios.

Créame usted siempre su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Cintra, 6 de septiembre de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Ayer recibí, en galeradas, su artículo de usted sobre Núñez de Arce, que leí en seguida con el verdadero deleite que me causa cuanto usted escribe.

Claro está que en las doctrinas estoy archiconforme. En lo que no convengo es en el exagerado elogio que hace usted del poeta; pero no censuro a usted.

Sin duda que yo, si llego a escribir el mismo artículo, hubiera sido casi tan encomiador, pues tal es el uso entre nosotros, si no quiere uno hacerse un acérrimo enemigo del que tiene que ser *y* es compañero en la Academia y en otros círculos.

Harto sabe usted, como yo, que las poesías políticas de Núñez de Arce, sin excepción, son artículos de fondo de periódico, declamatorios y huecos, con metro y rima. Ni aquel santo horror al vicio, ni aquel amor a la virtud, ni aquel entusiasmo por el progreso-bueno, ni aquella condenación del progreso-malo, ni aquel censurar a la revolución, ni aquel elogiarla en lo que la elogia, significa nada, ni está sentido. Son malos artículos de fondo, muy huecos y pomposos y vacíos. Créamelo usted; pero, en fin, no había más remedio que elogiar... o no escribir.

Himnos y coros de Manzoni, alguna cosa de Carducci, la *Campana* de Schiller, no pocas odas de Quintana, dos o tres yambos de Barbier, varios trozos de Leopardi son la gran poesía política. Los *Gritos del combate* son filfa, y hasta el título es risible por lo *pretencioso* sin fundamento [123].

Por lo demás, usted ha hecho un lindo trabajo, agudo, discreto y ameno como todo lo suyo.

Aunque están llenas de erratas, me alegraré de que lea usted mis cartas a Campoamor. Van publicadas cuatro, en los números de *El Día* del 23 y 30 de julio, del 19 de agosto y del 2 de septiembre. La carta quinta saldrá pronto. Ya está en la Redacción. Cuando salgan todos haré un librillo coleccionándolos.

Supongo a usted de vuelta en Madrid, adonde le escribo.

Yo seguiré aquí hasta el 11. El 11 saldré para Cabra. Me detendré algo en Córdoba. En Cabra estaré el 15. No sé aún cuánto tiempo seguiré en Cabra, antes de volver a Madrid. Escríbame usted. .....

.....

Cabra, 17 de septiembre de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Dos días ha que llegué aquí, y, al llegar, recibí la carta de usted del 11, que me estaba aguardando. No contesté en seguida porque he venido aquí en plena feria, y entre las visitas, toros y demás diversiones se ha ido el tiempo.

Dos veces he visitado ya inútilmente a D. Luis Herrera sin hallarle en su casa. El ha estado a verme tres o cuatro y tampoco me ha hallado.

Cuando le vea, le hablaré del empeño de usted, interesándome porque se consiga, aunque lo supongo difícil. Don Luis, además, si bien, o mejor dicho por lo mismo que lo hace muy bien como director, tiene muchísimos enemigos entre los catedráticos, y yo no sé si el matemático entrará en el número de ellos.

Mis cartas a Campoamor irán despacio: aun estoy en la quinta; pero, bien o mal, saldrán todas, y luego aparecerán en un tomo, libres de erratas. En *El Día* llevan

muchísimas, pero usted las salvará al leer y entenderá bien lo que digo o quise decir.

Me hace usted un encargo difícil de cumplir: que yo le lleve o le envíe un tomito de poesías que imprimí en Granada en 1844 o quizá en 1841, pues no recuerdo bien la fecha. Si fué, como creo, en 1841, la cosa tiene su mérito, aunque las poesías tengan mil incorrecciones. Entonces apenas tenía yo diez y siete años, y mi educación literaria, mala o buena hoy, pero hecha por mí, había sido descuidada por completo.

Todos mis aciertos, si los hay en mis versos de entonces, están adivinados, y, entre mil errores y candideces, yo creo que hay allí aciertos.

La mayor parte de las publicaciones contenidas en el tomito de 1841 o 1844 están después en el tomito de 1858, si bien limadas y pulidas.

Sea como sea, aunque mis versos no son un milagro de precocidad, tienen el valor de precoces por lo lejos que estaba yo de todo buen influjo literario y por lo ignorante que yo era: yo no había estudiado ni retórica, ni poética, ni siquiera gramática. El desdén o la indiferencia del público me hizo, apenas publicado el tomo, conocer que valía poco y aun exagerarme su escaso valor, avergonzándome además de las faltas que se hicieron patentes a mis ojos. El libro, pues, que jamás salió de Granada, donde estuvo expuesto a la venta, en balde, durante algunos días, fué recogido por mí y confinada toda la edición en un desván de la casa de mi padre en Doña Mencía. Esta casa pertenece hoy a mi hermano. Cuando vaya a Doña Mencía, buscaré el libro, a ver si doy con él y puedo remitírselo, aunque me repugna.

Yo tengo odio y mala voluntad a aquel aborto mío y no sé por qué no hice auto de fe con él.

Si, aunque malo y descuidado, hubiera hecho adivinar a alguien que en mí había un poeta, y me hubieran animado, como animaron a Monroy, a Shaw y a muchos otros, yo hubiera escrito muchísimo; pero nadie me hizo caso. Consideré que no era mi vocación la Poesía ni la Literatura y lo dejé todo—menos la afición a la vaga lectura—, hasta que ya muy tarde volví a escribir, o mejor dicho, empecé a escribir en prosa. En verso nunca dejé de escri-

bir, pero no como poeta, sino como hombre de mundo, muy de siglo en siglo, pasando años y años entre una composición y otra.

En fin, de cualquier modo que ello sea, yo buscaré y daré a usted un ejemplar de mis primeras poesías, donde, entre otras, va la fábula de Euforion... Si no recuerdo mal, el cuento de «Cide-Jahye» ya estaba escrito en parte cuando se publicó el tomo de poesías. No se insertó en él porque yo quería hacer un gran poema; pero poco después de publicado, esto es, de impreso el tomo, publiqué lo que tenía ya compuesto de «Cide-Jahye», como apelación desesperada al público. Salió en *El Siglo Pintoresco*. Salvo el honor que me hicieron publicándole, tampoco hizo ruido el tal cuento, lo cual hizo más completo y duro mi desengaño.

Es de advertir que yo entonces era muy extremado en mis alternativas de desaliento y soberbia: o me consideraba *genio* o *tonto;* no ponía yo término medio razonable [124].

Es curioso que aun mucho antes de publicar yo mi tomo de Granada, creo que estudiando aún *filosofía* en el Seminario Conciliar de Málaga, en 1839, recibí otro sofión durísimo. Mi hermano llevó a Cádiz versos míos y se los dió a Lista para que diese él dictamen. Lista hubo de hallarlos muy mal.

Pero de este desdén de Lista me consolaron, poco después, Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez y Ros de Olano, quienes, en 1840, pasaron el verano en Carratraca, donde los conocí, estando yo con mi familia.

Cuando lea usted mi *Metafísica a la ligera*, dígame su opinión.

En fin, vaya usted tomando apuntes de todo, pues ya sabe que le dejo encargado de mi herencia literaria para cuando me muera: o solo, o con mi hijo Luisito, si está ya en disposición de estimar tales cosas.

De todos modos, o entendiéndose con él o sin entenderse, usted cuidará de mi fama póstuma, aunque pobre. Luisito, si no me engaña el afecto de papá, me parece que va a ser persona de mucho valer para las Letras. Aun no tiene más que trece años, y sabe ya mucho

y lee mucho y con prodigiosa memoria, en francés e inglés, que son las lenguas que mejor sabe.

A mi hijo Carlos le da por el *sport* y por la elegancia, y puede que haga papel y tenga éxito en el mundo, por este lado. No es tonto tampoco, y es robusto, simpático y muy gracioso.

Tengo aquí a estos dos pimpollos, que se van a examinar del tercer año de segunda Enseñanza.

Ya para el cuarto año estudiarán ahí, en el Noviciado.

Escríbame y créame su afmo.,

J. Valera.

Tengo curiosidad grande de leer el tomo I de las *Ideas estéticas* y los versos traducidos de Jehuda Levy.

Cabra, 20 de septiembre de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Esta carta es sólo para hacer a usted un encargo. Ruego a usted que le haga con prontitud. No escribo a D. Manuel González, antiguo portero de mi ex casa de la calle de Claudio Coello, número 3, porque siempre olvido dónde vive. En dicha casa darán a usted razón de dónde vive el dicho D. Manuel González. Mi encargo se reduce a que le busque usted; creo que vive en la calle de Claudio Coello, 33, y le diga lo que ha de hacer, para que él lo haga. Yo necesito aquí mi cédula de vecindad, y no la tengo. Menester será que don Manuel González me la saque. Ya sabe él dónde yo vivo ahora en Madrid: Lagasca, 19 creo. Como, durante año y medio, no he estado avecindado en Madrid, no tengo cédula desde entonces. Ahora la necesito. Mi edad, cincuenta y ocho años. Nací en Cabra. Las demás condiciones ya las sabe usted. Creo que debo avecindarme de nuevo en Madrid, y por eso pido que venga de Madrid la cédula.

Dígame usted si leyó mis «cartas metafísicas». La quinta saldrá el próximo domingo en *El Día*.

Escríbame y cuénteme cosas.

Mis chicos se examinaron hoy del tercer año.

Créame su amigo afmo.,

J. Valera.

Cariñosas memorias a Cañete, Tamayo y demás pícaros *neos*, que son los que mejor quiero, dicho sea con todo sigilo.

Doña Mencía, 29 de septiembre de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Recibí en seguida la cédula de vecindad que yo deseaba. Manuel González, avisado por usted, no ha podido ser más eficaz ni andar más listo. Mil gracias por todo.

Aquí me tiene usted, en esta ilustre villa, desde hace una semana.

Mis chicos están encantados con la vendimia, y más aún con echar globos aerostáticos de papel, que hacen subir enrareciendo el aire con copos de algodón empapados en aguardiente. Mis chicos son muy hábiles en esto y hacen unos globos muy airosos y bien cortados, que suben por esos aires que es un primor, con extraordinario asombro y gustosa admiración de la plebe mencieña, a cuya noticia no había llegado aún que se hiciesen globos en el mundo. Son, pues, extraordinarios el bullicio, la gritería y la alegre multitud de chicos y aun de grandes que acude a ver las ascensiones en la calle, delante de casa y dentro de la misma casa.

Mañana nos volvemos a Cabra, donde asistiré a la apertura del curso en el Colegio, gran fiesta que celebra D. Luis Herrera con notable pompa y concurrencia de señorío, no sólo cabreño, sino baenero y lucentino.

Desde Cabra iré a Málaga y Sevilla; pero, a pesar de estas excursiones, mi cuartel general es Cabra, adonde espero que me escriba.

Hasta noviembre no pienso volver a Madrid.

Muchísimo me alegra, lisonjea y anima la aprobación y elogio que da usted a mis cartas a Campoamor. Ya he enviado a *El Día* la sexta y la séptima, que espero leerá usted y deseo le sigan gustando. Yo las escribo de muy buena fe, con candorosa franqueza, como quien hace examen de conciencia, por lo cual confío en que han de tener cierto encanto, y más unidad y armónico conjunto en el fondo que en la forma, en la cual hay la vacilación del soliloquio y divagaciones y humorismo. Creo, no obstante,

que voy al grano y soy conciso. Procuro, por último, ser muy claro y encajar cuentecillos y chistes para que los profanos me lean. Allá veremos, porque en España se lee poco y, lo que es peor, no se sabe leer, ni gusta la lectura.

Algunos me han dicho ya que no entienden una palabra de cuanto en las cartas digo. Cuento, no obstante, con tener tres o cuatro mil personas que me entiendan, me lean y compren el librejo, que ya se imprime en Madrid, por Aribau.

Alvarez, el de Sevilla, con quien no logro romper el compromiso que contraje, ha publicado ya nueva edición de *Pasarse de listo*. Según mi costumbre, le he dicho que envíe y enviará a Tamayo doce ejemplares para que se repartan entre los compañeros de Academia que no me desdeñen.

Grande curiosidad tengo de leer el libro de Cánovas sobre su tío D. Serafín [125], y más aún lo que ya se haya publicado de la *Historia* de usted de las *Ideas estéticas*.

Cuénteme usted novedades de *re litteraria*, cuando tenga tiempo y humor para escribirme.

¿Cuándo entrará en nuestra Academia el duque de Villahermosa? ¿Quién le contesta?

¿Cuándo entrará Echegaray?

Ya habrá usted visto que a éste, aunque le impugno, le trato bien, y creo que lo merece, en mis cartas a Campoamor.

Dé usted de mi parte mil cariñosas expresiones a Tamayo, Catalina, Cañete, Alarcón y ambos Guerras, y sobre todo, y como es natural, con mayor ternura y finura, a la discreta y buena marquesa de Aranda.

Mi mujer sigue en Cintra, y no volverá por ahí hasta fin de octubre o principios de noviembre.

Adiós. Siempre queriéndole mucho su afmo.,

JUAN VALERA.

No envío también expresiones para Aglaya porque cada día me parece más presumida, tonta e indigna de los versos que usted la compuso.

Sevilla, 7 de octubre de 1883.

Mi querido amigo Menéndez: Aquí me tiene usted, bregando con Alvarez, el editor, con quien me liga un compromiso estúpido, que no sé cómo romper. Estoy de pésimo humor por todos estilos y razones. Sin embargo, he tratado de distraer mis penas leyendo el tomo I de la *Historia de las ideas estéticas*, que ha tenido usted la bondad de enviarme y que ayer he recibido.

Mucho me agrada lo que llevo leído hasta ahora, y no hallo esa falta de amenidad de que usted mismo se acusa. Todo está expuesto con notable claridad, orden y precisión, y como además es muy elegante y castizo el lenguaje, a mí me divierte por todos lados: por la forma y por el fondo.

Noto, por último, en cuanto llevo leído, maravillosa firmeza en cada extracto de los diversos autores, lo que prueba el entendimiento sintético de quien extracta y lo magistralmente que se ha apoderado del asunto.

Aquí no hago nada, porque estoy en la calle de continuo. Pronto volveré a Cabra, donde daré un buen empujón a la *Metafísica a la ligera*.

Suplico a usted que, valiéndose del marqués de Pidal y de los demás amigos que tenga en el Consejo de Instrucción pública, recomiende, en su nombre y en el mío, con todo empeño y eficacia, lo que pide D. Luis Herrera en la adjunta nota. Es persona a quien deseo ser útil.

Haga usted, pues, cuanto se pueda por sacarme airoso.

Escríbame a Cabra.

Créame usted su afmo. amigo,

J. Valera.

Anteayer fuí a visitar al Padre Ceferino, quien, dicho sea entre nosotros, me pareció poco divertido.

Usted dirá que un Arzobispo no tiene necesidad de divertir. Yo no digo lo contrario. Digo sólo que el Padre Ceferino me pareció poco divertido.

Estuvo, no obstante, amable, y me dió memorias para usted y otros amigos.

Cabra, 18 de octubre de 1883.

Querido Menéndez: No recuerdo bien si he contestado o no a la última carta de usted del día 5.

En todo caso quiero escribir a usted hoy, día solemne para mí, pues cumplo la friolera de cincuenta y nueve años. Mentira me parece, pero vaya si es verdad.

Mi mujer, si algo no se opone a sus propósitos, debe salir hoy de Lisboa; de modo que estará ahí casi al mismo tiempo que esta carta. Yo no sé lo que haré, pero me alegraría de que mi mujer tomase casa capaz y se mudase antes de que yo fuese con los chicos, que están aquí conmigo.

No sólo la novela que tengo prometida a Catalina, sino otros varios libros tengo yo vivo deseo de escribir y otras diversas obras literarias deseo con vehemencia realizar, y mientras más viejo me voy poniendo, más lo deseo, receloso de que me sorprenda la muerte y se quede todo en el tintero. Por desgracia, un día tengo dolores reumáticos; otro día, la tos no me deja tranquilidad ni gusto para nada; otro día, la bilis me atormenta y me llena la cabeza de pesados vapores, y otras veces estoy de perverso humor, a pesar de mis filosofías, que anhelo y pugno yo porque sean optimistas. Así resulta que escribo poquísimo, a pesar de mi buena voluntad. En fin, allá veremos. Yo haré un esfuerzo y cumpliré todo lo prometido a los demás y a mí mismo.

Los días que he pasado en Málaga nada he podido hacer. Mi hermano no me dejaba parar y me tenía rendido a fuerza de querer obsequiarme y hacerme notar todos los adelantos y mejoras de su ciudad natal, que es aquélla. Fábricas, quintas, jardines, viñedos, plantaciones de cañas; todo lo he visitado. Estuve en Torremolinos, a ver las construcciones hidráulicas que traen de allí tanta agua a la vega y a la capital, y estuve también en El Palo, visitando un hermoso Colegio que acaban de levantar, como por ensalmo, los Padres Jesuítas.

Lo han hecho tan bien y tan pronto que parece el milagro de la lámpara de Aladino.

Los Padres estuvieron amabilísimos, y en el fondo

algo satisfechos en su amor propio, y con sobrada razón, al enseñarnos su obra.

Creo que uno de los Padres que nos mostraban aquello, el más ilustrado, redicho y melifluo, se llama el Padre Moga. Me habló de usted como si tuviera con usted gran amistad, y me dió para usted y para Aureliano Fernández Guerra mil cariñosas expresiones.

Málaga ha ganado muchísimo; pero yo veo allí, como en muchas otras partes y en otras muchas cosas, algo que me mortifica y contraría, a saber: cierta alianza entre el liberalismo y la barbarie y entre el no-liberalismo o los que llaman retrógrados y la cultura. Los liberales, desde los más conservadores a los más progresistas, parecen unos bandidos salvajes.

¡Qué Diputaciones provinciales y qué Ayuntamientos de ladrones y de brutos debe de haber habido y de haber en Málaga! Da horror de ir por aquellas calles y por aquellos caminos. Ni en el centro de Africa han de estar peor. Si va uno en coche, a cada paso teme romperse la crisma. Si va uno a pie, se hunde en polvo, en lodo o en basura, a cada paso. La ciudad está casi a oscuras, porque el Ayuntamiento no paga a los del gas. El Ayuntamiento, no obstante, ha contraído una deuda de 50 millones. Todo progreso, o se debe en Málaga al interés individual, o a algún retrógrado, como el Colegio de los Padres y la bien ordenada y floreciente Escuela de Bellas Artes y de Artes y Oficios, que casi puede decirse que creó, mejora y sostiene mi hermano, como presidente de la Academia. Hay en ella novecientos alumnos, artesanos los más. Mi hermano está ahora apuradísimo y rabioso porque el Ayuntamiento le ha dejado a oscuras; no tiene gas; las más de las clases son de noche, y los alumnos no pueden ir a dibujar o modelar por falta de luz en este siglo de las luces. En cambio se ven con frecuencia concejales que están llenos de miseria y de trampas al ser elegidos y que poco a poco se ponen a flote y se encuentran además con unos cuantos miles de duros.

Aquí, en Cabra, estoy presenciando y aun interviniendo en otro drama, donde se ve al liberalismo aliado a la barbarie también. Este Instituto ha sido siempre una pocilga. D. Luis Herrera ha hecho de él un Colegio modelo.

Cuanto se diga es poco en su alabanza. La obra del edificio es triple de cuando él se encargó de la dirección. Había treinta o cuarenta colegiales internos, y hay ciento treinta. No había nada, y hay ahora Biblioteca, Laboratorio, Gabinete de Física y de Historia Natural, bien ordenado y rico. En fin, es un milagro. ¡Qué orden, además, qué aseo, qué buena disposición en todo! Harto sabe usted que yo no peco de encomiasta. El Colegio puede servir de modelo; pero D. Luis Herrera es retrógrado.

Los liberales de aquí se han propuesto echarlo, y lo conseguirán. Yo he sostenido a D. Luis hasta el día, pero ellos lo esperan todo del liberalismo de Sardoal, que es íntimo de mi liberal primo, el diputado D. Juan Ulloa.

Esto es una verdadera antinomia. ¿Por qué ha de hacerse liberal toda la gente soez y bellaca? Asusta pensar cómo estarán en Málaga los asilos de Beneficencia que dependen del Ayuntamiento, que es siempre una gavilla de ladrones. Los diputados provinciales no creo que sean mejores. Desgraciado todo aquel que de ellos dependa. Los catedráticos no sé cómo viven. Diez y ocho pagas les deben.

Algunas veces me entran ganas de hacerme servil, *neo* o como quieran llamarlo.

Estoy en trato para tomar en Cabra una casa y pasar en Cabra largas temporadas. Ya sabe usted que tengo aquí la mejor y mayor parte de mis libros. Todos están encajonados aún, por no tener yo dónde colocarlos.

Lo que me dice usted de los *Poemas turdetanos* me parece bien, muy bien.

Es menester ponerse a la obra y escribir dichos *Poemas*. Cuando esté yo ahí formaremos nuestro plan; dividiremos el trabajo y le empezaremos.

Con mis excursiones por Málaga y Sevilla he descuidado la *Metafísica a la ligera;* pero ahora ya va la cosa bien encaminada, y continuaré con más brío. Supongo que habrá leído usted mis cartas sexta y séptima.

Asensio, a quien vi en Sevilla, me habló mucho de usted y con grande elogio del prólogo que usted ha hecho para las obras de Rodrigo Caro.

Los deseos de usted de hacer entrar en nuestra Academia a Camús, al Padre Mir y a Pérez Galdós me parecen

justos y buenos. Cuente usted conmigo si estoy ahí y sigo con vida cuando haya vacante. Entiendo que, antes de pensar en Camús, debemos hacer académico a Galdós, que es a quien más pide la opinión pública.

No olvido mi compromiso con Novo y Colson de escribir sobre Echegaray como autor dramático, y escribiré sin que vea yo grande dificultad en ser justo, sin enojarle, pues no se ha de negar que tiene mérito extraordinario.

Aquí tenemos ahora a la Carolina Civili [126], con una compañía de comediantes, dando funciones. El teatro de Cabra es bastante bonito. Esta noche nos dan *El Trovador*.

Adiós. Dígame usted si mi editor sevillano, Alvarez, ha enviado para la Academia doce ejemplares de la nueva edición que acaba de hacer de mi novela *Pasarse de listo*.

Consérvese usted bien de salud y créame su afectísimo amigo,

J. Valera.

Doña Mencía, 26 de octubre de 1883.

Mi querido Menéndez: Un siglo ha que no tengo carta ni noticias suyas.

Escríbame y cuénteme algo.

Yo estoy mal de salud, peor de humor y repeor de dinero, lo cual me retiene aún por estos lugares. Pronto, no obstante, tendré que hacer un esfuerzo e ir a esa coronada Villa.

Mi mujer está ya ahí, a lo que creo, de vuelta de Lisboa. Y digo *a lo que creo*, porque anda sin duda tan afanada con la mudanza de casa que desde Madrid aun no me ha escrito.

Mi séptima carta sobre *Metafísica a la ligera* salió el 14 de este mes. Dígame usted con franqueza qué le ha parecido. Tengo también curiosidad de saber qué efecto le hacen a Campoamor, y si se pica algo en el fondo, o si lo toma todo por el lado bueno.

La octava carta ha ido ya también. Espero que salga impresa en *El Día* del domingo en ocho.

No quiero moler mucho, y espero a ver si termino con la duodécima o a lo más con la décimocuarta, a fin de

que todo forme un tomito de doscientas cuarenta a doscientas cincuenta páginas.

Si gusta y se vende, cabe completar y aclarar, haciendo un tomo de *Notas y aclaraciones de la «Metafísica a la ligera»*.

Tengo el propósito de hacerle. Todo el que hubiere comprado la *Metafísica* le comprará también.

Diga usted mil cosas a Catalina y excúseme y asegúrele que cumpliré lo mejor que me sea posible, aunque tarde.

Créame su afmo. amigo,

JUAN VALERA.

Doña Mencía, 28 de octubre de 1883.

Mi muy querido amigo Menéndez: La carta de usted del 24, a que contesto, se cruzó con una mía. Ya ve usted que tengo ganas siempre de escribirle, cuando le escribo sin aguardar contestación a mis anteriores.

Mucho me anima y hasta me entusiasma ese plan de *Poemas turdetanos*, que ha concebido usted. Hablaremos del plan, le formaremos más por menor y le pondremos por obra.

Aunque yo estoy desanimadísimo, y con ciertas propensiones a quedarme por aquí, al cabo tendré que ir a Madrid, e iré muy pronto: antes quizá de diez días.

Esto no me impedirá que tenga yo casa en Cabra, donde colocaré mis libros y donde pienso con frecuencia venir a pasar largas temporadas.

Veremos si en las vacaciones de Navidad y Semana Santa quiere usted y puede venir a acompañarme unos días.

Hoy me vuelvo a Cabra, muy a disgusto de mis chicos, que en Doña Mencía están encantados, cazando y lanzando globos.

Estoy muy desanimado, y las alabanzas que da usted a mi *Metafísica a la ligera* me animan a proseguirla. No la creo yo tonta ni mal escrita, pero la indiferencia del público me carga. Lo que más me duele es que, bajo la aparente ligereza, todo va dicho allí. A mi sentir, con claridad, con juicio y con reflexión; pero como en España

pocos saben leer, se me antoja a veces que mis cartas harían el mismo efecto que como están, aunque fuesen una colección de disparates.

Dé usted cariñosas expresiones mías a los compañeros de Academia, a Tamayo, a Cañete, a los Guerras y a mi acreedor Catalina.

Haré los mayores esfuerzos por pagarle con la novela.

Créame usted su afmo. de corazón,

JUAN VALERA.

París, 26 de diciembre de 1883.

Mi querido Menéndez: Le supongo a usted en Santander, adonde le escribo.

Otro día, tal vez antes de salir de esta gran ciudad, escriba yo aun la carta publicable que ha de servir de prólogo a mis *Canciones, Romances y Poemas*. Hoy seré breve.

Llegué aquí el 21, al anochecer, y supongo que aun seguiré aquí algunos días.

Los vapores de la Compañía Cunard salen los sábados de Liverpool. Ya no me puedo ir en el del 29, pero es seguro, *Deo volente*, que me iré en el del 5 de enero.

Estaré aquí hasta el 31. Los primeros días de enero los pasaré en Londres. Si me escribe usted aquí, sea al Hotel d'Albe, Avenue de l'Alma. Si a Londres, a la Legación de España, donde me entregarán la carta.

Escríbame y dígame si hace ya algunos comentos y notas.

Deseo a usted felices Pascuas, feliz Año nuevo y mil y mil venturas siempre.

Créame su bueno y cariñoso amigo,

JUAN VALERA.

Legación de España en Wáshington. D. C.
22 de enero de 1884.

Mi querido Menéndez: Acabo de recibir aquí la carta del 4, que usted me remitió a Londres.

Yo salí el 5 de Liverpool. De allí fuimos a Queenstown, en Irlanda, y desde Queenstown he venido a Nueva York, en doce días. El 19 salté en tierra americana.

Encuentro que esto es absurdamente caro; pero ¿qué remedio? Vivimos con modestia.

Lo que es la gente me parece, hasta ahora, amabilísima, y, al parecer, y creo que en efecto, muy candorosa.

Yo no puedo quejarme, porque en todos los periódicos me han echado una de bombos pasmosa de veras.

Hasta me llaman *hondrome*, que tengo hermosos ojos y que no parezco de edad de cincuenta años aún. Figúrese usted si estaré hueco. Todos estos artículos encomiásticos hablan de mis obras y algunos las describen y juzgan. Quien más se ha esmerado en esto, hasta ahora, es un señor de Boston, llamado Palmer.

No he visto ninguna edición furtiva de libro mío. Lo poco que se vende aquí es de las ediciones de España, y yo doy por cierto que se vendería mucho libro español aquí si Fe y Murillo los enviasen. Nuestra grande y gloriosa historia, el haber descubierto y poblado mucha parte de este Nuevo Mundo y el considerar que no estamos hundidos aún, nos da entre estas gentes un crédito que me lisonjea patrióticamente, aunque me pesa de que no nos aprovechemos de él para nada, como, en mi sentir, pudiéramos.

Es curiosa la diferencia; pero, según mi impresión, en Inglaterra apenas hace nadie caso de nosotros: nos desdeñan y nos desconocen.

Mientras tanto, aquí, gracias en parte a las Repúblicas de nuestra casta y lengua y a Cuba, nos ven tan presentes, a tan buena luz y tan altos, que quizá después de Inglaterra sea España aquí el país más considerado y simpático de toda Europa.

Yo no pierdo la esperanza del bien de nuestra Nación y de nuestra raza, si tuviéramos juicio, estabilidad en los Gobiernos y una política firme y seguida.

Yo no me andaría con veleidades tudescas. Nuestros aliados naturales en Europa son Francia y la Gran Bretaña, cuyo soberbio desdén debemos disimular y tratar de vencer; y en América todos los estados iberos y sajones, que nos quieren más de lo que se piensa.

Sin sorpresa ni disgusto, ya que mis amigos los liberales se lo tienen tan merecido por su torpeza y cursilería, he visto la caída del Ministerio Posada-Herrera y la vuelta al Poder de Cánovas.

Supongo que Alejandro Pidal, y no su hermano el Marqués, es el nuevo Ministro de Fomento. Dele usted de mi parte la más cordial enhorabuena y dígale que restablezca en Cabra, de Director de aquel Instituto, a D. Luis Herrera, que nació para ello, y a quien fué un acto de barbarie de mi primo Juan Ulloa el dejar cesante.

Escribiré muy pronto la carta-prólogo de mis propios versos, donde explicaré lo que pensaba ser Cide Jahye. Como la tal carta puede ir con numeración romana, Catalina puede ir imprimiendo mi libro.

Diga usted a Catalina que aventure seis o cuatro ejemplares de cada una de *sus obras* y que me los envíe en un cajón a Nueva York; yo los daré allí a un librero o a dos, que casi de fijo los venderán.

Yo no sé por qué se me figura que esto ha de ser un gran mercado para nuestros libros. Menester es hacer algo para abrirle. Mire usted que en esta República hay ya 55 millones de habitantes y que muchos de ellos hablan, o al menos entienden, el castellano, y que aquí hay mucho dinero y notable afición a leer, sobre todo entre las mujeres.

Otro día seré más extenso. Dé usted cariñosas expresiones mías a los compañeros de Academia. Créame su afectísimo y buen amigo,

JUAN VALERA.

Madrid, 11 de febrero de 1884.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo: Gran placer he tenido en lograr noticias directas de usted y de su feliz llegada a tierra norteamericana. No me han complacido menos los agasajos y el buen acogimiento que han hecho a usted los *yankees*, por más que no esperase yo otra cosa. Entrando usted con tan buen pie, no dudo que realzará mucho la influencia política y literaria de España entre esos pueblos, cuya benevolencia para nosotros parece indudable.

Ya estará usted enterado del cambio político de aquí. Alejandro Pidal ha entrado de ministro de Fomento, trayendo de directores generales a nuestros amigos Aureliano y Catalina. De aquí que los negocios editoriales de éste no marchen con tanta actividad y eficacia. Todavía no

ha impreso ningún pliego de las *Poesías* de usted, y, por consiguiente, llegará a tiempo el prólogo o carta que quiero que usted escriba, mostrando el sentido recóndito del *Cidi-Jahve*, y todo lo demás que a usted le parezca conveniente. Escriba usted también, y envíeme, la continuación de la *Metafísica a la ligera*.

No sé si habrá llegado a manos de usted algo de lo poco que aquí se ha impreso desde que usted falta. Todo se reduce a dos tomos de poesías de Manuel del Palacio [127], en que hay sonetos perfectísimos y mucho arte de versificación y de estilo poético en todo; a un nuevo poema de Núñez de Arce, *La Pesca*, que me parece insulso y mal concebido, aunque bien escrito, y a una novela de Pereda, *Pedro Sánchez*, que al autor y a mí nos parece la peor o menos buena que él ha hecho, pero que los críticos, y a su frente *Clarín*, han declarado la mejor de todas, llegando a graduarla de obra maestra. *Sunt fata libellis*.

También tendrá usted noticia del enciclopédico discurso leído por Cánovas en el Ateneo, y en el cual se trata de todas artes y ciencias, a propósito o con ocasión de las lecciones dadas en aquel establecimiento desde su origen. El discurso, aunque desigual y atropellado, como todas las cosas de Cánovas cuando se pone a filosofar, encierra trozos elocuentísimos y mucho caudal de doctrina mejor o peor asimilada.

De todos modos, es obra de un hombre de talento, y conozco pocos en Madrid capaces de hacer otro tanto, aun sin las prisas y angustias en que él debió verse.

Recibirá usted por el correo de hoy o de mañana un ejemplar del *Memorial de Utrera*, de Rodrigo Caro, impreso por los bibliófilos de Sevilla, con un largo prólogo mío, en que he recogido las noticias que he podido hallar en aquel ilustre y candoroso arqueólogo, que fué una especie de Aureliano del siglo XVII, aunque sin doña Petra.

También recibirá usted el discurso de entrada del Duque de Villahermosa sobre los hermanos Argensolas, y una contestación de Molins [128], bastante amena. Yo voy con mi *Estética* adelante, y cuento terminarla para fin de año. Entre tanto, he coleccionado un tomo de *Estudios críticos*, que tenía dispersos, y que remitiré a usted en cuento tenga ejemplares.

Si se publica ahí algo interesante para nuestra Historia o Literatura, no deje usted de decírmelo, ni tampoco de darme noticia del movimiento intelectual de la América sajona, conforme a los libros que irá usted leyendo.

He recomendado con grandísimo ahinco a Pidal y a Aureliano la reposición de D. Luis Herrera, y no dudo que se conseguirá, tratándose de un atropello tan brutal e injustificado como aquel de que nuestro amigo fué objeto.

Tengo casi seguridad de salir diputado para las nuevas Cortes, y aun de trabajar algo en la futura ley de Instrucción pública, que Alejandro Pidal se propone hacer lo más liberal y descentralizadora que sea posible dentro del criterio conservador.

A su mujer de usted he visto dos o tres veces, y supongo que por ella estará usted enterado de las demás cosas no políticas ni literarias que aquí han sucedido, y que yo no relato por no alargar en demasía esta carta.

De usted siempre verdadero amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

Legación de España en Wáshington. D. C.

7 de febrero de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: Anteayer, creo, escribí a Alejandro Pidal, dándole mi enhorabuena por su elevación al Poder. Le hablaba de varias cosas, hasta de cosas poco pertinentes, y olvidé lo más esencial: recomendarle la reposición de D. Luis Herrera en la Dirección del Instituto-Colegio de Cabra. Mucho celebraré y agradeceré a usted que hable de esto a Pidal con el interés que requiere el corregir una botaratada de Sardoal para complacer la exigencia brutal de los cabreños radicales, partidarios de mi primo Juan Ulloa.

Con la preocupación y las ocupaciones de buscar aquí modo de vivir con decencia y no caro, y con el jaleo de visitas y presentaciones, no he tenido tiempo para escribir la carta-prólogo; pero irá pronto, muy pronto: antes, de seguro, que estén impresos los versos y los comentarios de usted. Mi carta puede ser bonita y curiosa, si atino a escribirla como la concibo. Irá en ella explicación de lo que pensaba yo que fuese Cide Jahye.

Aquí estoy contento y bien de salud. Espero que me dejarán tranquilo. Que acepten mi declaración de que soy *facultativo*, y doy por cierto que no haré peor que cualquiera otro que envíen mi papel de Ministro aquí, y que me sobrará tiempo para escribir mucho para el público, y escribiré.

Escríbame a menudo y créame su affmo. amigo,

JUAN VALERA.

Legación de España en Wáshington. D. C.

26 de febrero de 1884.

Mi querido Menéndez: Con mucho contento he recibido la carta de usted del 11, con buenas noticias de su salud. La mía ha sido floreciente desde mi llegada aquí, tanto que me sentía yo como remozado; pero el carro se ha ladeado desde hace poco y no me siento bien. Con la mala salud ha venido a acometerme la *murria*, y estoy melancólico y mohino.

Escribiré, nó obstante, la carta-prólogo, que mal o bien, tuerta o derecha, saldrá de aquí antes del 8 de marzo.

Muchísimas cosas tengo que decir a usted en dicha carta-prólogo, y las he de decir aunque peque de largo. Bien puede Catalina darse prisa a imprimir mi tomo de *Canciones, romances y poemas*.

De otra suerte, tendremos que lamentar que le hayan nombrado director de Agricultura. Como el retrato mío, de que Fe tiene plancha, no gustaba a Catalina y quería poner otro en el tomo de versos, y para ello me había pedido una buena fotografía, le he enviado una que me han hecho en los días en que estaba yo mejor de salud y de humor, y que ha salido perfecta y yo muy lisonjeado.

De la vida literaria de aquí, si la hay, sé poco hasta ahora. Supongo que será poco lo que habrá que saber, aprender y decir de esto, sobre todo en proporción de la grandeza, prosperidad y magnificencia de la tierra y de los 55 ó 56 millones de seres humanos que la habitan.

Hasta ahora, el catálogo de autores americanos, que ya conocía yo y conocíamos todos ahí, a saber: Irving, Cooper, Poe, Emerson, Ticknor, Brancroft, Motley, Prescott, Longfellow y C. Bryant, apenas tengo que añadir

sino dos o tres nombres más. Y del único que he leído algo es de uno llamado Enrique James [129], crítico y novelista, que me parece, como crítico, que es como le conozco, ameno y juicioso, pero no muy notable por nada.

Aunque haya muchísimo más que yo ignore aún, siempre es lo cierto que en proporción de la mucha gente y de la afición a leer, sobre todo en las mujeres, aquí hay poco; por donde tengo el indicio de que nuestros libros se habían de vender aquí, si supiésemos divulgarlos.

Un librero de Wáshington, llamado Fischew, ha vendido ya algunas obras mías que yo no sé de dónde ha hecho venir. Yo le he dado las señas de Fe y él ha escrito a Fe pidiendo todos sus libros de fondo. Espero que Fe se los envíe en seguida.

En Boston, que es el centro literario de aquí, y en Filadelfia, Baltimore, Nueva York y otras ciudades, buscaré y hablaré a libreros que vendan nuestros libros. Conque a enviarlos. Si me enviasen algunas estampas de nuestra *Calcografía nacional* (en comisión, se entiende), puede que lograse yo ponerlas aquí en moda y hallar para éstas un buen mercado.

Debían enviarme los dos medios-puntos de Murillo, el grabado de *Los Borrachos*, la Virgen que trae la casulla a San Ildefonso, la cara de avestruz y la pesca del cocodrilo, y otras cosas así, bonitas a primera vista, sin que sea menester ser inteligente en artes para apreciar bien su mérito. Si esto, llamativo, pegaba primero, ya se podría enviar lo demás más tarde.

Pero volviendo a los libros, que es lo que más nos importa, para que se vendan aquí de seguro, es menester buenas ediciones y no muy caras. Aquí, en todas partes, hasta en Chicago, se imprime muy bien, y no caro. Todo lo mecánico se hace aquí perfectamente.

Que me envíe Catalina para los libreros sus versos de usted, el libro de Cánovas y otras cosas así; no las cosas de Ayala, que fuera de España y de los que admiraron sus ojos y sus bigotes, no se pueden aguantar.

Muchas ganas tengo de leer las *Poesías* de M. Palacio, el discurso del Ateneo, de Cánovas; la última novela de Pereda, etc. Ya me llegarán y las leeré. Adiós. Hasta otro día.

Vengan algunos ejemplares de la *Historia de las ideas estéticas*. No muchos, hasta que se vea si se venden.

Créame usted su cariñosísimo amigo,

J. VALERA.

Madrid, 18 de marzo de 1884.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo: Recibí su grata del 26 del pasado, con buenas noticias de la salud de usted, que espero que continúe en tan próspero y floreciente estado, sin decaímientos ni melancolías.

Ya habrá usted recibido un tomo de *Estudios* míos de Crítica Literaria, que Catalina ha impreso. Se le dedico a usted en muestra de invariable afecto. Contiene las páginas mejores o menos malas, que he escrito en prosa.

Deseo mucho ver la carta-prólogo, y en cuanto la recibamos, yo me encargo de estimular a Catalina para que no retrase la impresión de las *Canciones, romances y poemas*. Temo que el encumbramiento del tal Catalina haya de perjudicar el buen éxito de las empresas editoriales, porque no las atiende con bastante eficacia, y ya he oído quejarse de la negligencia a los libreros. De todas maneras, venga la carta-prólogo larga y tendida, y yo me entenderé directamente con el impresor, para que el tomo salga en seguida, con los prometidos comentarios y notas.

Veo, por lo que usted me dice, que la vida literaria no es en esa gran República tan activa y floreciente como de su enorme población y gran prosperidad pudiéramos inferir. Y, en efecto, hace años que ningún nombre *yankee* suena por Europa con crédito literario. Y, sin embargo, el número de libros que se publican ahí es enorme. ¿A qué hemos de atribuir esta trivialidad del pensamiento y de la forma, que se observa en la mayor parte de los autores ingleses de acá y de allá? No parece sino que el grado más alto de la cultura y riqueza materiales está reñido con las altas especulaciones y deleites del espíritu.

Lo que debe de haber ahí son muchos novelistas, no sé si buenos o malos, y muchas novelas escritas por mujeres. Ya las irá usted leyendo y me dirá lo que le parecen,

aunque tengo el presentimiento de que todo ello debe ser cosa vulgar, casera y de poca consistencia estética.

Ya tendrá usted noticia de las pocas cosas que se han escrito por acá en este último tiempo. Campoamor ha leído en el Ateneo dos o tres poemas absurdos y necios, en unos versos que parecen prosa. Núñez de Arce ha escrito otro, *La Pesca*, mejor versificado, pero sin interés ni pasión de ningún género: mero ejercicio retórico. En los dos tomos de Manuel del Palacio hay buenas cosas. Hemos tenido muy enfermo a Tamayo, pero al fin ha escapado, casi milagrosamente. Aureliano está hecho un gerifalte en su Dirección de Instrucción pública.

Me parece muy bien lo que usted me dice acerca del envío de libros españoles; pero nuestros editores y libreros son gente muy poco amiga de aventuras, como no vean la ganancia al ojo. Así es que dudo mucho que lleguemos a establecer un consorcio que tan bien nos estaría y tanto contribuiría a difundir nuestro crédito por el mundo americano de una otra y raza.

El pobre D. Luis Herrera está bebiendo los vientos para que le restituyan a la Dirección de Cabra. Yo hago por él lo que puedo; pero, desgraciadamente, apenas puedo nada, porque sus enemigos han prevenido muy adversamente lo mismo a Aureliano que al ministro de Fomento, pintando a D. Luis como malversador de los fondos del Establecimiento, y hombre de punible y nada escrupulosa conducta. Yo, por inocente le tengo, y así se lo he dicho a Pidal y al Director; pero, a pesar de mi recomendación y de otras muy poderosas, entre ellas la de Romero Robledo [130], nada se ha conseguido, y me voy temiendo que D. Luis Herrera se volverá a Cabra como vino, por mucho que a usted y a mí nos duela.

Escríbame usted largo contándome sus impresiones sobre este país y sobre el modo de vivir de esas gentes, que debe de parecerse poco al de estas civilizaciones trasañejas.

De usted siempre cariñosísimo amigo,

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Legación de España en Wáshington.
4 de marzo de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: Sin carta de usted ni de nadie de ahí a que contestar, le escribo hoy para volver a prometerle que irá la carta-prólogo para mis versos, pidiendo a usted notas y comentarios y explicando algo por mi parte. Si tardo, es porque la buena salud que gocé al llegar aquí, y de que mucho me jactaba, va desapareciendo y con ella el humor y el sosiego de ánimo que para escribir conviene.

Pero, en fin, la carta-prólogo irá, sea como quiera. Lo que es menester es que Catalina no se distraiga con la Agricultura, e imprima los libros.

Dele usted priesa, así como también deseo yo que usted se excite o bien a que convenza a Alvarez de que debe dejar de ser mi editor, o bien a que imprima pronto los libros míos, que tiene embarrancados: una edición de *Pepita Jiménez*, otra de *El Comendador Mendoza*, y otra de *Estudios críticos*. Yo pierdo mucho en mis intereses con esta informalidad de Alvarez y no tomo el dinero que debiera tomar.

Esta gran República, si sólo se atiende a los políticos, es el país más perdido del mundo. O son unos brutos, o son unos ladrones, y a menudo ambas cosas.

Como aquí se explota todo, explotan también el miedo que en España creen aquí que les tenemos para pedirnos *reclamaciones*, con las cuales comen a dos carrillos: cobrando de sus reclamantes por los que consiguen que España les dé, y cobrando de España (esto lo digo con todo sigilo) porque consienten en que España no dé tanto como lo que los reclamantes piden.

Mucho me pudre la sangre todo esto. El león de España, desde este punto de vista, no me parece león, sino perro flaco comido de pulgas, para que salga verdadero el refrán.

Por lo demás, aquí hay muchísimo dinero, y cierta cultura, y mucha afición a leer, sobre todo en las mujeres.

Tengo, pues, esperanzas de que se vayan vendiendo por aquí libros españoles, con tal de que se envíen.

Yo he pedido ya muchos a Fe, y por excitación mía le ha pedido no pocos libros un librero de Wáshington.

Supongo que el discurso de Cánovas en el Ateneo será como la historia panegírica de aquel establecimiento. Mándeme usted dos ejemplares: uno para leerle yo y guardarle, y otro para que *Las Novedades* de Nueva York lo publiquen.

He visto una bonita edición de Horacio (en latín), hecha en Nueva York. En la primera ocasión que haya enviaré a usted, certificado, por el correo.

Perdone usted lo desabrido y soso de esta carta. Tenía gana de escribir a usted, pero no estaba de humor.

No me imite usted en esta falta de humor, amigo; sí en la gana de escribirme; escríbame y cuénteme algo de ahí.

¿A quién elige al fin la Academia Española para la silla de Benavides, al Padre Mir o a Martos?

Recuerdo a usted su promesa de interesarse con Alejandro Pidal para que reponga a D. Luis Herrera en la Dirección del Colegio de Cabra. Nuestro Aureliano no dudo de que hará esto con gusto.

Adiós. Consérvese bueno y créame su amigo cariñoso y constante,

J. Valera.

No se olvide de dar expresiones mías de verdadero afecto a Cañete, Alvarez, Tamayo, Catalina, etc.

Madrid, 4 de abril de 1884.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido amigo: ¿Qué ha sido de usted, que no me ha escrito en más de un mes? Todavía no sé si recibió mi última carta y el libro que iba con ella encabezado con su nombre. Supongo que también recibiría usted dos ejemplares del discurso de Cánovas, que Fe le habrá remitido de mi parte.

Deseo que usted me escriba largo y tendido, y que me envíe la carta preliminar de los versos, para que Catalina pueda comenzar la edición. En fin, escríbame usted y dígame que vive y que está bueno y sano, lo cual a mí no me consta sino por relación de su mujer de usted y de sus sobrinos.

Catalina ha empezado a imprimir el segundo tomo de mi *Historia de las ideas estéticas*, el cual abarca casi íntegros los siglos XVI y XVII. En los platónicos y en los místicos me dilato mucho, y también en las teorías sobre el teatro.

El *Horacio* que usted me anuncia no ha llegado aún a Europa. Tendré mucho gusto en verle, y de antemano lo agradezco.

Aquí se ha publicado poco en estos últimos meses. Echegaray acaba de imprimir el primer volumen de sus obras dramáticas coleccionadas. Pereda va a publicar también la colección de sus novelas con un largo estudio mío, que ya remitiré a usted oportunamente.

Creo que me hacen diputado (conservador, por supuesto). No sé de fijo cómo ni por dónde saldré; pero de todas maneras, he de salir de dudas antes de dos semanas.

Envío a usted unos versos medio de broma, que hice en obsequio a la Guáqui. No sé si los entenderá usted, porque van en letra muy piojosa.

Pidal y Aureliano se negaron rotundamente a todas mis intenciones para que se repusiera a D. Luis Herrera en la Dirección del Instituto de Cabra. En vano les puse de manifiesto la brutalidad inicua y las malas pasiones de lugar de que había sido víctima. Estaban muy prevenidos en contra por informes de no sé qué personajes de la localidad, y no hubo medio. A consecuencia de esto, D. Luis Herrera debió de irse despechado, sin despedirse, quizá por imaginarse que yo no había puesto bastante interés en el asunto.

Y bien sabe Dios que no ha sido así.

Al fin, Martos salió elegido académico. Yo no le voté, porque no es hombre de letras, y además porque venía impuesto por Cánovas, y no tuvo siquiera la atención de pedirnos el voto, como es loable costumbre.

No sea usted perezoso: escríbame, y téngame por su mejor amigo.

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Wáshington, 22 de mayo de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: El Sr. D. Juan A. Pérez Bonalde [1] es poeta americano de los mejores, a pesar de ciertas extravagancias filosóficas y religiosas y de ciertos resabios de mal gusto. Hace meses escribió la adjunta oda, que publicó, dedicándomela. Por esto entré en correspondencia con él. Vive Pérez Bonalde en Nueva York, donde ha publicado un tomo de Poesías.

El 13 del corriente me escribió Pérez Bonalde diciéndome que se iba a Europa y que pasaría larga temporada en España. Me pedía cartas de recomendación para los literatos de allí. Yo, distraído y preocupado en otros asuntos, he tardado en contestarle. No le contesté hasta ayer. Si él no ha retrasado su viaje, mi carta sólo le alcanzará en Europa; pero de todos modos le recomiendo encarecidamente a usted. El irá a hacer a usted una visita: valgale y preséntele. Si aun antes de su llegada allí quiere usted darle a conocer, yo se lo agradeceré.

Sigo prometiendo mi carta-prólogo a mis propios versos, y no enviándola. Ya irá pronto.

Parece que ha sido usted elegido diputado. Celebro que entre usted de lleno en la vida política. Sea enhorabuena. No abandone usted ni descuide, con todo, las letras, los versos y la filosofía. No imite mi detestable ejemplo.

Crea que le quiere de verdad y siempre su amigo,

J. Valera.

Escríbame.

Wáshington, 6 de julio de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: Con mucho contento he recibido la carta de usted del 21 del mes pasado. Largo tiempo hacía que no me escribía usted. Me alegro en el alma de ver por su última que está usted bien de salud, si no muy entusiasmado, complacido de ser padre de la patria, y con el propósito de trabajar a fin de que tengamos una buena Ley de Instrucción pública.

Yo estoy bueno, y, si bien en esta tierra la gente me parece de lo peor y el clima detestable, pues no hay medio entre tiritar o derretirse, el suelo es un prodigio de ferti-

lidad y hermosura. Ni es menester salir de Wáshington para ver y admirar esto. Wáshington es como los jardines de la Granja centuplicados y conteniendo las casas entre sus magníficas alamedas y verdes sotos y bien cuidados y umbríos parques.

No hay tiendas sino en cuatro o seis calles. En las demás todo parece campo. Aunque este país es tan rico, el alumbrado no existe cuando el menor indicio de luna, y es malísimo cuando no hay luna. Pero tenemos cocuyos a centenares que nos alumbran. Las gentes están de tertulia a las puertas de las casas, como en un lugar.

Mucha *high life* se fué ya de veraneo. Dentro de una o dos semanas quedará esto con negros y nada más. Yo, como blanco, me largaré también, y aprovecharé este tiempo de vacaciones para ver cuanto pueda. Lo primero será el Niágara.

Todos los Estados, desde Cayottueso a Mount Desest, y desde San Francisco a Nueva York, que es más que si dijésemos de Cádiz a Argel, están en agitación con la elección de Presidente que se aproxima. Los candidatos y sus parciales sacan a relucir todos los trapos sucios de sus contrarios y se echan en cara sus bellaquerías. Si no quiere uno dejarlos por embusteros, tiene que creer a pies-juntillas que todos son pillos, merecedores de la horca.

Me alegro mucho de que haya usted conocido y tratado a Pérez Bonalde y de que le haya parecido bien.

Hace tres o cuatro días me sorprendió agradablemente con una visita el obispo de Linares, Montes de Oca. Charlamos largo rato. Quise detenerle a que se quedase a comer conmigo; pero no me fué posible, pues tenía cita con un amigo para irse con él de viaje a Canadá. El señor obispo me hizo presente de un ejemplar, ricamente encuadernado, de dos magníficos tomos de sus Pastorales y Homilías, que aún no he leído.

Mucho celebro que vaya tan adelante la *Historia de las ideas estéticas*, y espero ese segundo tomo para leerle en seguida, seguro de hallar en él el encanto que hallo en todas sus obras. Deseo igualmente recibir y leer esa lección que sobre su Raimundo Lulio dió usted a los mallorquines. No deje de enviármela cuando salga de la estampa.

Catalina tiene todos mis apuntes y datos y poderes para

entenderse con Alvarez. Mis libros siguen vendiéndose. Alvarez se burla de nosotros. Que vea Catalina cómo lo remedia.

Yo escribiré mañana a Catalina, así sobre esto como sobre otras cosas, aunque no reciba contestación, en merecido castigo de no escribir la prometida novela.

Mucho siento estar tan flojo y estéril, y es necesario remediarlo. Por lo mismo que ha venido de lleno la vejez y que se acerca la muerte, debo, como la luz antes de extinguirse, dar un poco más de claridad ahora, y escribir mejor y más que hasta aquí.

La carta-prólogo para usted con motivo de la publicación de mis poesías es lo primero que deseo escribir. Pronto la tendrá usted. Lo que importa es que Catalina se dé priesa también y que las Poesías salgan en octubre de este año. Usted las debe de tener todas, sin olvidar las últimas, como la traducción de Copée, *Al mirar tus ojos*, y *A Melisa*.

Escríbame usted cuando tenga tiempo y humor, aunque sea a escape, y deme noticias de allí, literarias sobre todo, y también de nuestras amigas, entre las cuales está siempre, la primera, Corina. Dele usted un millón de expresiones cariñosas de parte mía cuando la vea, o no cuando la vea, sino vaya a verla para dárselas y para hablar con ella de mí, pues es la mujer por quien he tenido y tengo, desde hace treinta años, el más poético y extraño afecto de que son capaces los corazones humanos.

Adiós. Créame su bueno y constante amigo,

J. Valera.

Santander, 27 de agosto de 1884.

Mi muy querido amigo D. Juan: Vergüenza me da deber a usted contestación hace cerca de dos meses. Como no le suponía a usted en Wáshington, sino viajando de verano por esa vastísima Confederación, no sabía a dónde dirigirle mis cartas. Además, apenas llegado aquí, me enfrasqué en la terminación del segundo tomo de la *Historia de la Estética*, y hasta hoy apenas he levantado cabeza. Estos estudios eruditos le envuelven a uno en un dédalo de investigaciones y lecturas, del cual luego=cuesta=mucho trabajo encontrar el fin. Afortunadamente, el caos

se ha disipado; he logrado ordenar convenientemente la materia, y creo ofrecer en el segundo volumen que está imprimiéndose un cuadro fiel y completo del modo de sentir de nuestros mayores de los siglos XVI y XVII acerca de la belleza y el arte; dedico un capítulo a los platónicos, otro a los místicos, otro a los escolásticos, y luego trato extensamente de los preceptistas literarios, de los de artes plásticas y de los de música. Para estos últimos me ha ayudado mucho Barbieri con los libros de su biblioteca. Creo que este tomo le agradará a usted, por lo copioso y peregrino de las noticias.

Tengo que dar a usted una mala noticia, aunque quizá la sabrá ya por los periódicos. Nuestro Milá y Fontanals ha muerto hará cosa de un mes. Para mí ha sido una pérdida dolorosísima, porque Milá había sido el más docto y cariñoso de los maestros que en mi carrera tuve, y, por decirlo así, mi padre intelectual. Usted, que hacía de él toda la estimación debida, como él de usted, lo sentirá también mucho, de seguro, porque no sólo hemos perdido en él un excelente y honradísimo amigo, sino la gloria más alta del Profesorado español, y el único representante y cultivador que entre nosotros tenían los estudios de filología romance y de literaturas de la Edad Media, en que él era tan sabio. De fijo que en Alemania y en Francia le echarán más de menos que en España, porque realmente debió bien poco a sus compatriotas.

Para honrar su memoria del único modo que yo puedo, he determinado escribir extensamente su vida literaria, leérsela a los compañeros de la Academia Española (puesto que fué correspondiente nuestro de los más beneméritos), y luego, si la Academia no la imprime, imprimirla yo en un tomo, para completar el cual me sobran materiales, con escritos suyos que tengo, inéditos o no coleccionados, y con algunas poesías exquisitas que compuso, imitando los antiguos *cantares de gesta*, con una inspiración épica y una ingenuidad primitiva verdaderamente admirables y raras. Después de Durán no ha habido hombre más solícito de la poesía popular, y, a mi entender, la sentía mejor que el mismo Durán, y acertaba a distinguir con mucho más esmero lo verdaderamente primitivo de los remedos y falsificaciones de otras épocas.

La historia literaria de Milá, si yo acierto a escribirla como la tengo en el pensamiento, abarcará toda la historia de la cultura catalana de este siglo, en las tendencias de la cual ha influído él más que ningún otro.

Si vuelve usted a ver a nuestro amigo el obispo de Linares, dele usted mil recados de mi parte, y dígale que recibí con suma estimación los dos primeros tomos de sus Sermones, Homilías y Pláticas, sobre los cuales ya le escribiré largamente.

¿No se publica por ahí nada que a mí pueda interesarme? ¿No han vuelto a filosofar los americanos después de Emerson? ¿Qué poetas hay después que se murió Longfellow? ¿Se hacen trabajos de erudición o historia literaria? Cualquiera noticia que usted me comunique será bien venida, porque en Europa estamos a oscuras de la literatura *yankee*, fuera de los cinco o seis grandes hombres que todo el mundo sabe.

En todo el verano he sabido una palabra de Catalina, cuya negligencia editorial es verdaderamente lamentable, desde que ha subido a personaje. Veremos si se enmienda en la nueva temporada.

Antes de salir de Madrid fuí a ver a nuestra deliciosa amiga Corina, que me preguntó por usted, como siempre. Dijo que se iba a Galicia, de donde volvería en septiembre. Ya comienzan a disiparse sus tristezas y está más amena y regocijada.

Adiós, amigo mío. Créame su siempre afectísimo,

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Iré a Madrid a fines de septiembre. Antes es fácil que pase unos días en Zarauz, en casa de los de Guaqui.

Cataratas del Niágara, 27 de septiembre de 1884.

Mi querido Menéndez: Sólo para que vea usted que le recuerdo al contemplar estas magnificencias de Dios en sus obras; le escribo a escape desde aquí y bastante cansado de subir y bajar, andar y ver cosas.

Esto es estupendo, y, aunque yo soy más psicólogo que físico y más místico que teósofo, y allá en lo profundo del alma admiro siempre más sublimidades de fuerza y

de extensión que en todo el universo-mundo, todavía estoy encantado de esto y contento de haberlo visto, a pesar de lo caro que cuesta, pues tanto del lado americano como del lado del Canadá le saquean a uno del modo más extraordinario. Todo cuesta dinero: bajar a lo hondo de la catarata, ver el torbellino rápido, visitar el manantial ardiente, pasar por los puentes y recorrer las islas. Mi sobrino Juanito Mesía me acompaña en esta expedición. Hemos estado en muchas partes: en Filadelfia, en Nueva York, en Newport, que es mejor que Biarritz, en Saratoga, que es el Vichy de aquí, donde paré en un hotel enorme en que se alojaban 1.400 personas, y en Boston, donde me obsequió mucho el Sr. Bradford, nuestro correspondiente de Academia, que me pareció muy amable y excelente *gentleman*.

Pasado mañana, o antes, volveré a Wáshington, donde he estado ausente un mes y desde donde escribiré a usted con más reposo, contestando a la última amable carta de usted que recibí en Newport.

Dé usted de parte mía mil cariñosas expresiones a nuestro Aureliano, a Tamayo y Cañete, y créame su afectísimo y buen amigo,

JUAN VALERA.

Wáshington, 12 de noviembre de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: El Sr. D. Juan Pastorín, que está aquí como delegado facultativo del Gobierno español para decidir, en Congreso de diplomáticos y de sabios, sobre qué punto de la tierra caía el sol verticalmente cuando empezó a rodar nuestro globo, vuelve a España después de cumplida su misión hasta donde ha sido posible, y yo aprovecho su vuelta para encomendarle que haga a usted una visita de mi parte y le entregue un ejemplar de la edición appletoniana del venusino.

Recomiendo a usted a mi amigo Pastorín, a quien estimo y quiero mucho. No imite mi desidia: escríbame y créame su afmo. y constante amigo,

JUAN VALERA

Wáshington, 1.º de diciembre de 1884.

Mi querido amigo Menéndez: Acabo de recibir la carta de usted del 17 del mes pasado y mucho contento al ver que está usted bien de salud y que no me olvida, a pesar de su tardanza en escribirme, que me inspiraba recelos.

Aún no llegaron a mi poder los tomos sobre la *Historia de la Estética española*, pero supongo que llegarán mañana o pasado y las leeré con gusto en cuanto lleguen.

Alvarez ha hecho nueva edición de mis *Estudios críticos*. Sentiré que no haya incluído entre ellos cierta carta que yo escribí a Cueto con ocasión de su juicio sobre los versos de usted. Si Alvarez no lo ha hecho, no ha sido por culpa mía, que bien se lo recomendé, diciéndole que pidiese a usted el original. A usted también escribí sobre ello.

Mi carta-prólogo, dedicatoria o cosa así, dirigida a usted acerca de mis propias composiciones en verso, ha sido escrita *in mente* lo menos cien veces. Si hubiese taquígrafo del pensamiento, habría ya un tomo en folio de cosas metafísicas, históricas, estéticas y morales, enjaretadas a usted con motivo de mis versos y del suspirado comentario; pero todo ha quedado hasta ahora oscuro y sin orden ni forma, en las hondas cavidades de mi cerebro. Voy a ver si hago algún esfuerzo y saco de allí siquiera una vigésima parte de lo que hay, que con ello, si logro ponerlo por escrito con estilo claro, hay más que de sobra para la epístola que debo y prometí escribir.

Siento que la Agricultura dé tanto que hacer a Catalina y le lleve a descuidar de manera lamentable su misión editorial en el mundo. Procure el que imprima mis versos, y usted tenga cuidado en incluirlos todos, que bien los conoce.

Recibí el discurso de Laverde sobre Fox Morcillo [132], que está muy bien. Escribiré a Laverde en uno de estos días. Usted recibirá el día menos pensado, pero muy pronto, un cartapacio enorme, que será la epístola donde yo no sé qué infinidad de cosas tengo que decirle.

Creo que escribí a Tamayo dándole la enhorabuena por su nuevo empleo.

Adiós. No deje usted de escribirme y de contarme cosas de ahí.

¡Cuánto mejor estaría yo ahí que entre estos *yankees!* Pero, amigo, mis muchas obligaciones no me consienten dejar esto aún.

Creo que con motivo del artículo del *Guarterly* podría usted escribir algo sobre nuestras letras del día, que sería interesante, haciendo resaltar lo mucho que el *Guarterly* ha maltratado sin razón o ha dejado en la sombra.

Adiós. Siempre le quiere a usted y estima muchísimo su amigo,

J. VALERA.

¿Ha leído usted un artículo sobre *literatura contemporánea española* que publica el *Guarterly Review* de julio? Yo no puedo quejarme: me trata muy bien; pero, aunque parezca ingratitud, hallo que el artículo es incompletísimo, como de persona que apenas conozca el asunto, y en lo poco que conoce, está ofuscado por preocupaciones estrechas anglicanas.

Madrid, 18 de enero de 1885.

Sr. D. Juan Valera.

Mi muy querido D. Juan: He tenido dos cartas de usted, pero en ninguna de ellas me dice haber recibido los dos tomos de la *Historia de la Estética*, que le remití hará más de un mes, ni tampoco el discurso sobre Raimundo Lulio. Deseo saber si usted ha recibido estos mamotretos, para volvérselos a enviar si es que en el Correo se han quedado con ellos, como recelo, en vista del silencio de usted.

Yo sí que he recibido, afortunadamente, el bellísimo ejemplar del *Horacio* appletoniano con que usted me ha dado nueva y generosa muestra de que ni la ausencia ni la distancia entibian un ápice la íntima y sincera amistad que siempre nos ha unido. Dios se lo pague, y me deje a mí ocasión de pagarle tales muestras de cariño.

Estoy haciendo nueva (y verdaderamente *nueva*, puesto que he vuelto a escribir el libro casi totalmente) edición de *Horacio en España*, y al frente he puesto un artículo de usted publicado acerca de este asunto en *Los Debates*.

No he visto la reimpresión de los *Estudios críticos*, y

dudo que se haya publicado: a lo menos, Fe no la tiene a la venta todavía, por lo cual no he podido averiguar, si incluye o no la graciosísima carta que usted escribió a Cueto acerca de mis primeros versos. Si no la ha incluído, yo la publicaré en cuanto haga nueva edición de mis *Poesías*, que se han vendido muy bien, como todos los libros que imprime Catalina, excepto los de Ayala, que nadie lee.

Venga pronto esa carta-dedicatoria, para dar principio a la edición de los versos de usted, y con ella a la colección uniforme de sus obras. Esa carta es importantísima, porque dará mucha novedad al libro, y untará de miel los labios del público, que ahora (desgraciadamente para el Arte) gusta en toda Europa más de críticas y de disquisiciones estéticas que de versos, aunque el propio Píndaro venga a escribirlos ¿Si será que hemos llegado a la tercera edad anunciada por los positivistas?

Estas Navidades las he pasado en Santander, según costumbre, y por eso no me ha encontrado en casa el amigo de usted Sr. Pastorín, que me trajo el *Horacio* neoyorkino. Lo deploré mucho; pero no he podido indagar el paradero de dicho señor, que tuvo la cortesía de dejarme el encargo, pero no las señas de su domicilio.

En la biblioteca que Ticknor dejó a la ciudad de Boston hay varias curiosidades únicas de literatura española, que yo quisiera hacer copiar, por lo mismo que son pocas y breves. Empiezo por un tomito de poesías juveniles de Quintana, impresas en 1795 ó 97, y dedicadas al conde de Floridablanca. Es tan raro, que ni el mismo Cueto, con toda su diligencia, pudo nunca haberle a las manos. Quizá habrá en él versos que Quintana reprodujo después, corregidos, pero deben ser muy pocos, a juzgar por lo que Ticknor dice en su *Catálogo* y en su *Historia*, por el hecho de que casi todas las composiciones del gran poeta, hoy conocidas, tienen fechas posteriores a la de ese tomo. Desearía, pues, que usted hiciese averiguar por medio de los empleados de esa Legación si hay en Boston un copista que sepa bastante castellano y sea relativamente económico, y que pueda hacerme la copia exacta de ese librillo, con portada, índice y todo, desde la primera hoja hasta la última. Si, para no equivocarse, necesita las señas exactas del volumen, yo

las mandaré en otra carta, copiadas del catálogo de Ticknor.

Perdóneme usted esta molestia, que, al fin y al cabo, algo servirá para la historia de la literatura patria, y mande a su afectísimo y verdadero amigo,

M. Menéndez y Pelayo.

Por aquí nada pasa, como no sea un frío intolerable.

Dígame si ha recibido mis librotes, y qué le ha parecido de ellos.

Madrid, 22 de abril de 1885.

Mi muy querido D. Juan: Entregará a usted esta carta el joven y aventajado poeta D. Carlos Fernández Shaw [133], que va a establecerse en los Estados Unidos. Deseo que usted le conceda su protección y aprecio.

Un siglo hace que no he visto letra de usted. ¿Cuál es la razón de tan largo silencio? ¿Tiene la culpa el famoso Tratado de Comercio, o es que está usted escribiendo la carta-dedicatoria de sus versos, y se prepara a enviármela? Ojalá sea esto último, porque el editor y yo no aguardamos más que esas páginas para dar comienzo a la impresión del texto y a las consabidas notas de recóndita erudición y filosofía.

Todavía no sé a estas horas si recibió usted los tomos segundo y tercero de la *Historia de nuestra Estética*, porque hasta la fecha nada me ha dicho.

A su mujer de usted y a sus niños veo con frecuencia, y están muy buenos.

Todos los amigos me preguntan por usted; pero como usted no me escribe, no sé qué decirles.

Enmiéndese, y créame siempre el mejor y más afecto de sus amigos,

M. Menéndez y Pelayo.

Legación de España en Wáshington. D. C.

11 de junio de 1885.

Mi querido amigo D. Marcelino: Hasta hace tres días no llegó a mi poder la carta de usted, fecha 22 de abril, que me trajo Fernández Shaw. El pensaba venir a esta ciu-

dad a entregarme la carta y a hacerme una visita; pero los pícaros dineros, sin duda, no alcanzaron para tanto, y el joven trovador errante se quedó buscándolos por Nueva York y me remitió la carta por el Correo, con otra suya muy fina.

Como no le conozco bien, no sé qué augurar de su vida y planes. Sólo diré que, si él es listo, activo y hombre de alguna ilustración, tal vez haga negocio. Dadas tales condiciones, su plan es atrevido y peligroso, pero no desatinado. Ferrer de Canto era un animal e hizo papel y fortuna por aquí. El actual director de *Las Novedades* es un pobre diablo, cajista de la imprenta, y también se ha elevado y *armado*. Fernández Shaw, por consiguiente, puede esperar más, si le sopla viento favorable. Yo creo que hasta con sólo la literatura, sin meterse en política, se pueden ganar en Nueva York dineros.

Los *yankees*, según creemos por ahí, o mejor dicho, contra lo que creemos por ahí, no son un pueblo exclusivamente anglo-sajón: son una mezcla de todo, y, por lo tanto, con espíritu cosmopolita, abierto a toda doctrina, a todo sentimiento, a toda idea y a toda poesía.

Claro está que prevalece el idioma inglés, y que la inmensa literatura inglesa, acrecentada con lo mucho que aquí se escribe, es hoy el pasto espiritual de todos. Aquí se lee poquísimo en francés y casi nada en alemán, italiano y otros idiomas; pero en inglés se imprime, se publica, se vende y se lee muchísimo; y yo tengo mil razones para creer que, si fuéramos más hábiles los españoles y lográsemos con buenos libros y buenas impresiones inspirar la afición, habríamos de tener aquí los que escribimos o hemos escrito en España gran auditorio y rico mercado. La decadencia en que hoy están las letras en Francia nos ayudaría bastante a esto.

Una de las cosas que Fernández Shaw, u otro que sea capaz, si Fernández Shaw no lo es, pudiera hacer aquí, a mi ver, con éxito seguro, era convencer a Appleton, o a otro editor rico, de que conviene publicar una serie de tomitos de autores españoles *baratos*, a medio duro el tomo. El que hiciese esto, con algún resultado para esperar a que se cobrase afición y se vendiese, doy por evidente que se enriquecería aquí. Yo voy más lejos aún en esta predicción,

condicional: esto es, si fuésemos hábiles. Yo creo que, al cabo de poco tiempo, podría haber aquí tal público para los libros españoles, que un autor español, como hacen los ingleses, sin tratado de propiedad literaria, trataría directamente con editores de aquí y haría aquí sus ediciones para América. Pronto habrá en esta República 60 millones de almas, y la lengua más difundida, sobre todo en el Sur y en el Oeste, después de la inglesa, es la española. En el Oeste y en el Sur se lee muchísimo, más que aquí, porque no se gasta el tiempo en tertulias, bailes, teatros y otras diversiones.

Hasta a los negros, que son ya cerca de ocho millones, les da por meterse a literatos.

En suma, esto tiene mucho que hablar, y yo hoy no estoy de humor de escribir mucho. Escribo a usted para que no se tarde mi contestación a su carta, pero reservo para otro día el escribirle extensamente.

Estoy avergonzado de mi esterilidad o de mi flojera: siempre me propongo vencerla y volver a escribir para el público; mi esperanza de hacer aún unos cuantos libros menos malos que los escritos por mí hasta la presente, no acaba de abandonarme. Siento que allá en el centro de mi espíritu hay un almacén, revuelto y confuso, de tela ya cortada, para coser y formar con ella no pocos escritos, que no quiero que se me queden ocultos y embuchados en mí cuando me lleven a la sepultura.

Lo primero que tengo que hacer es esa negra carta-prólogo a usted, a fin de que mis versos se publiquen.

Estoy traduciendo yo mismo al inglés mis *Cuentos y diálogos*, a ruegos de la Miss más sabia y más desatinada y extravagante que se puede imaginar. Ella va a corregir y pulir mi traducción, y si sale bien, acaso la imprímamos.

Tengo tantas cosas que decir a usted y sobre tantos asuntos, que se atropellan al salir, y no salen.

Será menester irlas poniendo en varias cartas, de las cuales será ésta como correo volante, que anuncia las otras, y rompe el hielo que mi flojera en escribir había puesto en el camino.

No sólo he recibido, sino que he leído con gusto y con interés y admiración, dos tomos más de la *Historia de las ideas estéticas en España*. No dejo tampoco de sentir en-

vidia cuando leo las obras de usted; pero envidia dulce, porque le quiero a usted y me gozo en su triunfo, como si fuera mío, al notar su facilidad para el trabajo, su claridad maravillosa para exponer las doctrinas y su elevación e imparcialidad para juzgar de todo. Cada día veo más brillante la gloria de usted y más me alegro de ello.

De salud estoy bien, y, si me cuido y no hago disparates, podré vivir algunos años, y volver por ahí, para que nos veamos a menudo y nos hablemos o comuniquemos las impresiones.

Acaso, cuando llegue esta carta, se hallará usted ya en Santander veraneando.

Dondequiera que esté, escríbame, que yo escribiré en adelante con más frecuencia, y cartas menos *desaboridas* que esta que hoy escribo.

Le quiere a usted de corazón su afectísimo,

J. Valera.

Wáshington, 22 de junio de 1885.

Queridísimo amigo Marcelino: Ayer supe la muerte de mi pobre hijo Carlos. Tenía diez y seis años. Era amable, cariñoso, inocentísimo para su edad, ágil, inteligente, robusto: todo le sonreía y él sonreía a todo. Y la muerte se lo ha llevado. Imagine usted mi dolor.

Acudo a usted como a uno de mis mejores amigos: buscando en usted consuelo, si es posible.

Sobre el dolor, me atormenta la más angustiosa inquietud por la ignorancia en que estoy de la suerte de mi demás familia.

Esta carta va derecha a Santander, donde le supongo.

Créame usted su afectísimo amigo,

Juan Valera.

Wáshington, 30 de junio de 1885.

Mi querido amigo D. Marcelino: Supongo que esta carta hallará a usted en Santander, adonde la dirijo. Mucho consuelo, y cartas, ya que no la conversación, de los pocos buenos amigos que tengo necesito yo ahora, para consolarme un poco en mi gran desgracia.

La soledad en que estoy, y mi misma pena, me han movido a pensar en las cosas serias y también en que no es natural que yo me quede largo tiempo por este mundo, y en que me conviene hacer algo, antes de morir, procurando que sea lo menos malo que yo pueda.

Excitado así, he empezado a escribir la carta-prólogo y como en esto la cuestión es empezar, me atrevo a predecir que, larga o corta, más bien larga, y mal o bien, estará dentro de diez o doce días, terminada: por mucho que tenga yo que trabajar en otros asuntos.

Así, pues, no dude usted de que, si yo no enfermo o muero, la carta-prólogo saldrá de aquí a mediados de julio.

Por mucho que tarde, estará en su poder de usted en los primeros días del próximo mes de agosto.

Ya usted sabe que en la colección de versos quiero que entren los del tomo de 1858, menos los que señalé como suprimidos: los de la *Pepita Jiménez* de Abelardo de Carlos; la traducción o arreglo titulado *Confiteor Deo*, *A tus ojos*, y no sé qué otras coplas posteriores; algo de mi traducción de los Arabes, al menos la *Elegía* del moro rondeño Abul Beca,[134] la *Kasida* de Ibu Handis, el Siciliano, y alguna que otra cosa que usted escoja, y, por último, la zarzuela titulada *Lo mejor del tesoro*, que será mala zarzuela, que no le gusta a Arderíus, [135] y que Arrieta [136] desdeñó al cabo, pero que tiene los más bonitos versos que tuvo jamás zarzuela alguna en España.

Por último, creo que deben ir en el tomo los dos idilios que encierra *El Comendador Mendoza*, singularmente el primero.

Sobre todo esto, sin encomios, espero de su bondad, talento y saber de usted que ha de poner notas amenísimas y sabias.

Asimismo, usted es tan bueno que cuidará de que se imprima bien el tomo, sin erratas, que en los versos son más de abominar que en la prosa.

Adiós. Escríbame, quiérame y consuéleme.

Soy siempre su afectísimo y buen amigo,

JUAN VALERA.

Wáshington, 8 de julio de 1885.

Mi querido Menéndez: No sabiendo yo de fijo si estará usted en Santander o en Madrid, y no queriendo que mi carta-prólogo se pierda, se la remití ayer a mi primo D. Joaquín Valera, en pliego certificado. Ahora añadiré, para si quiere usted valerse de ello en sus notas, y si no, para que lo sepa, que en realidad no fueron mis versos tan desdeñados como supongo. Se publicaron varios artículos en su elogio, y entre ellos uno de Cánovas, nada corto y que sería curioso reimprimir, al menos por la altura a que ha llegado luego el crítico.

Creo, además, que, modestos y oscuros, mis versos han ejercido alguna influencia, en Campillo, por ejemplo, que los elogia en una poesía; y lo que más me lisonjea, en alguna que otra composición que yo estimo mucho, como, por ejemplo, en la paráfrasis de la oda de Sinesio. Es, por último, memorable, el dicho del cursilón sentimental de Pastor Díaz [137] (que han repetido luego otros cursilones) de que a mí no me leerían nunca con gusto las mujeres. Yo conozco a varias que se las saben casi todas de memoria, y entre ellas dos hermanas que valen por ciento, sean las que sean las quejas que contra una de ellas tengamos usted y yo.

Entre los versos que han de ir en la nueva colección, dejo al arbitrio de usted los que, a más de la *Elegía* de Abul Beca y de la *Kasida* de Ibu Handis han de ponerse (pero nunca quiero que sean muchos) de mi traducción de los *moros*. Irá la zarzuela *Lo mejor del tesoro*.

Irán o no, según sentencia y decisión de usted, esos que ahí le remito, aunque son demasiado íntimos.

Dejo también al arbitrio de usted (pero esto después de más larga consideración) si a lo último, como en apéndice, en algunos ejemplares o en todos estaría bien poner mi *poema místico y picante* titulado *Arca cosna*. Valmar, que es ordenado y curioso, debe tener de él ejemplar.

Se publicó en un almanaque cómico, creo que hacia 1866, 1868 ó así. En este poema de *Arca cosna* sí que podría usted largar notas amenas, a que se presta lo bullidor, oscuro, picante y sutil del asunto.

Los dos idilios del *Comendador Mendoza* no deben olvi-

darse. En fin, usted, con la edición de 1858, con la de *Pepita Jiménez*, de Abelardo de Carlos, con los versos *Al mirar tus ojos* y el *Confiteor Deo*, y los *A Melisa*, que le di manuscritos, podrá arreglarlo todo. Vamos a ver si sale el tomo para octubre o noviembre.

La muerte de mi pobre Carlitos ha despertado mi actividad con el deseo de distraerme de la gran melancolía que se va apoderando de mí, y porque, además, esta muerte, que anda tan cerca de mi corazón, me hace pensar en la mía y sentir con más ahinco que nunca el deseo de no *morir del todo* cuando muera, y de lograr que me sobreviva y que quede por estos mundos lo más lozano y mejor de mi espíritu, cuando hasta lo más lozano y mejor, como retoño del cuerpo, se me va antes de que el cuerpo se me vaya.

En estos días recibo cartas con noticias circunstanciadas de la enfermedad y la muerte de mi hijo. A menudo me digo para consuelo, y lloro entonces más:

> Intacto lleva a Dios su pensamiento,
> No deja tras de sí recuerdo impuro,
> Y ni la envidia misma
> Puede clavar en él la torpe lengua:
> Blanco de ciega saña
> Nunca se vió, ni de traición aleve,
> Ni, rota el ara del amor primero,
> Halló trivial lo que juzgó divino.

Escríbame usted, pues sus cartas me consolarán algo; pero no hablándome del pobrecito hijo mío, sino de otras cosas, que, si es posible, me distraigan. Escríbame usted como si Carlitos no se hubiera muerto.

Adiós. Quiérame y créame su afmo. y buen amigo de siempre,

JUAN VALERA.

Wáshington, 15 de julio 1885

Mi queridísimo amigo Marcelino: Acabo de recibir su cariñosa carta dándome el pésame, y me apresuro a contestar enviándole mil encarecidas gracias con las más vivas expresiones del grande e inalterable afecto que a usted me une.

Usted sabe que en mí, por condición natural, por regla

de conducta y hasta por ley que me parece de buen gusto, hay mayor proporción a disimular penas que a hacer gala de ellas y a ponderarlas para infundir piedad o para pasar por sensible y tierno.

Así, pues, no quiero añadir nada más sobre lo que habré dicho en otras cartas sobre la muerte de Carlitos. Diré sólo que recuerdo ahora, y me finjo y represento con claridad en la imaginación, todos los rasgos del bondadoso corazón de mi hijo, las muestras de cariño que nos daba, su modestia, cuando se juzgaba inferior a su hermano, las lágrimas y los apuros suyos cuando se figuraba que no podía complacerme aprendiendo bien una lección por falta de memoria o por cortedad de entendimiento, lo cual era mala ilusión suya; y recuerdo también su alegría y su contento ante todo, y la confianza de amor con que entraba en la vida, y su destreza en todo ejercicio corporal, y veo, además, como presentes, la lozanía de su mocedad, y el bozo que le apuntaba, y .los ojos tan hermosos y tan dulces, y todo esto me hace llorar y pensar con honda amargura en que lo perdí para siempre.

En fin, estas tristezas y el calor y la soledad de Wáshington han alterado algo mi salud. No en balde, además, tengo ya sesenta años cumplidos.

Días ha habido, y noches sobre todo, porque la noches son crueles, y tengo terror al pensar en las largas del invierno, que pronto llegarán, si vivo, noches ha habido en que yo no me he creído muy lejos de hacer pronto también el inevitable viaje en busca del hijo mío; pero tengo mucha correa y fuerza vital, y es posible que viva yo más que Matusalem. De todos modos quiero que mi vida sea más seria en adelante. Quiero escribir, y no llevarme por allá lo que creo, a veces, que tengo allá en los obscuros aposentos de mi cerebro, informe aun y confuso.

En esta disposición de ánimo, molestándome algo para vencer mi desidia con fiebre y tragando quinina escribí la carta-introducción, que ya envié a usted. No sé si vale algo o nada; pero lo esencial de mis escritos, aquéllo en que consiste, ya su encanto si le tiene, ya sus faltas, está allí en grado eminente. Yo no digo jamás lo que quiero decir, sino lo que algo que no soy del todo, ni depende de

mi voluntad, resuelve que yo diga. Así es que todo escrito mío parece un examen de conciencia, o más bien una confesión, arrancada como por fuerza y no hecha con deliberante propósito.

En fin, escriba usted esas notas eruditas y amenas, y a ver si el tomo sale a luz en octubre o noviembre.

Escríbame también y déme noticias suyas y de los amigos.

Muchas ganas tengo de volver a España, pero una familia es rara cuando vive como la mía. ¿Y con qué recursos cuento yo si vuelvo?; pero me espanto de los extravíos, rarezas, locuras y delitos de por aquí. Los bárbaros cuando se civilizan por casualidad, enloquecen y se corrompen, más que el que lleva siglos de civilización.

En fin, no quiero decir en pocas palabras lo que sólo se explicaría diciendo muchas, dado que tenga explicación, y no sea ensueño mío.

Créame usted su afmo. y buen amigo,

JUAN VALERA

A usted se lo digo todo con la mayor intimidad.

Apesar de que algunas personas me han tomado aquí cariño, esta gente me parece mal en general. Cada día me afirmo más en mi rara opinión (llámelo usted sentir irracional si quiere) de que los españoles somos menos rudos, zafios y groseros, que los otros pueblos cuando no estamos educados; y, cuando lo estamos, tenemos siempre más sentido común y no caemos en tantas extravagancias y locuras y depravaciones como la gente culta de otros países y castas.

Yo estoy curado de espantos, desde hace años.

New London, 6 de agosto 1885.

Mi muy querido amigo Menéndez: Hace algunos días recibí su cariñosa carta del 21, llena de consuelos para mí. Crea usted que las necesito no poco. Estoy abatido y muy triste.

No sé si ya dije a usted que los calores espantosos de Wáshington, las emanaciones malsanas del Potonae y mis penas, conjurando todo en contra mía, me infundieran unas feroces calenturas. He salido de ellas, merced, sin

duda, a un médico hábil aunque heróico en sus remedios; pero he quedado escuálido, mohino y con la cara llena de pupas. Para mudar de aires y ver si me repongo, he venido a este sitio, que es hermoso, en la desembocadura en el mar de un lindo río, que llaman nuevo Támesis. Vivo a dos millas largas de Londres nuevo, en un hotel, como todos los de aquí, caro e incómodo, donde estamos más de 600 personas, y entre ellas todos mis colegas más *comme il faut* del Cuerpo diplomático. Estamos aquí ingleses, franceses, rusos, suecos, dinamarqueses, argentinos y belgas.

Mi sobrino Juanito, hasta donde es posible que él pueda hacerme compañía, me hace compañía.

Veo por la carta de usted, a que contesto, que mi carta-prólogo aún no había llegado a manos de usted. Se la envié a mi primo D. Joaquín Valera para que se la entregara a usted o a Catalina, si usted no estaba ya en Madrid.

Usted me dirá con franqueza qué le parece.

Pregunta usted varias cosas sobre la edición y voy a contestar.

El orden debe ser: 1.º Lo puramente lírico. Como en esto hay algo de personal o *sujetivo*, pueden ir las fechas, si las hay y si conviene. 2.º Las narraciones cortas, en el orden que usted guste, sin decir de qué autor se toman, usted lo dirá en las notas. 3.º La traducción de *El Paraíso y la Peri*, donde caben muchas notas, tomándolas del mismo T. Moore. 4.º La fábula de Euforion. 5.º Las aventuras de Cide Yahye. 6.º Algunas poesías (pocas) de las de Schack, como la elegia de Abul Beca, los versos del siciliano Ybu Handis y algo de Ihn Zeídun a la Princesa Walada, y del Rey Almotamid, de Sevilla. 7.º La zarzuela.

Los idilios del *Comendador Mendoza* pueden ir al fin de lo lírico.

Como Catalina va despacio, yo creo que tal vez, antes de que ya no sea posible inclirlos podré enviar dos o tres narraciones más. Una de ellas, tomada de Lowell, el que estuvo ahí de ministro yankee, está medio concluída.

Estoy harto de tierras extrañas, de diplomatiquerías, de soledad, lejos de familia y amigos, y hasta de anacrónicos amoríos, tan fuera de sazón y tan desatinadamente venidos.

Razones económicas, y otras poderosas también, me detendrán, si me dejan en este puesto de Wáshington, algunos meses más; pero el término más largo que yo me pongo es para mayo de 1886. Para entonces, si vivo, quiero volver, y volveré por ahí con el propósito de no tener más puesto diplomático, y de no salir de Madrid, sino para París, Lisboa, Santander, a visitar a usted en su retiro o Andalucía. Quisiera yo que los últimos años de la vida, si Dios dilatase la mía hasta 68 o 70 años, fuesen más fecundos para las letras que han sido los sesenta que ya tan ociosamente he vivido.

Hace bastante tiempo que me remitió usted su discurso sobre Lulio, leído e impreso en Mallorca. Aún creo que no se lo elogié a usted como merece, después de haberle leído.

Lo que no tengo, y espero con ansiosa curiosidad, es la *Kedusák* de *Judá Leví*, que usted me anuncia.

Con muchísimo gusto veré esos versos de su hermano de usted, que usted ha de enviarme. Atendidos su buen gusto de usted y su severo y sereno espíritu crítico, no creo que le engañe el amor fraternal, y confío en que vamos a tener un buen poeta en el hermano.

De mi hijo Luis, Dios me lo conserve, no sé lo que saldrá, pero yo entiendo que es despejadísimo y tiene capacidad y amor y ambición para todo.

Esto mitiga mi dolor, pero no me consuela de la muerte del mayor, que era la misma bondad, la misma dulzura y la misma nobleza de corazón, que se habían anidado en un gallardo cuerpo humano.

Escribiré a usted a menudo siempre que algo se me ocurra, en vez de estar pensando en encerrarlo todo en una carta, porque se pierde tiempo en recordar lo que hay que decir y no poco se olvida.

Escríbame usted también con más frecuencia. Las cartas siempre a Wáshington D. C.

Unos de estos días remitiré a usted un libro semi-tonto, pero curioso, por ser la autora Miss Cleveland, la hermana del Presidente.

Adios. No puede usted figurarse cuánto me animan las cartas de usted. Catalina Bayard asegura que aborrece de todo corazón a Menéndez y Pelayo, de quien está celosa.

No vale que yo trate de probarle que la amistad y el amor son dos cosas distintas.

Adiós, repito. Siempre suyo afmo.,

JUAN VALERA.

New London, 11 de agosto 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Estoy harto mal de salud. Me he traído en la sangre la *malaria* de Wáshington, me siento averiado, postrado y como con calentura. Me divierto poco o nada, aunque hay 500 personas en este hotel.

Para distraer mis melancolías he traducido los versos de James Bussell Lowell, que remito adjuntos para aumentar el tomo futuro.

Dése usted priesa a escribir las *notas*, no me vaya yo a morir sin ver el tomo impreso. Aun así, por depriesa que ustedes vayan, creo que tendré yo tiempo, antes de que el tomo acabe de imprimirse, de enviar alguna leyenda más, traducida y propia; pero no se debe detener la impresión por esta esperanza. Lo que vaya, si va, y no llegue a tiempo, quedará para otro volumen más futuro.

Escríbame usted y consuéleme. Estoy archi-triste; nunca he estado más triste. Cuénteme algo de *re litteraria* de por ahí.

Diríjame usted mis cartas siempre a Wáshington. Adiós. Ya sabe usted cuánto le quiere su afmo. y buen amigo,

JUAN VALERA.

Santander, 25 de agosto de 1885

Mi muy querido amigo D. Juan: El singular placer que siempre recibo con las cariñosas y discretísimas cartas de usted, se ha aminorado algo con saber que no anda usted bien de salud, aunque yo atribuyo esto más bien a aprensión y decaimiento moral que a verdadera dolencia física. La naturaleza de usted es robusta, fuerte y entera, y no dudo que llegará a vencer todas esas molestias. La prueba mejor es que conserva usted el vigor intelectual hasta el punto que lo demuestran los bellísimos versos que ayer he recibido, y el haber escrito la carta-prólogo que Catalina

tiene en su poder, y que todavía no he conseguido leer, porque no quiere mandármela sino en pruebas, para obligarme así más y más a que haga pronto las notas. Aun sin esta curiosidad y estímulo las haré yo cuanto antes, para que el tomo salga a entrada de invierno.

Todavía se me ocurre alguna observación que pudiéramos llamar editorial o tipográfica. Hay tres bellísimas poesías amatorias que llevan el genérico título de *Canciones* que les conviene, sin duda, por el sabor petrarquesco que tienen, pero que no las determina bastante bajo el aspecto específico.

¿No le parece a usted que sería mejor intitularlas *A Lucía.—Canciones*, poniendo debajo del rótulo de cada una los números respectivos? El nombre de Lucía es bastante común para que no parezca indiscreción escribirle, pero usted decidirá. La leyenda o narración de *Reco* es bellísima, no solo por lo poético, delicado e íntimamente religioso al modo antiguo del pensamiento fundamental, sino además por la limpieza, robustez y sonoridad de los versos sueltos castellanos en que está traducida o imitada, los cuales tienen cierta grandeza familiar y verdaderamente clásica, inusitada en nuestra lengua. Para escribir una nota digna de tal poesía, me convendría tener a la vista el original de Lowell (poeta que no ha llegado a nosotros), para advertir cuidadosamente las modificaciones ventajosas que de fijo habrá hecho usted en el original y poner en su punto el carácter del poeta imitado o traducido. Mándeme usted, por consiguiente, un ejemplar de los versos de Lowell, si le tiene a mano.

Con esta carta remito dos o tres composiciones de mi hermano, una de ellas, en incorrectísimas pruebas de no sé qué periódico local. Usted me dirá lo que le parece de ellas.

¿Llegó a Wáshington la *Kedarsáh de Judah Leví*? Si no, mandaré otra por el correo próximo. Este verano me he dedicado a continuar la *Historia de la Estética en España*, y llevo hecho casi por entero el período del siglo XVIII que finaliza con la aparición de la *Crítica del juicio*, de Kant. No estoy descontento de esta parte de mi trabajo.

En esta ciudad no ha habido cólera, pero sí temores y amagos de él, y todavía no estamos seguros. Mi padre,

es ahora alcalde de Santander y se está portando bizarramente en estas circunstancias.

Las notas de las poesías de usted pienso llevarlas escritas a Madrid, porque aquí tengo más libros y más reposo. Quiero que me saliesen lo mejor posible, lo más sutil, ameno y discreto que yo acertare a escribir, para que no queden enteramente deslucidas en el cotejo con la magnífica carta-prólogo que usted puso a mis versos.

Debe usted animarse a hacer alguna leyenda antes que se concluya de imprimir el tomo.

De los amigos de Madrid nada sé. Tamayo viaja por Alemania. Cañete anda delicado de salud, después de haber estado a la muerte dos o tres veces este invierno. Aureliano en su Dirección, más fuerte que un roble; parece que los años y los honores y las dignidades le robustecen.

Tampoco de nuestras amigas sé mucho. Corina, en Galicia; su hermanita, en Madrid, *pro more*. A Ródopis no sé donde la habrá llevado el miedo del cólera.

Escribiré a usted a menudo. Suyo siempre de todo corazón,

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

Pigeon Cove, 1.º de septiembre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Dirijo a usted a Madrid ésta, porque le supongo ya de vuelta en Madrid cuando esta carta llegue. Si no, se la enviarán a Santander.

Yo he estado enfermo con calenturas. Ya estoy restablecido del todo.

Espero que habrá usted recibido la leyenda de Reco, que le envié desde New Port o desde New London. No lo recuerdo bien.

Escríbame y dígame si no le ha disgustado, así como la carta-prólogo para mis versos.

Ganas tengo de que éstos se impriman pronto, aunque calculo que nunca será tan pronto que no me den tiempo para enviar a usted algo nuevo que estoy pensando.

Usted, que es tan amable y bueno para conmigo, cuidará de la impresión para que no salgan erratas y se publique en buen orden todo aquello en que hemos convenido: 1.º, lo lírico; 2.º, lo narrativo, y 3.º, la zarzuela. Pue-

den ir la *Fábula* de Euforion, el *Paraíso y la Ceri* y *Cide Jahye*, al fin de las narraciones, por ser las más largas.

Escribo a usted interrumpido a cada segundo por gente que hay en este Hotel, y por eso, sin duda, sale mi carta tan desabrida. Ya escribiré otro día con más reposo, extendiéndome mucho. Escríbame usted y cuénteme cosas y casos de ahí: sobre todo de *re litteraria*, y singularmente de lo que usted escribe o proyecta escribir.

En este puertecillo, donde estoy, cerca de Boston, se pasa bastante bien.

Sin embargo, dentro de cuatro días iré a New Port de nuevo.

Consérvese usted bien de salud y créame su cariñoso y constante amigo y compañero,

JUAN VALERA.

Wáshington, 28 de septiembre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Aquí me tiene usted desde hace cinco días, de vuelta de mi excursión veraniega. Esta ciudad está desierta aún: hace muchísimo calor y reina la malaria; pero esta vez voy escapando a su influjo.

Me parece que, hallándome en New Port, recibí una carta de usted, a la que no he contestado, y voy a contestar ahora.

Empiezo por agradecer a usted mucho los elogios que hace de *Reco*. Ellos me animan y excitan a escribir dos o tres leyendas más, o de mi cosecha o tomadas de autores extraños, a fin de acrecentar el tomo, si llegan a tiempo.

Por varias frases de la última carta de usted, veo claro que un tomo de mis poesías (1858), que dejé yo a usted o a Catalina para que por él se hiciera el nuevo libro, debe de haberse extraviado. Esto siento yo de veras, pues en dicho tomo estaban corregidas las groseras erratas, de algunas de las cuales me recuerdo: v. gr.: en *El Paraíso y la Ceri*, *frente* por *fuente*; en *Cide Jahye*, *sombra umbría* por *selva umbría*, etc. Espero que estas erratas y otras por el estilo no aparecerán en la nueva edición. Asimismo, la epístola-dedicatoria a mi tío Galiano, que es tonta y prosaica, y algunos otros versos, creo, estaban suprimidos. Persisto en que se supriman.

Por último, los versos que me inspiró, en mi primera mocedad, la marquesa de Bedmar, Lucía Paladí, y que llevan en la edición de 1858 el título de *Canciones*, quiero, conviniendo con usted, que se titulen *A Lucía*, y que vayan numerados I, II y III, sin que se llamen *Canciones*, ya que son *silvas* y no estrofas regulares. Todo esto es, para mí al menos, tan importante, que bien se puede recordar, aun escribiendo desde tan lejos.

Hemos convenido, además, en que el nuevo tomo contenga: los versos del tomo de 1858; los versos de la edición de *Pepita Jiménez*, hecha por Abelardo de Carlos; los dos idilios del *Comendador Mendoza*; los versos: *Al mirar tus ojos*; los de la cita con cierta dama, que ambos conocemos, y algunos otros, no coleccionados aún, que usted debe tener; la leyenda *Confiteor Deo*, que, como forma y fuerza de expresión, es de lo mejor que yo he hecho; la *Elegía* de Abul Beca a la pérdida de Sevilla y Córdoba; la *Kásida* de Ibu Handis, siciliano, sobre el vino del convento, y algunas otras muestras, muy pocas, de mi traducción de Schack, y, por último, la zarzuela *Lo mejor del Tesoro*.

Tal vez, y esto lo decidirá usted, sería bueno incluir también algunos de los versos que yo puse en la traducción de la primera parte del *Fausto*, hecha y publicada por English. Usted los leerá, y, si no halla malos algunos, los podrá incluir.

En suma, yo lo encomiendo todo a su cuidado.

Por último, hay un extraño y desvergonzado poema mío, titulado *Arcacosna* (la Pulga, en vascuence). Si a usted y a Catalina les parece, se podría poner en algunos ejemplares para los amigos, y como apéndice reservado.

Advierto que el poema, publicado en un Almanaque literario de casa de Durand o de Fe, años ha, debe terminar con estos dos versos parecidos:

> Yo, henchido entonces de entusiasmo fiero,
> Mis propias carnes con las uñas hiero.

Advierto, además, que los tales versos de *Arcacosna*, poema mítico y picante, no tienen nada de inmoral ni de grosero: son, sí, un poco *verdes*.

Dirijo a usted esta carta a Madrid, donde supongo que estará ya cuando la carta llegue.

En paquete certificado enviaré a usted, uno de estos días, las poesías de Russell Lowell que me ha pedido.

Envíeme usted, en cambio, por el mismo conducto, un ejemplar de la novela de Leopoldo Alas *La Regenta*, de la que veo que hacen los periódicos los encomios más extraordinarios, y que yo no dudo sea buena.

Escríbame y háble me de sus empresas y trabajos literarios.

Yo tengo ya vivo deseo de salir de aquí y de volver a la patria. Hay, con todo, consideraciones que me retienen.

Allá veremos cómo venzo las dificultades y puedo volver por ahí en el verano de 1886. Mi ideal es ahora jubilarme y pasar la vejez casi siempre en Madrid, tratando con ustedes, teniendo *tertulias clandestinas*, y a veces almuerzos literarios los domingos; asistiendo a la Academia sin faltar nunca, y procurando escribir algo mejor y más serio de cuanto hasta hoy he escrito, antes de pasar a otra vida.

Los versos de su hermano de usted tienen mucho mérito y son obra de verdadero poeta. Otro día hablaré de ellos con más extensión. Hoy estoy ya cansado de escribir.

De usted mis cariñosas expresiones a Alarcón, Catalina, Cañete, Aureliano y demás compañeros, pues es singular cuán estrechos me parecen desde tan lejos los lazos de fraternidad de la Academia, y créame usted suyo afmo. y su más apasionado y constante amigo,

JUAN VALERA.

Wáshington, 6 de octubre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Supongo que habrá empezado ya la reimpresión de mis versos. Por amor de Dios, que me corrija usted bien las pruebas. Ya habrá visto usted mi carta-prólogo. Dígame si le agrada.

Ahí va una leyenda *erehemerista*, traducción también libérrima de Russel Lowell.

Aún haré y enviaré otras cosas, antes de que se acabe de imprimir el tomo y que, por lo tanto, podrán incluirse en él.

Sigo molestado por la *malaria*. Hice mal en volver aquí

tan pronto de mi expedición veraniega; pero, en fin, ya me hallo bastante mejor.

Escríbame y cuénteme cosas de ahí; ya procuraré yo ser más extenso en mis próximas cartas.

Consérvese bueno y créame su amigo afmo. y constantísimo,

JUAN VALERA.

Wáshington, 12 de octubre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Ya que me he puesto a decir paráfrasis de Leyendas de Russell Lowell, a fin de abultar el tomo de versos míos que va a publicarse, ahí va otro más, que deseo merezca su aprobación.

Envío, con esta fecha, copia de los mismos versos: *Las hojas que cantan*, a Abelardo de Carlos, a fin de que los publique en *La Ilustración*. Esto no perjudica al tomo. Hágame usted el favor de corregir las pruebas en la imprenta de *La Ilustración*, a fin de que no salgan erratas.

Ya que he traducido tres cosas de Russell Lowell, no dejaré de enviar a usted un ejemplar de sus obras poéticas, para que usted le conozca y juzgue.

Entretanto, le diré, como noticia curiosa, que Eneas Silvio, que si no me es infiel la memoria, llegó a ser Papa, parece que escribió una historia de Bohemia, donde refiere amores más dichosos de cierto pastor, llamado Kroco, con la ninfa de una encina. De estos amores nació Libusa, que fué Reina de los Bohemios. Sobre esto compuso un cuento el alemán Musäus, que es donde lo he leído.

Por hoy no puedo ser más extenso. Escríbame y créame su afmo. aciago amigo de siempre,

JUAN VALERA.

Wáshington, 20 de octubre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Sin carta de usted a que contestar, y con gran deseo de recibirla, le escribo hoy para enviarle nuevos versos, también en el original de Russell Lowell, que he traducido con no menor libertad que los otros, y que van a aumentar la recolección que supongo ya imprimiéndose. Dígame usted si le parece bien este género épico-lírico.

Va irá más del mismo género.

No estoy bien de salud, pero trato de engañarme a mí mismo, y de creerme más sano y más fuerte que un muchacho. Anteayer, con todo, cumplí sesenta y un años.

Escríbame usted; cuídese; quiérame como le quiero, y créame su afmo.,

J. Valera.

Wáshington, 26 de octubre de 1885.

Mi querido Menéndez: Como yo soy desordenadísimo en mis papeles y el *Himno de la Creación*, de Judah Leví, llegó estando yo ausente este verano; no he llegado a verle y a leerle hasta ayer, día en que le hallé, revolviendo y arreglando papeles y folletos. Me parece lindamente traducido y muy interesante. Está, además, primorosamente impreso. Esta traducción de usted me estimula a seguir adelante con las mías.

Aquí hay no pocos poetas, y algunos, excelentes: todos punto menos que ignorados en España. A mi ver, el mejor poeta que tienen aquí se llama John Greenleaf Whihier, y de éste, aunque es difícil, pienso traducir o *arreglar* algo.

Tiene narraciones, pero su cuerda más sonora y llena de pasión es lírica, religiosa-filantrópica. En fin, es menester que yo dé a conocer algo de Whihier en España.

En mi última traducción de Russell Lowell he hecho una corrección, que suplico a usted ponga cuando sus versos se impriman.

Quiero que los cuatro primeros digan:

En nombre del Dios único,
Los ídolos rompía
Y el Islam difundía
Por la India Mahamud.

De esta suerte se evita el ripio de *El severo* y se dice desde luego al lector dónde pasa la historia. Además, que la calificación de Mahamud es mejor que la haga el lector, cuando se entere del lance, que no el poeta, antes de contarle.

De otro poeta de aquí, llamado Holmes, también deseo traducir algo.

Tengo ganas de enviar a usted algunos libros de aquí, aunque algunos sean ingleses; pero las reimpresiones de aquí son más baratas. Sobre todo, no dudo que le interesarían las cosas de Mme. Blavastky, si no las conoce. Esta mujer rusa, no sé si loca o embustera, dice que ha pasado años en los bosques de la India, viviendo con los solitarios bramines, o budistas penitentes. Asegura que tienen una doctrina esotérica profunda, superior a la ciencia europea.

Por virtud de esta doctrina, el alma humana adquiere poder inmenso sobre todos los seres de la naturaleza, y hace milagros. Mme. Blavatsky los hace. Estuvo aquí y fundó la Sociedad teosófica.

Luego volvió a la India, donde también la ha fundado. Está ella en relación con los sabios ocultos; sin correo, sin telégrafo y sin teléfono, se comunica con ellos; pero sólo puede descubrir a los profanos una pequeña parte del saber que ha adquirido, después de muchas pruebas y pasando por la iniciación. Esta pitonisa, no obstante, ha escrito un libro que se titula *Isis sin velo*.

De uno de sus discípulos hay dos libros, que yo sepa, ambos curiosos y divertidos. Son estos los libros: *El budista esotérico* y *El mundo oculto*.

Parece que Mme. Blavatsky es más budista que bramánica. Aquí predicó mucho el budismo, el tiempo que estuvo, y anda por ahí un catecismo budista, creo que escrito por ella, que es en extremo curioso.

El autor de *El budismo esotérico* se llama Sinnet.

En suma: aquí no deja de haber cosas interesantes que estudiar y de que hablar y sobre las cuales escribir, si yo no fuera tan flojo.

Otro singular personaje es el ateo Ingersoll. Predica por ahí ateísmo, a duro la entrada, y gana bastante dinero. Hay de él muchos libros impresos. Ingersoll tiene su casa en esta ciudad de Wáshington.

Ahora el ministro que de aquí nos envían ahí, es un señor muy amable y bonachón, de Richmond, Virginia; pero los católicos, que son aquí tremendos, le están dando mil palizas, sacándole a relucir discursos en que se muestra enemigo del catolicismo, y diciendo que es un horror que vaya de ministro a la católica España. El pobre Mr. Curry está verdaderamente atribulado, y yo creo que si no fuese

por la negra honrilla, se hacía ahora católico para que lo dejasen en paz.

Adiós. Escríbame, quiérame y crea que le quiere su amigo,

J. Valera.

Madrid, 4 de noviembre de 1885.

Mi muy querido amigo D. Juan: En los primeros días de mi llegada a esta me encontré con tantas cosas menudas que se habían ido amontonando sobre la mesa durante mi ausencia, que no he podido, desde luego, dedicarme a las que son, para mí, verdaderamente útiles y agradables. Ahora que empiezo a verme libre de tantas chinchorrerías, puedo ya dedicar algunos ratos a la corrección de pruebas de los versos de usted. Catalina me ha dado palabra formal de írmelas remitiendo desde la semana próxima. La nueva lectura que voy a hacer de todas estas poesías (muchas de las cuales guardo en la memoria) me irá sugiriendo materia para las notas que han de imprimirse juntas al fin del tomo. Catalina tiene el ejemplar corregido que usted le entregó, y yo tengo otro. Creo, pues, que nada se nos quedará traspapelado, y que se formará con todo ello muy razonable volumen, quizá de más de 400 páginas, y eso que procuraré ser muy breve en las notas.

De la *Ilustración*, me enviaron pruebas de las *Hojas que cantan*, pero hasta ahora no han vuelto a recogerlas. Tendré que llevárselas yo mismo. Así esta composición como las otras dos de Rusell Lowell *El Destructor de ídolos*, y *El Mayoral del rey Admeto*, que usted ha parafraseado últimamente, me parecen perfectísimos ejemplares de un nuevo género mixto de épico y lírico, en el cual se combinan de una manera agradable el candor de la tradición del mito con el refinamiento de la interpretación subjetiva y moderna

Ha hecho usted bien en darnos a conocer a este poeta, que es de los que con mayor facilidad pueden ser aclimatados en una literatura extranjera. Los versos de estas traducciones, son tan buenos y tan fáciles y tan elegantes como los mejores que usted hacía en sus años juveniles.

No deje usted de mandarme un ejemplar de los versos de Russell Lowell, para que yo le tenga a la vista, cuando escriba las notas correspondientes. Yo enviaré un ejemplar de la *Regenta*, de *Clarín*, donde, como usted verá, se anuncia un grandísimo talento de novelista, en medio de ciertas inexperiencias y rasgos de mal gusto.

El mismo *Clarín* acaba de publicar un tomo de artículos críticos, donde hay cosas a mi entender, excelentes. A usted y a mí nos trata muy bien y nos pondera mucho, pero con otros, especialmente con Cánovas y Alarcón anda durísimo e injusto, al paso que no tiene reparo en alabar los mayores disparates y sandeces de Campoamor.

Se acaban de publicar en un volumen las poesías de Ayala. ¡Qué colección de pobrezas y de tonterías! El público tiene el buen sentido de no hacer caso de ellas, con gran detrimento de los intereses de nuestro amigo Catalina, que ha perdido, con la edición de este autor, tanto como ha ganado con todos los restantes.

Tengo entre mis libros esa *Historia de Bohemia*, por el papa *Eneas Silvio* (Pío II), donde, por lo visto, hay una leyenda análoga a la de *Reco*. El libro está en Santander, pero le haré venir, o le veré yo mismo cuando vaya a vacaciones de Navidad. Lo que Eneas Silvio diga nos dará materia para una nota curiosa y de erudición peregrina.

Mi hermano ha agradecido mucho lo que usted dice de sus versos. Veo que no me cegaban la sangre ni el cariño al tenerle por verdadero poeta. El mayor elogio que puedo hacer de él es que se ha formado literariamente casi solo, puesto que yo no he ejercido sobre su ánimo más que una influencia negativa, previniéndole contra el gusto cursi y detestable que hoy prevalece en España, y reprobando sin piedad sus primeras composiciones, lo cual creo que le haya sido de alguna utilidad. Más bien que discípulo mío es discípulo de Amós Escalante, de quien ha tomado la abundancia de lengua, sin los arcaísmos, rarezas y tenebrosidades en que el maestro se complace.

Veré de proporcionarme el *Fausto*, de English, para extractar de él los versos que mejor puedan encajar en el nuevo tomo de *Poesías*, el cual, a mi entender, debe ser lo más completo posible, y abarcar todas las direcciones poéticas en que usted se ha ejercitado. Conforme la

edición vaya haciéndose, se me ocurrirán muchas cosas que procuraré consultar a usted si hay tiempo, o resolveré lo mejor que yo pueda y sepa, puesto que he de tratar la obra como cosa mía, y esmerarme en que salga limpia y tersa como ella se merece.

Arcacosna no parece hasta ahora. Si Cueto no la tiene entre los papeles, desconfío de hallarla.

Recuerdo que hizo usted no sé qué versos a la Javalquinto. ¿En dónde están? ¿Cree usted que deben incluirse?

A sus sobrinos de usted veo con frecuencia. Los compañeros de Academia me dan mil recuerdos para usted y le echan muy de menos.

Al fin Catalina me entregó la carta-prólogo. Es admirable, llena de ideas nuevas, o, digámoslo mejor, propias, y expresadas con una claridad y una discreción admirables. La exposición que usted hace del modo que tiene de sentir y de concebir la poesía es un trozo de filosofía estética, de lo que hay poco en nuestra lengua. El final es tierno, noble y elevado. En suma, me entusiasma la carta, y me honra mucho el ver mi nombre al frente de ella. ¡Oh, si las notas fueran algo semejante, ya que igual es imposible! He visto a la condesa de Velle y me ha preguntado por usted. Corina no ha vuelto todavía de Galicia.

Tengo que decir a usted otras mil cosas, pero se quedarán para otra carta.

Créame siempre suyo de todo corazón.

M. Menendez y Pelayo.

Wáshington, 6 de noviembre 1885.

Mi querido Menéndez: Qué tiene usted, o qué le pasa, porque no me escribe, y no puedo creer que no me quiere y que me olvida? Yo estoy harto mal de salud con la feroz *malaria* de aquí, que se me ha colado en todo el cuerpo y no atino a echarla fuera. Sin embargo, el deseo de que el tomo de mis versos salga con muchas cosas nuevas, y el interés que me inspiran algunos poetas de aquí me han movido a traducir o imitar las cuatro composiciones de Russell Lowell, que ya envié a usted, y de las cuales sólo de una me ha acusado usted el recibo. Hoy le envío otra traducción, no menos libre, de otro poeta americano. Se

llama Juan Greenleaf Whihier, y es un a modo de cuáquero muy tierno y piadoso. La poesía, que yo doy en castellano, está fundada en un trozo de los *Soliloquios de San Agustín*, Libro VII. Como el autor, aunque hereje, ha bebido en fuente tan limpia y salubre, no creo que en estos versos se aparte de la verdad católica y de la moral cristiana; antes me parece que lucen en ellos ambas cosas; y así, si esto no perjudica a la edición en tomo, pudiera usted publicar antes *Luz y tinieblas* en la *Ilustración católica*, con lo cual lisonjearé también a la marquesa del Pazo de la Merced, mi jefa, que patrocina la citada publicación.

Hasta otro día; y escríbame y créame su afmo. y buen amigo,

J. Valera.

Como nada me ha dicho usted de haber recibido los versos que le he enviado, recelo que puedan haberse extraviado. He enviado a usted, a más de *Reco*, *Las hojas que cantan*, *El Destructor de los ídolos* y *El mayoral del Rey Admeto*. También deseo que me diga usted qué le parecen estas traducciones y si aprueba la empresa de dar a conocer, aunque con infidelidad, las poesías de aquí que me parezcan mejores.

Wáshington, 17 de noviembre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Estamos a media correspondencia, porque mis cartas a usted menudean, y nunca recibo contestación. Sentiré que por falta de salud no me escriba; pero también, aunque no tanto, que sea por tibieza en su afecto.

En mi última carta remití a usted una composición traducida de Whihier, el mejor poeta de aquí, sin duda: el cantor de la libertad, del progreso y de la fe y moral cristiana. Hoy van otros versos de un poeta menor que se llama Guillermo Story.

Todo lo que yo envíe a usted, mientras no esté impreso el tomo de Catalina, podrá incluirse en dicho tomo, y así se dará más variedad y abundancia.

Luego seguiré yo traduciendo, pues tengo el plan de reunir de 50 a 60 composiciones de poetas de aquí, y hacer

de todas ellas un tomo, que publicaré en Nueva York, con el título de *Ecos de América*, donde, desde el punto de vista de la poesía, pondré, además, una introducción hablando del genio y carácter, condiciones y singularidades de la civilización *yankee*. Creo que podrá ser obra curiosa. Los versos serán escogidos entre los de una docena a lo más de los mejores poetas americanos. Aquí hay poetas a centenares, pero no me haré cargo de todos.

Mi mujer debe de estar ya ahí de vuelta de Bruselas Vaya usted a verla, y vea también a mi hijo Luis, que me parece ha de ser mozo de provecho, si el amor paternal no me engaña.

Adiós. Escríbame y créame su constante y buen amigo,

JUAN VALERA.

Wáshington, 25 de noviembre de 1885.

Mi muy querido amigo Menéndez: Hace ya algunos días que recibí la carta de usted del 10. No he contestado antes, porque he tenido aquí, de huésped, a mi cuñado Delavat, de paso para el Japón, a donde va de ministro, y he andado ocupado en obsequiarle. Ya se fué esta mañana, a las diez, camino de San Francisco, donde el 5 de diciembre se embarcará para Yokohama.

Hoy ha sido para mí día de grandes y poco gratas emociones: algunas han sido harto crueles, y singularmente la que me ha causado la noticia de la muerte del Rey, a quien yo amaba y estimaba. Hay, con todo, otra cosa que ahora me atormenta más, a saber: la carencia de telegrama oficial.

Esto me hace temer que ahí se haya armado la gorda. Dios nos libre de nuevas revoluciones.

Que pongan lo que quieran, pero pacíficamente. Ahí no hay fuerzas ni vida para luchas.

Otro día, con más sosiego en mi alma, contestaré punto por punto a la carta de usted, a que hoy contesto a medias, por no demorar la contestación.

Mucho me lisonjea cuanto dice usted sobre mi carta-prólogo a usted dirigida, aunque atribuyo a su ciega bondad hacia mí lo más alto del encomio. También celebro que las *leyenditas* de Russell Lowell le agraden, y no dudo

de que los versos de Whihier, traducidos por mí, le gustarán muchísimo más. De ellos, lo confieso, estoy yo hasta orgulloso; y, aunque no quito a Whihier su mérito y le pongo entre los poetas líricos de primera clase, hallo que mi traducción da realce y energía a sus elevados sentimientos y santas ideas.

Si allí no se trastorna todo hasta el último extremo, supongo que mi tomo de versos se seguirá imprimiendo, bajo la dirección y el cuidado de usted. Enviaré, con todo, unas nuevas traducciones, por si llegan a tiempo y pueden incluirse, que se incluyan.

Ya recibiría usted también los versos de Guillermo Story, titulados *Praxiteles y Fryné*.

Este Story, que creo está en Roma, es escultor, pintor y poeta a la vez, y ha escrito mucho. Tengo ganas de traducir otra...

Madrid, 3 de diciembre de 1885.

Mi muy querido D. Juan: No entiendo lo que pasa con mis cartas. Hace más de veinte días escribí a usted una bastante larga, que, por cálculo prudente, debe de haber llegado ya a sus manos. Yo he recibido todas las de usted, con las bellísimas traducciones adjuntas, y me ocupo en corregir las pruebas del tomo de sus *Poesías*, del cual ya van tirados cinco o seis pliegos. La edición sale a mi gusto, y creo que ha de parecerle a usted bien. Las notas que irán al final saldrán, si Dios quiere, amenas e instructivas.

Libre ahora Catalina de sus obligaciones de director general, podrá dedicarse con más ahinco y formalidad a los trabajos de su biblioteca, que había tenido un tanto abandonados en esta última temporada.

Aun no he podido ver a su mujer de usted. Estuve en su casa, pero en ocasión en que había salido. Sólo vi a Carmencita, que me pareció muy crecida y muy guapa.

La muerte del Rey ha producido aquí general estupor e incertidumbre. Nadie puede adivinar lo que acontecerá. A mi entender, la situación no es tan grave y calamitosa como algunos propalan. La gente está cansada de todo, carece de fanatismos de cualquiera especie, y no se moverá

si le dan paz y orden, de cualquier modo que sea. Supongo que usted seguirá mientras le convenga, aunque, por otra parte, todos deseamos verle pronto por acá.

Los versos de Whihier son bellísimos: llenos de elevación mística y de fervoroso sentimiento cristiano. Alabo el proyecto que usted tiene de recoger en un volumen lo más selecto de la moderna poesía norteamericana, o lo más susceptible de imitación en castellano. Pero como la edición del tomo de *Poesías*, ellas podrán entrar en él, sin perjuicio de aparecer luego en esa nueva forma, a la cual darán especial interés noticias biográficocríticas de cada uno de los autores, o bien un estudio preliminar sobre el desarrollo, variedades y tendencias de la Poesía en los Estados Unidos.

Puesto que está usted en vena de traducir y de hacer versos hermosos, no debe desperdiciar esta ocasión, sino, antes bien, sacar de ella todo el jugo posible. No deje usted de enviarme algunos libros de ahí, especialmente las poesías de Russell Lowell, y aun las de Whihier, así como alguna rareza filosófica o religiosa que en esas tierras se publique. Yo enviaré a usted, en cambio, las publicaciones de aquí que le interesen.

Los últimos versos de usted que he recibido se intitulan *Praxiteles y Fryné*, y brillan con escultural y mágica belleza. Son un primor de forma. Nuestros amigos de la Academia se han empeñado en elegir para la plaza vacante a un señor D. Eduardo Benot, autor o refundidor de los métodos Ollendorff. Me parece detestable nombramiento. ¿Por qué no elegir a Galdós, que trae consigo una verdadera popularidad literaria, y méritos positivos de narrador?

Mi muy querido D. Juan, celebraré que esta carta tenga mejor suerte que la anterior, y que lleve a usted la expresión del afecto cada día más profundo y agradecido que le profesa su amigo de corazón,

M. Menéndez y Pelayo.

Wáshington, 14 de diciembre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: Un siglo ha, a mi parecer al menos, que no recibo carta de usted, lo cual me apesadumbra y me trae receloso de que no esté usted con toda la salud y el buen humor que le deseo.

He enviado a usted unos versos de Whihier y otros de Story, sobre los cuales nada me ha dicho. Yo entiendo que Whihier, sobre todo, es notabilísimo poeta. Aunque cuáquero, en sus mejores y más elevadas poesías se sobrepone al espíritu de secta, y es tan altamente y ampliamente católico como Manzoni. En él hay, a mi ver, más fervor de caridad para todos los seres humanos, más sublimes esperanzas y más fe en el progreso moral y religioso, bajo la bandera de Cristo, de todos los pueblos de la tierra. Si yo atinase con la forma adecuada, pondría en verso castellano otras varias composiciones de Whihier, que ha sido fecundísimo. En fin, allá veremos; pero, de todos modos, calculo que mis nuevas traducciones o paráfrasis no llegarían a tiempo, pues me lisonjeo de creer que la impresión del tomo ha de estar ya muy adelantada.

En el último *Almanaque de La Ilustración*, donde han insertado mi *Reco*, he visto trozos de un poema, *La muerte de Hipatia*, que me ha gustado en extremo. El autor, Emilio Ferrari [138], que yo no conocía, tiene verdadera inspiración, exquisito gusto y, lo que es más raro entre nuestros poetas, sabe lo que dice y sabe bastante. No es un salvaje ignorantísimo, que delira y lo equivoca todo, o ha oído campanas y no sabe dónde, como sucede a Campoamor, a Grilo y a otros *genios*, dicho sea esto entre nosotros y con prudente sigilo.

La muerte del Rey Don Alfonso nos ha asustado mucho; pero el juicio y el patriotismo, que por ahora vamos mostrando en España, nos tranquiliza bastante. En fin, Dios querrá que sigamos en paz.

Aquí he celebrado una gran misa de *requiem* por el alma de nuestro difunto Soberano. He tenido la satisfacción de que asistan a ella el presidente Cleveland, los secretarios de Estado y Guerra, almirantes, generales, senadores y lo más elegante y guapo de la sociedad washingtónica en punto de damas y de misses.

A pesar de estos triunfos, pues yo los considero tales y creo que prueban que estoy bienquisto aquí, tengo la ingratitud de aburrirme a veces en Wáshington y suspiro por la patria, por la familia y los amigos. Mucho echo de menos nuestros almuerzos literarios, nuestras tertulias clandestinas, la casa de Bauer, las juntas de la Academia

y aun el trato de ciertas Diotimas, Hipatias y Rodopis madrileñas. Esto, sin embargo, es lo que menos falta por acá. Tengo sabias amigas, y una, sobre todo, que es un prodigio de desatinada, alegre y triste, según le da, y conocedora de todos los filósofos y de todos los poetas. Doy por cierto que si las obras de los poetas ingleses se perdieran, ella podría sacar de su memoria unos cuantos tomos de lo mejor que han escrito, desde Chaucer hasta Tenyson y Brownings.

El trato de las mujeres es, además, muy fácil y ameno aquí, porque una soltera, apenas tiene veinte años, se emancipa, es como un hombre, y a pie, a caballo, en coche, de noche y de día, en ferrocarril y en barco, se va con el que le gusta adonde le da la real gana.

La gran contra que esto tiene es que todo es carísimo, y que el clima, extremado en calores y en hielos, no vale para un viejo, poco acostumbrado, como soy yo. De aquí resulta que, si a menudo río y me divierto, sobre todo en la sociedad, por las noches, a solas, y más aun cuando no me siento muy bien, tengo unas murrias negrísimas, y temo dejar aquí los huesos.

No sé si usted sabrá que un señor que se firma Iván Theodore, ha publicado en Londres, en inglés, una muy libre y alterada traducción de *Pepita Jiménez*.

Hasta el título ha cambiado, y la llama *Don Luis or the church militant*. La edición es muy bonita. El traductor me ha enviado un ejemplar.

Adiós. Vuelvo a suplicarle que me escriba.

Crea usted que le quiere de corazón su amigo,

JUAN VALERA.

No se olvide de dar mis cariñosas expresiones a Aureliano, Cañete, Alarcón, Alejandro Pidal y a los demás compañeros.

Wáshington, 24 de diciembre de 1885.

Mi querido amigo Menéndez: No puede usted figurarse con cuánta alegría recibí, pocos días ha, la carta de usted del 3; las buenas nuevas que de su salud me trajo y lo que me dice de que ya van impresos cinco o seis pliegos

del tomo de mis versos, cuyas notas y comentarios, puestos por usted, no dudo que han de ser amenos y deliciosos.

Me lisonjea extraordinariamente lo que usted encomia mis libres traducciones de los poetas yankees. Yo deseo hacer muchas. Para reunirlas en colección y formar un tomo, calculo yo que serían indispensables 60 lo menos; y como a estas horas solo tengo seis, resulta que sólo he hecho la décima parte. En cuanto a la Introducción, eso no me costaría trabajo. Hay mil cosas que decir. Lo único difícil sería ser breve.

Claro está que la poesía, así como la cultura total de esta tierra, por más que aquí se sueñe y aun se delire con *originalidades* fundamentales, no de este o de aquel individuo, sino de toda la yankería, es un reflejo, es una parte, o es como un ramo de la poesía inglesa. Independientes, en lo político, se hicieron en Grecia las colonias y hasta los reinos, que en Asia y en Africa fundaron los sucesores de Alejandro; pero no salió de ellos, en lo intelectual, nada que no fuese griego, apesar de la avenida de ideas, de escritos, de artes y de ciencias, que en la civilización helénica vertieron Judea, Fenicia, Persia, Egipto, India y tantos otros pueblos.

Aquí, donde nada han añadido los pieles-rojas ¿qué ha de salir que no sea inglés? Esto no quita que los *yankees* puedan jactarse de notables escritores y poetas, no pocos individualmente muy originales. Los que valen más y de los que yo quisiera poner poesías en mis *Ecos de América*, son: Guillermo Cullen Bryant, Juan Greenleaf Whihier, Ralph Waldo Emerson, Enrique Wadsirorth Long Fellow, Edgardo Allan Poe, Olivero Wendell Holmes, Jaime Russell Lowell, Walt Whitman y Bayard Taylor. De *du minores* hay un enjambre innumerable, y de poetisas la mar.

El Story, de quien tomé los versos *Praxiteles y Fryné*, es casi como un italiano que escribe en inglés.

Es Story escultor, pintor, abogado, novelista, arquitecto, y todo en suma. Y todo lo hace con primor. Creo que vive en Roma. Yo entiendo que si en algo se han de diferenciar los yankees de los ingleses, será en que serán más humanos, más europeos, más *cosmopolitas de alma*, y que se dejarán penetrar mejor que los ingleses de todo extraño elemento.

Pero esto no creará otra literatura, sino será como la puerta, o mejor dicho, la brecha por donde penetre hasta el corazón de la literatura inglesa el demás pensamiento humano y sobre todo el de la Europa del Mediodía. Lo que yo pienso sobre todo esto es largo de explicar para explicado en carta y en carta escrita a escape.

Lo que ahora me importa decir, aunque me duele decirlo, es que por más que lo he intentado, no he atinado a hacer en estos últimos días, ninguna nueva adaptación o traducción. Es difícil empresa, si ha de hacerse con gracia, si los versos han de gustar como si en Castilla no estuviesen originalmente escritos, y no sólo en atención a que son el pensamiento y la obra de un célebre y aplaudido extranjero. Whihier y Russell Lowell son, a mi ver, lo que hay aquí de mejor; el que más siente Whihier: el que sintiendo casi con igual energía, es más sabio, más atildado, más correcto, más clásico y más profundo, Russell Lowell. Este, a más de ser excelente poeta, es erudito, es crítico, es filósofo y es prosista de primera fuerza, no inferior a los más gloriosos escritores ingleses.

En suma, si todavía hago alguna traducción nueva, con tiempo para que se inserte en el tomo que está usted *confeccionando*, me alegraré de que se inserte, si no, salga el tomo con lo antiguo, y con las seis traducciones ya remitidas.

Deseo enviar a usted libros de aquí pero no sé cómo. Enviarlos por correo sería lo mejor. Allá veremos.

Hay aquí un ateista, llamado Ingersoll, que dá *lecturas*, a dollar la entrada, para enseñar que no hay Dios. Gana bastante en tan mal oficio. Ya enviaré a usted su *catecismo*. También corre por ahí un catecismo budista, obra de un discípulo de la célebre profetisa y taumaturga rusa, autora de *Isis sin velo*. También buscaré este catecismo y se le remitiré.

Los negros tienen sus literatos, sabios e historiadores. A Cánovas envié una *Historia de los negros*, escrita por un negro, Mr. Williams. Este señor me acaba de escribir una carta preguntándome sobre las hazañas que los negros han hecho en España, pues ahora escribe la *Historia militar de los negros* aquí, y quiere decir algo preliminar.

No envío a usted la carta del general Williams porque

es menester contestar algo y no he contestado aún. Quién podrá darme de ahí algunos apuntes sobre ésto? ¿Hemos tenido negros en nuestro ejército? ¿Quién fué el negro valiente en Flandes, de quien me suena haber leído una comedia? Además de aquellos locos negros de las Navas, sobre cuyas cadenas saltó el Rey de Navarra, ¿ha habido muchos más guerreros negros en nuestras historias?

Aureliano, que sabe tantas cosas, podría enviarme algún apunte para el Sr. Williams, que se lo había de agradecer.

Vuelvo a decir que deseo enviar a usted libros, pero la misma abundancia me tiene indeciso. Aquí se reimprime todo lo inglés, y, además, es un asombro lo que se escribe de novelas, de poesías, de política y de todo. Debe de leerse muchísimo, pues los libros están baratos. Las mujeres son aquí más sabidas que en España. Algunas conozco yo que tienen en la memoria medio Parnaso inglés, y además a los filósofos, y a los poetas griegos y latinos, y otras mil diabluras. Los versos de Praxiteles y Fryne me los recitó de memoria y luego me los dió escritos de su mano una señorita.

De esta copia saqué mi traducción. Ahora quiere la misma copista que traduzca yo otros versos de Story sobre Cleopatra.

Escríbame usted cuando pueda y cuénteme cosas de ahí. Dios quiera que todo vaya bien en nuestra política y que tengamos juicio.

¿Ha visto usted la adaptación que han publicado en Londres de *Pepita Jiménez*, titulada: *Don Luis or the church militant*. El adaptador me ha enviado un ejemplar lindamente encuadernado.

Adiós. Tengo miles de cosas que decir y que se me quedan en el tintero. Otra vez será. Hoy estoy ya cansado.

Felicísimas Pascuas y más feliz año nuevo. Siempre su amigo de corazón,

JUAN VALERA.

Excmo. Sr. D. Juan Valera.

Madrid, 28 de diciembre de 1885.

Mi muy querido amigo: Recibí sus dos últimas cartas, y antes habían llegado a mi poder los versos traducidos

de Whihier y Story. Unos y otros me gustan mucho, pero los de Story me parecen simplemente bonitos, los de Whihier, bellos, tan bellos que pueden andar al lado de los de *El fuego divino*, que es, a mi juicio, la obra maestra de usted como poeta lírico. No menos que los méritos de la traducción, donde descubro la huella del númen propio del traductor, me llaman la atención las bellezas de las poesías de Whihier, profundamente místicas y profundamente cristianas. Es lástima que este gran poeta no sea conocido entre nosotros que tan exhaustos andamos ahora de verdadera y ferviente inspiración religiosa. Haría usted muy bien en traducir otras composiciones suyas con el mismo primor de arte y la misma unción piadosa con que ha traducido ésta.

Tanto los versos de Whihier, como los de Story, han llegado muy a tiempo para el tomo. La impresión de éste no se ha interrumpido, pero va algo despacio. Con todo, ya han acabado la sección de los versos originales, y van a empezar la de paráfrasis y traducciones. A mi entender, el tomo sale muy bien, variado y ameno. Las notas irán todas juntas al fin. Desearía ver alguno de los poetas norteamericanos que usted ha traducido y que aquí no tenemos, para decir algo de ellos en las notas. Yo, en cambio, mandaré a usted desde aquí los libros que desee.

Por fortuna no se ha realizado ninguno de los temores que hizo nacer la muerte del pobre Rey. Ha sido la sensatez de todos, menos en Romero Robledo, a quien se le ha ocurrido armar, sin ningún motivo razonable, una disidencia absurda y odiosa. Creo, sin embargo, que esto trasciende muy poco fuera de Madrid. La gente está cansada de todo y sólo quiere paz, de cualquier modo que sea.

Estos días he acabado de imprimir un nuevo volumen de *Historia de la Estética* y en cuanto tenga ejemplares se lo he de enviar a usted. Todavía me faltan lo menos tres para acabar la obra tal como yo la concibo.

Ví a su mujer de usted y a sus niños, y los encontré muy buenos. La niña, sobre todo, está muy guapa y muy crecida.

Nuestros compañeros de Academia suelen preguntarme por usted y agradecen sus recuerdos. El P. Mir ha presentado ya su discurso, y yo tengo que contestarle. El tal

discurso me gusta. Versa sobre los caracteres del florecimiento de las letras castellanas en el siglo XVI, y a pesar de la poca novedad del tema, logra exponer algunas consideraciones nuevas en muy puro y elegante estilo.

Corina Rivas está todavía en Galicia. Las demás amigas suelen preguntarme por usted, especialmente Catalina y Ródopis.

Pienso como usted respecto de los versos de Ferrari, poeta de mérito, diga lo que quiera *Clarín*, que le ha escogido por una de sus víctimas predilectas.

Escríbame y quiérame mucho, como de todo corazón le quiere su verdadero amigo,

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

NOTAS

[1] **Revista Europea.** Madrid.—Medina y Navarro, editores. (1874-80.)

[2] **Pedro Antonio de Alarcón** (1833-1891): Escritor y académico, autor de *El sombrero de tres picos, El escándalo, La pródiga, Diario de un testigo*, etc.

[3] **Sabunde:** Filósofo español del siglo XV. Sobre él escribió M. y Pelayo un artículo, incluído en *La Ciencia Española*, con el título «La patria de Raimundo Sabunde».

[4] **Don Gumersindo Laverde** (1840-1890): Poeta y catedrático, autor de *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas*. Amigo de Valera y de Menéndez y Pelayo.

[5] **Sinesio y Prudencio.** El primero (360-415 ?), fué escritor y filósofo griego, obispo de Ptolemaida. Quedan de este filósofo su *Discurso a Arcadio sobre la dignidad real, El egipcio o De la Providencia, Dión o De la institución de sí mismo, Tratado de los sueños, Himnos*, etc. El segundo (348-410?) fué un poeta hispano-latino cristiano, autor de una serie de himnos en loor de los mártires y y de la vida cristiana. Sus principales obras son: *Peristephanon, Cathemerinon, Psycomachia, Hamartygenia, Apotheosis*, etc.

[6] **Revista de España.** Madrid.—Gregorio Estrada.—Ricardo Fe.—1868-1895.—Vid. *La Ciencia Española*, donde se insertó.

[7] **La Academia.**—Se fundó este periódico en 1877. Se imprimió en la imprenta de Fortanet. Murió en 1890.

[8] **Gomes Pereira:** Filósofo español del siglo XVI, autor del libro *Antoniana Margarita*, sobre el cual versa el estudio de Menéndez y Pelayo a que se refiere la nota núm. 6.

[9] **El Campo.**—Se comenzó a publicar en 1.° de diciembre de 1876. Dejó de existir en 1891. Se imprimió en la imprenta de Aribau.

[10] **José del Perojo** (1853-1908): Político y periodista español, director y fundador de la *Revista Contemporánea, La Opinión* y el *Nuevo Mundo*. Es autor de *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania, Cuestiones coloniales*, etc., etc. Fué uno de los escritores con quienes discutió Menéndez y Pelayo en *La Ciencia Española*.

[11] **Dorregaray.**—Conocido editor madrileño con quien estuvo en tratos Menéndez y Pelayo para la publicación de los *Heterodoxos*. (Véase Bonilla San Martín: »Marcelino Menéndez y Pelayo», pág. 69. Madrid, 1914).

[12] **Caminero** (1837-1885): Escritor y sacerdote español, autor, entre otros libros, del *Manuale Isagogicum*; notable escriturario y polemista filosófico.

[13] **Los Debates.**—Comenzó su publicación en 1877 y dejó de aparecer en 5 de abril de 1880.

[14] **Vicente Wenceslao Querol** (1836-1889): Autor de varios libros de versos y colaborador de *La Ilustración Española y Americana* y otras revistas.

[15] **José María de Pereda** (1834-1906): Novelista, autor de *Sotileza, Peñas arriba, La Puchera*, etc., etc. Gran amigo de Menéndez y Pelayo, y su paisano.

[16] **Pidal:** Se refiere a D. Alejandro Pidal y Mon.

[17] **Gaspar Núñez de Arce** (1832-1903): Poeta, político, académico. Obras: *El haz de leña, Gritos del combate, La pesca*, etc. Menéndez y Pelayo escribió un estudio sobre él.

[18] **Cuetino:** Se refiere a D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, diplomático y escritor español y académico. Publicó obras de crítica literaria, versos originales. Escribió, además, el prólogo a los *Estudios poéticos*, de Menéndez y Pelayo.

[19] **Emilio Huelin.** Ingeniero de minas, que vivió en el último tercio del siglo XIX, y publicó, entre los años 1872 a 1876, una revista científica e industrial con el título de «Cronicón Científico-Popular».

[20] **P. Ceferino González** (1831-1894): Filósofo español, dominico y cardenal. Escribió *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, Filosofía elemental, Historia de la filosofía*, etc.

[21] **Vicente Barrantes** (1829-1898): Poeta y bibliófilo, autor de importantes estudios sobre escritores extremeños.

[22] **Ramón de Campoamor** (1817-1901): Poeta y político español de gran popularidad, que por fin no figuró en el tribunal de las oposiciones a la cátedra de Madrid que hizo Menéndez y Pelayo.

[23] **Antonio Sánchez Moguel** (1838-1912): Catedrático de la Central, autor de algunos discursos y trabajos literarios.

[24] **Juan Manuel Orti y Lara** (1826-1904): Profesor y publicista católico español, catedrático de Metafísica de la Central. Escribió *Ensayo sobre el Catolicismo, Lecciones sobre el sistema de... Krause, La Inquisición, Vida de San Francisco de Sales*, etc.

[25] **Benito Pérez Galdós** (1843-1920): Novelista español, autor de los *Episodios Nacionales, Doña Perfecta, Gloria*, etc.

[26] **Manuel de la Revilla** (1846-1881): Escritor español, autor de muchos artículos de literatura y filosofía. Contra él van dirigidas algunas cartas en *La Ciencia Española*.

[27] **Aureliano Fernández Guerra** (1816-1894): Historiador, literato, crítico y académico, autor de *El fuero de Avilés*, editor de las *Obras de Quevedo* en la Biblioteca Rivadeneyra, etc.

[28] **Manuel Milá y Fontanals** (1818-1884): Literato, filólogo y crítico español, maestro en Barcelona de Menéndez y Pelayo, quien dirigió la edición de las *Obras completas de Milá* (seis volú-

menes) y escribió una admirable semblanza del sabio catedrático.

[29] **José Moreno Nieto** (1825-1882): Jurisconsulto, político, erudito, ateneísta y catedrático de la Central. Escribió *Estado actual del pensamiento en Europa, El problema filosófico*, etc.

[30] **José Canalejas** (1854-1912): Político español muy sobresaliente, orador famoso. Fué asesinado siendo presidente del Consejo de Ministros y jefe del Partido liberal.

[31] **Don Antonio Cánovas del Castillo** (1828-1897): Historiador de la Casa de Austria, el político de mayor talla de la Restauración, autor de muchos trabajos de Historia, Sociología y Bellas Artes. Murió asesinado por un anarquista.

[32] **El Conde de Toreno:** Ministro de Instrucción pública del Partido conservador, con Cánovas, en este año.

[33] **Abelardo de Carlos** (1822-1884): Director y fundador de *La Ilustración Española y Americana.*

[34] **El Abate Marchena** (1768-1821): Célebre literato español, emigrado en Francia. Menéndez y Pelayo escribió después un interesante estudio de este famoso personaje.

[35] **Francisco de Moncada** (1586-1653): Escritor, diplomático y militar. Su obra más conocida es *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.*

[36] Los conocidos editores **Montaner y Simón.**

[37] Se refiere a la obra *El ente dilucidado o discurso único novísimo que muestra hay en la Naturaleza animales irracionales invisibles y cuáles son*, de **Antonio de Fuente la Peña,** cuya primera edición se hizo, en Madrid, el año 1676.

[38] *Las tres vidas del hombre: Corporal, Racional, Espiritual*, del estático Padre Fr. Miguel de la Fuente; no se había reimpreso desde mediado el siglo XVIII. La primera edición salió en Toledo, de la imprenta de J. Ruyz, el año 1623.

[39] **Práxedes Mateo Sagasta:** Político, jefe del Partido liberal a que pertenecía Valera, quien por esto le llamó nuestro *leader*, quizá con alguna sorna.

[40] **Casimiro del Collado** (1821): Poeta montañés, autor de *Poesías.* Madrid, 1880.

[41] El obispo de Tamaulipas, **D. Ignacio Montes de Oca y Obregón,** mejicano, nacido en Guanajuato en 1840, firmó sus escritos con el seudónimo «Ipandro Acarco». De sus obras originales es la más estimada *Recuerdos y Meditaciones de un peregrino en el castillo de Miramar.* Tradujo a los poetas bucólicos griegos. También publicó una excelente traducción de las obras de Píndaro.

[42] Nótese el acierto en la selección de las obras propuestas entonces, poco o nada conocidas en España, y que, al cabo de los años, han sido traducidas en su mayor parte.

[43] La obra de Draper titulada *Conflictos entre la religión y la ciencia* fué conocidísima y casi popular en España, principal-

mente a través de la refutaciones que escribieron el P. Cámara, Rubió y Ors, y otros.

[44] Se refiere a dos Manuales de *Historia de Oriente*, de **Francisco Lenormant** (1837-1883) y de **Maximiliano Wolgfang Duncker** (1811-1886), respectivamente: Historiador y arqueólogo francés y uno de los más famosos asiriólogos de Francia, el primero; historiador y político alemán, el segundo.

[45] El historiador a quien D. Marcelino se refiere es **Leopoldo Ranke** (1795-1886): De este escritor alemán se había publicado, en 1857, una traducción española de su obra *Los imperios otomano y español*, hecha por Jerónimo Eranzo.

[46] **Alberto Savine** (1856-1901): Literato y crítico francés, autor de novelas y traductor de obras literarias españolas al francés, principalmente de autores catalanes.

[47] **Don Amós de Escalante** (1831-1902): Poeta montañés, amigo de Menéndez y Pelayo.

[48] Véase lo que de estos mismos autores dice Menéndez y Pelayo en el estudio sobre *Francisco de Vitoria y el derecho de gentes*, recogido en su libro *Estudios de crítica filosófica*. (Madrid, 1892, páginas 369 a 397.)

[49] **Alfredo Morel-Fatio** (1850-1920): Hispanista francés, autor de numerosos y muy importantes estudios históricoliterarios sobre asuntos españoles.

[50] La novela de **Jorge Ebbers**, a que Valera se refiere, es la publicada en castellano con el título de *La hija del Rey de Egipto*, traducida por Gaspar Sentiñón.—Barcelona, 1881.

[51] **Víctor Laprade** (1812-1883): Poeta y literato francés. La obra a que se refiere Valera en esta carta fué publicada por su autor el año 1866.

[52] Se refiere a la *Epístola a mis amigos de Santander*, inserta en sus dos libros de versos, en la que da gracias a los amigos que le regalaron la *Bibliotheca greca*, de Didot.

[53] **Cecilia Böhl de Faber** (1796-1877): Hija del erudito Nicolas Böhl y de la española D.ª Francisca Larrea. Obras: *La Gaviota*, *Clemencia*, artículos de costumbres, etc.. etc.

[54] **Narciso Campillo:** Literato andaluz, poeta, cuentista y catedrático, íntimo amigo de Valera.

[55] **José de Echegaray** (1832-1916): Dramaturgo, político y matemático, catedrático, académico; premio Nóbel. Sus dramas son numerosos: *El gran galeoto*, *A fuerza de arrastrarse*, etc. Amenísimo divulgador de las ciencias.

[56] **Juan Eugenio Hartzenbusch** (1806-1880): Literato, autor dramático, director de la Biblioteca Nacional, académico. Sus dramas principales son *Los amantes de Teruel*, *Doña Mencía* y *La jura en Santa Gadea*.

[57] **Cristino Martos** (1830-1893): Político, orador y jurisconsulto. Fué periodista liberal en su juventud. Es autor de *La revolución de julio de 1854*.

[58] **Antonio Arnao** (1829-1889): Poeta, censor de teatros, autor de *Himnos y quejas*, *Soñar despierto*, con prólogo de Menéndez y Pelayo.

[59] **José de Selgas** (1822-1882): Literato, periodista y académico. Escribió *Hojas sueltas*, *Primavera*, etc.

[60] **Manuel Tamayo** (1829-1898): Poeta dramático, académico, director de la Biblioteca Nacional. Obras: *Virginia*, *Lances de honor*, *Un drama nuevo*, *Locura de amor*, etc.

[61] **Manuel Cañete** (1822-1891): Crítico y literato, nacido en Sevilla. Famoso por la acritud de su carácter. Fué académico de la Española. Es autor de varias monografías de autores dramáticos españoles del siglo XVI.

[62] Véase la nota 21.

[63] **Tomás Rodríguez Rubí** (1817-1890): Escritor y académico. Su obra más conocida es *La rueda de la Fortuna*.

[64] Se refiere al *Correo de Ultramar*, que apareció en Madrid en 1868 y dejó de publicarse en 1885.

[65] Se trata de **Ramón Rodríguez Correa** (1835-1894): Literato y político, nacido en la Habana. Más que por sus obras originales, se le conoce como recopilador y editor de las obras literarias de Gustavo Adolfo Bécquer, su amigo y compañero.

[66] **Francisco Sánchez de Castro** (1847-1889): Literato y autor dramático. Fué catedrático de Literatura en la Universidad de Salamanca y, más adelante, de Literatura y Bibliografía jurídica en la de Madrid. Cultivó el teatro. Entre sus dramas se distinguen *La mejor venganza* y *Fruto vedado*.

[67] **Sinagoga**: Se refiere a la tertulia que se celebraba en la casa del banquero Bauer.

[68] **Don Angel Saavedra (Duque de Rivas)** (1791-1865): Poeta, diplomático y académico. Autor de *El moro expósito*, *Don Alvaro*, *Romances históricos*, etc. Valera estuvo en Nápoles a las órdenes del duque, en la Embajada.

[69] Se refiere a **José Jorge Aribau y Farriols** (1824-1884): Hermano del poeta catalán del mismo apellido. Dedicado a los asuntos tipográficos, alcanzó gran crédito en ellos. Fué regente de la imprenta de Rivadeneyra.

[70] *La Ilustración Artística Popular de Literatura, Artes y Ciencias*, etc., a que se refiere Valera, no comenzó a publicarse hasta 1882, por los editores barceloneses Montaner y Simón. Se suspendió su publicación en 1917.

[71] **Josef de Valdivielso** (1560 ?-1638): Poeta notable, autor del *Poema de San José*, *Doce autos sacramentales* y *Dos comedias divinas*, *Romancero espiritual*.

[72] **Doña María de Zayas** (1590-1661): Novelista famosa, autora de *Novelas amorosas y exemplares*.

[73] El poema a que se refiere Valera es el de **José de Valdivieso**: *La vida, excelencias y muerte de San Joseph*, en 24 cantos

y en octava rima, acabado por su autor en 1602 e impreso probablemente en Toledo el año 1604.

74 **El conde de Ficalho**: Profesor de Botánica en la antigua Escuela Politécnica de Lisboa y hombre de gran cultura humanística. Fué uno de los «Vencidos de la vida», grupo selecto de intelectuales y de *dandys*, al que pertenecieron Oliveira Martins, Eça de Queiroz, Antonio Cándido, Anthero de Quental, etc. Además de sus trabajos de Botánica, dejó cuentos muy apreciados y una monografía notable: *García da Ortae e seu tempo*, seguida de una edición crítica de los *Coloquios dos simplices e drogas*, de García da Orta. Este Orta es para la India en el siglo XVI, lo que más tarde fué Monardes en España para América.

75 **Conde de Casa-Valencia:** Escritor y académico, autor de varios libros y discursos: *Estudios históricos, Recuerdos de juventud, Interesantes recuerdos históricopolíticos.*

76 **José María Latino Coelho** (1825-1891): Uno de los más notables polígrafos portugueses del siglo XIX. General de ingenieros, profesor y naturalista, político republicano y periodista; secretario de la Academia de Ciencias, historiador, poeta y e- último escritor portugués castellanizante. Fué declarado partidario de una aproximación política entre Portugal y España. Sus obras principales son: *Historia politica e militar de Portugal desde os fins do seculo XVIII até 1814*, los estudios sobre De móstenes, las biografías de Camoens, Vasco de Gama y Magallanes. También dejó monografías críticas sobre Cervantes y Quintana.

77. **Alfredo Weil:** Literato francés, dedicado a la traducción de obras españolas de su tiempo.

78 **Fernando Fe:** Célebre librero y editor madrileño, cuya Casa fué un verdadero cenáculo, adonde concurría lo más granado de la intelectualidad de la época.

79 **Miguel Mir** (1841-1912): Escritor, académico y ex jesuíta. Obras: *Vida de la Condesa de Bornos, Harmonía entre la Ciencia y la Fe, B. Leonardo de Argensola, Causas de la grandeza de la lengua castellana, Espíritu de Santa Teresa, Historia... de la Compañía de Jesús.*

80 Véase la nota 60.

81 **Emilio Castelar** (1832-1899): Orador político y escritor, Presidente de la República española, académico y catedrático. Obras: *Discursos, Defensa de la fórmula del progreso, Historia de un corazón*, etc., etc.

82 **Gumersindo de Azcárate** (1840-1917): Catedrático, político y publicista. Obras: *Ensayo sobre la historia del Derecho de propiedad, El régimen parlamentario en la práctica, Carácter científico de la Historia de España*, etc. Su artículo sobre *El self governement* dió origen a *La Ciencia Española.*

83 **Nicolás Salmerón** (1838-1913): Catedrático, filósofo, político, Presidente de la República española. Obras: *Discursos, Estudios históricos, Estudios filosóficos, Estudios políticos*, en los cuatro volúmenes de sus *Obras.*

[84] **Ventura de la Vega** (1807-1865): Poeta dramático, nacido en la Argentina. Sus obras más conocidas son *El hombre de mundo* y *La muerte de César.*

[85] **Don Pedro de Novo y Colson:** Marino, autor dramático, poeta e historiador contemporáneo, nacido en Cádiz en 1846. Es académico de la Lengua. La más famosa de sus obras teatrales es *La bofetada,* estrenada con éxito el año 1890.

[86] **Alvarito:** Se refiere al nieto del duque de Rivas, cuya muerte cantó en una hermosa composición poética Menéndez y Pelayo.

[87] **Teófilo Braga** (1843-1924): Colaboró en la renovación de la poesía portuguesa después del romanticismo con su poema cíclico *Visão dos Tempos;* alternó los estudios de historia de la literatura portuguesa con sus numerosos volúmenes de biografías de escritores. Fué el más caracterizado representante de la filosofía positivista en Portugal y dentro de esa orientación escribió un *Trabajo de Sociología* que es una de sus mejores obras. Es autor de importantes estudios folklóricos. Político, fué un devoto propagandista de la república, de la que vino a ser dos veces presidente. Las nuevas generaciones se apartan cada vez más de su obra.

[88] **Edición de Calderón:** Se refiere a la obra de Menéndez y Pelayo titulada *Calderón y su Teatro.*

[89] La edición a que se refiere, de la obra *Poesía y arte de los árabes en España,* de Federico Schack, traducción de Valera, salió de la imprenta de Francisco Alvarez, en Sevilla, el año 1881, en tres volúmenes.

[90] **San Isidoro:** Se refiere al discurso leído en Sevilla por Menéndez y Pelayo, que lleva por título: *San Isidoro. Su importancia en la historia intelectual de España* (Sevilla, 1881).

[91] Véase la nota 76.

[92] **Fastenrath** (1839-1908): Escritor alemán traductor de muchas obras españolas, fundador en la Real Academia Española del premio que lleva su nombre. (Cfr. *Ilustración Española y Americana,* LXXXV, páginas 183-184.)

[93] **Nocedalito II (Ramón Nocedal y Romea)** (n. 1844): Fundador de *El Siglo Futuro,* político y polemista. Estrenó algunas obras dramáticas. Le llama Nocedalito II por ser hijo del también célebre político D. Cándido.

[94] **José Castro y Serrano** (1829-1896): Escritor español, nacido en Granada. Formó parte de la célebre *cuerda* granadina. Publicó la biografía de Francisco Zea, poeta ignorado del siglo XIX. Su obra más estimada es la que lleva por título *Cartas trascendentales*

[95] **Don Víctor Balaguer** (1824-1901): Literato y político, nacido en Barcelona. Cultivó la historia y el teatro. Obras suyas son: *Historia de los trovadores, Safo, La corona de Aragón.*

[96] **José Moreno Nieto** (1823-1882): Catedrático, ateneísta, Rector de la Universidad de Madrid, director de Instrucción pública. Obras: *Biblioteca de historiadores arábigoespañoles, Dis-*

cursos, Oposición fundamental entre la civilización religiosa cristiana y la racionalista.

[97] **Eugenio Sellés** (n. 1844-1927): Escritor y poeta dramático, académico. Obras: *La política de capa y espada, El nudo gordiano.*

[98] Todos los estudios de Valera sobre el naturalismo están recogidos en su libro *Apuntes sobre el nuevo arte de hacer novelas.*—Madrid, 1887.

[99] **Escueto:** Alude al marqués de Valmar D. Leopoldo A. de Cueto.

[100] **Don Francisco Gregorio de Salas:** Poeta del siglo XVIII, autor de *Elogios poéticos, Observatorio rústico* y otras muchas poesías de ocasión, además de la paráfrasis de las *Lamentaciones de Jeremías.*

[101] El **Dr. Alejandro Rodríguez de Azevedo** publicó el *Romancero da isla Madeira,* su tierra natal. Además hizo una edición crítica de parte de la obra *Saudade da Terra,* de Gaspar Fructuoso, cronista insular del siglo XVI.

[102] **Don Francisco Martínez de la Rosa** (1787-1862): Poeta y político. Obras: *La conjuración de Venecia, Aben Humeya,* etc. Menéndez y Pelayo escribió un estudio sobre él.

[103] Véase la nota 76.

[104] **Gonzalves Crespo** (1846-1883): Poeta de la mayor corrección y elegancia verbal que, en sus *Miniaturas* y en sus *Nocturnos,* nos ha dejado algunas obras maestras de descripción evocadora y de realismo. Como brasileño de nacimiento, dejó en su obra algunos trazos de carácter americano. Se casó con la gran escritora María Amalia Vaz do Carvalho.

[105] **Antonio de Serpa Pimentel** (1825-1900): Profesor de la Escuela Politécnica, jefe del partido reformista y ministro en varias ocasiones. Fué él quien presidió el Gobierno formado en la difícil situación que siguió al conflicto con Inglaterra en 1890. Literariamente pertenece a la llamada generación del *Trovador,* grupo de poetas que tenían por órgano un periódico de ese título.

[106] **Rica hembra:** Obra dramática de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, escrita en colaboración con D. Manuel Tamayo y Baus.

[107] **Juan Almeida Garrett** (1799-1854): Fué el iniciador de la reforma romántica en Portugal, por su lírica (*Camões, D. Branca e Folhas Cahidas*); por su teatro, que brilló a gran altura (*Alfageme de Sántarem, Auto de Gil Vicente* e *Fr. Luiz de Sousa*); por sus novelas (*Arco de Sant' Ana* e *Viagens na minha terra*), y por la fundación de los estudios folklóricos (*Romanceiro*). Hombre de sentido político liberal, sufrió persecuciones y destierros; hombre de gusto y de mundo, ejerció la más profunda influencia estética en su tiempo.

[108] **Abilio Guerra Junqueiro** (1850-1923): Fué el introductor en Portugal de la poesía social, revolucionaria y satánica. Su filosofía social y política, un poco rudimentaria, está contenida en la *Velhice do Padre Eterno,* en la *Morte de D. Joao,* nueva inter-

pretación del mito creado por Tirso de Molina, en la *Patria*. Los versos suyos de mayor emoción humana están en *Os simples*. Es uno de los poetas de más alta inspiración de su tiempo. Sus obras están traducidas al castellano por Eduardo Marquina.

[109] **Tomás Ribeiro** (1831-1891): Político y diplomático, representa una supervivencia de la lírica romántica en Portugal. Su obra principal es *D. Jayme*, que se convirtió en mito pupolar y se puso como texto de lectura obligatoria en las escuelas. Es un poema de época de la dominación castellana en Portugal, de gran vibración patriótica.

[110] **Don Francisco Sánchez Barbero** (1764-1819): Poeta latino y español, preceptista notable.

[111] **Don Leopoldo Alas («Clarín»)** (1852-1901): Crítico literario y novelista. Obras: *Paliques*, *Solos de Clarín*, *La Regenta*, *Ensayos y revistas*, *El señor y lo demás son cuentos*, etc.

[112] Véase la nota 87.

[113] **El conde de Cheste** (D. Juan Pezuela y Cevallos) (1809-1906): General y escritor. Son estimadas sus traducciones de *La Divina Comedia*, *La Jerusalén libertada*, el *Orlando furioso* y *Los Lusiadas*.

Don Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897): Literato y político. Presidente del Consejo de ministros en varias ocasiones. Obras suyas son: *La campana de Huesca* y *Estudios del reinado de Felipe IV*.

El duque de Villahermosa (D. Marcelino de Aragón Azlor Pignatelli de Aragón) (1815-1888): Académico de la Española, vicepresidente del Senado y autor de una notable traducción de las *Geórgicas de Virgilio*.

[114] Véase la nota 111.

[115] **Ortega Munilla** (1856-1922): Escritor, novelista, académico. Obras: *La Cigarra*, *Viajes de un cronista*, etc.

[116] Véase la nota 111.

[117] **Enrique Piñeiro y Barri** (1839-1911): Escritor cubano. Viajó mucho por Europa. Residió en Portugal y en España. Es autor de un libro importante: *Poetas famosos del siglo XIX*, publicado en Madrid en 1883.

[118] **Inocencio Francisco da Silva**: Restaurador de los estudios bibliográficos en Portugal, que estaban muy decaídos desde el siglo XVIII, después de la muerte de su fundador Diego Barbosa Machado. La obra principal de Silva es el *Diccionario bibliographico portugués*, del que dirigió los diez primeros volúmenes, desde 1858. Ejerció influencia sobre Teófilo Braga. Recientemente se ha publicado la correspondencia cruzada entre estos dos escritores. El *Diccionario* fué continuado por Brito Aranha, Gómez de Brito y Alvaro Neues; consta de 22 volúmenes y se terminó en 1892.

[119] **Gabino Tejado** (1819-1891): Literato y periodista católico, nacido en Badajoz. Académico de la Lengua, donde ocupó el sillón que dejó vacante D. Adelardo López de Ayala. Su mejor novela es *La mujer fuerte*.

120 **Juan Montalvo** (1833-1889): Escritor ecuatoriano. Obras: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes..., Siete tratados, El espectador.*

121 **Fernando Vera** (1861): Poeta y erudito. Obras: *Versos, Traducción en verso del Salmo L... y noticia de las versiones... en lengua castellana.*

122 **Manuel de Cabanyes** (1808-1833): Poeta catalán, autor de *Preludios de mi lira.* Menéndez y Pelayo le dedicó una *Oda.*

123 **Gritos del combate:** Título general de las poesías de carácter político y social de Núñez de Arce.

124 Llamamos la atención sobre el interés autobiográfico y confidencial de toda esta carta, de tan extraordinario valor para penetrar en el espíritu de Valera.

125 **Don Serafín Estébanez Calderón** («**El Solitario**»): Tío de Cánovas, biografiado por su sobrino. Su obra, que hoy todavía se lee, son las *Escenas andaluzas.*

126 **Carolina Civili**: Nació en Turín en 1841, pero fué una actriz completamente española, pues vino a España en 1864; aquí se formó y aquí casó con el actor Manuel Palau. Alcanzó gran fama representando *Bodas trágicas* y *El gladiador de Rávena*, de Echegaray. Murió en 1884.

127 **Manuel del Palacio:** Poeta español, nacido en Lérida el año 1832 y muerto en Madrid en 1906. Formó parte de la famosa *Cuerda granadina*, durante su estancia en la capital andaluza. Estuvo deportado en Puerto Rico. Como poeta festivo, sus mejores producciones fueron publicadas con el título de *Chispas.* Sus obras más estimadas son: *Melodías íntimas, Veladas de Otoño.*

128 **El Marqués de Molíns, D. Mariano Roca de Togores:** Literato, político y diplomático español, nacido en Albacete el año 1812 y muerto en 1889. Estudió en el famoso Colegio de San Mateo, que dirigía D. Alberto Lista. Fué amigo de los más famosos escritores de su tiempo. Sus obras más estimadas son: *Doña María de Molina* y *La espada de un caballero*, teatro, y la novela titulada *La Manchega.*

129 **Enrique James:** Novelista y crítico norteamericano, nacido en Nueva York en 1843. Murió en abril de 1916. Estudió en Inglaterra, Francia y Suiza. Sus numerosas obras se distinguen por la profundidad del pensamiento, conocimiento del corazón humano, el estilo brillante y la gran fuerza creadora.

130 **Francisco Romero Robledo:** Político español nacido en Antequera en 1838, y muerto en Madrid en 1906. Fué ministro de Fomento y de la Gobernación como miembro de la Unión Liberal. Fué figura importante en la vida política de su tiempo.

131 **Juan A. Pérez Bonalde:** Poeta y filólogo venezolano. Nació en Caracas el año 1846; murió en 1893. Expulsado de su patria, residió en Nueva York, donde hizo su famosa traducción de *El Cuervo*, de Poe. Tradujo el *Cancionero*, de Heine. Sus obras principales son: *El déspota* y *La vuelta a la patria.*

132 **Sebastián Fox Morcillo:** Filósofo español del siglo XVI, nacido en Sevilla. Sus más famosos tratados filosóficos son: *In Platonis*

Timaeum Comentarii, Compendium Ethices Philosophie ex Platone, etc.

[133] **Carlos Fernández Shaw:** Poeta y autor dramático español, nacido en Cádiz el año 1865 y muerto en Madrid en 1911. Muy joven, publicó un tomo de *Poesías*. Su producción literaria es muy extensa. Cultivó el Teatro, en el que dejó obras meritísimas. Sus libros más estimados son: *Poesía de la sierra*, *Poemas del pinar*, *El poema del caracol*.

[134] **Abul Beca:** Poeta árabe, autor de una famosa elegía a la caída del poderío musulmán en Andalucía. Se ha pretendido encontrar en esta composición un antecedente de las célebres *Coplas* de Jorge Manrique.

[135] **Francisco Arderíus:** Popular artista español nacido en 1836 y muerto en 1886. Actor y empresario, inauguró el teatro de los Bufos de Madrid. Se distinguió en el desempeño del papel de Mirabel de »Los sobrinos del capitán Grant». Publicó sus memorias con el título: »Confidencias de Arderius, historia de un bufo». Madrid, 1870.

[136] **Pascual Arrieta:** Nació en la provincia de Navarra en 1823 y murió en Madrid el año 1894. Este célebre músico español, conocido con el nombre de Emilio, es autor de numerosas obras musicales que le granjearon grandes éxitos en su tiempo, pero la que hoy sigue mereciendo el aplauso del público es su famosa zarzuela «Marina».

[137] **Nicomedes Pastor Díaz:** Poeta y político español, nacido en Vivero en 1811; muerto en Madrid en 1863. Fué empleado de Gobernación, gobernador civil de Segovia y Cáceres, subsecretario de Gobernación, Ministro de Comercio, de Instrucción y de Obras Públicas y de Estado, embajador en Turín y Lisboa, rector de la Universidad Central y académico de la Española. Sus »Obras completas» fueron publicadas por la Real Academia de la Lengua. Es notable su novela »De Villahermosa a la China».

[138] **Emilio Pérez Ferrari:** Es conocido por Emilio Ferrari. Nació en Valladolid el año 1853 y murió en Madrid en 1907. Fué muy discutido en los comienzos de su carrera literaria. Es autor de diversos poemas y colecciones poéticas. Sus »Obras completas» se publicaron en tres tomos, de 1908 a 1910. Fué discípulo de Núñez de Arce.

FIN

Esta obra se terminó de imprimir en los Talleres tipográficos Voluntad, sitos en esta Corte, en la calle de Serrano, núm. 48, a fines del mes de marzo del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1930, siendo la primera edición de la misma de 3.300 ejemplares.

Precio: 7 ptas.

PQ6573 Z5 A3 1930
+Epistolario de V+Valera, Juan, 18
0 00 02 0177315 7
MIDDLEBURY COLLEGE

PQ
6573
Z5
A3
1930

Valera y Alcalá Galiano, Juan.
Epistolario de Valera y
Manéndez Pelayo.